Charles Bukowski

Ausencia del héroe

Relatos y ensayos inéditos (1946-1992)



ANAGRAMA
Colección Compactos

Charles Bukowski

Ausencia del héroe

Relatos y ensayos inéditos (1946-1992)



ANAGRAMA

Colección Compactos



AUSENCIA DEL HÉROE

CHARLES BUKOWSKI

ANAGRAMA

Colección Compactos

AGRADECIMIENTOS

Ausencia del héroe es un volumen complementario de mi anterior libro de escritos dispersos de Bukowski, Fragmentos de un cuaderno manchado de vino, y una vez más tengo una deuda de gratitud con buena parte de la gente tan enrollada que me ayudó en aquella tarea. Le estoy agradecido a Ed Fields, Universidad de California en el Departamento de Colecciones Especiales en Santa Bárbara, Biblioteca Davidson, por su permiso para incluir el manuscrito inédito «¡Ah, liberación, libertad, lirios en la luna!». Claude Zachary de la Biblioteca Conmemorativa Doheny, Bibliotecas Especializadas y Colecciones de Archivo en la USC, me fue de gran ayuda en la resolución de misterios bibliográficos de última hora. Gracias a Roger Myers y Erika Castano de la Biblioteca de la Universidad de Arizona, Colecciones Especiales, donde descubrí el ensayo inédito «La casa de los horrores». Gracias a Julie Herrada, directora de la Colección Labadie, Colecciones Especiales, Universidad de Michigan, Ann Arbor, así como al personal de Préstamo Interbibliotecario de la Universidad del Este de Michigan. La carta de Bukowski a Curt Johnson es de la Biblioteca de la Universidad de Brown. Jamie Boran fue un corresponsal sumamente útil cuando inicié mi trabajo hace una década. Le estoy agradecido a mi amigo Abel Debritto, a quien por fin tuve el placer de conocer el verano pasado en España. Abel tuvo la generosidad de enviarme varios relatos y ensayos estupendos, y también he aprendido mucho de su pionera tesis doctoral. Roni Braun, director del Charles Bukowski Gesellschaft en Alemania, me ayudó con mi solicitud de Jahrbücher y fue un maravilloso anfitrión durante el tiempo que pasé en Andernach. Mi más profundo agradecimiento a Henry Corbin, que me mantiene en buen lugar entre los ángeles. Gracias a mi padre, Pierre Calonne, estimulante, valiente, vital y dichosamente literario a sus ochenta y nueve años, que me lee a Montaigne, Plutarco, La Rochefoucauld, E. M. Cioran y Thomas Wolfe y comparte conmigo sus últimas recetas de comida china. Gracias a mi hermano Ariel Calonne y su esposa Pat y a mis sobrinos Alexander, Nicholas y Michael. Gracias por todo como siempre a Maria Beye. En City Lights me han brindado toda la ayuda y el apoyo necesarios Elaine Katzenberger,

Stacey Lewis, Robert Sharrard y sobre todo mi editor Garrett Caples, tan enterado, sensible y brillante. Gracias a John Martin por creer en mi trabajo y a Linda Lee Bukowski por su amabilidad y sus múltiples muestras de cariño.

PRÓLOGO

Charles Bukowski escribió una serie de seis relatos entre 1944 y 1948, incluidos «Consecuencias de una larga nota de rechazo»

(1994) en Story, «A 20 tanques de Kasseldown» (1946) en Portfolio III y el cuarteto que apareció en Matrix: «La razón detrás de la razón» (1946), «Amor, Amor, Amor» (1946-1947), «Cacoethes scribendi» (1947) y «Difícil sin música» (1948).[1] «La razón detrás de la razón» —aunque adornado con el primer dibujo publicado de Bukowski, en el que se ve a un jugador de béisbol que se lanza cómicamente a atrapar una pelota que se le escapa— está impregnado de una espeluznante sensación de inquietud. El protagonista, Chelaski, es un individuo perplejo, enigmático, callado, retraído; no ve razón para desempeñar el papel que le corresponde en el partido porque, al igual que el juego de la vida, es absurdo.

Bukowski presta suma atención al pequeño detalle inconexo y observado de una manera curiosa, y deja constancia de su maestría, ya desde muy temprano, en el oficio de la ficción: «fuego en cosas introducidas en bocas» de espectadores; «las gruesas venas en el cuello rojo» de Jamison; un rítmico y lírico destello de misterio erótico de la chica en las gradas con «falda verde, y un pliegue en una falda verde que aleteaba como una sombra».

Al igual que Roquentin en La náusea (1938) de Jean-Paul Sartre, que experimenta el mundo como algo «ajeno» y se asquea ante la horrible esencia del nogal, Chelaski también se siente «distinto», a la deriva en un universo indiferente en el que las «cosas no acaban de encajar» e «incluso el sol parecía un tanto enfermizo, el verde de las verjas demasiado verde, el cielo demasiado alto» y un extraño pájaro recurrente pasaba «brincando por el aire, arriba y abajo, de camino a alguna parte, muy rápido». El título «La razón detrás de la razón» sugiere un enigma inescrutable oculto tras las razones que inventamos para interpretar nuestra experiencia. Sean cuales sean los significados, resultan tan poco razonables que más vale pasarlos por alto en silencio. Es el poeta, quien como individuo lo pone todo en tela de juicio, el que está perdido, mientras todos los miembros de la muchedumbre «se mantenían unidos en un extraño acuerdo».

Se trata de la zona mística y solitaria en la que nada ni nadie tiene vinculación; hay que tener presente que una de las novelas preferidas de Bukowski era El corazón es un cazador solitario, 2 de Carson McCullers.

«Cacoethes scribendi» se centra en un editor/escritor que busca ayudante para su revista literaria. Una vez más el ambiente es raro, con extrañas perturbaciones en la atmósfera, la abstrusa elección semántica expresamente discordante: «monarca protector», «diacrítico», «acéfalo», «cebú», «linceo». El título procede de la Sátira VII de Juvenal y podría traducirse como «una necesidad de escribir endémica e incurable», lo que precisamente describe a Bukowski, ya que era un escritor esforzado e incesantemente productivo que enviaba sin cesar poemas, relatos y artículos prácticamente a todas las publicaciones literarias de Estados Unidos (así como a varias en Europa).3 De hecho, envió poemas a Poetry (Chicago) entre 1953 y 1956 y publicó los poemas «La mirada» en Matrix en 1951, «Pasar la noche» en Naked Ear en 1956, «Estas cosas» y «Fumas un pitillo» en Quixote en 1956, «Poema para directores de personal» y «Como el gorrión» en Quixote en 1957, y «Mío» en Semina 2, de Wallace Berman, en 1957. 4

«80 aviones no te dejan fuera de toda sospecha» (1957) es digno de atención dado que se trata del primer relato en que el narrador se llama «Hank», mientras que en «Amor, Amor, Amor» el protagonista es «Chuck» y en «La razón detrás de la razón» es «Chelaski». Bukowski acabaría decantándose por Henry («Hank») Chinaski (derivado de su nombre de pila Henry Charles Bukowski, hijo) como álter ego literario. Este relato supone un regreso al tono

más caprichoso de «Consecuencias» y la historia gira en torno a la biografía de D. H. Lawrence: su tentativa fallida de fundar la colonia de Rananim con sus amigos, su esposa Frieda von Richthofen, y el parentesco de ésta con «El Barón Rojo», Manfred von Richthofen. La alusión al Barón Rojo nos remonta a los comienzos literarios de Bukowski; uno de los primeros relatos que ideó de niño tenía que ver con el piloto de combate alemán de la Primera Guerra Mundial. 5

Richard Aldington, Homero, Shakespeare, Twain, Stevenson, Huxley, Confucio y Beethoven son todos evocados durante una alegre noche dedicada a beber y cazar mujeres. Wein, Weib und Gesang —vino, mujeres y canciones, o alcohol, sexo y poesía/música— se convertiría en la obsesiva santa trinidad temática de Bukowski; si uno existe en sus relatos, sin duda estarán presentes los otros dos.

La escritura de temática sexual transgresora se inaugura con «La historia del violador». Publicada en Harlequin en 1957, en realidad Bukowski ya la había enviado a Story en 1952, adelantándose tres años a Lolita de Vladimir Nabokov (1955).6 Queda claro desde el punto de vista psicoanalítico que el ciclo de relatos en torno a la violación («El maníaco» de 1970 es un ejemplo posterior) son reelaboraciones de la infancia aterrada del propio Bukowski en manos de su violento padre. Su artículo inédito «¡Ah, liberación, libertad, lirios en la luna!» demuestra su compasión por las víctimas del abuso sexual infantil, así como su sensibilidad ante la crueldad contra los animales. Más adelante, en su columna «Escritos de un viejo indecente», continuaría experimentando con temas eróticos explícitos, y cuando dejó su empleo en Correos de Los Ángeles en 1970 para iniciar su carrera como escritor profesional, empezó a crear adrede narraciones cada vez con más carga sexual y violenta a fin de vender su trabajo a las publicaciones para adultos.

Bukowski alternaba la creación de ficción y poesía, pero cuando escribía artículos, los consagraba la mayoría de las veces a la polémica literaria. A menudo parecía especialmente preocupado por distinguirse como creador solitario al margen de las diversas «escuelas» de poesía americana: imaginista, confesional, objetivista, Black Mountain, Deep Image, Nueva York, beat. En «Manifiesto»,

pone en el punto de mira a los «poetas de la universidad», un objetivo familiar a lo largo de toda su carrera. Este ensayo es tal vez una parodia (el vocabulario —«nosografía», «dictamen hipercrítico», «heurística», «esteatopígicos», «hierofantes»es a todas luces extravagante) de esa afectada crítica literaria de su época que le gustaba leer en el Kenyon Review o el Sewanee Review. A diferencia de los niños mimados de la torre de marfil, Bukowski intenta por todos los medios recordarnos que vivía según el pathei mathos de Esquilo: a través del sufrimiento se alcanza la sabiduría, la inspiración, la creatividad. En «Maltrata a sus mujeres», afirmó: «Los dioses se portaron bien conmigo. Me tuvieron jodido. Me obligaron a vivir la vida. Me resultaba muy difícil salir de un matadero o una fábrica y volver a casa y escribir un poema que no me saliera plenamente del corazón. Y mucha gente escribe poemas que no le salen plenamente del corazón. La vida dura dio pie a la frase dura y por frase dura me refiero a la frase auténtica desprovista de ornamentos.» Sería difícil dar con una declaración más concisa sobre la poética de Bukowski.

En otro de sus artículos sobre la vida del escritor, «La casa de los horrores», hace observaciones sarcásticas sobre poetas que «están tan ricamente con las teles, las neveras llenas a rebosar y los apartamentos

o las casas a la orilla del mar, sobre todo en Venice y Santa Mónica, y toman el sol durante el día, sintiéndose trágicos, esos amigos (¿?) míos y luego por la noche, quizá una botella de vino y un sándwich de berros, seguidos de una carta en la que se lamentan de sus penurias y su grandeza a alguien en alguna parte».

Se trata de un concepto romántico, pero para Bukowski muchos poetas eran apacibles cronistas que no cumplían con el poderoso apotegma de Nietzsche en Así habló Zaratustra: «De todo lo escrito, yo amo sólo aquello que alguien escribe con su sangre.»7 Y

coincidiría con Charles Peguy, quien señaló: «Un mot n'est pas le même dans un écrivain et dans un autre. L'un se l'arrache du ventre.

L'autre le tire de la poche de son pardessus», «Una palabra no es igual para un escritor que para otro. Uno se la arranca de las entrañas. El otro se la saca del bolsillo del abrigo».

El tema de la escritura de Bukowski es muy frecuentemente la propia escritura: su constante esfuerzo por definir el acto de la composición en relación con una vida vivida con autenticidad, sus teorías sobre la creatividad y la poética, su admiración por otros escritores, así como sus vínculos con editores. Su ensayo «The Outsider», que fue publicado en 1972 en The Wormwood Review, es su homenaje a Jon Edgar y Gypsy Lou Webb. The Wormwood Review, de Marvin Malone, Ole, de Douglas Blazek, y Klactovedsedsteen, de Carl Weissner, en Alemania, son esenciales a la hora de ir apuntalando poco a poco un público lector que lanzaría a Bukowski a la fama mundial.8 Sin embargo, la editorial más importante sería Black Sparrow Press de John Martin; en su relato de 1981 «El este de Hollywood: el nuevo París» aparece una de las diversas semblanzas de Martin que hiciera Bukowski. Y el propio autor editó dos modestas publicaciones, Harlequin, con su primera mujer, Barbara Frye, y más adelante, brevemente, Laugh Literary and Man the Humping Guns, con Neeli Cherkovski.

De hecho, la implicación de Bukowski con la edición underground en calidad tanto de colaborador como de editor lo situó en primera línea de batalla durante el contencioso a favor de la libertad de expresión en los cincuenta, sesenta y setenta. Ya en 1957, Wallace Berman, que había publicado a Bukowski en Semina 2, fue objeto de una redada por parte de la brigada antivicio de Los Ángeles.9 En 1966, a Steve Richmond, que había publicado a Bukowski en sus revistas Earth y Earth Rose, le fueron confiscados escritos en su librería en Santa Mónica.10 d. a. levy, dinamo de la «revolución mimeográfica», publicó el poema de Bukowski «El genio de la multitud», del que se

incautó la policía: «levy fue detenido y encarcelado junto con Jim Lowell (propietario de la gran Asphodel Bookshop, lugar de acogida de la nueva poesía durante más de treinta años) acusado de distribuir material obsceno en Cleveland». 11

Cuando John Bryan le pidió a Bukowski que editase Renaissance 2

en septiembre de 1968, solicitó un relato de Jack Micheline titulado

«Dinamita flaca» «sobre una pelirroja de Nueva York a la que le gustaba follar», de lo que se derivó la detención de Bryan. 12

Por tanto, como criatura del underground y como defensor de la libertad de expresión, Bukowski siempre había compartido los ideales de la contracultura. Y como se puede ver en su ensayo antibélico «Es difícil vender la paz, tío» (1962), a principios de los sesenta Bukowski comulgaba con el pacifismo y el amor, aunque de cara a la galería se pusiera la máscara del tipo duro y misántropo para ocultar su ternura esencial. No es de extrañar, por tanto, que Bukowski tuviera fuertes lazos con los autores beat. Aunque la naturaleza de su conexión con los beats ha dado pie a cierta controversia entre historiadores literarios, leyó sus obras con atención y figuró con ellos en muchas de las mismas publicaciones, como The Outsider, Evergreen Review, Beatitude, Transatlantic Review, City Lights Anthology, Klactovedsedsteen, Acid: Neue Amerikanische Szene, Unmuzzled Ox, El Corno Emplumado, Semina, Hearse, Wild Dog, Naked Ear y Bastard Angel. Y a medida que transcurrían los sesenta, un número cada vez mayor de escritores de renombre en los círculos beat empezaron a apreciar su obra; Kenneth Rexroth escribiría una reseña elogiosa de Atrapa mi corazón en sus manos, de Bukowski, en el New York Times el 5 de julio de 1964.13

Bukowski había mantenido correspondencia con Harold Norse y el homenaje que le rindió, «El viejo profesional», apareció en 1966

en Ole, una importante publicación de la «revolución mimeográfica»

editada por Douglas Blazek. Los dos poetas se conocieron cuando Norse se mudó a Venice, California, en 1969. 14 Bukowski reseñó Empty Mirror de Allen Ginsberg en Ole en 1967 y a comienzos de 1968 se encontró con Neal Cassady (el «Dean Moriarty» de En la carretera, de Jack Kerouac), en quien centraría una de sus columnas de «Escritos de un viejo indecente». 15 En 1969, Bukowski figuraría con Norse y Philip Lamantia en Penguin Poets 13. City Lights publicó Erecciones, eyaculaciones, exhibiciones en 1972 y Lawrence

Ferlinghetti patrocinó el primer recital de Bukowski en San Francisco en el City Lights Poet's Theater en septiembre de 1972 y también reeditó Escritos de un viejo indecente en 1973 tras su publicación inicial en 1969 con el sello Essex House. 16 Y en noviembre de 1974

Bukowski recitó con Ferlinghetti, Snyder y Ginsberg en el Santa Cruz Poetry Festival. 17

Así pues, los escritos de Bukowski derivan su intensidad no sólo de su voz tempestuosa, enérgica y autobiográfica, sino también del hecho de que son crónicas realistas de la contracultura de los sesenta. Por ejemplo, Gregory Corso aparece afectuosamente retratado en «Sólo escribo poesía para acostarme con chicas». Jack Micheline se convierte en un alegre «Duke» en una columna de «Escritos de un viejo indecente» de 1973, mientras que d. a. levy, que se suicidó en 1967, fue objeto de dos ensayos: «El deliberado desmenuzamiento del sol» y un artículo en The Serif, la revista literaria de la Universidad Estatal de Kent. LeRoi Jones (Amiri Baraka) es el tema de una de sus columnas de «Escritos de un viejo indecente», mientras que a Robert Creeley lo pone en la picota en el ensayo del Literary Times «Mis coetáneos a examen». Está claro que —pese a lo mucho que se esforzó en desmentirlo— la carrera de Bukowski estuvo en muchos sentidos inextricablemente ligada a los beats.

Un factor en común con los beats fue el desarrollo que hizo Bukowski de su particular estilo de «composición espontánea en prosa», que aspiraba a describir todo aquello relativo al cuerpo y la imaginación humanos que por lo general se pasaba por alto, se rehuía o se rechazaba por «vulgar». En «La ausencia del héroe», Bukowski hizo el esfuerzo de documentar imágenes violentas, escatológicas, fascinantes y grotescas conforme emergían de manera indeliberada en convulsos patrones de las profundidades del subconsciente. Aquí las palabras parecen lanzadas sobre la página de una manera tan enérgica como aleatoria, pero, aun así, llegan a conformar un patrón vital. Deja constancia de percepciones precisas, anotando incluso el paso del tiempo —«3.24 de la madrugada»— al estilo de un diario como para captar el preciso momento de la conciencia fragmentada a través el tiempo. El relato también ejemplifica el uso alterno por parte de Bukowski de frases en minúsculas y mayúsculas, el sangrado irregular de líneas, las listas de frases en caja alta, todo ello como si intentara pintar o dibujar con palabras. Experimentaba frecuentemente en su prosa con la puntuación, el cuerpo de la letra, la elipsis, la ortografía idiosincrásica y las repeticiones: algunas narraciones las componía exclusivamente en minúscula, insuflando a la prosa la poética travesura tipográfica de e. e. cummings.

Este énfasis en el aspecto del texto —a menudo ilustraba sus relatos, poemas y cartas con caricaturas y dibujos, mientras que sus primeros cuentos eran en realidad una combinación de palabras e ilustraciones — demuestra que Bukowski procuraba con frecuencia convertir el propio texto en imagen. En realidad iba adelantado a su época, anticipando la moda actual de la «ficción gráfica», ya que, entre mediados y finales de los cuarenta, aunaba obsesivamente texto e imagen en sus relatos manuscritos. [18] Como se aprecia en «El este de Hollywood: el nuevo París», Bukowski dedicaba un tiempo considerable a dibujar y pintar, y muchas de las ediciones de lujo de sus obras van acompañadas de ilustraciones originales. En este mismo sentido, el texto de «La ausencia del héroe» pone de manifiesto que Bukowski era una suerte de Autor de Acción: intentaba que las palabras actuaran, representaran su significado de un modo cuasi visual, de la misma manera que Jackson Pollock representaba el acto espontáneo de la creación lanzando pintura sobre el lienzo «aleatoriamente» y al mismo tiempo con precisión.

Bukowski desarrollaría un realismo lírico duro y cómico, una crudeza bajo la que se escondía una sensibilidad permanente y una fidelidad fotográfica de carácter documental a los horrores cotidianos. En sus «Escritos de un viejo indecente», deja de manifiesto los aspectos monótonos de la vida en la ciudad: los conductores en Los Ángeles, una confrontación entre nazis y marxistas, alegres sesiones nocturnas con sus caseros borrachos. A menudo escribe el equivalente en prosa de «Esto es sólo para decir», de William Carlos Williams, diciendo exactamente lo que tiene ante sí sin comentarlo. Apela al lector directamente, eliminando cualquier barrera entre autor y público. Y consolidó su personalidad herida y vulnerable reforzándola con ironía, por medio de una agudeza de observación subversiva, burlona, irreverente. La prosa de Bukowski se tornó más lograda con el tiempo, y sus narraciones, más diestras: comenzaba in media res con una estrambótica escena inicial para enganchar a los lectores y arrastrarlos hacia la historia, como en «El gato en el armario». Este relato es también un ejemplo maravilloso de cómo es capaz de poner a su álter ego en el papel de un personaje cómico e impotente cargado de desprecio hacia sí mismo y perdido en un universo en el que las cosas ocurren porque sí.

Las inesperadas referencias a Stravinski, Mahler, Hemingway, El extranjero de Camus, Maxwell Bodenheim y Berlioz con el telón de fondo de una sexualidad gráfica y un autodesprecio ebrio y cómico son ejemplos típicos de un recurso literario que Bukowski emplea a menudo. Estas súbitas y sorprendentes alusiones a figuras culturales tienen como fin «equilibrar» la «alta» y la «baja» cultura con un efecto

cómico y son una especie de «guiño» del narrador al lector, señalando que nuestro desventurado antihéroe tal vez sea un payaso, pero es más listo de lo que da a entender. De la misma manera, Bukowski quiere divertirnos fingiéndose un bufón: nos da nuestra lección existencial, con una sonrisa de complicidad. Sus personajes no crecen, no tienen epifanías ni alcanzan la iluminación.

Más bien, como dijera Buda en el Sutra del diamante: «Nada obtuve del absoluto despertar sin parangón, y precisamente por esa razón se llama absoluto despertar sin parangón.»

Cada vez más famoso, Bukowski empezó a dar recitales de poesía por todo Estados Unidos: en California (Los Ángeles, Santa Cruz, San Francisco), Nuevo México, Washington, Utah, Illinois, Nueva York y Wisconsin, así como en Vancouver, Canadá, y Hamburgo, Alemania. También hizo una bulliciosa aparición en el famoso programa de televisión presentado por Bernard Pivot en París, Apostrophes. Y, como siempre, la vida fue alimentando su arte cuando empezó a hacer crónica de su vida en la carretera en poemas, relatos, artículos y novelas. Se convirtió en «buscavidas literario» y se satiriza a sí mismo al tiempo que despoetiza y resta romanticismo a la poesía; torna el grandilocuente recital poético en un ritual en honor al dios Dionisos, aderezado con ríos de vino y extáticas ménades. 19

La revolución sexual de los sesenta coincidió con la cruda y directa confrontación de Bukowski con su propia sexualidad. Debido a su acne vulgaris y su infancia torturada, Bukowski no tuvo una adolescencia «normal» y se pasó de 1970 a 1977 intentando ponerse al día de todos los placeres que se había perdido de adolescente en el sur de California. En «El recital del gran ciego», por ejemplo, vemos a Bukowski en plena forma, abordando múltiples niveles de ironía y autoparodia. El propio título es ambiguo: «ciego»

puede hacer referencia al colocón de hierba, pero también al «gran ciego», el Poeta como Payaso. El autor ofrece a sus lectores un desternillante momento de autoparodia con cara de póquer cuando Chinaski cita dos de los más famosos apotemas de Bukowski: «El genio […] podría ser la capacidad de decir algo profundo de manera sencilla» y «El aguante tiene más importancia que la verdad», que constituyen bromas privadas para los seguidores acérrimos de Bukowski. También se aprecian aquí momentos de gran complejidad cuando a un tiempo se parodia a sí mismo y parodia tanto la escritura erótica como las convulsiones de las «relaciones»

sexuales/románticas (aunque habría sido alérgico a semejante jerga

psicológica). Bukowski acostumbra a abordar el «sentido» de las

«relaciones» con una mezcla de guasa y actitud zen que hace pensar en el aforismo gnómico de Lacan: «No hay relación sexual.»

Se desnudaba para mostrar su vulnerabilidad, sus heridas, en un intento de recuperar por medio del amor lo que perdió en la infancia, y no obstante, al mismo tiempo, se mofaba de la lucha por alcanzar la salvación a través del amor y el sexo. 20 Sin embargo, Bukowski es también, naturalmente, un romántico capaz de escribir sobre el enamoramiento en su columna del 24 de junio de 1974 de «Escritos de un viejo indecente»: «Paseaba y era como si llevara el sol en mi interior.» Y como escribió uno de sus poetas predilectos, e.

e. cummings: «el desamor es infierno sin cielo y casa sin hogar [...]

sólo los amantes van ataviados de sol». 21

El «mecanismo de defensa» de Bukowski para protegerse de la angustia psíquica es, claro está, la risa. El ingenio, un sentido infalible de la comicidad y una inexorable fuerza motriz potencian su escritura; sus adorados hermanos renacentistas en lo que a extravagancia frenética respecta fueron François Rabelais y Giovanni Boccaccio.22 También podía mostrarse sardónico, lo que casaba a la perfección con el Zeitgeist: el humor negro marcaría la contracultura de los años sesenta y setenta. ¿Quién teme a Virginia Wolf? (1966), Alguien voló sobre el nido del cuco (1975) y Eraserhead (1978) estaban entre sus películas preferidas: humor y locura en un íntimo y delicado contrapunto.23 Así pues, la obra de Bukowski oscila entre la desesperación y el lirismo, avanzando con una vigorosa energía que prácticamente siempre redime sus escritos del nihilismo. Su admiración por la genialidad de Robert Crumb (que ilustró varios libros del autor) demuestra que para Bukowski hay un nexo entre dolor, risa y estados emocionales extremos rayanos en el expresionismo alemán.

Tras presentar la dimisión de su puesto en Correos a los cincuenta años, Bukowski demostró que podía ser un autor práctico y optimizó su producción reelaborando tramas en contextos diferentes. Reciclaba narraciones predilectas no sólo en relatos y novelas, sino que las refundía en cuentos y poemas: «Engañando a Marie» existe en ambas formas. Asimismo, partes de Cartero, Factótum y Mujeres aparecieron en un principio en su columna de «Escritos de un viejo indecente» en Los Angeles Free Press como relatos independientes. El capítulo 30 de Mujeres se publicó en dos entregas y, al comparar las versiones del

relato y la novela, se ve en qué medida alteró y revisó; en este caso, numerosos pasajes espléndidos quedaron descartados al dar a su prosa forma de novela. Este método de composición tenía pleno sentido, ya que la ficción de Bukowski siempre había sido episódica, construida a partir de secciones breves enlazadas. Sus novelas son en cierta manera una serie de narraciones breves empalmadas que le permitían extraer secciones para enviarlas a revistas como relatos breves independientes conforme las componía. Y se daba asimismo otra modalidad de proliferación literaria: la obra de Bukowski circulaba por numerosas publicaciones underground según un acuerdo del United Press Syndicate (UPS) que permitía la reedición de artículos por parte de todos los miembros de la organización.24

Tal como se sugería anteriormente, quizá debido tanto a la relajación de las restricciones censoras durante los años sesenta y setenta como a su deseo de explorar más plenamente los rincones más oscuros de su imaginación, Bukowski empezaría a experimentar de manera más drástica con representaciones directas de violencia. 25

Películas como Grupo salvaje (1969), Easy Rider (1969) y La naranja mecánica (1971) pusieron las bases para un relato como «Cristo con salsa barbacoa» en el que Bukowski se sirvió de un artículo periodístico real como fuente para su narración.26 En relatos posteriores como «El invasor» (1986), Bukowski rastrea la incursión del terror en las banalidades de la vida diaria: relatos de locura cotidiana. Este relato también recuerda sus primeras semblanzas apocalípticas de la incapacidad humana a la hora de desentrañar el salvajismo originario en cuentos como «Galletitas de animales en la sopa».

El tardío y entrañable ciclo de poemas de Bukowski sobre sus gatos los revela como criaturas que conservan el estilo, la elegancia y la falta de pretensiones que tanto se echan en falta en los seres humanos. Y en uno de sus últimos ensayos el autor afirma que la mayoría de las personas pierde la magia a edad muy temprana. En «Fingirse poeta y serlo», vuelve a sus lucubraciones sobre la vida del poeta: «La poesía proviene de donde has vivido y como has vivido y de lo que te hace crearla. La mayoría de la gente ya ha entrado en el proceso de la muerte para los 5 años, y con cada año que pasa queda menos de ellos en el sentido de que ser original empieza por la oportunidad de abrirse paso y alejarse de lo que resulta evidente y lo que mutila.» Para Bukowski, vivir la vida poéticamente es, de hecho, la única manera de vivirla de verdad.

DAVID STEPHEN CALONNE

AUSENCIA DEL HÉROE

LA RAZÓN DETRÁS DE LA RAZÓN

Chelaski. Exterior central, 285 (Entradas a batear-246 Golpes-70) Se sentía… se sentía un tanto distinto allí afuera. Hay días en que uno se siente un tanto distinto. Las cosas no acaban de encajar. Como ahora, incluso el sol parecía un tanto enfermizo, el verde de las verjas demasiado verde, el cielo demasiado alto, y el cuero de su guante demasiado parecido a… cuero.

Avanzó unos pasos y golpeó el puño contra el guante, intentando sacudirlo todo. ¿Le dolía la cabeza o qué? Daba la sensación de tener potencial, como si estuviera a punto de gritar o dar un salto o hacer algo que no debería.

Chelaski estaba un poco asustado y miró de soslayo a Donovan, Exterior izquierdo, 296 (Entradas a batear-230 Golpes-68), pero a Donovan se le veía muy cómodo. Observó a Donovan con atención, procurando impregnarse de su energía. Tenía la cara muy morena, y Chelaski no se había fijado nunca en la barriguilla. Qué protuberancia tan fea, tan natural. Hasta las piernas de Donovan parecían gruesas, como árboles, y Chelaski volvió a mirar al frente, sintiéndose peor.

¿Qué iba mal?

El bateador golpeó la pelota, que salió disparada hacia el jardín…

hasta Donovan. Donovan avanzó unos pasos, movió los brazos sin prisas y atrapó la pelota. Chelaski había observado la pelota en su larga y lenta trayectoria arqueada a través del cielo y el sol. Le había resultado bastante agradable, pero en cierto modo ajeno, sin relación con nada más. El siguiente jugador conectó un golpe dentro del cuadro interior que no se vio obligado a defender. Uno fuera.

Uno dentro. ¿Qué entrada era? Se volvió para mirar el marcador y vio la muchedumbre. No fijó la vista en ellos. No eran más que retazos de movimiento, ropa y sonido.

¿Qué querían que se hiciera?

Volvió a pasársele por la cabeza: ¿qué querían que se hiciera?

De pronto estaba aterrado y no sabía por qué. Le costaba tomar aliento y notaba la boca llena de saliva; se sentía aturdido, etéreo.

Allí estaba Donovan… plantado. Volvió a mirar al gentío y vio a todos, vio todo, todos juntos y por separado. Gafas, corbatas; mujeres con falda, hombres con pantalones; había pintalabios… y fuego en cosas introducidas en bocas…, cigarrillos. Y todos se mantenían unidos en un extraño acuerdo.

Y entonces ocurrió…, un golpe hacia el jardín… en dirección a él.

Una bola fácil. Estaba preocupado. Observó la pelota con ferocidad y casi le dio la impresión de que detenía su movimiento en el aire.

Permaneció allá suspendida y el gentío gritaba y el sol brillaba y el cielo era azul. Y los ojos de Donovan lo observaban, y los ojos de Donovan observaban. ¿Estaba Donovan en su contra? ¿Qué quería Donovan en realidad?

La pelota le llegó al guante. Entró en el guante y notó la fuerte presión y el agradable empujón al atraparla. Lanzó la pelota a segunda base, manteniendo al corredor en primera. Fue un buen lanzamiento y Chelaski se quedó asombrado; le pareció como si la bola hubiera ido hasta allí porque estaba destinada. Su terror mermó un poco; estaba saliendo bien parado.

El siguiente jugador quedó eliminado a medio camino de la primera base y Chelaski inició el largo trote hasta la cueva del banquillo. Era agradable correr. Se cruzó con varios jugadores contrarios pero no lo miraron. Le molestó un poco, y esa molestia se le quedó alojada como un bultito mientras seguía el cuello rígido de Donovan hasta la cueva. Cuando Chelaski llegó abajo, se sintió en cierta manera desnudo, o pillado en falta, o algo, y en un esfuerzo por comportarse como si todo fuera bien, se llegó hasta Hull y le dirigió una sonrisa desde su altura.

—¿Quieres que te bese? Podría hacerte olvidar —le dijo a Hull.

Hull tenía un promedio de bateo de 189 y había ido a parar al banquillo en vez de Jamison, el chaval universitario. Hull levantó la mirada hacia Chelaski. Fue una mirada como si no lo reconociera en absoluto. Ni siquiera le respondió; se levantó y se fue a la fuente de agua. Chelaski se adelantó rápidamente hacia la baranda, de espaldas al banquillo.

Corpenson llegó a primera. Donovan propició una jugada doble y se llegó al trote hasta la primera base, levantando bien alto las piernas,

mostrando las medias, de alguna manera rebosante de color.

Chelaski se fue hacia el plato. Allí estaba el árbitro, el receptor, el lanzador, los jugadores defensivos, los espectadores. Todo a la espera, todo a la espera. Afuera, tal vez, un hombre atracaba un banco; o un tranvía lleno de gente sentada doblaba una esquina; pero aquí era distinto: estaba establecido, se esperaba.., no como aquello, afuera: el tranvía, el atraco. Aquí era… distinto, atrapado, exigido.

Lanzó el bate, falló el primer golpe y el gentío bramó. El receptor gritó algo y devolvió la pelota. Un pájaro pasó brincando por el aire, arriba y abajo, camino de alguna parte, muy rápido. Chelaski escupió y miró fijamente la marca de nacimiento en el suelo. La tierra estaba muy seca. Bola uno.

La siguiente le llegó por fuera, donde le gustaban. Lanzó el bate con rapidez, automáticamente, y la muchedumbre gritó. Fue un golpe largo, muy por encima de la cabeza del exterior central.

Chelaski la vio rebotar en la pared junto al asta de la bandera. El gentío gritó más fuerte que nunca; gritó más fuerte de lo que Chelaski había oído en toda la temporada. Entonces Jamison, que estaba a la espera de batear, empezó a chillarle: —¡Corre! ¡Corre! ¡Corre! —le gritó.

Chelaski se volvió y miró a Jamison. Tenía los ojos abiertos a más no poder y ardiendo como dos flashes, tazas de algo caliente y forzado. Tenía la cara crispada, los labios vueltos hacia fuera, y Chelaski se fijó especialmente en las gruesas venas en el cuello rojo.

—¡Corre! ¡Corre! ¡Corre! —le gritó Jamison.

Llegó una almohadilla procedente de las gradas. Luego otra. La muchedumbre armaba tal escándalo que ya no oía a Jamison. El que probablemente era el mismo pájaro vino volando de regreso, brincando arriba y abajo, sólo que un poquito más rápido. El exterior central había atrapado la pelota. El estruendo era casi insoportable.

Una almohadilla alcanzó a Chelaski, que se volvió para mirar al gentío. Cuando lo hizo, muchos espectadores saltaban arriba y abajo, venga a agitar los brazos. Almohadillas, sombreros, botellas, empezó a llover de todo. Por un instante Chelaski se fijó en una chica con falda verde. No alcanzaba a distinguir la cara, la blusa ni el abrigo. Veía una falda verde, y un pliegue en una falda verde que aleteaba como una sombra. Entonces lo alcanzó otra almohadilla. Le escoció, le cortó, le produjo una sensación de calor. Por un instante se sintió furioso.

La pelota le llegó al de la segunda base, que la pasó a primera para que lo eliminara. El ruido era volcánico, sofocante, enloquecedor. Jamison había agarrado a Chelaski del brazo y lo apartaba del cajón del bateador. Chelaski se fijó en la cara de Jamison, surcada de pinceladas blancas y rojas, con aspecto grueso, como si le hubieran añadido varias capas de piel.

Chelaski se fue camino de la cueva mientras el estruendo continuaba. El equipo salía al campo, con Hull como sustituto suyo en el jardín.

Hacía frío en la cueva del banquillo, estaba oscuro en la cueva.

Vio el cubo de agua con el paño en el borde. Fue hasta allí, vio que las manos de alguien se deslizaban nerviosamente en el banquillo, las piernas de alguien se cruzaban.

Entonces Chelaski se vio plantado delante del técnico, Hastings.

No miraba a Hastings, sólo miraba su camisa debajo de la V del cuello.

Luego levantó la vista. Vio que Hastings intentaba hablar pero no conseguía soltarlo.

Chelaski se volvió a toda prisa y se fue corriendo por la rampa que llevaba a los vestuarios. Cuando llegó, se quedó un momento mirando todas las taquillas verdes.

Afuera, el gentío seguía gritando y algún que otro periodista bajaba en dirección a Chelaski para preguntarle qué le ocurría.

AMOR, AMOR, AMOR

Oigo a mi padre bañarse. Chapotea muchísimo, derrama agua, se golpea los codos contra los costados de la bañera.

—¿Te has fijado en que he llevado los dientes todo el día, mamá?

—No, no me he fijado.

—Es como si fuera mi propia dentadura, de toda la vida.

—Dentro de poco podrás comer frutos secos y demás.

—Frutos secos. ¡Ja!

Mi padre sale por el sendero de gravilla, se detiene, se agacha, habla con mi madre, que sigue dentro de la casa.

—Esta zanahoria sigue viva.

—Lo sé. Oye, ¿qué es eso…, la manga…?

—¿Qué?

—Fíjate, llevas la manga descosida. Debajo del brazo. Mira debajo del brazo…

Encuentro una nota en mi cama. Está escrita en el reverso de un sobre, con los gruesos garabateos de mi padre: ½ botella de whisky 2,00

1 botella entera de whisky 3,65

½ botella de ginebra 1,90

2 gaseosas de jengibre 0,30

Lavandería y limpieza 3,25

Ropa interior 8,25

1 camisa de vestir 4,00

Alojamiento y comida 10,00

33,35

Mi padre va pasillo adelante. Lleva unas zapatillas de cuero que golpean el suelo. Entra en el cuarto de baño.

—Cielos, ¿qué hace toda esa agua en el suelo? ¿Has derramado tú toda esa agua al suelo? —le pregunta a mi madre.

—¿Qué agua?

Abre la puerta y entra en mi cuarto.

—¿Has derramado tú toda esa agua al suelo?

—Sí —digo—, he hecho cuenco con las manos y la he esparcido por ahí.

Se pone a gritar…

Mi hermano George cuenta sus experiencias en la guerra:

«Hicieron sonar la alarma de paracaidistas y yo pensé: Dios mío,

vienen los japos. Bueno, pensé, tengo las raciones de rancho, tengo el 45, tengo las balas dumdum; tengo una botella de Stateside, y pensé: bueno, estoy listo. Me voy al campo de aviación y cojo un C-47 para largarme de este puto lugar…»

Mi hermano George pasa fuera toda la noche y me llama por la mañana: «Chuck. Chuck. Me han rajado por todas partes. Tengo una cicatriz de cojones encima del ojo. Tengo un ojo morado. Sangre por todos lados. Me han dejado la cazadora hecha trizas. Me emborraché con un tipo que tenía un montón de cicatrices dentro de la boca, de clavarse alfileres. Dijo que el dolor era una mera cuestión de control. Perdí el conocimiento, no recuerdo lo que pasó. Estoy en Hollywood. ¿Qué día es hoy?»

Estamos sentados a la mesa, todos salvo George. Mi madre lleva puesto esa bata larga de estar por casa y se lleva una patata a la boca.

—Chucky, qué delgadas se te ven las mejillas. Voy a hacer que se te pongan los mofletes tan gordos que van a colgarte de las mandíbulas. Es una pena, cómo estás. Con el perfil tan bonito que tienes.

—Es verdad —dice mi padre.

—Ya has engordado un poco —continúa mi madre—. Si dejaras de beber… ¿Por qué no levantas los ojos del plato? ¿Por qué no miras a la gente? Mírame… ¿No quieres más patatas?

—No.

—¿Más carne?

—No.

—¿Más apio?

—No.

—¿Quieres más café?

—No.

—¿Más guisantes?

—No.

—¿Y un poco de pan?

—¡No, NO! ¡Maldita sea, si quiero algo, ya lo pediré!

—Pero bueno, ¿qué te pasa? —grita mi padre. Tira la servilleta encima de la mesa, aparta la silla de un manotazo y se precipita hacia la sala de estar, sus zapatillas golpeteando el suelo.

—Chucky —dice mi madre—, no tienes idea del daño que nos has hecho. No tienes idea de lo mucho que intentamos complacerte. Tu padre te quiere. Vienes aquí. Haces que George empiece a beber.

Tienes veinticinco años. Aún hay tiempo. Tu padre quiere enseñarte a conducir. Te niegas. No quieres sacarte el carné de la biblioteca, no quieres ir al cine gratis. Sólo bebes, bebes y bebes, y no levantas los ojos del plato. ¿Te queda algo de dinero?

—No.

—¿Qué vas a hacer?

»Chucky, contéstame, soy tu madre.

CACOETHES SCRIBENDI

Oí la máquina de escribir y llamé al timbre. Salió a la puerta.

—He oído la máquina de escribir —dije.

Era un tipo enorme, de huesos grandes, ancho, fortalecido de alguna manera. Le miré a la cara y no me pareció muy imponente que digamos. Tenía un bigotito, sin recortar, los pelos salientes separados y desiguales; la frente era plana y baja sobre la cabeza grande y ovalada; había una cicatriz que arrancaba de la comisura derecha de una boca muy pequeña, y los ojos no eran nada fuera de lo común.

Lo que escribía era en buena medida una tautología de carácter popular, aunque a veces trabajaba con la abstracción, y puesto que los demás no lo hacían, aportaba a sus relatos un timbre limpio y fresco, un timbre en ocasiones, a mi modo de ver, más osado de la cuenta con el esplendor experimental. Pero qué demonios, lo estaba intentando.

Seguí los grandes hombros y la cabeza al interior de la casita.

Las habitaciones principales estaban en penumbra, y cuando lo seguía hacia el fondo, pasamos por delante de una pelirroja tendida en un sofá. Supuse que era su mujer, pero siguió adelante sin presentármela. Dirigí una sonrisa a la señora y le dije Hola. Ella me devolvió la

sonrisa y dijo Hola. Sus ojos brotaban de la oscuridad, claramente risueños, y me gustó de inmediato.

Seguimos adelante, cruzamos una puerta de vaivén y entramos en la cocina. Señaló con su manaza una mesita amarilla en miniatura:

—Siéntate. Voy a preparar café.

La luz era tan intensa que resultaba incómoda, y me sentía totalmente al descubierto con mi traje planchado, la camisa limpia, los zapatos estrechos y lustrosos. Él llevaba el cuello de la camisa desabrochado y unos pantalones grises, anticuados. En la mesa había una máquina de escribir con la hoja colocada, cubierta en parte por una letra pequeña y muy negra. Había más páginas apiladas a un lado, y también galletitas saladas, un montón enorme, en un cuenco alto y blanco. No pude por menos de pensar que me habían invitado a cenar, pero de algún modo se me quitó un peso de encima al ver que no era así.

Contra la pared del fondo de la cocina había un trasto parecido a un armario, hecho en casa, sin puerta y con los estantes colocados de cualquier manera. Estaba lleno a rebosar de esas publicaciones para escritores que arrojan a los mercados y demás carnaza en forma de periodismo literario. Estaban colocadas con pulcra uniformidad, según el tamaño, y sin duda en orden cronológico. A partir de esa estantería en la cocina, y de otros indicios, pude hacerme una clara idea del monarca protector de la casita.

Puso a hacer el café y se dejó caer enfrente de mí, detrás de la máquina de escribir. Lanzó una mirada semirritual a la hoja un momento, sus ojos se tornaron redondos, redondos como los de un perro; el pequeño destello canalizado hacia su escritura. Luego alzó la cabeza esférica.

—Toma una galletita —dijo.

Tendí la mano hacia el cuenco alto y blanco con la sensación de que iba a dirigirme una mirada analítica, así que le dejé ejercer toda su influencia. La retiré con mi galletita y mordí la mitad.

—Creía que eras más joven —dijo.

—Tengo veinticinco años —respondí—, pero he llevado mala vida.

—Aun así, tienes el aspecto que imaginaba. Siempre sé el aspecto que vais a tener.

Sabía a qué se refería: enigmáticamente sofisticados y tensos, con una actitud más bien cortante. Me puse en pie, me quité la chaqueta, la lancé sobre una silla y me aflojé la corbata. Me habría

quitado también la camisa, pero no llevaba camiseta. Volví a sentarme y tomé otra galletita. El café empezó a borbotear.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —pregunté. Me dio indicaciones y me dirigí hacia allí. Era un cuarto de baño sorprendentemente grande para una choza tan pequeña…, probablemente cosa de un arquitecto ruso o un irlandés acéfalo…, pero seguí adelante con buenas intenciones. Oí algo y miré alrededor: se había entornado la puerta y una manaza asomaba por la rendija con una toalla. Agarré la toalla de la mano.

—Gracias —dije. No hubo respuesta. La manaza se retiró y se cerró la puerta.

A mi regreso, el café estaba preparado, y sugirió que fuéramos al dormitorio. Tomamos las tazas y caminamos con cuidado para que no se derramara el café. No había mesa en el cuarto, sino que fuimos a un escritorio. Mantuvo el platillo a la altura de la cintura, levantó la taza, ladeó la cabeza ovalada, el amarillento bigote de vagabundo, y tomó un sorbo. Luego dejó la taza en el escritorio y salió de la habitación.

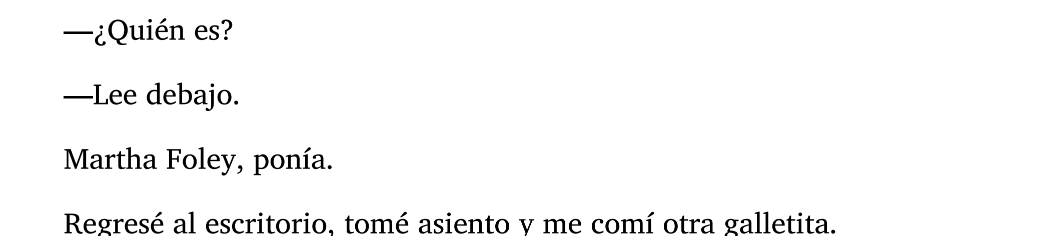
Había recortes de periódico y fotografías por todas partes en las paredes. En el suelo había una caja de madera llena de sobres marrones vacíos, con cosas escritas encima, matasellados, las grapas de latón retiradas. En el escritorio había un libro. Se veía un dibujo a lápiz en la portada, nada excepcional, y el libro se titulaba, Relatos completos de K___ M___. Pasé el pulgar por las páginas escritas a máquina y luego aparté el libro. Me sentía encerrado en la habitación, como si me estuvieran examinando para asesinarme.

Regresó con el cuenco alto y blanco lleno a rebosar de galletitas saladas y las dejó ante mí. Le di las gracias y tomé un sorbo de café.

Se quedó plantado en el centro de la habitación.

—Ya sabes quién es ésa, ¿verdad? —Señalaba un recorte de periódico, una fotografía de alguien, sujeta con chinchetas a la pared. Me levanté del escritorio para mirar el recorte.

Era una mujer de aspecto diacrítico, linceo, tras sus gafas de gruesa montura. Parecía una profesora de álgebra superior.



—¿Quién es?

—Lee debajo.

Martha Foley, ponía.

Regresé al escritorio, tomé asiento y me comí otra galletita.

—Este año no lo he conseguido —dijo—. Creo que lo conseguiré el año que viene. Ella tuvo suerte de publicar un libro este año…, conmovedor…, perdió algunas pertenencias. Tuve que enviarle dos ejemplares extra de la revista…, la que llevaba tu relato. Tengo cartas suyas. ¿Quieres verlas?

—No, no hace falta… Venga, vamos a echar un trago.

—No bebo —dijo.

—¿Y una cerveza?

Le oí hurgar en el armario y volverse en la silla giratoria, vi moverse sus nalgas dentro de los pantalones grises anticuados cuando se inclinaba en busca de algo. ¿Una botella de vino, tal vez?

Me levanté y fui hasta la ventana. Vi un jardín sin hierba rodeado de abundantes terrenos. Bueno, estaba solo, por lo menos. Había un neumático allí atrás, un incinerador, una caja de latas. Era lo único que alcanzaba a distinguir a la luz de la luna, y era suficiente.

Salió del armario con una caja de zapatos de cartón. Se puso a mi lado y levantó la tapa. Por primera vez, me sonrió, despojándose al fin de su aura de seriedad, y me sentí acogido y feliz. Su cara parecía mucho más sincera cuando sonreía; la boquita se ensanchaba y la cicatriz le tiraba un poquito de la barbilla.

—Cartas —dijo.

Miré dentro de la caja de zapatos. Sacó una, luego otra.

—Accent, Circle, todos ellos. Ya sabes, los que estuvieron a punto. Te escriben sobre ellos.

Hice algún comentario y volvió a poner la tapa de la caja y la dejó en el armario. Salió del armario con aspecto otra vez solemne.

Yo estaba de nuevo en el escritorio, ante el cuenco alto y blanco. Él se plantó ahí un momento, en silencio, con aspecto sumamente inmenso,

el cebú.

—He decidido —dijo— que no puedes ser mi subeditor. Es posible que no creas en cosas así, dudo que creas, pero a veces Dios me

habla, y anoche tuve una visión, y me dijo que no estarías a la altura.

Me fui poco después, e insistió en llevarme en coche los tres kilómetros hasta la parada del tranvía, aduciendo que probablemente los autobuses no llegaban hasta allí a esas horas de la noche, y que si llegaban, probablemente lo hacían a intervalos de una hora.

Me quedé en el porche con la pelirroja que probablemente era su mujer mientras él iba al garaje a por el coche.

—Es un tipo muy majo —dije.

Ella estaba ahí plantada, cruzada de brazos, con esa sonrisa hermosa y claramente divertida. Fue entonces cuando recordé que era domingo por la noche y había estado sola durante horas.

—Llevamos casados casi veinticinco años.

—¿Ah, sí?

—Y fue bien hasta que le dio por el asunto ese de escribir.

El coche bajó por el sendero de gravilla marcha atrás…, un modelo de en torno a 1928; sólida carrocería de acero y faros enormes, como los ojos de un monstruo, un enorme monstruo de acero que se negaba a morir.

Abrió la puerta del coche y me miró. La pelirroja abrió la puerta de la casita.

—Adiós —dije.

—Adiós —respondió ella.

Me llevó camino de la estación del tranvía y hablamos de Sherwood Anderson. Al llegar, nos estrechamos la mano, cruzamos unas palabras de despedida y me ayudó con la manija de la puerta.

Me apeé. El monstruo lanzó un resoplido, casi se paró, y luego embistió hacia la noche…

Ahora estoy en otra ciudad, pero me ha escrito. Era una breve nota, mecanografiada en un papelito amarillo. Según veo, ha renunciado a la abstracción. Dice que ahí ya ha terminado su

trabajo. Tiene agentes en Nueva York y Londres. Además, escribe, ha renunciado a la revista para dedicarse por completo a su arte.

LA HISTORIA DEL VIOLADOR

No sabía que fuera a serlo.

Y sigo sin sentirme como tal. O puede que sí. No sé cómo se sienten. Sólo sé cómo me siento yo.

Ya sabes, había leído sobre ellos en la prensa alguna vez, y nada más.

Acostumbraba a pensar, sólo un instante: ¿por qué demonios hará algo así un tipo? Con la abundancia que hay paseándose por ahí.

Pero nunca había relacionado nada de eso conmigo.

Supongo que así son las cosas: un instante vas por ahí siendo una persona y entonces, de repente, te acusan, nada menos que a ti, de ser un violador, un agresor, un profanador, y gente en todas partes abre periódicos y lee sobre ti.

Y alguien piensa: ¿por qué demonios hará algo así un tipo (refiriéndose a mí, esta vez)?

Con la abundancia que hay paseándose por ahí.

Supongo que imaginan que un violador es un tipo que ha ido por ahí mirando a hurtadillas por las ventanas con un montón de fotos guarras en los bolsillos del pantalón. Entonces se le presenta una oportunidad de las que siempre ha estado esperando, y se decide a cometer la violación.

Eso pensaba yo.

Ahora bien, sólo me conozco a mí mismo.

Bueno, con todo esto no estoy contando la historia de cómo me metí en semejante lío.

No sé exactamente cómo empezar. Si te limitas a enumerar lo que ocurrió y lo que hiciste, no resulta como es debido. Con eso me refiero al asunto en plan pregunta y respuesta que se da en los tribunales. No

está bien. Te hacen quedar en mal lugar. Se limitan a contabilizar los resultados de las preguntas y respuestas y suspendes en el total. Resulta demasiado automático.

Maldita sea, deberían dejar que uno se pusiera cómodo en la sala y lo explicara todo a placer, si es capaz.

Lo sabes tan bien como yo, hay tanta rigidez, y el juez, y el aspecto del sitio. Llevas ahí sentado un par de minutos —ni siquiera, igual 30 segundos— y ya notas dónde tienes los cordones atados sobre los pies y la manera en que el cuello de la camisa se te ciñe al cuello.

No puedes respirar bien y tienes unos nervios de mil demonios.

¿Y por qué?

Porque sabes que la justicia no tiene nada que ver con eso. Igual ves a un par de tipos deambulando con documentos en las manos.

También están nerviosos. Hasta el juez está nervioso, aunque procura no estarlo y apechuga todos los días.

Algunos incluso intentan sonreír y bromean un poco, sobre todo en casos de escasa importancia. Son los que más pena me dan, por mucho que yo sea el caso de menor importancia.

Sí, tengo que reconocer que he estado en un montón de tribunales.

Pero casi siempre acusado de borracho y vagabundo.

Pero oye, a lo que voy es a que no puedes decir nada, ¿no lo entiendes?

¿Estabas borracho? Vale, culpable.

¿Vagabundeabas? Lo mismo: vale, culpable.

No te preguntan por qué estabas borracho o por qué dormías en la calle. Un hombre se emborracha por una buena razón y un hombre duerme en la calle por alguna buena razón, demonios. No hay ninguna «culpa» en ello.

No eres más culpable que por ser castaño o tener diez dedos en las manos.

Vale, dicen que soy un violador.

Un agresor.

Un profanador.

De hecho, me enfrento a dos acusaciones de violación, abuso a una menor, allanamiento de morada, y todo lo demás.

Bueno…, como se suele decir…, voy a empezar por el principio.

Todo el lío empezó así: estaba en el sótano recogiendo el cartón viejo que la señora Weber (es la mujer a la que se me acusa injustamente de haber violado) dijo que podía llevarme.

Sabía dónde venderlo por un poco de dinero, igual por algo de vino, que era de todos modos en lo que me gastaría el dinerillo.

Vi el cartón una vez que estaba la puerta del sótano abierta y pasé por la callejuela.

La siguiente vez que vi a la señora Weber (la mujer a la que se me acusa injustamente de haber profanado) le pregunté si podía quedarme el cartón que tenía por ahí tirado en el sótano, sin usar.

Ella me dijo: «Vale, Jerry, cuando te parezca, a mí me va bien. A mí no me sirve de nada tal como está.»

La señora Weber lo dijo así, sin vacilar siquiera.

Me hizo falta mucho valor para pedírselo. La verdad es que tengo los nervios bastante mal de tanto beber, y me deja hecho polvo vivir en esa choza en el aparcamiento. Estoy solo por completo y le doy muchas vueltas al tarro. Tanto pensar me ha dejado huella en la cabeza y ya no consigo estar tranquilo. Me siento muy sucio; tengo la ropa vieja y desgarrada.

No me siento como hace unos años. Sólo tengo 32 años pero me siento como una especie de animal marginado.

Joder, no me da la impresión de que haga tanto tiempo de cuando iba al instituto con un jersey azul limpio, cargado con libros de geometría y álgebra, economía, educación cívica y todo eso.

Pensé un tanto en ello cuando le pedí a la señora Weber el cartón, y me vino bien. Era una mujerona, una mujerona limpia, y

poco le faltaba para estar gorda. Se ponía un vestido distinto cada día, colores nuevos y llamativos, y me hacía pensar en espuma de jabón y

cosas tersas, frescas.

Pensé en cuando estuve casado, en los cuatro años con Kay, los distintos apartamentos, los asquerosos trabajos en fábricas.

Esas fábricas me machacaron y empecé a darme a la bebida por la noche, al principio de vez en cuando, y después de una temporada, casi todo el rato.

Perdía un trabajo tras otro y luego perdí a Kay, y pensé en todo ello mientras le pedía a la señora Weber el cartón.

No había sido siempre un borracho y un vago.

Cuando se alejaba la señora Weber le miré la parte de atrás de los muslos, el sol que le ceñía las medias de nailon. Los brazos, y el cabello como para que te entraran ganas de cantar.

No me malinterpretes. Ya sé de qué se me acusa. Pero soy honrado y también creo que soy inocente de este cargo de violación, y sé que estoy liando el asunto pero intento dejarlo por escrito para que veas a qué me refiero. No quiero dejarme nada.

Violador, eso me llaman.

Después de que la señora Weber entrara en la casa, me miré las manos sucias, mugrientas.

El vecindario estaba acostumbrado a mí en mi choza de papel, les daba un poco de pena y los entretenía un poco.

Pero era inofensivo.

Soy inofensivo.

No soy un violador, sobre la Biblia o lo que tú quieras.

No me atrevería a tocar a la señora Weber: estaba tan por encima de mí, era una criatura tan completamente distinta, que a ella no se le pasó nada semejante por la cabeza, ni se me pasó a mí ni a nadie más.

Era imposible…

Bueno, un día estaba dando un garbeo y me fijé en que la puerta del sótano estaba abierta. Andaba con un poquillo de resaca y no tenía nada que beber, y pensé: bueno, más me vale hacer algo,

podría ayudarme a olvidar las penas. Era uno de esos días nublados que amenazan lluvia pero no llega a llover y casi te volvías loco esperándola pero permanecía ahí suspendida y no hacías más que decir para tu coleto: venga, adelante, adelante, llueve, pero no caía la lluvia. Permanecía ahí suspendida.

Bajé y encontré un interruptor. Clic, se encendió la luz, y allí abajo hedía el hedor de los sótanos. Te hacía pensar en sacos de arpillera mojados y arañas o, pongamos por caso, un brazo humano enterrado en alguna parte en el barro, un brazo humano todavía con restos de la manga, y si lo sacaras del barro, le resbalarían por los lados un montón de chinches de agua, adelantándose unas a otras en trayectorias directas, con alguna que otra chinche saliendo disparada de la constelación.

¡Constelación!

¡No sabías que supiera una palabra como ésa! Ya ves, no soy un vagabundo corriente. Lo que pasa es que la priva me tiene pillado.

Bueno, sea como sea, el cartón estaba muy mojado y supuse que no iba a sacar nada por él, pero decidí llevármelo de todas maneras porque igual la señora Weber me pagaba sólo por librarme de semejante porquería.

Pero me daban miedo las arañas. Siempre me han dado miedo las arañas. Es una cosa curiosa que me pasa. Siempre me han dado miedo y las he detestado. Cuando veo una araña con una mosca en la tela, y la araña que se mueve veloz, zigzaguea como algo demencial, malvado y oscuro, ese movimiento…, no puedo explicarlo. Ay, Dios, me estoy desviando del tema. Se me acusa de esa violación. Se me acusa de violar a una niña de diez años y se me acusa de violar a su madre, y aquí estoy, hablando de arañas.

Todo empezó en aquel sótano con el cartón. Vas a tener que creerme. No sabía que la niña de la señora Weber estaba allí abajo en el sótano conmigo. No lo sabía hasta que habló. Cuando habló, me llevé tal susto que brinqué en el aire como una pulga de mar.

—¿Qué haces aquí abajo en el sótano? —le pregunté de inmediato. Alcancé a ver un vestido rojo y bombachos blancos.

Como decía, rondaba los nueve o diez años. Era igualita que su

madre: limpia y rolliza, una auténtica damisela, un buñuelito de manzana. Pero me daba casi tanto miedo como su madre, aunque más

miedo me daba no comportarme como un adulto, y puesto que no sabía gran cosa de niñas, procuré comportarme como un adulto para engañarla como mejor pudiera, ¿sabes?

No contestó a mi pregunta. Se quedó allí sentada con el vestido rojo y los bombachos blancos, mirándome. Así son los críos, supongo. Entonces me puse un poco nervioso. Lo de hacerme el adulto no estaba dando resultado.

—¡Te he preguntado —repetí— qué haces aquí abajo!

—Nada.

—¿Nada? ¿No te dan miedo las arañas?

—¡Noo! Soy más grande que ellas.

Bueno, no se me había ocurrido. A menudo la gente hace que me sienta estúpido en ese plan: yo digo algo que me parecía sensato y ellos dicen algo que resta toda la sensatez a mi afirmación, y entonces no soy capaz de responder.

No pude responderle a la niña tampoco, así que me agaché y seguí amontonando el cartón junto a las escaleras para sacarlo luego. No quería acumular más de la cuenta contra los peldaños, porque entonces la niña y yo nos quedaríamos atrapados a solas en el sótano. No quería que ocurriera nada parecido, con tantas arañas y todo lo demás.

—Es un hombre guapo pero está muy sucio. ¿No tiene donde lavarse?

Bueno, te aseguro que sus palabras me produjeron una sensación curiosa. Era la primera vez en mucho tiempo que alguien me decía algo por el estilo. Me animó mucho que alguien dijera algo así.

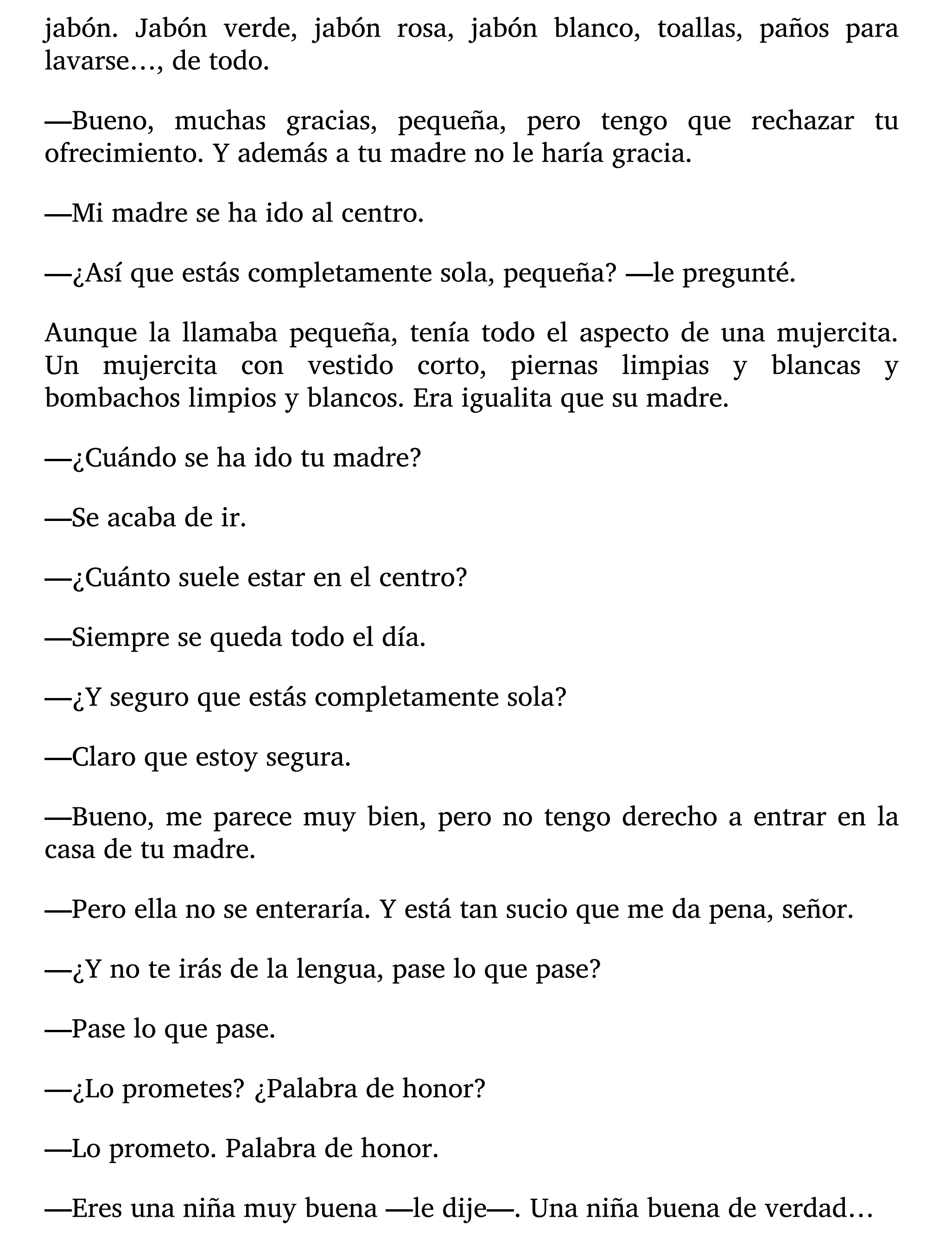
Naturalmente, siempre había imaginado que era guapo a mi manera, y la niña también lo había visto.

—No tengo donde lavarme. Vivo en una choza de cartón —le dije.

—¿Por qué no se lava en nuestra casa?

—Lo gente no hace eso, niña. Todo el mundo usa su propia casa y en la mía no hay agua.

—Pero yo le dejaré usar nuestra casa. Tenemos agua arriba. Y



jabón. Jabón verde, jabón rosa, jabón blanco, toallas, paños para lavarse…, de todo.

—Bueno, muchas gracias, pequeña, pero tengo que rechazar tu ofrecimiento. Y además a tu madre no le haría gracia.

—Mi madre se ha ido al centro.

—¿Así que estás completamente sola, pequeña? —le pregunté.

Aunque la llamaba pequeña, tenía todo el aspecto de una mujercita. Un mujercita con vestido corto, piernas limpias y blancas y bombachos limpios y blancos. Era igualita que su madre.

—¿Cuándo se ha ido tu madre?

—Se acaba de ir.

—¿Cuánto suele estar en el centro?

—Siempre se queda todo el día.

—¿Y seguro que estás completamente sola?

—Claro que estoy segura.

—Bueno, me parece muy bien, pero no tengo derecho a entrar en la casa de tu madre.

—Pero ella no se enteraría. Y está tan sucio que me da pena, señor.

—¿Y no te irás de la lengua, pase lo que pase?

—Pase lo que pase.

—¿Lo prometes? ¿Palabra de honor?

—Lo prometo. Palabra de honor.

—Eres una niña muy buena —le dije—. Una niña buena de verdad…

Bueno, subimos y me fui al cuarto de baño, me quité la camisa y dejé correr el agua caliente en el lavabo. Era de lo más curioso ver baldosas de nuevo. Hizo que me sintiera algo así como fuerte y bueno otra vez.

No había razón para que no volviera a tener cosas así. No había razón para que no llegara a tener cualquier cosa que desease. Igual

era mi día de suerte.

Empecé a cantar la canción «Vuelven los buenos tiempos». El vapor del agua caliente brotaba del lavabo y lo dejé flotar contra mi rostro y todo alrededor como una gran mano que me limpiara la mugre, que me limpiara la vida derrochada. No era demasiado tarde.

Sólo tenía 32.

Había incluso quien me consideraba guapo.

—¿Oiga, por qué no se mete en la bañera? —me preguntó la niña.

—¿La bañera?

—¡Claro! ¡Lo hace todo el mundo! ¡Adelante, métase en la bañera!

—Bueno, vale —dije—. ¿Por qué no?

Puse el tapón de la bañera y dejé correr el agua; mientras tanto, me fui quitando los zapatos y el resto de la ropa. Me quedé allí plantado y contemplé el agua limpia y caliente. Era mi día de suerte.

—¡Oh —gritó la niña—, tiene un gusano, un gusano!

Bueno, ya sabía que estaba bastante sucio pero nunca había tenido gusanos, y desde luego no notaba ninguno.

—Ah, no, nada de eso —dije.

—¡Claro que sí! ¡Lo veo!

Lo dijo totalmente en serio. Me asusté un poco.

—A ver, ¿dónde está?

—¡Delante de usted! ¡Delante de usted, ahí!

—Ah. No es ningún gusano —dije.

—¿Qué es?

—Es lo que me sirve para ir al baño.

No había necesidad de decir nada más al respecto. No planteó ninguna pregunta más, sencillamente se quedó ahí mirándome.

Entré en la bañera y me senté en el agua. Me sentí bastante bien. Era

mi día de suerte. Sí, señor, lo era. Tenía una sensación de lo más curiosa en plan bien. Estaba prácticamente relajado cuando la niña gritó de nuevo.

Era una gritona de cuidado, esa niña.

Y me gustaría dejarlo bien claro. Los vecinos aseguraron después que oyeron a la niña gritar casi todo el tiempo que, como quedó demostrado, estuve en aquella casa.

Naturalmente, no sabían entonces que yo estuviera allí.

Pero luego relacionaron los gritos para llegar a la conclusión de que había estado abusando de ella todo ese rato.

Bueno, te cuento lo que ocurrió de veras, así que no les hagas ningún caso.

Habría sido incapaz de tocar siquiera a esa niña, como habría sido incapaz de tocar a su madre, y eso ya lo puedes creer. Era igualita que su madre, sólo una damisela con falda muy corta y bombachos limpios y blancos.

Justo entonces, la niña volvió a gritar, y saltaba a la vista que no le estaba haciendo nada. ¿Cómo iba a hacerle nada cuando estaba tendido en la bañera? De hombre a hombre, hermano, quería lavarme. Las crías no me interesan. Aunque tengo entendido que en México empiezan bastante jovencitas. Es el clima cálido.

—¿Qué pasa, pequeña? —le pregunté—. Es mejor que no grites.

Si gritas, lo vecinos te oirán y descubrirán que estoy aquí contigo, y no quieres que eso ocurra, ¿verdad?

La niña volvió a gritar.

—¡Va a ahogar al gusano! —gritó—. ¡Va a ahogar al gusano!

—Haz el favor de irte a otra habitación, y para de gritar, por favor. Deja que me bañe en paz —le dije a la niña—. Ha sido idea tuya, después de todo.

(Ya puedes ver, por la manera en que le hablaba a la cría, que no quería nada con ella.)

—Pero se va a ahogar el gusano.

—No, no se va a ahogar —la tranquilicé—. A este gusano le gusta el agua.

—¡No, no le gusta! A los gusanos no les gusta el agua, no les gusta el agua tan caliente. ¡Va a matarlo!

—Créeme, niña —le dije—. No mataría a este gusano por nada del mundo.

Supongo que la niña no me creyó.

La cría se puso a llorar.

Empezó a armar un jaleo de mil demonios. (Y supongo que esto es parte de lo que los vecinos mencionaron luego haber oído.) Empecé a pensar en los vecinos también. Sabía que, por mucho que fuese inocente, me vería en un brete si me pillaban allí, así que, desesperado, intenté hacerla callar.

—Mira —le dije—, no va a ahogarse. Voy a mantenerlo fuera del agua. ¿Ves?

Se acercó y miró y por fin guardó silencio. Me sentí un tanto estúpido lavándome con una sola mano, pero merecía la pena.

—Vale —dijo—, ahora voy a sostenerlo yo fuera del agua para que pueda lavarse con las dos manos.

—¡Nada de eso! —respondí.

La niña se apartó, apretó los puños a los costados y empezó a gritar otra vez.

Me asusté. Era más de lo que podía soportar. No dejaba de pensar en los vecinos.

—De acuerdo —dije.

Así que me lo levantó y yo empecé a usar las dos manos para lavarme. Resultaba un tanto incómodo pero era la primera vez que me daba un baño en varios años y la niña guardaba silencio, así que merecía la pena. Supongo que era mi día de suerte.

Ya estaba otra vez casi tranquilo cuando la niña soltó otro chillido:

—¡Eh, se mueve!

—Los gusanos se mueven —dije.

Seguí lavándome.

—Ya lavo yo al gusano —dijo la pequeña, y agarró otra pastilla de jabón y se puso a frotar.

Empecé a pensar que ojalá no le hubiera hecho caso a la niña.

Todo había empezado cuando la niña dijo que era un hombre guapo.

Pensé en su madre en el centro, paseándose por pasillos de grandes almacenes en penumbra, venga a tocar cosas, venga a comprar

cosas, deambulando. Yo no era más que una especie de animal, una especie de animal marginado. No tenía derechos. Las señoras Weber no eran para mí. Aun así, no podía dejar de pensar en ella.

—¡Eh, está creciendo! —gritó la niña—. ¡Se está haciendo enorme!

Me aclaré el jabón, quité el tapón y salí de la bañera. Empecé a secarme y la cría estaba secando al gusano cuando, como hay Dios, entró en el cuarto de baño la señora Weber. No la había oído llegar en absoluto.

Naturalmente, nunca me había visto así. Y no tuve tiempo de explicárselo.

Se quedó allí plantada y empezó a gritar igual que había gritado la niña, sólo que mejor, bueno, peor: más fuerte y con un gorjeo que hizo que me corrieran escalofríos arriba y abajo por el espinazo.

Me abalancé hacia ella y le tapé la boca con la mano para intentar que guardase silencio mientras me explicaba. Noté la textura de su vestido nuevo contra mi piel. Me produjo una sensación curiosa. Me dio la impresión de que era otro animal o algo por el estilo.

Pero bajo la textura estaba la señora Weber y me asusté. Me mordió la mano mientras intentaba mantenerle la boca tapada y empezó a gritar de nuevo.

Me vi obligado a golpearla. La derribé.

Me compadecí de veras de la señora Weber, allí tirada en el suelo, el vestido nuevo arrugado en el suelo húmedo y cubierto de vaho. Vi dónde terminaban las medias vueltas y empezaba la carne.

Iba a ayudarla pero entonces empezó a gritar la niña. Me precipité hacia la niña y la levanté e intenté que guardara silencio.

Pero entonces empezó la señora Weber. Lo único que podía hacer era correr de aquí para allá, de aquí para allá, agarrar y golpear, agarrar y golpear, sin saber apenas lo que hacía.

Y ahora estoy en esta maldita celda y ni siquiera llegué a agarrar el cartón.

Ni siquiera saqué un trago de vino de todo aquel asunto.

Me tienen aquí por dos cargos de violación, abuso a una menor, allanamiento y todo lo demás.

Los médicos aseguran que han sido violadas las dos. Es posible.

Apenas sabía qué estaba haciendo, intentaba que guardaran silencio, intentaba evitar que gritasen.

Yo digo que soy inocente. No fue culpa mía. No conseguí el cartón ni echar un trago. Ya he demostrado que no fue culpa mía.

¿Me crees? ¿O no me crees?

Me acuerdo una y otra vez de mí mismo en el instituto con un jersey azul limpio. Tenía un amigo que se llamaba Jimmy. A veces íbamos a ver la orquesta del instituto en la sala de conciertos durante el periodo de tutoría. Luego íbamos por ahí cantando canciones que había interpretado la orquesta. Canciones como el «Ave María» y «Cuando el púrpura intenso cae sobre los soñolientos muros del jardín» y «Dios bendiga América».

¿No me crees? ¿Es que no me cree nadie?

80 AVIONES NO TE DEJAN FUERA DE TODA SOSPECHA

Cuando era joven, acostumbraba a leerle los Poemas completos de Richard Aldington a mi amigo Baldy mientras bebíamos. Para mí, no había mayor homenaje (a Aldington) que recitar sus obras entre copas, bajo la intensa luz eléctrica de mi cuarto barato. Baldy no compartía mi entusiasmo, y yo no alcanzaba a entenderlo. Aldington era un poeta claro: claro, emotivo y franco. Creo que me ha influido más que poetas mucho mejor considerados, pero mi amigo Baldy no elogiaba nunca a R. A., aunque tampoco lo rechazara nunca.

Sencillamente se sentaba y bebía con Baco.

No elogiaba a Aldington (a quien yo estaba intentado hacerle ver) sino a mí. «Joder», decía al día siguiente. «¡Hank se pilló una buena anoche! Sacó el viejo libro de poesía. ¡Qué bien se le da leer cosas así! ¡No había oído nunca leer poesía como la recita Hank!»

Baldy se lo comentó un día como por casualidad a Helen, una mujer que limpiaba los cuartos.

Así que, siguiendo con lo informal de la situación, le planteé:

—¿Qué tal un trago, Helen?

No me contestó. Qué gente tan rara había por ahí. No decían nunca nada cuando debían.

Le serví un buen lingotazo y ella lo agarró de la cómoda como si se lo fueran a arrebatar.

—Tengo que limpiar los cuartos, de verdad —dijo.

Entonces eché yo un trago.

—Aldington conocía a Lawrence —le dije—. D. H. Lawrence. Ése sí que era un tipo cabal. ¡Cómo escribía el hijo de puta!

—Sí —dijo Baldy—, Lawrence.

—Venía de las minas de carbón —dije—. Se casó con la hija de Richthofen. Ya sabes, el tipo que derribó 80 aviones. O igual ése era su hermano. Aunque Lawrence no venía exactamente de las minas de carbón. Ése fue su padre.

—¿Queda otro trago de eso, cielo? —preguntó la de la limpieza.

Le volví a llenar el vaso.

—¿Qué es esto? Tiene un sabor muy distinto.

—Oporto.

—Oporto, ¿eh?

—Sí —dije—. Antes bebía moscatel pero me dejaba reseco. Le ponen demasiado sulfuro.

Se metió la copa entre pecho y espalda.

—La verdad es que sois buenos chicos. No me importa beber con vosotros. Sois diferentes.

Bueno, eso me hizo sentir bastante bien, así que me serví un buen trago y le serví un buen trago a Baldy y otro buen trago a Helen, para celebrarlo o algo así.

—Lawrence y Aldington hicieron buenas migas —continué.

En ese momento, llamaron a la puerta con una intensidad atronadora, como en un clímax de Beethoven.

—¡Hank! ¡Hank!

—Adelante, Lou.

Era el expresidiario y exminero de roca dura. Traía consigo una botella. Oporto. Bueno para el estómago.

—Siéntate, Lou. Estábamos hablando de un tipo con un pariente que derribó 80 aviones.

—Veo que tienes compañía, Hank.

—Sí, Lou.

—Venga, tomad un poco de lo mío.

—¡Escancia, Lou!

—La verdad es que debería limpiar los cuartos, pero sois unos chicos tan simpáticos.

—¿Dónde está tu marido, guapa?

—Oh, se fue con la marina mercante y cuando volvió no valía un carajo. Se había cepillado a un montón de mujeres y no se quedaba nunca satisfecho.

—Pero aún me tienes a mí —se ofreció Lou, que le puso la mano en la rodilla—. ¿Qué tal si tú y yo…? —Se inclinó hacia ella y terminó la frase al oído. Para el caso, podría haberlo dicho en voz alta, claro.

—Qué cabronazo, ¿por qué no puedes ser simpático como estos otros chicos? ¡Ellos no son así! ¿Por qué no puedes ser simpático?

—¡Pero si soy simpático, guapa! ¡Espera a conocerme bien!

¡Espera a ver lo que tengo!

—¡Por el amor de Dios, Lou! —grité—. ¡Abróchate la bragueta! —

Por entonces yo era delicado—. ¡Esto es una charla literaria!

Todo el mundo se tranquilizó un momento y luego me levanté y fui por ahí llenando vasos.

—Una vez a ese Lawrence le dio por formar una colonia, una colonia sólo con sus amigos. Ya sabéis: empezar un mundo nuevo en alguna parte. A mí me pareció que era bastante buena idea. De haber estado allí, habría arrimado el hombro de inmediato y lo habría considerado un gran honor. Pero toda esa gente le dio calabazas. Les preguntó uno por uno: «¿Vas a venir conmigo a esa isla o no?» Y todo el mundo se echó atrás, salvo Aldington. No, igual fue Huxley. Sea como sea, Lawrence se mosqueó y se emborrachó, enfermó y todo se fue al garete.

—¿Dónde estaba esa isla? —preguntó el expresidiario—. Igual allí no había nada que comer. Y, además, igual no podían llevar mujeres.

Nunca se sabe. Es posible que ese Lawrence se trajera algo raro entre manos.

—No, no —dije—, era un asunto limpio. Iban a colonizar, a descubrir un nuevo mundo.

—¿Y qué hay del papeo? ¿Qué hay de las tías?

—Estaba todo previsto —dije—. Estaba todo preparado de antemano.

—¿Y aun así no quisieron ir?

—No.

El expresidiario se volvió hacia la mujer de la limpieza, con la mano en la rodilla.

—Helen, ¿te irías a una isla conmigo? Podría enseñarte algo que no olvidarías nunca.

—Lou —le advertí—, no te pases de la raya, por favor.

—¡Eso es, Hank, mantén a este cabrón bien lejos de mí! Sólo he

venido a echar un trago entre amigos.

—Pero yo intento mostrarme amistoso, muy amistoso —protestó el expresidiario.

—Tranquilo, Lou.

—Claro, Hank, claro.

—Hank —despertó Baldy—, ¿quién crees que es el mejor escritor de todos los tiempos?

—Shakespeare —dijo el expresidiario.

—Yo creo que Robert Louis Stevenson o Mark Twain —dijo la de la limpieza.

—¿Tú qué crees, Hank?

—Bueno, no sé, Baldy.

—Shakespeare, sin duda —insistió el expresidiario, que vació el vaso —. Nadie le llega a la suela de los zapatos al viejo Shakey,

¡nadie!

—Hay quien afirma que Shakespeare murió en una pelea en un bar — revelé.

—¡Claro! ¡Shakey era un hombre de verdad!

—Cariño —me preguntó la mujer de la limpieza—, ¿me pones un poco más de oporto?

—¡Vamos a cantar algo! —sugirió Baldy—. La canción del gitano.

Ya sabéis: canta, gitano; ríe, gitano; ama mientras puedas. Ésa me gusta.

—No —dije—. Ya me han llamado la atención un montón de veces por la canción del gitano.

—¡Quita esas manos de encima, cabrón!

—¡Lou! —grité—. ¡Si sigues en ese plan voy a echarte de aquí!

—¡No eres lo bastante hombre!

—Te lo advierto, Lou.

—Yo era minero de roca dura. Una vez me peleé con un tipo con pico. ¡Me rompió el brazo izquierdo al primer golpe y seguí luchando hasta matar a ese hijo de puta con una mano! ¡Venga, pégame primero a mí! ¡Yo me llevo el primer golpe! ¡Adelante, Hank, colega!

¡Me caes bien, Hank! ¡Eres un hombre, un hombre de verdad!

¡Vamos a pelear! ¡Vamos a pelear tú y yo, Hank!

—Tranquilo, Lou. No quiero que me echen de aquí.

—Igual deberías recitar alguna poesía —sugirió la mujer de la limpieza.

—Ese Lawrence, ¿sobre qué escribía? —preguntó Baldy.

—Bueno, sondeaba mucho. Al igual que muchos de nosotros, quería mantener al Hombre Interior tan poco contaminado como fuera posible. Le preocupaba, buena parte del tiempo, el sexo.

—¿Y a quién demonios no le preocupa? —El expresidiario se puso en pie—. Nos pasa a todos, ¿verdad, guapa? —Empezó a cimbrearse, mirando a la mujer de la limpieza—. ¿Verdad, guapa?

¿Eh? ¿Verdad que sí?

—Mira, Lou, estos chicos están hablando de literatura. ¿No puedes comportarte de una manera decente? —le preguntó la de la limpieza.

—¡Ese tipo, Lawrence, no sabía nada que no sepa yo! ¡Ya sé yo por qué quería ir a esa isla con todos ésos y sé por qué esa gente no quería ir! ¡Porque ese Lawrence les hacía cagarse de miedo, por eso!

¡Se lo veían en la mirada, se le notaba de la cabeza a los pies!

¡Quería llevarse a un montón de tías y colonizar! ¡Colonizar! ¡Sólo porque ese tipo derribó 80 aviones no queda fuera de toda sospecha!

—No, no, Lou —dije—, eso no lo hizo Lawrence. Eso lo hizo el barón Manfred von Richthofen.

—¡Bueno, seguro que era peor que Lawrence! Cada vez que derribaba un avión probablemente alcanzaba…

—¿Te refieres —le interrumpí a Lou— a que cada victoria

representaba un Símbolo Sexual?

—¡Ya sabes tú a qué me refiero! —rezongó.

—Bueno, ha sido una velada agradable —dije—, y me despido de todos vosotros.

—¿Quieres decir que tenemos que irnos? —preguntó el expresidiario.

—Ése es más o menos el mensaje —respondí.

—¡Bueno, pues al carajo! ¡Me voy al bar, a acabarla como Dios manda! ¿Vienes, preciosa? —Lanzó una mirada lasciva a la mujer de la limpieza.

—No, gracias, Louis.

—¡Vale, so bruja!

Se oyó un portazo.

—Igual fue Homero —dije.

—¿Qué? —preguntó Baldy.

—Que igual Homero fue el mejor.

—¿Nos vemos mañana por la noche, Hank?

—Claro, Baldy.

—¿Y qué me decís de Confucio?

—Ésa es buena. Estaba en lo más alto, desde luego…

—Otro traguito, querido muchacho —dijo la mujer de la limpieza.

—Vale, Helen.

—Tienes unas manos preciosas, como las de un violinista.

—No tiene importancia. No tiene la menor importancia.

—Has ido a la universidad, ¿a que sí?

—Sí, pero la universidad no hace inteligente a un hombre. Sólo puede instruirlo.

—¿Escribes cuentos y poesía y demás?

—Bueno, sí.

—¿Te han publicado algo?

—Todavía no, Helen. Sigo en pleno desarrollo, ¿sabes?

—¿Desarrollo?

—Sí. Un escritor tiene que pasar por un periodo de desarrollo.

—¿Te refieres a que tiene que derribar aviones o algo así antes?

—No exactamente. Pero desde luego eso va muy bien.

—¿Escribirás un cuento sobre mí, alguna vez?

—Igual. Igual sí.

—Bueno, nací en Pittsburgh, Pensilvania. Mi padre era médico pero bebía más de la cuenta y le quitaron la licencia para ejercer…

A la mañana siguiente cuando me di la vuelta en la cama, mi libertad de movimiento quedó bloqueada por una masa de humanidad muy considerable: la mujer de la limpieza.

—¡Buenos días, cariño!

—Ah…, hola, Helen.

—Te pillaste una de las buenas, Hanky. En cuanto empecé a contarte la historia de mi vida, tú empezaste a escanciar a diestro y siniestro.

—¿Y qué ocurrió luego?

—No me digas que no lo recuerdas, cariño.

Me levanté de un brinco y empecé a ponerme la ropa.

—¿Adónde vas, cariño?

—A un bar. A algún bar en alguna parte.

—¿Vas a volver, cariño?

—No durante tres o cuatro días, por lo menos.

Me dirigí hacia la puerta con cierta celeridad, la abrí y entonces…

—¿Sabes una cosa, guapito de cara?

—¿Qué?

—¿Sabes quién es el escritor más grande?

—Dije Homero, pero lo cierto es que no lo he pensado mucho.

—¡Eres tú, guapito de cara, y ya no necesitas más desarrollo! ¡No conocí a ese tal Homero, pero sé que a TI no te llega a la suela de los zapatos, guapo!

Cerré la puerta y me fui hacia los bares en busca del consuelo de mi amigo expresidiario. Podía quedárselo todo: Homero y Helen, Helen y Homero, y todo el desarrollo que conllevaba. Con D. H.

Lawrence de regalo.

MANIFIESTO: EXIGIMOS NUESTROS

PROPIOS CRÍTICOS

La insurrección de la crítica desde una nosografía de la poética a un dictamen hipercrítico por parte de ciertos grupos universitarios que promulgan las leyes de la poesía, y engendran, con gracia y estilo suntuosos, a sus propios titiriteros…; todos éstos y sus hermanastros y allegados constituyen una fijación poética tan esnob como letal.

Crean, registran y argumentan su propia historia, encantados con la generosidad de su circunferencia escogida.

Lo que han perdido los críticos universitarios al echar las persianas en torno a su pequeño mundo elitista lo han recuperado en dirección y prestigio. Para el resto de nosotros, la plebe, los que ganduleamos en salas de billar y callejones, queda un gimoteo frustrado y discorde. Para inculcar una fuerza más heurística, es necesario tal vez un manifiesto, un gesto…, una gestación… Es difícil que un solo poeta se enfrente a la camarilla universitaria. Tal vez nosotros también debamos inventar nuestra propia historia y escoger nuestros dioses si queremos que nuestra parte de la literatura americana tenga una oportunidad algún día.

Nuestros autores deberían estar al corriente del propósito claustral y los exorcismos de los grupos universitarios; y seamos objetivos al

respecto: entre los de nuestra impronta hay muchos que no sólo tienen un carácter bastante plebeyo sino que van asimismo muy chapuceramente leídos (chapuceramente leídos en tanto que lectores y chapuceramente leídos en tanto que autores). Los factores que nos salvan son la ausencia de una monstruosa tendencia a formar clanes y una aparición más híbrida. Aun así este prestigio debería ser conformado y amorfo al mismo tiempo, con críticos propios que provean de conexiones y den forma y orientación numérica, además de inserción cultural, a nuestros propios autores.

Eso no significa confirmación ni reclusión sino una transubstanciación de voces diversas hacia una forma más visible. El aire fresco de una nueva cultura, el magnetismo, el sentido y la esperanza, la exactitud de nuestras energías: nada de ello ha sido, en ningún sentido, aprovechado ni alcanzado. Y hasta que lo sea…

cinco o seis viejos, arrugados y esteatopígicos en sus cátedras, serán los hierofantes de nuestro universo poético.

ES DIFÍCIL VENDER LA PAZ, TÍO

Querido John Bryan:

… Mira, respecto del asunto de la guerra, no puedo darte nada en forma de poema porque acabo de escribir una cosa acerca de cómo esquivé las balas (Segunda Guerra Mundial) para otra revista y resbalé con una piel de plátano y me deslicé cual lubricante para motor sobre lomo de pato, y ahora, después de eso, la verdad es que me la trae floja. Si le das vueltas a la poesía una y otra vez sobre el mismo tema y de la misma manera, te conviertes en lo mismo y la misma manera, que es… nada.

Puedo largar un rato sobre el asunto, no obstante. (No hay nada como el bamboleo de las pelotas en queda complicación.) ¿Por dónde empezar? Imagino que tiene que doler un huevo ser hecho pedazos y morir por algo distinto…, cada siglo, cada 50 años, cada 20 años. Leí en alguna parte que el hombre acabará por ser sustituido por los robots que construya, que serán más inteligentes que él. No es de extrañar: lo único que tienen que hacer es protegerse de la lluvia y los relámpagos y cambiar las piezas conforme se les vayan estropeando…, no tienen que preocuparse de dolores de muelas ni hemorroides, ni de follar. Se limitarán a deambular por ahí en busca de algo que hacer, y no habrá gran cosa que hacer porque no tendrán que preocuparse de comer y no serán tan estúpidos como para pagar el alquiler, y si los meten en la celda de los borrachos, serán lo bastante listos para

disfrutar de ello. Pero me pregunto si esos tipos, esos tipos ajenos al lamento que no conocerán el dolor, la piedad, la ternura, el significado de una amante que los abandona para irse hacia los brazos de otros, me pregunto si esos tipos serán lo bastante inteligentes para evitar la guerra. Me gustaría creer que sí, que esas sombras de hojalata de nuestro pasado podrían erradicar el mal definitivo. Pero no sé por qué… me vienen a la cabeza imágenes de esas masas de hojalata luchando cuerpo a cuerpo…, ojos eléctricos aplastados…, hermosos cerebros de plata esparcidos entre sus flores de cobre… Joder, ¿qué pasa? ¿Qué pasa?

Bueno, voy a entrar en materia e intentar explicarte por qué tengo esa visión y por qué es tan difícil poner fin a la guerra. Se trata fundamentalmente de la cara oxidada de la moneda, el pórtico de la retractación, y funciona mal, siempre ha funcionado mal, porque es difícil de cojones ponerse emotivo con la paz, o darle un cariz religioso, o sexual, o hacerla ondear al final de una bandera, o lo que sea. Pon tú las palabras; estoy cansado. Lo que quiero decir, padre, 27
es que la paz es tan propiciatoria como una campana en domingo. No componen himnos nacionales acerca de la paz y las chicas no se te desnudan delante por la paz, y no ves países y mares, colinas y puestas de sol y putas que no habrías llegado a ver, y no te emborrachas en algún idioma que es una ciudad que no dominas y le pellizcas el culo a la mujer del alcalde porque no tienes nada que perder. La guerra incluso propicia el arte. Sin guerra, Hemingway habría sido el picador borracho de vino y con los ojos enrojecidos de algún torero gordo y pedorro. La guerra le ofreció la puerta dorada en la que apuntalar un cuento de hadas acerca de las agallas para los murciélagos patituertos de occidente. La sálica parece paz. Es difícil vender la paz, tío. ¿¿¿¿Por qué, por qué, por qué, por qué demonios, por qué???? Ajústate los machos y voy a decirte por qué. La gente no sabe lo que es la paz porque la gente (la mayoría de la gente) nunca ha tenido paz en tiempos de supuesta paz. Descífralo tú mismo. Fíjate en un crío, un niño. En cuanto aprende a andar medianamente bien, lo meten en un colegio mientras tiene el cerebro todavía tierno y se le meten en la cabeza: le dicen que su país es el país. Si vive en México, México es el país.

Es difícil ganarse las alubias, pero el futuro traerá algo mejor. Si vive en Brasil, vale, Brasil, qué demonios crees que van a decirle: ¿las

Bermudas? Necesitan su trabajo. Alemania equivale a Alemania.

Rusia significa Rusia. Pese a la ideología mundial… Rusia aspira a ser la cabeza, el resto sólo las patas… De la misma manera que nosotros

aspiramos, por medio del control monetario de otras industrias nacionales… Les ofrecemos su libertad permitiéndoles que trabajen para nosotros. Pero vamos a dejar esto de lado un rato. Volvamos al granujilla. El clavo que estamos clavando a fondo, que terminará en un garito de tres al cuarto babeando ante un espejo mientras se pregunta adónde fue. A continuación, la Iglesia lo agarra del tierno culo y le habla del Hombre en las Alturas. Amigo mío, eso es aterrador. La mayoría tenemos que seguirles la corriente…, exclusivamente a comisión bajo cuerda…, pero encima de la mesa ponemos las cartas boca arriba y lo llamamos fe. Pues bien, ese niño, ese chaval, tío, ese pedazo de mortadela ya está a la intemperie donde lo tienen aturdido, sin apenas la menor oportunidad…, está, francamente, fuera del área de la paz por completo: su lealtad ha sido confirmada y tiene el espíritu encarrilado hacia donde se supone que debe dirigirse. (Puedes pegarle un tiro a una barracuda entre los ojos y no se irá al infierno porque no sabe dónde está ni qué es el infierno. Por otra parte, nos las hemos apañado bien. Con elegancia. A tomar por culo.) Intento decirte mientras estoy aquí tumbado en la cama a las 3.55 de la madrugada, escribiendo a lápiz en un cuaderno Empire Wire-Glo con cubierta verde y páginas pautadas (precio: 49

centavos), sin tabaco y encendiendo colillas de una taza de té llena a rebosar en el viejo sillón junto a la cama, intento decirte que es difícil canonizar y adorar la lástima de la ausencia de sangre; intento decirte por qué es tan difícil vender la paz, ¡¡lo que se debe principalmente a que muy muy muy pocos, poquísimos conejos y ratoncillos de iglesia que corremos a la luz de la luna sabemos lo que es la paz!!

Volvamos, si no te has dormido, al cabrón de nuestro chaval. Le enseñan al crío mates. Le dicen que Washington cruzó el Delaware.

Eso está muy bien, seguro. Tiene servicios separados para chicos y chicas. Le machacan la cabeza con Brahms, Schubert y ese gran

puño metálico de Beethoven mientras es demasiado pequeño para encajarlo, y lo recuerda, recuerda los enormes puñetazos contra su cuerpo desprotegido y luego se abandona al jazz a guisa de rebelión. Es más fácil abandonarse al jazz a guisa de rebelión que irse a otro país o cambiar de dios. Es más seguro, es más barato, y apenas comporta riesgo alguno. Lo saben; está planeado; les permiten el jazz. Si primero le hubieran dado al cabrón de nuestro chaval jazz, se pasaría luego a Beethoven y entonces tendrían un lío de cuidado entre manos, un peligro. Tío, saben lo que se hacen.

Nunca ha habido nada que se pueda considerar paz. Ahora lo dejan

suelto en un campo de fútbol americano y le dicen que derribe a algún otro. Le enseñan alguna gilipollez más para restringirlo a un nicho y luego lo envían al puesto de trabajo, que tampoco es paz. Le dan un par de horas para dormir, comer, comprar y sobre todo tiempo para follar, engendrar más críos para que el asunto se perpetúe, y después otra vez a trabajar.

Nunca han dado la menor oportunidad a la mente. Si le preguntas al hombre de a pie: «¿Quieres guerra o paz?», seguro que te dice: «Quiero la paz, claro. La guerra es una estupidez.»

Dice que quiere la paz pero no sabe lo que es la paz. No la ha tenido nunca.

Está adiestrado para la guerra, lo amamantan para ella, lo encaman con ella como si fuera una puta de piernas doradas que le mete la mano en el bolsillo trasero en cuanto le da la espalda. ¡Qué demonios, se apasionará por la guerra, pedirá guerra a gritos!, pero no se enamorará de la paz porque nunca la habrá tenido desde el momento en que empezó a menear sus piernecillas de hombre. Es una horrenda lástima de pecera y a veces me enfurece tanto que lanzo vasos llenos de whisky contra las paredes en vez de bebérmelos; a menudo maldigo al Hombre y su ceguera de esquirol, su pequeñez, su manía de tragárselo Todo como un mono… Pero me equivoco. ¿Qué oportunidades tiene el pobre infeliz? ¿Y quién soy yo para juzgarlo? Oh, idiota demolido y consumido por los demonios, discute con su mujer, que echa una lorza de grasa en torno a la cadera y lleva esos zapatos de suela plana tras el segundo crío.

Conduce con aire en el cerebro y tiene un par de accidentes de coche. Lo muelen a impuestos hasta que le duelen las pelotas. Por mucho dinero que gane, nunca tiene dinero. Es incapaz de tomarse un respiro entre un día y el siguiente. Siempre hay un rebaño de cornamentas listo para rajarlo en algún callejón donde están sentados y comparten una botella de vino, a menos que tenga labia y hable con elegancia. ¿Eso es paz? ¿Tiene que entusiasmarse con eso? Luego, asqueado de tanta luz tenue y tantos embustes, vuelve a casa temprano una tarde y se encuentra a su mujer (lorzas y todo) en la cama con el de la compañía de gas…; ¿paz?: nunca ha tenido nada semejante. Lo han pinchado como a un toro para que embista contra alguien o algo o alguna parte desde el principio.

¿Cuál es la respuesta? Bueno, sólo sé que ahora mismo no estoy en la cárcel (cosa que está bien, y es egoísta); pero puesto que no soy un maestro en frenología, ni siquiera un maestro en la mesa de billar

como uno de mis queridos amigos allá en el sur que escribe poesía como un toro exaltado examinando el fuego, la única respuesta es la disgregación de nuestros conceptos educativos normales respecto de la educación hacia un ámbito más amplio que excluya menos y ofrezca más opciones… de dioses, líderes, países…, música, amores, deportes, hilaridad, bebidas, licores, recitales…; a lo que me refiero es al mar lamiéndonos los tobillos y con nosotros…, con el tiempo…, pensar en otras cosas… aparte de la pasta rápida, el polvo fácil, el acaparamiento, creo que ya es tarde para eso…, es casi demasiado tarde para esto…, igual esa Bomba H es lo bastante grande para acojonarnos, a todos, y tal vez comprendamos que cosas como el honor y el país no tienen la menor importancia, himnos lóbregos en una capilla vacía, y que estamos dejando entrar a los hombres de hojalata, los hombres de hojalata de nuestra mente, los hombres de hojalata de un posible futuro, si seguimos abandonándonos a este asunto de la guerra tal como se nos ha preparado para ello.

Es hora de que aprendamos a andar y hablar como algo inmenso en nuestro interior nos aconseja. Es hora de milagros mayores y mejores y de hablar de ellos, de ver cómo hemos andado errados

durante tanto tiempo…, esto es un comienzo, no una súplica. La paz no suplica nada salvo cumplirse.

ahora te dejo,

que la paz sea contigo,

Charles Bukowski

MIS COETÁNEOS A EXAMEN

Vale:

Los poetas que están lográndolo son David Pearson Etter, Irving Layton, Al Purdy, Larry Eigner, Genet.

El círculo de Ginsberg-Corso-Burroughs se ha visto engullido por la gran ballena de la adulación y no se han recuperado nunca. Pero, por desgracia, hemos averiguado que la diferencia entre un artista y un intérprete es la diferencia entre Dios y un vendedor de corbatas.

Aun así, a la mayoría nos resulta difícil no morder el anzuelo de una erección de por vida. Se nos ofrece la oportunidad de bailar

tranquilamente bajo los focos ante los imbéciles o volver a trabajar de friegaplatos. Desgraciadamente, uno aprende más fregando platos que debatiendo con James Dickey, Jack Gilbert, Nemerov y T.

Weiss en el cruce de la calle Noventa y dos y Lex Avenue.

Poetry Chi, antaño marchamo de calidad con un joven Ezra como editor europeo, se ha visto reducido a los huesos de su reputación; puede verse en cualquier biblioteca, inofensivo y reluciente, sin decir nada, anunciando los mismos nombres que no entrañan el menor riesgo. Es muy parecido a asistir a un concierto un viernes por la noche: comienzan con la overtura de La Gazza Ladra, siguen con L'Après-midi d'un Faune, los aporrean con la 5.ª de Beethoven y los envían a casa con un poco de Música acuática del bueno de Haendel.

Y ahora que he enterrado Poetry Chi, sigamos. Otra espina particular en la garganta poética es la obra de Robert Creeley. Me han dicho profesores de Literatura (los que tienen el «Dr.» agregado al nombre) que Robert Creeley es el milagroso director espiritual de todos nuestros talentos. Yo he probado con Creeley una y otra vez.

Y siempre ha sido como dormirme en la playa aquella ocasión que intenté leer El autobús perdido de Steinbeck. Pruébalo si tienes insomnio.

Pero volvamos a R. C. Por lo general, cuando devuelvo los libros a los buenos profesores con algún comentario acídulo como: «Me parece muy endeble. No tiene fuste», o: «¿Qué demonios intentan venderme?», siempre me encuentro con la afable sonrisa asomando entre la barba, el gesto de la mano sobre el hombro: «Anda, venga, ¡no es tan malo!» Lo que no hace sino insinuar que ellos entienden, entienden algo que alguien tan burdo como yo no asimila. (Las sutilezas, ya sabes, el estilo puro, sin adulterar, etcétera.) Pero los barbudos doctores entre las sombras de Creeley son buena gente a fin de cuentas: están dispuestos a perdonarlo todo salvo sus propias convicciones.

Y luego, además, es posible que yo sea un viejo amargado porque de alguna manera me da la sensación de que tienen miedo de Creeley. No tengo idea del motivo; aunque tal vez sea porque estoy más cerca de fregar platos que de dar clases en alguna universidad.

Creeley no es más que uno de los horrores y afloramientos de nuestras centrales politicopoéticas: «La Escuela.» Pero La Era de la Bomba nos ha enseñado más que el hongo; nos ha enseñado a no tragar bazofia.

«La Escuela» ha tocado a su fin. Las clases han terminado. Gracias a Dios, o a quienquiera que esté allá arriba. Es una suerte de intensificación en plan banal remontarse a los buenos tiempos en que los «imaginistas» redactaban su manifiesto con dedos untados en sangre. Pero la mayoría de las escuelas se las inventan los críticos, o los fotógrafos de la revista Life. O viejos pesados que enseñan Literatura en universidades del Medio Oeste mientras los vuelven locos las rodillas y los muslos de chicas de 19

años que no tiran de su falda hacia abajo porque les gustaría

«obtener» un notable en Literatura; y, claro, la cháchara sobre Allen Tate, el doctor Williams, Wallace Stevens, Y. Winters y John the Crow las aburre.

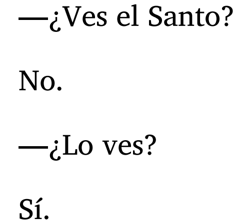
¿La situación de la poesía americana? ¿La poesía estadounidense? Bueno, he mencionado a 2 canadienses y un francés como buenos trabajadores… Pero igual en algún lugar de la granja hay un chaval afanándose en un ternero que tal vez más adelante nos ofrezca algo con una máquina de escribir caliente.

Ahora mismo, por lo que a Estados Unidos respecta, se ven tantas agallas como en una merienda para las Damas Jubiladas de los Auxiliares para Ahuyentar Fantasmas de los Armarios de Empleados de la Perrera. Sea cual sea el significado de eso. Ah, ahora mismo una cerveza y una dosis de sales. Chicago, ¿dónde está tu Sandburg? ¿Los valerosos dientes y la gran mano de Mencken?

Sandburg, ¿dónde tienes el banjo? ¡Joder, joder, nos hace falta música!

OJALÁ ESTUVIERA DURMIENDO

Estamos en la cama. Estoy leyendo los resultados de las carreras de caballos y ella lee Iconos rusos del siglo XII al XV. Pasa la página.



—¿Ves el Santo?

No.

—¿Lo ves?

Sí.

—Ojalá estuviera durmiendo.

¿Qué?

—Todo iría bien.

¿Por qué?

—Veo imágenes bonitas. ¿Tú no ves imágenes bonitas cuando sueñas?

No.

—Las ascensiones…, fíjate, ¿quién subió a los Cielos?

Dios, no lo sé.

—¿Qué significa la misión del umbral de la Virgen?

No lo sé.

—Ay…, ¿verdad que es bonita? ¿No te gusta?

No.

—No te gusta porque no puedes verla con el alma.

Ya está bien. A veces me parece que la religión es un inmenso Sadismo.

—¿Lo ves?

Sí, es un tipo con un agujero en el pecho y otro tipo en el agujero.

—Es la Virgen María y el Niño Dios representados en un medallón. Galería Tretiakov, Moscú. En torno al 1200. Es una pintura de la escuela Yaroslav, que no estaba en Moscú.

Ya, ya.

—No hago más que ver imágenes de gente que roba criaturas.

¿Qué significa?

No lo sé.

—Mira, San Jorge y el dragón.

Ya.

—Fíjate en las piernecillas; es de la escuela Novgorod. De finales del

siglo catorce, bastante bonito. Qué monada de dragón.

Buenas noches, cariño.

—¡Ay, FÍJATE, aquí está Dios!

Buenas noches.

—Ilustración número 6. No, es Elías. Lo siento, no es Dios.

Buenas noches.

—Aquí hay alguien con un traje de osito de peluche rojo. ¡Eh, fíjate qué pelucas!

El libro se vende a un precio de 95 centavos, MQ 455, con prólogo de Victor Lasareff. No dejes que tu mujer se haga con él.

EL VIEJO PROFESIONAL

un beso para un cabronazo bueno y con talento

que envejece cada vez más

y sólo tiene el reconocimiento de unos pocos

vivos, y así

el ojo cerrado en los cielos

nos señala por nuestras palabras…

Si tienes suerte, es posible que lo veas, algún día, si te das prisa; es un mito fornido, una cuarta parte inmortal.

Si tienes suerte es posible que lo veas en las calles de Atenas, justo después de anochecer. Irá vestido con una vieja gabardina con la hebilla desabrochada, el cinturón colgando como una polla de elefante lánguida y perdida; irá rondando las calles, con ojos de búho, a la busca de sus necesidades básicas a la busca

del espectro, el dios, la ruta, la suerte.

Harry Norse. Hal. Vagabundo americano que recorre Europa, un año mutilado tras otro, colándose por entre las sombras de ciudades muertas. Ciudades bombardeadas a muerte, reconstruidas a muerte, vividas a muerte. Ciudades muertas, gente muerta, días muertos, gatos

muertos, volcanes muertos, tristeza viva, locura viva, monotonía viva, carnicería viva: todas nuestras hermosas damas envejecidas, las rosas reducidas a mierda, todo. Hal. Escribe poemas y se las apaña. Apenas.

Duerme en una cama a 15 centímetros del suelo y las pulgas gritan aleluya mientras aguarda su cheque de Evergreen o la mano invisible que se escurre de los muslos de Marte. Mientras, echa alguna que otra cabezada, vive bajo un volcán temporalmente inactivo (el alquiler es más barato allí) que uno de los mejores geólogos griegos asegura entrará en erupción mañana por la mañana. (Ya te has encontrado con griegos así en saunas; no hay que darles de lado por completo.) Santo Dios, seguro que sabes que un hombre es capaz de llegar más lejos por cualquier poema que por cualquier mujer jamás nacida.

Harold Norse. Sabe sacarlo a golpes sin hacer ruido. Con estilo.

Del revés. Con firmeza. En el fuego. Ardiendo. Diente contra diente, bien duro. El olor de nuestros traseros. La polla de nuestra vergüenza. Luz. Sueño de conejo. La Bomba entera dentro de la cabeza que se marca faroles.

Norse. Vagabundo americano:

oídos por casualidad

en el puente

los camiones aceleran bajo ángeles

… a la orilla del río dos personas

quebrantan leyes con las caderas

La mayoría de la gente no sabe escribir, casi nadie sabe, digamos, incluido Shakespeare, que escribió cosas tan terribles que engañó a toda la peña, del primero al último. Otros malos escritores que engañaron prácticamente a todo el mundo fueron E. A. Poe, Ibsen, G. B. Shaw, William Faulkner, Tolstói y Gógol. Hoy nos engañan Mailer y Pasternak. Ésos no saben escribir y no sólo se salen con la suya, sino que quienes también son inmortalizados no resultan más sorprendentes que la cuadrilla de farsantes que llegan a lo más alto en todos los aspectos de la vida y la empresa. Te los puedes encontrar desde Washington hasta la trastienda de Sharkey’s.

Hal sabe escribir. Hmm. Una vez lo llamé «profesional» pero se lo tomó un poco mal y me replicó: «Jersey Joe.» Es un viejo púgil del pasado, es Wolcott. Y siempre recordaré al viejo Jersey Joe con una pizca de cariño, también. Cómo era capaz de asestar el importante.

A veces tienes que encajar mucho para asestar el importante.

Todo tiene que ver con el Arte. Los buenos hombres llevan dentro de sí el acto del Arte. Pueden ser fontaneros o chulos de putas pero se les ve enseguida. Es cuestión de elegancia y soltura, agallas y Vista.

He conocido a más hombres buenos en cárceles, en celdas para borrachos, en fábricas y en hipódromos que en clases de Literatura, clases de Arte o al llamar a mi puerta otros escritores.

Sólo porque los hombres trabajan con la disciplina artística, eso no los justifica ni les purifica las agallas necesariamente. Por la misma razón, no hay que ensalzar innecesariamente a sacerdotes y enanos u hombres sin piernas y putas.

Cuando llamo a Norse «profesional» sólo quiero decir que es el hombre adecuado en el sitio correcto

haciéndolo mejor que bien

y eso es tan poco habitual que basta para hacer llorar a un hombre.

Todos ensalzamos al paquete con las orejas deformadas a golpes. Norse. Vagabundo americano:

dante vivió aquí

& lo echaron a patadas

ahora se le venera

como a un santo

Harold Norse: poeta:

dale patadas en los güevos

hasta que salte como loco

entre las parejas que bailan

hasta que se precipite

inconsciente

desde el sueño.

Dios, ¿has estado en algún hospital tanto como yo?, ¿tanto como Norse?, ríe con nosotros, el maullar de la bacinilla, el caballo de Troya.

enfermeras/que

me

roban

bolígrafos/&rosas/concerebrodeserpiente/enfermeras/con medicinas

chungas/se

ríen/dan

portazos/mientras

viejecitas/frágiles resuellan/con tubos metidos por la garganta Igual es un error ofrecerte partes de estos poemas porque si aceptas este trozo, es posible que te encuentres con los poemas completos de todas maneras; sencillamente intento precisarte el acierto, la sencillez, el estilo tan similar a su honor que utiliza el viejo Jersey Joe, un tipo de primera, para dejarlo bien claro, como se lo dejó bien claro Braddock, recién salido de las colas de la beneficencia, a un Max Baer gordo y creído una noche hace un montón de noches. Ya sabes. Dios mío: anda, venga

oculta la cabeza

en la manta infestada de bichos

deja que las pulgas

te salten en la entrepierna

no hay

führers de

la iluminación

tío

y tiene razón, lo encajamos a la entrada o a la salida, durmiendo bajo volcanes o en los bancos del parque, es dulce mierda rancia, esto de la poesía, y no es que darle a la poesía sea buscar sentido o una oportunidad o superioridad moral o $$$; no es eso en absoluto.

Ninguno sabemos qué es. Es como despertar por la mañana con un forúnculo en la espalda que se niega a desaparecer. Solicitar una donación al estilo de Patchen a cuenta de la calidad de nuestro Arte sería de rajados: hay muchísimos hombres más con la espalda chunga o Arte del bueno. Y algunos con la espalda peor, otros con Mejor Arte.

Pero como hay Dios que no abundan los führers de la iluminación, colega. Y a veces eso da pie a largas noches, cuchillas afiladas, accidentes mientras se limpia el arma.

La buena escritura, sin puta tregua, no es más que intentar abrirse paso a través de un muro de acero, maldita sea, y sencillamente no lo vamos a conseguir. Pero cuando veo a los que se desvanecen, los que se rinden, los que se venden, los granujas cobardes de nuestra era venga a lamer culos, es bueno ver al viejo cabezota, el profesional, Jersey Joe, vagabundeando aún por las cunetas europeas, perdiéndose los campeonatos de esquí, los Juegos Olímpicos, las pavas ricachonas con cabeza de globo y las tetas caídas, y todavía dale que te pego.

con la palabra.

Esta noche escucho algo de Wagner en la radio, lo que está bien, y mi hija de 20 meses duerme en la habitación de al lado: la mujer la ha dejado aquí mientras iba a una especie de reunión trotskista. Y

mis cuadros absurdos están por todas las paredes y ni siquiera estoy borracho aún. Así que supongo que puedo decir sin temor a equivocarme,

Norse, viejo Profesional,

creo que con 5 o 6 menos como tú

tal vez no habría aguantado

tanto.

joder, tío, ya está bien.

Charles Bukowski

Los Ángeles, 1966

RESEÑAS DE ALLEN

GINSBERG/LOUIS ZUKOFSKY

Espejo vacío. Poemas de juventud de Allen Ginsberg/Totem Corinth Books/calle Octava Oeste 17/Nueva York/N.Y./10011/ 1,25$

No es fácil ser Allen Ginsberg. No es fácil reseñarlo. Pues a pesar de su homosexualidad románticamente declarada, seguimos alzando la mirada hacia él subconscientemente y esperando grandes resultados. La diversión preferida de los bichos raros de las revistillas (y los bichos raros de las grandes revistas) es arremeter contra Allen Ginsberg, y Mailer y Albee y Capote y y y: lo sé. Yo también lo hago.

Imagina, por ejemplo, que estos poemas de juventud los hubiera escrito alguien llamado Harry Wedge. De inmediato tendría entre manos un nuevo héroe cultural. Pero puesto que los ha escrito Ginsberg y vienen prologados por W. C. Williams, los dientes de mi máquina de escribir ya ansían lanzar mordiscos. ¿Qué?

Williams se anda con rodeos en el breve prólogo y no acabo de pillarlo. Es una suerte de paseo al trote por su fórmula poética de lo que debería ser la buena poética y Ginsberg es su chico, «este joven judío, que ya no es tan joven». Hay alguna mención de Dante, de G.

Chaucer. Williams dice que el poeta tiene que hablarle a la muchedumbre en su propia lengua y sin embargo tiene que disfrazar sus versos para que no ofendan. «Con ello, de ser posible, la dulzura oculta del poema podría sobrevivir en soledad y despertar algún día un mundo dormido.» Naturalmente, desde 1952, desde que se escribió este prólogo, hemos llegado a entender que no es necesaria una «dulzura oculta». Si Williams se refería a la presentación (el estilo) o el humor o las distracciones ingeniosas para ahuyentar el aburrimiento a pajas, entonces le seguiré la corriente. Es posible que se refiriera a eso.

Los poemas en sí son sencillos, claros, muy buenos poemas: no se ven afectados todavía por las diatribas de profeta al estilo de Whitman del Ginsberg posterior.

Tengo la impresión de estar en un callejón

sin salida y por tanto estoy acabado.

Todos los hechos espirituales que observo

son ciertos pero nunca me deshago

de la sensación de estar encerrado

ni de la sordidez del yo,

la futilidad de todo lo que

he visto y hecho y dicho.

Tal vez si siguiera adelante todo

me satisfaría más pero ahora

no guardo esperanza y estoy cansado.

Hay aquí algunas frases prestadas y trilladas: «sensación de estar encerrado», «sordidez del yo», pero los últimos tres versos son lo bastante sinceros para salvar quizá el poema entero.

«… Qué futuro tan terrible. Tengo veintitrés años», dice más adelante. Y estaba en lo cierto. No tenía manera de saber cómo se usaría a sí mismo ni cómo América lo usaría o le haría usarse a sí mismo. Pero aquí habla de algo distinto. De la locura. De la sensación de tener la cabeza escindida del cuerpo. Lo comprendió mientras yacía insomne en un sofá.

En «Salmo I» hay cierta insinuación del versículo bíblico, el acto y la súplica clamorosa al estilo de Whitman. Los versos siguen goteando entre la originalidad y la pose. Al cabo, en el último verso, se pierde la originalidad y la pose acaba con el poema: «Este chismorreo es un documento excéntrico que se perderá en una biblioteca y será recuperado cuando descienda la Paloma.»

Mientras escribo, no puedo por menos de pensar en lo fácil que resulta ser un crítico, como si uno (yo mismo) blandiera la vela de la verdad y arrojara luz sobre los holgazanes. Vaya chorrada, ¿eh, colegas? Bueno, haré lo que pueda, o no pueda. Esta noche me duele la cabeza y se me ha terminado la cerveza y el tabaco y soy muy vago para preparar café. Allen, me parece que te va a caer una buena.

Sí, «Los puertos de Cézanne» es un poema malo.

En primer plano vemos el tiempo y la vida

arrebatada por una corriente

Me temo que la dulzura no está muy bien escondida. Luego se pone tan dulce como para que te entre dolor de muelas. No me sirve de nada entender a Cézanne ni tampoco «Cielo y eternidad».

Ginsberg es mejor escritor de lo que demuestra aquí. Y Cézanne era mejor pintor. Deberían haberse conocido con una botella de vino de por medio en vez de así.

Cuando me siento ante un papel

escribir lo que pienso se torna

en una suerte de locura de

parloteo femenino;

Estamos ante lo que me gusta denominar versos perfectos, a falta de otra cosa que decir. Me refiero a versos perfectos a mis ojos por lo que respecta a contenido y presentación. Ginsberg te lo deja en el regazo y ahí está, real como un minino. O un león. Ya sabes lo que quiero decir.

«Fiódor» es un buen poema no en tanto que fuerza sino porque supongo que a todos nos hizo sentir así Dostoievski, así que es simpático oírlo, es bueno oírlo, pero puesto que es un tanto brusco nos gustaría que estuviera un poco mejor escrito. Pero hay que tener presente que Ginsberg era joven. Me pregunto qué aspecto tendría Allen cuando era joven. ¿Alguna vez te lo has preguntado?

Lo único que tenemos ahora es un medio monje barbudo, iluminado

en cierta manera por infracciones de alcoba e infestado de pesadillas de la India y Cuba y cafés, esa pasmosa proliferación de pelo que es Allen Ginsberg. Sería santo si se lo permitiéramos, pero se viene abajo a medio camino y todo el mundo queda confuso. Aun así, es mejor tenerlo cerca que no tenerlo cerca. Si le lanzo pequeñas bolas de barro es porque no puedo tomarme demasiadas molestias con el tipo de la charcutería judía. Allen es una especie de pepinillo bendito en un grueso tarro lleno de pelo y semillas amarillas. Te gustaría comprarlo pero acabarías comprando alguna otra cosa.

«Una institución sin sentido», una suerte de sueño kafkiano cosecha de 1948 es un trabajo bastante bueno. Sobre todo el final donde A. G. tiene que deambular por pasillos vacíos «en busca de un urinario». Si eres incapaz de encontrar el baño, tío, toda la poesía del mundo no vale una mierda.

En «Sociedad, Sueño 1947», el poema está iluminado por la fuerza y el humor, el genio, aquí sí que se aprecia la sustancia, el estilo, la ampulosidad y el carácter torrencial que permitieron a Ginsberg salir del fango. Me refiero a que este poema es precursor de lo que estaba por llegar, Aullido, todo el alboroto de Aullido que armó Ginsberg, y el genio que permitió a Ginsberg seguir montándolo incluso después de perder parte de ello.

Y en «Himno», tenemos el fuego bíblico de la súplica poética muy conseguida. Cuando Ginsberg está en plenitud de facultades más te vale dejar los juguetes y prestar oídos. Sólo el soplón más cruel y envidioso arremetería contra alguien por su teatralidad posterior cuando escribía tan bien de tan joven. ¿Por qué tenemos que hacernos pedazos unos a otros? El auténtico enemigo está en otra parte.

«El poema arquetípico» que empieza

Joe Blow ha decidido

que ya no va a

ser un sarasa

es un retrato tragicómico de la maquinaria sexual averiada y desconectada. El sexo es endemoniadamente gracioso. Todos nos vemos atrapados ahí y apenas sabemos qué hacer. Y me refiero a que es gracioso de la misma manera que podría serlo asarte lentamente hasta morir, si pudieras verte.

El libro termina con «El forastero amortajado», que no acaba de funcionar. Aunque hay algún verso bueno que sólo podría haber escrito Ginsberg:

«Su corazón roto es un saco de mierda.»

Ginsberg es uno de los pocos poetas que intentan destruirse con actos antipoéticos que aún no se ha destruido. Bendigamos a este inmenso depósito de reserva. Eliot lo ha dicho con más sencillez, Pound con más Arte, Jeffers con más conocimiento de fuerzas, Auden con más precisión, Blake más fuerte, Rimbaud con más sutileza; William Carlos

Williams tenía un golpe rápido de izquierda más efectivo, Dylan Thomas pies vociferantes más grandes, éste con ése, aquél con el de más allá, pero creo que Ginsberg tiene su lugar en alguna parte, tarde o temprano, y que sin su paso ninguno estaríamos escribiendo tan bien como escribimos ahora, que no es lo bastante bien, pero nos permite ir tirando, contemplamos al viejo Allen, escudriñamos sus fotos, y seguimos un tanto atemorizados de América, de él, de los efectos de la cera y el sol y las resacas, nos acostamos solos, al cabo, todos nosotros.

Una prueba de poesía, Louis Zukofsky, 2,50$, Corinth Books, c/o Eight Street Bookshop, calle Octava Oeste 17, Nueva York, N.Y.

¡Ah, Zukofsky, el nombre mágico, el gran nombre, hablando de poesía! Igual mientras trabajábamos en las cocheras del ferrocarril o igual incluso mientras peleábamos con Sammy Zsweink detrás del gimnasio tras las clases en el instituto oímos hablar de Zukofsky, algo que algún día nos ayudaría con gente como Sammy o el capataz de las cocheras que nos miraba restregar los costados de vagones y locomotoras. Maldito seas, capataz, tengo a Pound, tengo a Zukofsky, tengo Poetry Chicago. Sí, y neumáticos desgastados en el coche y ruedas pinchadas. Creo que Sammy ganó la pelea y a Pound le traía sin cuidado. He dejado de leer Poetry Chicago. Ahora tenemos una prueba de poesía.

La prueba de poesía, me dice Zukofsky, es el grado de placer que ofrece como imagen, sonido y proceso intelectual. Ése es su objetivo como arte.

Más adelante, L. Z. nos dice: «Creo que la enseñanza conveniente asume una inteligencia libre de verse atraída desde cualquier consideración de la vida cotidiana siempre a otra fase de existencia. La poesía, como cualquier otro asunto esencial, es después de todo para la gente interesada.»

Tengo que leer estas frases varias veces para asegurarme de que Zukofsky no me está tomando el pelo, las orejas ni ninguna otra parte. El estilo no es claro; resulta pesado pero entiendo el mensaje.

La poesía es para nosotros, los especiales; y forma parte de la vida (casi) y al mismo tiempo es ajena, al cabo, y fija y placentera. A la vista, al sonido, al intelecto. Bueno, el intelecto es el reclamo, el error.

Sin embargo, hubo un tiempo en que pensé que la poesía iba a mantenerme vivo, a mantener vivo a todo el mundo; los poemas de

otros, los míos, cuadros, relatos, novelas, pensé que todo ello me ayudaría a seguir adelante de manera que, cuando abriera el armario para agarrar la navaja, me afeitase con cuidado en vez de ir directo a la garganta con un buen tajo. Una prueba de poesía se publicó por primera vez en 1948 y se reeditó en 1964. Vivimos tiempos extraños, violentos e insólitos. Me temo que la vida ha atrapado y extinguido a aquellos como Allen Tate, Lionel Trilling, Louis Zukofsky. Ya no aceptamos pan duro y sin riesgos. La poesía sale a la calle, se adentra en los prostíbulos, en el cielo, en la canasta de la merienda, en la botella de whisky. El fraude ha tocado a su fin: no se permitirá vivir a ciertas personas mientras otras mueren. Al menos no desde esta máquina de escribir, y también hay abundante ajetreo en las universidades, los callejones, las cervecerías. Esta clase de cartilla ya no va a engañar a nadie. Hay ciertos poemas bien escogidos pero no vamos a dejar que sean encasillados en sus celditas de explicaciones mecanísticas y remilgadas. Algunas explicaciones, si se me permite decirlo, son sesudas e incluso tienen sentido a la manera limitada de un círculo encantador. Pero no imagino darle este libro a un hombre condenado a morir en la silla eléctrica dentro de un mes.

La auténtica prueba de la poesía es que le sirve a cualquier hombre en cualquier parte.

Hay ciertos poemas así en este libro pero Zukofsky habla de todo lo demás. Ahí va otro ídolo. Ahí van otras 165 páginas bien impresas que podrían haber rebosado amor y sangre y risa, que podrían haber combinado bien con cerveza y sándwiches de salami, que podrían haber mejorado la mañana siguiente en vez de permitir que esa nostalgia arrastrada y escurridiza del horror se filtre por las cortinas para caerme encima como una jodida hacha y hacerme cerrar los ojos de nuevo y aguantar lo malo en la barriga y preguntarme ¿¿cuándo llegarán los vivos??

BUKOWSKI SOBRE BUKOWSKI

Escritos de un viejo indecente, Essex House, edición de bolsillo, 255

pp. con prólogo del autor. 1,95$. Escrito por Charles Bukowski, reseñado por CHARLES BUKOWSKI

La otra noche bebía con un amigo que dijo, o igual fui yo el que dijo: «Es terriblemente difícil que no te guste el olor de tu propia mierda.» Hablábamos de mirar nuestros zurullos después de una hazaña y sentirnos, de alguna manera, orgullosos de nuestro logro.

Bueno, con un comienzo así tendrán suficiente los escritorzuelos, los chicos de la hiedra venenosa, los chicos de las universidades de élite, así que se lo doy pronto para aplacarlos primero. Vamos a quitarnos de encima a los parásitos y a empezar a hablar como es debido. Ya he tenido suficientes pesadillas con la universidad y Creeley como para aguantar 44 vidas y vidas de ensueño venideras.

Vale. Kirby me envió un par de ejemplares de muestra. Así que uno saca el libro del buzón y lo mira.

Me acosté: me gustan las camas, creo que la cama es el invento más grande del hombre, la mayoría nacemos ahí, morimos ahí, follamos ahí, nos la machacamos ahí, soñamos ahí…

Yo soy más bien cascarrabias y descreído, así que me metí entre las sábanas donde me la meneo, solo, con la esperanza de que Kirby y Essex hubieran sacado lo mejor, aunque no sabía nada respecto de Kirby ni Essex House; sólo hablaba de mis experiencias con el mundo. Tío, hojeé el libro y lo habían dejado todo: los desvaríos, lo literario, lo antiliterario, el sexo, la falta de sexo, el saco entero de gritos y experiencias con todo lujo de detalle.

Fue un honor.

Me gusta el honor. Y estaba pulcramente presentado con una cubierta inmaculada: Escritos de un viejo indecente, 0115.

Me metí en la cama y leí mis propios relatos o lo que fueran y disfruté. Una vez he escrito un poema y lo releo, lo único que tengo es sensación de vómito y desperdicio. Y la gente me cita versos, tal cual, de poemas antiguos y no sé de qué demonios me hablan. Es como cuando me dicen cuando estoy en plena resaca: «Ahuyentaste a 23 personas de mi casa e intentaste follarte a mi mujer.»

Ya sabes, parece una enorme gilipollez.

Pero los relatos, mientras estaba tumbado en la cama, me gustaron mucho. Qué asco de comentario, ¿eh? Supongo que fue la espectral acumulación de experiencia entre las sábanas lo que me entrampó. Mientras leía los auténticos días y noches de mi vida me pregunté cómo era posible que siguiera vivo y coleando ahora.

¿Cuántas veces puede pasar un hombre por la trilladora y conservar la sangre, el sol estival dentro de la cabeza? ¿Cuántas celdas chungas, cuántas malas mujeres, cuántos cánceres diversos, cuántos pinchazos de rueda, cuántos tal o cual o tal o cual o tal?

Lo cierto es que leí mis propios relatos con un asombro natural, olvidándome de quién era, casi, casi, y pensé: Hmmm, hmmm, este hijoputa sí que sabe escribir.

Recuerdo a otros escritores. Quedar muy decepcionado con Chéjov, G. B. Shaw, Ibsen, Irwin Shaw, Gógol, Tolstói, Balzac, Shakespeare, Ezra Pound y demás. Ellos, todos ellos, daban la impresión de anteponer la forma literaria a la realidad y el vivir la vida en sí. En otras palabras, o quizá más claramente, todos y cada uno de ellos se dignaban reconocer que la vida podía ser funesta pero eso estaba bien siempre y cuando pudieran apañárselas y contarlo a su particular manera literaria.

Lo que está bien. Si te gustan los jueguecitos.

Y creo que ahora los profesores se están dando cuenta de que los propios estudiantes están hartos de juegos.

Vale, volvamos a Escritos de un viejo indecente.

Al releerlos, relatos y fantasías, me parecieron maravillosos y llameantes. Pensé: joder, no ha habido un autor de relatos breves

tan bueno desde Pirandello. Por lo menos desde entonces.

Es cutre decirlo, pero creo que merece la pena leer el libro. Y que las vírgenes bibliotecarias aún por nacer, dentro de 200 años, se correrán en las bragas de flores al reconocer la intensidad, después de que mi maldito cráneo mudo se haya convertido en un comedero de mierda para gusanos subnormales, ardillas y demás criaturas infernales.

Ah, otra cosa.

Dentro de diez años tu ejemplar de 1,95$ valdrá 25$. Y si vives lo suficiente y la Bomba no lo revienta todo, igual puedes pagar un mes de alquiler con el libro.

Hasta entonces, déjate los cojones leyendo y

engulle y madura todo lo que puedas.

ESCRITOS DE UN VIEJO INDECENTE

Open City, 8-14 DE DICIEMBRE DE 1967

En el número de diciembre de Evergreen hay un poemita de un tal Charles Bukowski allá por las últimas páginas, y por toda la revista hay una entrevista con LeRoi Jones, poemas de LeRoi Jones, anuncios del último libro de LeRoi Jones, así como un discurso del difunto Malcolm X: «El juicio de Dios a la América blanca.»

Evergreen empezaba a parecer Ebony. Fui leyendo.

Ese mismo día, vino la mujer con mi hija de 3 años. Nos sentamos a comer.

—Creo que voy a escribir un poema titulado «¿QUIÉN TEME A LEROI JONES?».

—Tú temes a LeRoi Jones —me gritó la mujer. Era muy liberal blanca liberal liberal liberal.

—¿Quién teme a LeRoi Jones? —pregunté de nuevo, mirando a mi pequeña.

Ella levantó un brazo por encima de la carne picada y las patatas fritas y me dijo:

—¡TÚ LO TEMES! ¡TÚ LO TEMES!

Mientras tanto la mujer estaba venga a perorar y guasearse, su voz de un agudo neurótico, explicándome el sentido de la América

negra y LeRoi Jones, como sólo puede hacerlo una mujer blanca liberal muy liberal. Yo no arremetía contra LeRoi Jones, pero de algún modo había pisado terreno sagrado y la mujer lo estaba defendiendo, casi violentamente. Estaba bien… para LeRoi. Joder, lo recordaba de cuando ambos nos dejábamos los cuernos intentando publicar nuestra poesía en las revistillas; ahora yo seguía dejándome los cuernos. Seguía siendo el mejor poeta de los dos. Sus obras de teatro le habían dado el empujón. Las esposas blanquitas gordas y sosas que ya no echaban nunca un buen polvo disfrutaban con la violencia negra de Jones en sus obras teatrales. «Ay, Dios, cariño, ese hombre me aterra, pero me encantaría ver alguna de sus obras.

¡¡¡Ayyy, vamos a ver una de sus obras!!!» El viejo, tras una dura jornada en la oficina tirando de bolígrafo, la llevaba a ver la obra. Lo que fuera, antes que intentar empalmarse.

—No lo entiendo —dije—. Hitler me dijo que los blancos eran la raza suprema y ahora Jones me sale con que la raza suprema son los negros.

—Bueno, ¿quiénes crees tú que son la raza suprema?

—Depende de quién seas; si eres blanco, entonces la raza blanca es superior; si eres negro, entonces la negra; si eres amarillo, la amarilla; si eres una mezcla, entonces la mestiza…

Ella siguió dale que te pego, ligando una frase con la siguiente.

Debió de estar hablando diez minutos sin pausa. Algo de lo que dijo tenía fundamento. La mayor parte no era sino sacrificio religioso ante el altar. Palabras al aire de mujer blanca liberal liberal. Ni siquiera a Jones le habría hecho gracia oírlo.

—¿Cuántos negros has conocido? —le pregunté.

Siempre era un buen modo de pararle los pies en una discusión religiosa. Puesto que he sido trabajador no cualificado en empleos cutres y mal pagados toda la vida, he trabajado con más negros, conocido a más negros, bebido con más negros y peleado con más negros que cualquier teórico liberal con libros embutidos entre oreja y oreja. Deambulando por las callejuelas de Nueva Orleans bajo una llovizna con mi maleta de cartón, una oriental de bandera sentada en el porche enseñando pierna me llamó. Se rió y gritó: «¡BLANCO

DE MIERDA!» Dejé la maleta de cartón y le miré las piernas.

«¡Venga!», me dijo. «¡Venga, blanco de mierda, ven a pillar cacho!»

Vi moverse un poquito una cortina y detrás una cara de hombre negro, sus ojos con una hermosa ansia asesina por mis 2 dólares y 20 centavos. Entonces me eché a reír, me sentí bien al sol de primera hora de la mañana, recogí la maleta llena de poemas y seguí calle adelante.

—Jones ha salido con una fianza de 25.000 dólares —la increpé.

El dinero sólo representa el mal para las señoras liberales blancas…

hasta que dejas de dárselo.

—Bueno, tú saliste de la cárcel. ¡En diez minutos, tenías la fianza!

—Tardó 6 o 7 horas. La fianza estaba entre 20 y 30 dólares. La tenía en la cómoda pero me llevó un buen rato encontrar alguien de confianza. Jones consiguió 2.500 en metálico, puestos a hacer comparaciones, además de 2 casas, amigos de sus padres. Yo no conozco a nadie que tenga una casa en propiedad. Ni siquiera tengo padres. Sigo siendo un blanco de mierda.

—La casa de Jones no es suya. Pertenece a la comunidad negra.

—Ay, joder —dije. Así que allí estábamos, discutiendo por LeRoi Jones mientras comíamos patatas fritas. Para averiguar quién es el propietario de una casa, averigua quién caga en el cagadero y quién folla en la cama. Puedes apostar a que posee al menos una parte.

Asimismo, si tienes que llamar al timbre para entrar, no posees nada en absoluto.

Decidí abandonar la conversación, pero ella la tenía bien pillada.

—Imagina que fueras caminando por la calle y te partieran la cara y te dijeran que te parten la cara por el color de tu piel, ¿cómo te sentirías? No se les puede echar en cara que aspiren al Poder Negro. El Poder Negro no es nada porque no tienen ningún poder…

Siguió dale que te pego. Yo no tenía ninguna polémica especial con ella. La mujer sólo imaginaba que la tenía. Pero era consciente de que si los negros se hicieran alguna vez con el poder total, la matarían mucho antes de que me tocara el turno a mí. Así que escuché y seguí escuchando y luego le di un beso de buenas noches a la niña y subí al coche para irme a currar.

Allí 9 de cada 10 son negros, pero se te olvida con el paso de los años. No tiene nada de especial hasta que la mujer blanca liberada de las liberales lo convierte en especial. Nos pusimos a trabajar.

Entonces dije:

—¡LEROI JONES!

El que estaba a mi lado se volvió, y allí estaba el dedo de nuevo:

—¡MÁS TE VALE NO DECIR NADA DE LEROI JONES!

—Mi hijita dice que lo temo.

—¡LO TEMES! ¡MÁS TE VALE NO DECIR NADA DE LEROI JONES!

—Y si digo algo, ¿qué?

—Se ocuparán de ti, eso es lo que ocurrirá.

—¿Se ocuparán mental o físicamente?

—Lo mental nos trae sin cuidado. Sus muchachos se ocuparán de ti de la otra manera.

—¿Quieres decir que no tengo libertad de expresión?

—¡Ten cuidado con lo que dices! ¡LeRoi es un DRAMATURGO DE

FAMA INTERNACIONAL! ¿Quién eres tú? ¡Ándate con cuidado!

—Dame un pitillo.

—Y una mierda, cómprate tabaco. Hay máquinas expendedoras.

Su amigo se acercó.

—Hola, hermano —dijo.

—Hola, hermano —respondí.

—¿Vas a invitarme a tu casa a desayunar? —Trabajamos por la noche.

—Claro. Vamos a comer alubias y sémola. Sólo que no tengo casa.

—¿Tienes puerta principal?

—Sí.

—Bueno, pues voy a ir a la puerta principal a plena luz del día y voy a llamar al timbre. No pienso ir por la puerta trasera para que la gente se crea que soy un criado o basurero o recadero. ¡Pienso ir a la puerta principal!

—Hermano Roy, mi puerta principal es la tuya siempre y cuando se pague el alquiler.

—Bien, voy a dejarme crecer esa mierdecita que tienes en la barbilla y luego me voy a pillar a alguna chavalita hippy y vamos a pasear por Sunset Boulevard agarrados de la mano, por mitad de Sunset

Boulevard.

—A mí también me gustaría pillar a una de esas preciosidades rubias hippies —le dije.

Tras unos comentarios sobre el gobierno de Reagan, volvió a su sitio y tomó asiento. Seguimos trabajando, mientras en mi casa la madre de mi hija se preparaba para ir a un mitin del partido comunista. Todos los afiliados blancos.

Vaya panorama tan jodido.

¿Eh, LeRoi?

¿Hermano?

LA AUSENCIA DEL HÉROE

Poco antes había intentado ligarme a una puta muy joven con medias que se le arrugaban como pellejos rígidos en torno a los tobillos sucios: no quiso venirse conmigo. Le agarré el culo en el callejón, se tiró un pedo, un pedo que me apestó el alma de Singapur al Monte Ganges, se tiró un pedo y se marchó con un marinero maravillosamente subnormal. Salí a la calle y los árboles verdes me enseñaron los dientes amarillos. Y las pollas de goma. Yo era un dedo muerto y cachondo en un cielo sin sexo.

Tristeza. La tristeza se vuelve tan intensa que se convierte en otra cosa, como un vaso de cerveza. La tristeza es una cosa, la locura otra. Así que te vas a tu casa, te limpias la mierda del culo a toallazos, decides volverte loco…, ¿qué ocurre?

¡LLAMAN AL TIMBRE! Una mujer con un polvoriento sombrero negro combado sobre su media cara, lleva una capa verde y alcanzas a olerle la ropa interior, probablemente tiene un coño muy grande que siempre emite esa especie de mantillo blanquecino, no me refiero a fluido vaginal, me refiero a mantillo, y dice: «¿Quiere hacer un donativo para los niños hambrientos de Bionbiona?» No, señora, no, haga el favor… «Ah, ¿estaba durmiendo? Lo siento»…

Siéntalo. Pero no estaba durmiendo, señora.

Se marcha.

… la gente es mejor que yo

las piedras son mejores que yo

los zurullos de perro en algún jardín son

mejores que yo.

3.24 de la madrugada. Había ido a alguna parte, evidentemente, y había regresado. Cuando abrí la puerta, tuve la sensación de que había alguien en la habitación. Encendí aquella lámpara vieja y me quedé plantado. Entonces la puerta del armario con mis cuadros, allí pegados con moco y semen y chicle, aquella puerta se abrió y salió un hombre con la cara casi amarilla; pelo que era a un tiempo amarillo y gris; dentadura feísima y un olor como a heno y heces de corral, gallinero viejo. Salió a la carrera y me golpeó en la cara.

Cuando intentaba huir por la puerta lo agarré por el brazo izquierdo y le hice una llave retorciéndole la maldita extremidad casi hasta el cuello. Empezó a gritar y seguía apestando a base de bien. «Franky Roosevelt ha muerto», gimoteó. «A ver, gilipollas, ¿a quién carajo le importa?», le pregunté. «¡A mí, ay, a mí.» «¡Apestas!», le grité.

«¡DATE UN BAÑO!» Le pegué una patada en el culo y lo eché por la puerta. Le oí correr calle abajo. Miré en el armario y había un montoncito de zurullos, zurullos frescos. Los miré y vomité. Luego agarré los periódicos de la víspera, no sé qué coñazo acerca de que el hombre había llegado a la luna, recogí toda la porquería y la eché al cubo de la basura.

Después fui a la nevera, me preparé un sándwich de mortadela, me bebí dos cervezas y empecé a darle al vino. Luego me llegué a la pizarra, una grande colgada de unas cuerdas en mitad de la habitación y afianzada con lastres de ladrillo, busqué un poco de tiza y escribí:

ÉSTE TIENE UN PIE ZOPO

ÉSE QUIERE CHUPARME LA POLLA

EL TERCERO TIENE UN TIC EN LA CABEZA

EL CUARTO LLEVA PELUCA

EL QUINTO ES COMUNISTA

EL SEXTO ES NIETO DE HITLER

EL SÉPTIMO LEE A DICK TRACY

EL OCTAVO ASEGURA QUE LE DEBO DOS PAQUETES DE TABACO

EL NOVENO ES UNA MUJER QUE ANTES BAILABA CON UNA COBRA DE CASI TRES METROS PERO NO QUIERE ECHARME UN

POLVO A MÍ. ¡NO, ERA UNA BOA! SEA COMO SEA, A MÍ NO QUIERE

ECHARME UN POLVO.

Llamaron al timbre. Las 4 de la madrugada. DeJohns.

Siéntate, DeJohns.

Ojos rojo lechoso, tetas suficientes para los dos, pero sin coño, claro.

Nos hace falta un héroe, DeJohns. No hay nada. Se ha agotado todo. ¿A qué nos podemos aferrar?

Jijijijijijí jijijí.

Miraba la cuerda que mantenía suspendida la pizarra.

Jijijijijijí jijí, qué putada, mierda y nada más que mierda.

Chavalitos que se dedican a jugar. Jijí. Ostentación. Ni un solo ser humano por ninguna parte, jijijí. Pájaros, gatos, hormigas, eso sí.

Claro. Seguimos borrachos. Nos empapuzamos de pastillas. Jijí.

Recuerdo, Bukowski, jijijí, cuando eras un hombre en vez del pellejo de mierda enfermiza que eres ahora.

Amórrate al grifo del agua, DeJohns.

Ji, jijí, aquella vez que diste la vuelta a la manzana corriendo, dos

veces, a las 7 de la mañana, en pelota picada: los cojones, la polla, el culo bamboleándose al aire puro. Sin sonido alguno. Sólo los pies, los pies descalzos: ¡pam, pam, pam! Nos vestimos, 3 de nosotros, para intentar alcanzarte. Jijijí, aquella vez que te quedaste colgando por los tobillos de la ventana en la cuarta planta de aquel hotel. Las putas en aquella habitación venga a llorar, suplicándote que entraras. Te prometieron que te chuparían la polla, te lamerían los pelos del ojete, lo que fuera. Jijí, aquello sí que estuvo bien.

Vete a chupar una cuchara caliente, DeJohns.

Qué divertido. Pero más gracioso fue cuando intentaste auparte para entrar y las piernas no te respondían. Tenías los tobillos trabados en torno a un separador de madera que dividía la ventana por la mitad. Entonces sí que empezaste a resultar gracioso de verdad.

¿Sí?

Sí. Jijijijí. Dijiste: oh, oh, si no me aúpo a la siguiente, esto se acaba. Me estoy quedando sin fuerzas. Las putas se abalanzaron hacia ti y tú gritaste: ¡NO ME TOQUÉIS! Y nunca llegaré a explicarme cómo lograste aupar el cuerpo entero por los tobillos. Te convertiste en un caracol, un ciempiés, algo inhumano. Jijijí, cuando volviste dentro las putas te arrancaron los pantalones, te lamieron el ojete, los cojones, la polla…, jijijí. Entonces llamaron a la puerta y la abriste con la polla tiesa, ¿EH?, y el casero empezó: ¿QUÉ

DEMONIOS HACES COLGÁNDOTE DE LA VENTANA POR LOS

TOBILLOS? Jijijí. Y tú le dijiste: SÓLO INTENTABA ANIMAR UN

POQUILLO ESTA PUTA FIESTA. Jijijí. Y el casero te soltó: ¡SI VUELVES A HACERLO AUNQUE SÓLO SEA UNA VEZ MÁS, LLAMO A LA POLICÍA! Jijijí.

DeJohns me miró: «¿Qué te ha pasado, Bukowski?»

No lo sé, tío. Cansado.

Iba a escribir un libro sobre tu vida; ahora ya no me interesas.

Lo que hice era lo que tenía que hacer. Ya no echo en falta nada de eso.

¡VETE A TOMAR POR CULO, TÍO! ¡ESTÁS ACABADO!

DeJohns se levantó y se fue.

Mi última oportunidad de llegar a ser inmortal.

Igual tenía razón. Eché un trago de whisky para cobrar ánimos.

Levanté el teléfono. Eh, guapa, tengo una botella. Pásate por aquí.

Echamos un trago. Largamos un rato. Luego follamos.

Me colgó.

Volví a la pizarra:

¿PARA QUÉ LAVARME LAS AXILAS CUANDO LA CUCARACHA HA CONQUISTADO ALGO MÁS QUE ALEJANDRÍA?

¿PARA QUÉ IR EN BICICLETA CUANDO HENRY MILLER VA EN

BICICLETA?

HEMOS SIMULADO TENER ALMA SIN TENERLA EN ABSOLUTO; HEMOS JODIDO LA SAGRADA ATROCIDAD DE RESPIRAR.

HEMOS BRUTALIZADO LA TIERRA MÁS QUE CUALQUIER

EJÉRCITO.

CUANDO LLEGUE EL HÉROE NOS DAREMOS CUENTA DE QUE

SIEMPRE ESTUVO AQUÍ.

Luego me senté, encendí un pitillo, me tomé un par de pastillas rojas y esperé.

CRISTO CON SALSA BARBACOA

El autostopista estaba plantado justo debajo de la marquesina de la gasolinera cuando lo recogieron. Lo hicieron sentar en el asiento trasero con Caroline.

Murray iba al volante. Frank se volvió, apoyó el brazo en el respaldo del asiento y miró al autostopista.

—¿Eres un hippy?

—No sé. ¿Por qué? —le preguntó el chico.

—Bueno, nos especializamos en hippies. Estamos acostumbrados a ellos.

—Entonces, ¿no os caemos mal?

—¡Claro que no, chaval, nos encantan los hippies! ¿Cómo te llamas?

—Bruce.

—Bruce. Bien, es un nombre bonito. Yo me llamo Frank. El tipo que conduce es Murray. Y esa preciosa zorra que tienes al lado es Caroline.

Bruce asintió y sonrió. Luego preguntó:

—¿Hasta dónde vais?

—Hasta el final, chico, vamos a llevarte hasta el final.

Murray se echó a reír.

—¿De qué se ríe? —preguntó Bruce.

—Murray siempre se ríe cuando no toca. Pero es nuestro conductor. Es un buen conductor. Nos lleva costa arriba y abajo por Arizona, Texas, Louisiana. Da la impresión de no cansarse nunca, pero es un buen tipo, ¿verdad, cielo? —le preguntó a Caroline.

—Claro, y Bruce también es un buen tipo. —Le puso la mano en la rodilla al chico, se la apretó, luego se inclinó hacia él y lo besó en la mejilla.

—¿Has comido algo hace poco, chaval?

—No, tengo mucha hambre.

—Bueno, no te preocupes. Dentro de poco pararemos a comer algo.

Caroline siguió sonriéndole a Bruce.

—Es simpático. Muy simpático.

Bruce notó que le pasaba la mano pierna arriba hacia el pene. A Frank no parecía importarle y Murray seguía ocupado en conducir.

Entonces llegó hasta el pene y empezó a sobárselo sin dejar de sonreír.

—¿Dónde dormiste anoche, chaval? —le preguntó Frank.

—Debajo de unos árboles. Hacía un frío de mucho cuidado. No sabéis cómo me alegré de que amaneciera.

—Tienes suerte de que no se te zampara algún bicho durante la noche.

Murray volvió a reír.

—¿A qué te refieres? —preguntó el muchacho.

—Me refiero a que, debajo de todo ese pelo, se te ve un chico de lo más apetitoso.

—Desde luego —coincidió Caroline. Seguía sobándole el pene. Se le estaba poniendo duro.

—¿Qué edad tienes, Bruce?

—19.

—¿Lees a Ginsberg, Kerouac?

—Sí, pero eran más de la era beat. A nosotros nos va más la música rock y folk, todo eso. También me gusta Johnny Cash. Y

Bobby Dylan, claro…

Caroline le había bajado la bragueta y ya le había sacado la tranca. Luego empezó a lamérsela y a hacerle una buena mamada.

Frank se comportaba como si nada.

—¿Has estado en Berkeley?

—Sí, claro. Berkeley, Denver, Santa Bárbara, Frisco…

—¿Crees que va a estallar la revolución?

—Sí, tiene que estallar. No hay salida. Sabes…

Ella se había metido la polla en la boca. El chico no podía seguir hablando.

Por fin Murray volvió la vista y soltó una risotada. Frank encendió un pitillo y siguió mirando.

—Joder —dijo el muchacho—, ay, Dios, ¡joder!

Caroline estaba venga a subir y bajar la cabeza. Luego se lo tragó todo. Había terminado. Bruce se retrepó en el asiento y se subió la cremallera.

—¿Qué te ha parecido, chaval?

—Bueno, estupendo, ya sabes.

—No es habitual que te toque un viaje así. Y aún no ha terminado. No ha hecho más que empezar. Espera a que paremos a comer.

Murray rió de nuevo.

—No me gusta cómo se ríe —dijo Bruce.

—Bueno, no se puede tener todo. Acaban de hacerte una buena mamada.

Siguieron carretera adelante un rato.

—¿Ya tienes hambre, Murray?

Murray habló por primera vez:

—Sí.

—Bueno, pararemos en cuanto encuentre un buen sitio.

—Espero que sea pronto.

—Supongo que Caroline no tiene hambre. Acaba de almorzar.

—Me vendría bien algo de postre —rió ella.

—De todas maneras, ¿cuándo comimos por última vez? —

preguntó Frank.

—Anteayer —dijo Caroline.

—¿Cómo? —se extrañó Bruce—. ¿Anteayer?

—Sí, chaval, pero cuando comemos, comemos a base de bien…

¡Eh! Esto parece un buen sitio. Cantidad de árboles, aislado. Aparca

por aquí, Murray.

Murray salió al arcén y todos se apearon y se desperezaron.

—Vaya barba tan guapa que tienes, chaval. Y menuda mata de pelo. Los peluqueros no te sacan mucho, ¿eh?

—Supongo que nadie me saca mucho.

—¡Así se habla, chaval! Muy bien, Murray, cava un hoyo para el asado. Prepara el espetón. Hace ya un par de días. Estoy a punto de quedarme sin barriguilla.

Murray abrió el maletero. Había una pala, madera y hasta carbón. Todo lo necesario. Empezó a llevarse todo el material entre los árboles. Los otros se montaron otra vez en el coche. Frank les pasó cigarrillos y les ofreció una botella de whisky escocés, un quinto. Era un licor suave pero al chico le hizo falta rebajarlo con agua un par de veces.

—Bruce me gusta mucho —dijo Caroline.

—A mí también me cae bien —comentó Frank—. Qué demonios,

¿no podemos compartirlo?

—Claro.

Continuaron bebiendo sin hablar. Luego Frank dijo:

—Venga. Murray ya debe de tenerlo todo preparado.

Se apearon y siguieron a Frank hacia los árboles, Caroline de la mano de Bruce. Cuando llegaron, Murray ya casi había terminado.

—¿Qué es eso? —preguntó el chico.

—Una cruz. La ha construido Murray. ¿A que está bien?

—Lo que quiero decir es para qué sirve.

—Murray cree en los rituales. Es un tanto especial, ya sabes, pero le seguimos la corriente.

—Bueno —dijo el muchacho—. Yo no tengo hambre. Creo que voy a seguir carretera adelante un trecho.

—Pero nosotros sí tenemos hambre, chaval.

—Sí, pero voy…

Frank le pegó un puñetazo en todo el estómago. Cuando se doblaba, Murray le dio un porrazo detrás de la oreja. Caroline hizo un almohadón de hojas y se sentó mientras Frank y Murray

arrastraban al chico hasta la cruz. Frank sujetó a Bruce contra la cruz mientras Murray atravesaba con un clavo enorme la palma izquierda del chico. Luego hicieron lo mismo con la palma derecha.

—¿Hacemos lo de los pies? —preguntó Frank.

—No, eso me harta. Es mucho trabajo.

Se sentaron junto a Caroline y pasaron la botella.

—Por aquí hay unas puestas de sol preciosas, ¿verdad? —

preguntó Caroline.

—Sí. Fijaos. Rosa, y se está poniendo rojo. ¿A ti te gustan las puestas de sol, Murray?

—Claro que me gustan las puestas de sol, ¿qué te crees?

—Sólo era una pregunta. No te pongas susceptible.

—Bueno, es que me tratáis como si fuera una especie de idiota.

Claro que me gustan las puestas de sol.

—Venga, no discutamos. O igual sí deberíamos discutir, porque se me ha ocurrido algo.

—¿Sí? —indagó Murray.

—Sí. Estoy harto de la salsa barbacoa. Estoy harto de ese sabor.

Y además leí en alguna parte que puede provocar cáncer.

—Bueno, a mí me gusta la salsa barbacoa. Y yo me encargo siempre de conducir, hago todo el trabajo, así que tenemos que echar salsa barbacoa.

—¿Tú qué crees, Caroline?

—Me trae sin cuidado, siempre y cuando comamos.

El chico se estaba moviendo en la cruz. Estiró las piernas para ponerse en pie, luego levantó la mirada. Entonces se vio las manos.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué habéis hecho conmigo?

Luego gritó. Fue un grito largo, agudo, lastimero. Después calló.

—Tómatelo con calma, chaval —le dijo Frank.

—Sí —dijo Murray.

—Me parece que ahora no le apetece una mamada, ¿eh, Caroline?

Caroline se echó a reír.

—Eh —dijo el muchacho—, soltadme, por favor. No lo entiendo.

Este dolor…, me duele muchísimo. Siento haber gritado. Haced el favor de bajarme. ¡Por favor, por favor, Dios santo, acabad con esto!

—Está bien, acaba con ello, Murray.

—¡Ay, Dios mío, gracias!

Murray se llegó hasta la cruz, le echó atrás la cabeza al chico y le cortó la yugular con el cuchillo de carnicero. Luego agarró el martillo de orejas y empezó a sacar el clavo de la palma izquierda. Maldijo.

—Esto es siempre lo más difícil.

Después Murray descolgó al chico y empezó a desnudarlo. Tiró la ropa y las sábanas a un lado. Entonces agarró el cuchillo y abrió al muchacho en canal, empezando justo debajo de las costillas para ir

desgarrándole el estómago.

—Vamos —dijo Frank—. No me gusta ver esta parte.

Caroline y Frank se levantaron y se fueron hacia la maleza.

Cuando regresaron, se había puesto el sol y Murray había colocado al muchacho en el espetón y estaba dándole vueltas.

—Oye, Murray.

—¿Sí?

—¿Qué pasa con la salsa barbacoa?

—Estaba a punto de untarlo. Hay que ponerla mientras la carne está a medio hacer para obtener el sabor auténtico, eso ya lo sabes.

—A ver qué te parece. Vamos a lanzar una moneda al aire para decidir. ¿De acuerdo, Murray?

—De acuerdo. Ven aquí, Caroline. Dale vueltas mientras decidimos.

—Vale.

—Tú eliges —dijo Frank—. Escoge cuando la moneda esté en el aire.

Frank lanzó la moneda bien alto.

—¡Cara! —gritó Murray.

Cayó la moneda. Se acercaron y la miraron.

Era cara.

—Maldita sea —dijo Frank.

—Bueno, no hace falta que comas si no quieres —señaló Murray.

—Bueno, pues ya como —dijo Frank…

A la mañana siguiente estaban en camino, Frank y Murray delante, Caroline detrás. El sol estaba bien alto. Caroline iba detrás con una mano, limpiando la carne de los dedos.

—Esa chica tiene el apetito más voraz que he visto en mi vida —

dijo Murray.

—Sí, y además fue la primera que lo probó. Casi en cuanto el tipo se montó en el coche.

Frank y Murray se echaron a reír.

—No tenéis ninguna gracia. ¡No tenéis la menor gracia!

Caroline bajó la ventanilla y tiró la mano.

—Qué atracón —dijo Murray—. No quiero ver a otro hippy en mi vida.

—Eso mismo dijiste hace 2 o 3 días —le recordó Frank.

—Ya lo sé, ya lo sé…

—¡Mirad! ¡Frena un poco! ¡Creo que veo a otro! Sí, fijaos, barba, sandalias, lo tiene todo.

—Vamos a pasar de éste, Frank.

El hippy enseñó el pulgar.

—Para el coche, Murray. Vamos a ver hasta dónde quiere ir.

Se detuvieron en el arcén.

—¿Hasta dónde vas, chaval?

—Nueva Orleans.

—¿Nueva Orleans? Está a 3 o 4 días de aquí, por lo menos. Sube, chaval. Monta ahí atrás con esa preciosidad.

El hippy se montó y Murray arrancó de nuevo.

—¿Cómo te llamas, chaval?

—Dave.

—Dave. Es un nombre bonito. Yo me llamo Frank. El tipo que conduce es Murray. Y esa preciosa zorra que tienes al lado es Caroline.

—Encantado de conoceros —dijo Dave, y luego se volvió y le sonrió a Caroline.

—Y nosotros nos alegramos de conocerte —sonrió Caroline.

Murray eructó mientras Caroline le ponía la mano en la rodilla a Dave.

¡AH, LIBERACIÓN, LIBERTAD,

LIRIOS EN LA LUNA!

Corren tiempos de grupos que exigen su dignidad y su lugar bajo el sol cubierto de niebla tóxica. A menudo sus exigencias ponen de manifiesto sus debilidades y crueldades, pero llevan las anteojeras puestas y sólo pueden ver lo que tienen delante, para sí mismos. El grupismo puede ser una banda de Al Capone o una compañía de ballet. Grupismo significa «ganar» y «ganar para nosotros».

Grupismo significa «quiero lo mío y como hay Dios que más vale que me lo des o si no…». Grupismo es la exigencia de Amor por medio de la Amenaza. Y eso que Amor tiene significados muy diferentes para personas distintas. El grupismo no da resultado. El grupismo no hace sino dar lugar al contragrupismo. El grupismo, en cierto sentido, aísla más de lo que libera, pero vamos a dejar eso de lado.

Ahora todo el mundo recurre a ello. Pero estoy pensando en algunos grupos que no se han organizado, como, pongamos por caso, los niños. ¿Se te ocurre algún otro grupo con menos derechos que los niños? Se los maltrata, se los escolariza, se los deja de lado, se los acicala cuando es necesario, se los baña a voluntad, se los alimenta caprichosamente, se les dice cuándo dormir, despertar, hablar y así sucesivamente. La excusa utilizada es que no saben hacer todo eso por sí mismos… mucho tiempo después de que lo sepan.

Recuerdo bien mi infancia. Estaba sometido a una esclavitud absoluta. El sábado era día de segar el césped y regar. El domingo había misa. Los demás días había colegio, deberes y obligaciones. El matón de mi padre, un hombre odioso, me apalizaba 3 o 4 veces a la semana. Se servía de un suavizador para navajas. El único comentario de mi madre era: «Respétalo. Después de todo, es tu padre.»

Yo era un esclavo. Pensaba: Dios, sólo mido 90 centímetros. No puedo buscar trabajo. Tengo que quedarme aquí y aguantar las palizas para tener un sitio donde dormir y algo que comer. Ahora me resulta hasta gracioso pero entonces no tenía ninguna gracia.

Leí en algún sitio que una madre metía a su niña pequeña en un baño de agua hirviendo para enseñarle a ser «obediente». Un padre, tras

moler a patadas a su hijo con los zapatos puestos, abría una cerveza y se ponía a ver la tele. Otra madre mató de hambre a su criatura. Se puede leer una historia de terror tras otra en la prensa.

Piensa en los niños sin representación, el grupo de esclavos más numeroso del mundo.

Si quieres ir más allá, ¿qué me dices de los perros y los gatos?

¿Alguna vez te has planteado lo atroz que es la comida de las mascotas? Es comida para perros, es comida para gatos, se dice; se la comen. Tú también te la comerías si no tuvieras nada más. Se la das porque es barata: se puede tener un esclavo vivo por 12

centavos al día. Mientras exiges liberación, esclavizas a tus hijos y tus mascotas. ¿Qué demonios te pasa?

Podríamos incluso ponernos en plan extremista y decir, ¿qué pasa con las cucarachas, arañas, moscas, hormigas, serpientes, vacas, toros, caballos, mulas, mariposas, novillos, monos, gorilas, tigres, leones, zorros, lobos, cerdos, pollos, pavos, peces, focas, loros y demás? Venga, chavalote, o bien controlas o bien te sirves de todos ellos, los asesinas, los capturas, o bien les sacas beneficios. Mientras exiges libertades, lo esclavizas todo. ¿Qué demonios te pasa?

Qué dignidad tiene un cerdo, dices; tiene mejor aspecto una vez hecho tocino, jamón y costillas. Bueno, igual tú también.

Y el tigre, dices, si no lo matamos o lo cazamos, nos matará a nosotros.

Ah, el cuento de siempre. ¿Cuándo empieza la siguiente guerra?

Eso que hay detrás del arbusto, ¿es un indio o un nazi de Hoboken?

Bueno, dices, igual las corridas de toros no son precisamente correctas.

Entonces, ¿qué me dices de los combates de boxeo? Metemos a dos hombres en el cuadrilátero con la esperanza de que se maten a golpes. Si no lo hacen, ya pueden prepararse…

De modo que, cuando hablas de liberación, hay cantidad de grupos sin liberar en el mundo. Fíjate en las cucarachas…

Venga, Bukowski, no te pongas en plan completamente ridículo.

¿Se lo has preguntado alguna vez a las cucarachas?

No puedo.

A eso voy. Por la presente me nombro fundador de la Sociedad para la liberación de la cucaracha.

¡Dios santo, con las que tienes en este antro!

¡Ahí lo tienes!

¿Quieres decir que…?

Claro…

Me largo de aquí.

Más te vale. Estamos en plena formación. Cada día somos más fuertes. ¡Eso es, hermano!

Se fue hacia la puerta, la cerró de un portazo y se fue calle abajo.

¡Maldito cerdo fascista!

EL GATO EN EL ARMARIO

Llevaba borracho una semana, y entonces una chica negra de ojazos inocentes me leyó un poema suyo, y el poema era tan malo y ella era una cosita tan dulce… No podía decirle nada sobre lo malo que había sido el poema, así que me fui al baño, levanté la tapa de la cisterna y la rompí contra el suelo.

Luego salí y me tendí en el suelo. Estaba tumbado delante de una cantante de folk, escuchaba, le sobaba las piernas, le frotaba los muslos cuando alguien dijo: «¡Hank!», y levanté la vista y había 2

maderos en la puerta.

Me levanté.

—¿Es tuyo este antro, colega? —me preguntaron.

—Lo alquilo.

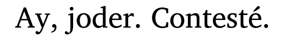
—Bueno, ahí dentro hay mucho alboroto.

—De acuerdo, ya nos andamos con cuidado.

—Más te vale. Porque si tengo que volver, alguien va a ir a parar a la trena.

Se fueron. No recuerdo gran cosa del resto de la fiesta, pero cuando desperté estaba solo en la habitación, hecho polvo, tan débil que no podía levantarme de la cama. El sol estaba ya alto. Tenía que apearme del carrusel. Llevaba borracho demasiado tiempo.

Entonces sonó el teléfono.



Ay, joder. Contesté.

—¿Sí?

—¿Hank?

—Sí, sí. Hank.

—¿Estás en la cama?

—Sí.

—Levanta. Vamos a dar una vuelta en barco por el precioso Pacífico.

—Igual vosotros sí. Yo no.

—Venga. Levántate de esa cama. Nos pasamos por ahí dentro de media hora.

Me levanté, trastabillé hasta el cuarto de baño y me miré la cara en el espejo. Tuve arcadas, fui a la cocina y abrí la nevera. No quedaba ni una birra. La mano me temblaba cuando cerré la puerta de la nevera. Llevaba 3 días sin comer.

Me puse alguna prenda, me senté en un sillón y esperé.

Pasó una hora. Bien, pensé, han cambiado de parecer.

Me desnudé, me metí otra vez en la cama y me tapé hasta la barbilla.

Debí de dormirme. Sonó el timbre. Me puse un albornoz.

Eran Barbie y Dutch.

—¡Venga, venga! ¡Vístete!

—Escuchad, estoy fatal, fatal de verdad…, apenas puedo andar.

—Venga, vístete. Te sentará bien.

—Sí.

Luego hicimos una parada para recoger al tipo de la lancha.

Fuimos al muelle. Mientras se ocupaban de los preparativos, di una vuelta por el muelle en busca de un sitio donde pillar una cerveza.

No vi ningún anuncio de cerveza. Pescado fresco. Un tiovivo.

Hamburguesas. Pero de cerveza, nada.

Regresé.

Bajé por la plancha que no paraba de oscilar suspendida sobre la dársena flotante. Casi me rompo la pierna al saltar a la dársena. Allí estaban. Tres tipos blancos con una negra preciosa. Nos montamos en el bote de remos. Una vez más, sobreviví por los pelos.

Me senté en un tablón y dije:

—¡Joder! ¡Ay, joder!

—Vas a pillar un buen bronceado —dijo Dutch—. Estás pálido. No sales nunca a la luz del día. Así dejas la priva y recuperas la salud.

Temblaba de la cabeza a los pies.

—Pero me estoy muriendo.

Me miraron todos y se echaron a reír.

—¿Sabes nadar?

—Hoy no. Estoy muy débil. Me hundiría a plomo.

Clyde intentaba poner en marcha el motor. No arrancaba. Tiraba del cable una y otra vez.

Aún podía sonreírme la suerte, pensé.

Cinco minutos después se puso en marcha el motor. Dutch estaba ahí sentado achicando el agua del fondo de la lancha con una lata vacía. Había peces muertos en el bote, desde hacía una semana.

Me tambaleé y fui a sentarme junto a Barbie. Ella me agarró la mano.

—¿Verdad que es agradable?

El agua estaba encrespada. Dutch se sentó en la proa y empezó a saltar arriba y abajo haciendo corcovear la embarcación.

—¡Yo sé nadar! —me gritó—. ¡Soy capaz de nadar 5 millas!

Pasamos por entre un banco de rémoras que flotaban cerca de la superficie.

—¿Has visto las rémoras? —me preguntó Dutch.

—Las he visto.

Cruzamos la línea de olas rompientes y nos dirigimos hacia mar abierto. Teníamos la embarcación más pequeña. Eran en su mayoría barcos de vela y un par de yates a motor.

Empecé a notar arcadas.

—¡Saca la cabeza por la borda!

No era gran cosa. Llevaba días sin comer. No era más que baba verdosa.

—¿Qué pasa, Hank? ¿Estás mareado o es la resaca?

—Resaca… ¡argh!, ¡ahhh!, ¡bruagh!

—¿Quieres que volvamos?

—No… ¡bruaaagh!… adelante…

Había terminado.

Clyde continuó hacia mar abierto. Estábamos más allá de los veleros. Yo pensaba una y otra vez en lo agradable que sería estar sentado en un sillón en mi cuarto cutre, bebiendo cerveza mientras escuchaba a Stravinsky o Mahler.

—¡Vuelve! —le grité a Clyde.

—¿Qué? ¡No te oigo! ¡Estoy al otro lado del motor!

—¡He dicho que vuelvas a tierra!

—¿Qué? ¡No te oigo!

—¡Dice que vuelvas a tierra!

—Ah, vamos a navegar siguiendo la costa un rato. Mientras sigas viendo esos hoteles, ya sabes que no estamos muy lejos.

Los hoteles tenían 40 plantas de altura.

—¡Joder! —dije.

—¿Qué?

Por fin Dutch y Barbie empezaron a turnarse al timón y Clyde vino a sentarse a mi lado.

—¿No es estupendo?

—Es una estupidez. Dejadme en tierra y seguid vosotros con el asunto. Ya os espero.

—Pero creía que eras el gran Bukowski, el tipo que cruzó el país vagabundeando una docena de veces, ¿no?

—Uno se cansa de darse cabezazos contra molinos de viento…

En casa de Harry estaba mucho más a gusto.

—… esos malditos idiotas me sacan de la cama con la resaca de una semana de borrachera y me meten en un bote que hace aguas y me llevan 7 millas mar adentro con un motor de ¼ de caballo…

—¿Pero por qué dijiste que mido metro y medio en ese relato que te publicó Evergreen? Yo no mido metro y medio…

—… son de esos que se suben a montañas rusas. En el fondo están hastiados y les hace falta una sacudida extrema que estimule…

—¿Sabes lo que es metro y medio?

—No.

Se puso en pie.

—Metro y medio es hasta aquí, cabrón.

Harry se puso la mano justo debajo del nacimiento del pelo.

—Mido uno cincuenta y cinco.

Harry volvió a tomar asiento.

—Ojalá pasara aquí todo eso que dices que pasa aquí, todo el tremendo folleteo y las mamadas.

—Es que pasa.

—Y llevo una peluca que se me ladea, dijiste. La gente me mira el pelo fijamente.

Harry escribía artículos críticos en Free Press. Me explicó el significado del «Pánico» en la literatura y cómo el «Pánico» creaba Arte. Me explicó la raíz de la palabra «Pánico». Ese tipo andaba detrás de algo.

El Pánico de Hemingway: los guantes de boxeo, las corridas de toros, las cacerías, el precipitarse a salvar a un hombre bajo un bombardeo extremo. Y El extranjero de Camus. Nada más que Pánico a la inversa.

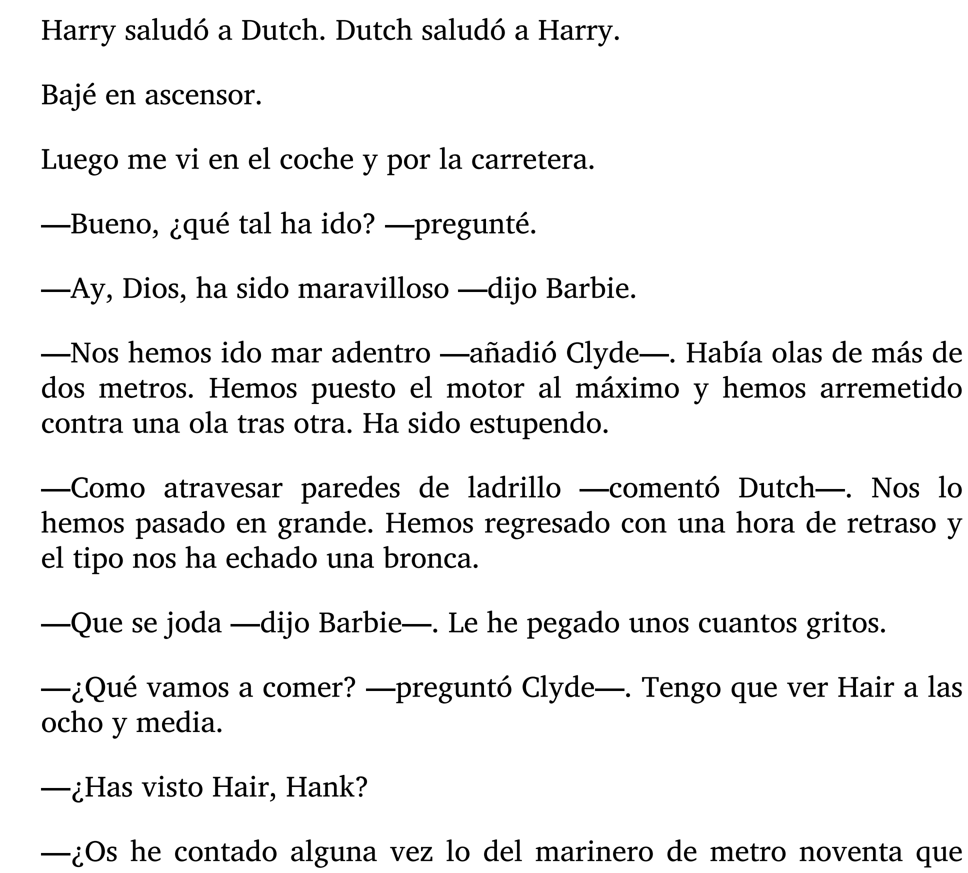
Entonces Harry empezó a hablar de Maxwell Bodenheim en Nueva York. Max estaba siempre borracho. Se paseaba por las calles de Nueva York a las 3 de la madrugada, nadie a la vista, y luego se volvía con una mueca de asco en los labios y medio escupía, medio gritaba las palabras «¡CERDO FASCISTA!». Cómo gorroneaba cervezas en los bares y vendía sus poemas autografiados —¡unos poemas preciosos!— por un dólar. Y el hombre que había asesinado a Max había logrado que su foto saliera en la prensa con una sonrisa de oreja a oreja y el pie de foto: «¡Bueno, de todas maneras, asesiné a un comunista!» Sólo que Max no era comunista.

Luego Harry abordó la historia del marinero de metro noventa al que le habían metido tanta polla que estaba harto de polla y se paseaba por los bares en busca de tipos con manos y antebrazos bien grandes y hacía que esos tipos le metieran el antebrazo por el culo hasta el codo. Harry contaba cosas fuertes de cojones. Como que lo único que tenías que hacer en Arabia cuando estabas en un aprieto era bajarte los pantalones y sonreír. Te tomaban por un santón.

Entonces oí abrirse la puerta del coche de Dutch cuatro plantas más abajo. No las engrasaba nunca. Utilizaba las puertas de bocina.

—Oh, oh. Ahí llegan los navegantes. Voy a salir a su encuentro para que no te molesten.

—No quiero portarme como un cabrón. Ya salgo y les saludo con la mano —dijo Harry.



Harry saludó a Dutch. Dutch saludó a Harry.

Bajé en ascensor.

Luego me vi en el coche y por la carretera.

—Bueno, ¿qué tal ha ido? —pregunté.

—Ay, Dios, ha sido maravilloso —dijo Barbie.

—Nos hemos ido mar adentro —añadió Clyde—. Había olas de más de dos metros. Hemos puesto el motor al máximo y hemos arremetido contra una ola tras otra. Ha sido estupendo.

—Como atravesar paredes de ladrillo —comentó Dutch—. Nos lo hemos pasado en grande. Hemos regresado con una hora de retraso y el tipo nos ha echado una bronca.

—Que se joda —dijo Barbie—. Le he pegado unos cuantos gritos.

—¿Qué vamos a comer? —preguntó Clyde—. Tengo que ver Hair a las ocho y media.

—¿Has visto Hair, Hank?

—¿Os he contado alguna vez lo del marinero de metro noventa que estaba tan harto de polla que hacía que algún tipo le metiera el brazo por el culo, nada menos que hasta el codo?

—Resulta difícil creerlo —comentó Barbie.

—Bueno, ya sabes que Catalina la Grande murió después de que se la follara un caballo, ¿no?

—Cuentan que Catalina la Grande hacía matar a los guardias de palacio después de que se la follaran —dijo Barbie.

—Me pregunto si sabrían que iban a matarlos —se planteó Clyde

—. Creo que sería bastante jodido empalmarse en semejantes condiciones.

Seguimos carretera adelante pensando en lo jodido que sería empalmarse en semejantes condiciones.

Paramos en un supermercado y Dutch y Barbie se apearon.

—Comprad cerveza —les dije.

Por fin regresaron y le pregunté a Dutch si habían comprado cerveza y me dijo: «Sí, sí» y luego subimos al apartamento de Clyde de 110$ al mes, lleno con todos los libros, estéreo, tocadiscos, mampara de vidrio en la ducha, y me senté a la mesa y miré a Barbie cocinando mientras me bebía la cerveza.

—Me imagino que estás en mi cocina, guapa.

Sonrió.

La cena estaba lista. Lo primero que comía en 3 días.

Luego Clyde tenía que irse a Hair. Pero antes Dutch le compró la lancha motora a Clyde por 90$.

—La compro para ti, Bukowski. Ahora podemos salir a navegar todos los fines de semana.

—Gracias, Dutch.

Nos fuimos con la lancha, le dimos las buenas noches a Clyde y fuimos a echar un vistazo a la librería de Dutch. Allí no compraba libros nadie. Pero había un espacio al fondo, amplio, donde la gente se recitaba poesía unos a otros. Los viernes por la noche. Y los sábados por la noche, los cantantes de folk.

Así que abrimos el local y Dutch empezó a correr de aquí para allá.

—¡Joder! ¡Alguien ha estado aquí!

Me senté con la cerveza y miré.

—¡Comida para gatos! ¡Alguien ha dado de comer al gato! ¡Y el café sigue caliente! ¡Joder! ¿Quién ha estado aquí?

Yo seguí bebiendo la cerveza.

Dutch fue hasta el fondo.

—¡Eh! ¡La puerta de atrás está abierta! ¡Sé que dejé cerrada la puerta de atrás!

Entonces Barbie encontró un saco de dormir en el suelo.

—Joder, éste no es nuestro saco de dormir.

Entonces Dutch entró en el cuarto de baño. La ventana estaba abierta. Alguien se había colado por la ventana. Claro, había una silla allá afuera. Y un City Lights Journal. Maldita sea, había entrado alguien. Pero no podía ser mala persona porque le había dado de comer al gato.

—¿O sea que sólo las buenas personas dan de comer a los gatos? —pregunté.

—Bueno, Bukowski, si pongo una reja en la ventana del cuarto de baño, no podrá entrar nadie, ¿verdad?

—Te equivocas.

Entró un chico de 13 años por la puerta trasera abierta.

—¡Eh, tío —dijo—, todo el mundo anda colocado! ¿Dónde estoy?

—Estás en la librería Golden Spider —contestó Barbie.

—¡La hostia! —exclamó el chaval.

Pasó y se sentó en una silla.

—Joder —exclamó—, ¿dónde está todo el mundo? Robert dijo que aquí había marcha, casi tanta como en casa de Bukowski.

¿Dónde está todo el mundo?

—Eso sólo es los viernes y los sábados por la noche —le dijo Dutch—. Los domingos descansamos.

—Ah —respondió el chico—, vaya, joder, voy de ácido. Aunque sólo me he metido medio.

Entonces oí al gato. Arañaba y maullaba.

—¿Dutch, qué es eso?

—Es el gato, que entra por la ventana del baño.

—Pero si acabas de cerrar la ventana. Mira en ese armario. Me parece que viene de ese armario.

Dutch se acercó, apartó un banco de delante del armario y su gato salió caminando, sólo un tanto mosqueado e indignado.

—¿A quién se le ocurre meter ahí a un gato?

—Al mismo tipo que le dio de comer —dije yo.

—Robert dijo que aquí había marcha —comentó el chico.

El gato deambuló con la cola erguida en el aire.

Entonces entraron dos personas por la puerta trasera. La chica tenía 19 años, muy dura, corpulenta. El tipo tenía unos 15, uno de esos altos y delgados.

—Venga —le dijo a la chica—, vamos a acostarnos.

Empezó a subir las escaleras hacia las habitaciones en el piso de arriba.

—Eh, tío —gritó Dutch—, si os dejo subir ahí, dentro de poco tendré durmiendo aquí a todos los chavales de la ciudad y esto se iría al carajo. No puedo dejaros subir. ¿Dónde habéis oído hablar de este sitio?

—Robert.

—No podéis quedaros aquí.

—Vale, ¿por dónde cae Sunset con Normandy?

—Eh, un momento —dije—. Ahí vivo yo.

—Mira —le dijo Barbie a la de 19 años—, creo que ya tienes donde quedarte. ¿Por qué no lo llevas allí?

—Porque hay un chico que se queda conmigo.

—Vale —dijo Dutch—, tenéis que iros.

Se fueron, los dos muy cabreados.

—Bueno, Dutch —dije—, tengo que irme.

—Vale —respondió Dutch.

—Eh —preguntó el chaval—, ¿vas por Santa Mónica y Western?

—Ya te llevamos allí —se ofreció Dutch.

Dutch cerró el local otra vez y fuimos al coche, Barbie y el chico

detrás, Dutch y yo delante.

—Bukowski, si pongo una reja en esa ventana de atrás no podrán entrar, ¿verdad?

—No —dije.

Me apeé delante de mi casa. Agarré las cervezas, le di un beso de buenas noches a Barbie y me despedí con la mano de los demás.

Llegué a la entrada, me las arreglé para abrir la puerta, eché un vistazo a la bolsa —quedaban 3 birras—, fui en busca de la guía de teléfonos, di con el nombre subrayado y marqué:

—Hola. Bukowski. Sí. ¿Te acuerdas? Vale. Dos packs de seis de las altas, sí. Una pinta de whisky escocés, ya sabes cuál bebo. Y ya sabes que dejo buena propina. ¡Así que manda a tu chico aquí y mándalo rápido!

Metí dos cervezas en la nevera y abrí la otra. Puse la radio. La Symphonie fantastique de Berlioz. No estaba mal. Me encontraba otra vez en mi reino. Tomé asiento y esperé al repartidor.

ESCRITOS DE UN VIEJO INDECENTE

Candid Press, 6 DE DICIEMBRE DE 1970

Las conquistas sexuales por lo general ocurren; no se persiguen.

Vivía en el Hotel Suicidio enfrente de McArthur Park en L.A. Era un antro cutre a más no poder lleno de pringaos. Estaba sentado un día junto a la ventana con un vaso de vino en la mano cuando algo cayó por delante de mí, sin hacer el menor ruido. Estábamos en la cuarta planta, y el cuerpo pasó por el aire, totalmente vestido, cabeza abajo, las piernas detrás. El patio era de cemento y lo oí pero no miré. Fue entonces cuando lo bauticé «Hotel Suicidio». Pero vamos a lo de las conquistas sexuales, un tema más agradable.

Vivía con una chica llamada May que era muy buena en la cama pero que, como yo, no encajaba del todo en la sociedad. Ninguno de los dos conseguíamos aguantar mucho en un trabajo, pero siempre andábamos preocupados por el dinero. Vivíamos de nuestra suerte.

El dinero parecía llegarnos de una manera u otra. A May se le daban

bien los revolcones con borrachos, y una vez cuando prácticamente habíamos tocado fondo, encontré un billetero con 197$ tirado en el cuarto de baño. May había estado utilizando nuestro retrete aquel día, así que bajé al cuarto de baño comunitario y allí estaba el billetero. Teníamos que ser afortunados o estábamos muertos.

Estaba sentado en el parque ese día pensando en ello. Sólo nos quedaban 63 centavos y estaba mirando los patos nadar por ahí, pensando que ellos lo tenían solucionado. Sin alquiler, ni problemas para comer, ni problemas con el empleo. Esos bichos idiotas tenían toda la suerte del mundo. No era de extrañar que los hombres se mataran unos a otros y enloquecieran. Me quedé allí pensando lo bien que estaría ser pato. Me quedé traspuesto al sol. Pasaron horas. Casi había anochecido cuando desperté y regresé al Hotel Suicidio.

Me monté en el viejo ascensor, que me subió entre bamboleos hasta la 4.ª planta. Cuando me acercaba a mi puerta, oí todo el ruido y las risas. ¿Qué pasaba? Abrí la puerta y allí estaba May con dos amigas suyas, Jerri y Deedee. Ya llevaban un buen rato dándole.

—¡Hank! —dijo May—. Jerri acaba de cobrar su primer cheque del paro y lo estamos celebrando. Tómate algo.

Me tomé algo. Me tomé unas cuantas. Tenía que darme prisa para alcanzarlas. Me quedaban 63 centavos y estaba bebiendo con 3

mujeres de muy buen ver. A sus caras les hubiera venido bien algún retoque, pero no había gran cosa que añadir a esos cuerpos. Y se vestían para realzarlos. Enseñaban lo que tenían.

Un poco después Jerri salió y compró un kilo de solomillo picado, ensalada de col y un paquete grande de patatas fritas y May lo cocinó y comimos y bebimos varias botellas de vino. Todo el mundo se sentía bien. Nos lo tomábamos en plan noche a noche. El mañana tendría que esperar.

Después de cenar, las chicas se sentaron por ahí y hablaron de sus curiosas experiencias con los hombres. Me enteré de un montón de cosas. Por ejemplo, todas conocían al botones del Biltmore que tenía la tranca como un caballo, y se ponía como una moto cuando había fiestas y después de que se hubiera ido todo el mundo abría la puerta de par en par y con la tranca de caballo erguida irrumpía en la habitación.

«¡Ah, no! ¡A mí no vas a meterme eso!»

El pobre tipo sencillamente la tenía demasiado grande. Había enviado a 3 mujeres al hospital.

Siguieron charlando y riéndose de los hombres, y yo tuve que ir al retrete. Solté una de las buenas y a mi regreso todo había terminado. May había perdido el conocimiento en el sofá y Jerri estaba en una cama y Deedee en la otra. Las luces estaban apagadas.

Me desnudé y me senté en un sillón. ¿No es una pena? Pensé.

Tres mujeres con esos cuerpos, todas desvanecidas. Vaya mierda de fiesta. Bueno, habían estado bebiendo el día entero.

Me quedé ahí sentado y seguí bebiendo. Iba mezclando cerveza y vino. Fumé varios pitillos y luego pensé: ¿qué demonios?

Primero le eché un vistazo a mi mujer para asegurarme de que estaba bien dormida y luego me acerqué a la cama de Jerri y me acosté. Era una mujer alta, casi uno ochenta, y con unos pechos muy bonitos. Le agarré un pecho y me llevé el pezón a la boca.

—Eh, Hank, ¿qué haces?

No podía responder. Me arrimé al otro pecho. Entonces dije:

—Voy a hacer el amor contigo.

—¡Ah, no, Hank, si May se entera, me mata!

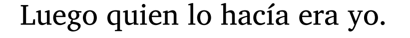
—¡May no se enterará nunca!

Yo era el mejor amante de Kiev a Pomona. Me puse encima.

Conocía esa cama; los muelles chirriaban. May tenía un temperamento horrible y era perfectamente capaz de cometer un asesinato. Nunca había mantenido una cópula tan extraña. Para que los muelles no hicieran ruido, me conducía con la más lenta de las lentitudes. La naturaleza no lo había ideado así en absoluto. La naturaleza no sabía lo que se hacía. Nunca olvidaré aquel polvo. Al moverme tan lentamente, a fin de que los muelles no nos delataran, me calenté hasta más allá de lo comprensible. A Jerri también le estaba dando resultado.

—¡Ah, Dios mío, te quiero! —dijo.

—Shhhhh, shhhhh —susurré—, ¡ésa nos mataría!



Luego quien lo hacía era yo.

—A, a, ay, Dios mío…

—Shhhhh —susurró Jerri.

Entonces lo conseguimos, lo conseguimos.

Usé la sábana y me levanté de la cama. Me senté en el sillón mientras Jerri iba al cuarto de baño y regresaba. Estuve sentado en el sillón un rato, bebiendo cerveza y vino y fumando. Era el amante con 63 centavos del Hotel Suicidio. Igual era mejor no ser un pato.

Pensé de nuevo en el pobre tipo que había caído por delante de mi ventana, luego eché un trago a su salud y me acerqué a la cama de Deedee. Los muelles de la cama de Deedee no hacían el menor ruido. Deedee era baja, pero jugosa, por así decirlo. Era enérgica, siempre de un lado para otro, venga a reír, a maldecir; no era muy lista pero era sincera y divertida, y como he dicho, jugosa. Eso es lo que te venía a la cabeza cuando mirabas a Deedee: jugosa, en su punto, en su punto, más que en su punto. Sencillamente me acosté en la cama de Deedee y se la metí sin más. No protestó en absoluto.

Levantó las piernas y se incorporó y me besó, venga a meter y sacar la lengua. No me soltaba. Movía la lengua al ritmo de mi pene. Fue uno de los buenos. Me quité de encima, usé la sábana y luego me senté en el sillón mientras Deedee iba al baño.

El amante con 63 centavos del Hotel Suicidio. Deedee pasó por delante de mí camino de la cama. Decidí que había sido una buena noche. Me bebí media botella de vino, 3 latas de cerveza, y me llegué al sofá para acostarme con May. Estaba listo para dormirla.

May alargó el brazo y me agarró. Me tenía bien pillado, y me refiero a mí.

—Suéltame, mujer —le dije.

—Estoy que ardo —dijo ella—. Tengo que echar un polvo.

—Esta noche no.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Estoy cansado. No sé, estoy muy cansado.

—Pero se te está poniendo gorda.

—Eso no quiere decir nada, créeme.

—Tiene que querer decir algo. ¿Por qué lo hace?

—No tiene cerebro, supongo.

—¡Necesito echar un polvo! ¡Estoy que ardo, te lo aseguro!

—No puedo.

—¿Por qué no?

—¡Maldita sea, no soy una máquina! ¿No lo entiendes?

—¡No!

May se agachó y me puso la boca encima. No pude resistirme.

Debió de darle durante unos 20 minutos, luego me lo sacó todo.

Estaba hecho polvo de verdad.

Desperté a la mañana siguiente solo en el sofá. Las chicas estaban en la cocina, hablaba y reían. Escuché.

—¡Ay, Jerri, ese sombrero nuevo me encanta! ¿Verdad que está mona con ese sombrero nuevo? ¡Póntelo otra vez, Jerri! ¿No te gusta, Deedee?

—Sí, realza lo mejor de ella. Es una monada de sombrerito.

Me puse algo y fui a la cocina.

—¡Aquí está!

—¡Hola, Hank!

—Hola, chicas.

—¿Cómo te encuentras?

—Bueno, no sé. Un poco cansado, supongo.

—¿Quieres un café?

—Vale.

—¿El desayuno?

—Joder, no.

—¿Qué te parece el sombrero nuevo de Jerri? Póntelo otra vez, Jerri.

—Le da un aire de lo más sexy —dije.

—¡Ay, cómo sois los hombres! Yo creo que realza los rasgos de su cara.

—Yo creo que realza los rasgos de su culo.

—Hank, ¿hace falta que seas tan grosero?

—Lo siento. Tengo la cabeza chunga. Sí, está guapa con ese sombrero. El verde le va. Tiene los ojos verdes, y con semejante melena pelirroja, le sienta bien, ¿vale?

—Eso ya me gusta más, cariño —se mofó May.

Me metí una lata de cerveza entre pecho y espalda y luego May nos preparó el desayuno a todos. Las chicas no paraban de parlotear. Llevaban un vestido distinto del de la noche anterior, y se las veía lavadas e impolutas; estaban radiantes.

—¿Por qué no os quedáis otra noche, chicas?

—¿Tú qué crees, May? —preguntó Jerri.

—Por mí, encantada. ¿Por qué no te quedas tú?

—De acuerdo, pues nos quedamos.

Sonreí y encendí un pitillo. Luego me repantigué y lancé un aro de humo grande y perfecto que se fue flotando camino del techo.

Las chicas aplaudieron y el mundo era un buen lugar.

RUIDO Y PASIÓN

Cuando te estás muriendo de hambre, o bebiendo y muriéndote de hambre, apenas hay nada que hacer salvo el amor, si tienes alguien con quien hacer el amor. Yo tenía a Claudia y Claudia nunca se negaba y no teníamos nada más que hacer. Además, ésa tenía uno de los mejores polvos que había echado en mi vida. Le dábamos al vino a base de bien. Allá en un apartamento en la cuarta planta. Se me había acabado el paro hacía una temporada y había subido el alquiler; todo tocaba a su fin. Dábamos largos paseos por la noche y robábamos

tabaco en coches con las ventanillas abiertas. Leíamos periódicos viejos que encontrábamos en la basura (siempre nos daba una alegría especial encontrar los chistes dominicales) y también recogíamos cascos de botella vacíos para canjearlos por dinero. Lo habíamos empeñado todo, pero de alguna manera a veces sacábamos algún dinero. Aunque sabíamos que todo acabaría por terminar y era una pena porque nuestro amor era bueno y el sexo era bueno.

Alguien se ocuparía de Claudia, claro. Eso ya lo sabía. Era yo el que estaba acabado.

—¿Por qué no te largas ahora, maldita sea? —le pregunté—. Soy un tirado. No puedo enfrentarme a la vida. No encajo. La vida me asusta. Soy un cobarde, un inadaptado. Dios bendito, mírame.

¿Quién iba a contratar a un tipo con esta pinta?

—No puedo dejarte, Hank. Estoy más cerca de ti que de cualquier otro hombre que haya conocido. Algún día llegarás a ser escritor, ya verás.

—¿Escritor? ¿Dónde voy a escribir? ¿En papel higiénico? Casi se nos ha acabado ya.

El resguardo de empeño de la máquina de escribir había caducado mucho tiempo atrás. La habíamos empeñado mientras cobraba el paro y ni siquiera entonces la pudimos desempeñar.

—Mira, Hank, esa gente de ahí no son más que un puñado de malditos idiotas, subnormales y locos. No seas tan duro contigo.

—Pero, cielo, esos malditos idiotas y locos nos controlan.

—Sí, lo sé. ¿Quieres más tortitas?

—Bueno, ya que no hay otra cosa en el menú…

Era lo único que nos quedaba. Harina y agua. No teníamos aceite siquiera. Y ni pizca de maría. La harina y el agua se requemaban un poco y era como una galletita salada sin sabor, pero cuando uno tiene suficiente hambre, hasta eso llenaba cierto agujero. Te hacía pensar que no estabas entre la espada y la pared, aunque lo estuvieras.

Comimos y luego fumamos un par de cigarrillos robados y nos pusimos a darle al vino. Oímos pasos y nos quedamos muy quietos.

Temíamos que fuera la señora Dennis, la gerente. Le había dicho que

estaba esperando que me llegara cualquier día la devolución de impuestos. Pero los días habían ido transcurriendo, y, claro, ese cheque ya lo había recibido tiempo atrás.

Estaba aprendiendo a robar vino. Lo robaba de la cesta de ofertas cerca de la caja registradora cuando Dick me daba la espalda. Me quedaba allí charlando con él, a la espera, hasta que entraba algún cliente.

—Alguien me está robando vino —me decía cuando me veía de nuevo.

—¿Cómo? —pregunté.

—De esa cesta.

—¿Por qué no sujetas las botellas con alambre?

—Buena idea.

Dick sujetó las botellas con alambre. Cuando me daba la espalda, quitaba el alambre y las robaba igualmente.

Pues bien, aquel día, empezamos a darle al vino. Si algo nos sobraba era tiempo. Claudia tenía buenas piernas y un culo estupendo; un poquillo de chicha en el vientre —pese a la dieta que llevábamos, como para morirnos de hambre—, pero cuando le metíamos caña en la cama, apenas se le notaba.

Me levanté y fui hasta su sillón, la besé bien fuerte. Tuvo que alargar una mano, la del vaso de vino, sosteniéndolo aparte para que el vino no se derramase. Fue como una violación. La sobé a placer, venga a magrearle los pechos. Luego me aparté, con algo delante.

—¡Cabronazo, casi me haces derramar el vino!

—¿Qué? —reí.

—Eso no tiene gracia —respondió ella.

Me puse en pie y la levanté del sillón, le sobé las piernas, le levanté la falda hasta la cintura, le di la vuelta de manera que quedase de cara al espejo, luego le manoseé el culo al tiempo que la hacía inclinarse hacia atrás, besándola.

Lo contemplé en el espejo.

—¡Para! —dijo.

—¿Por qué?

—¡Me estás mirando en el espejo, por eso!

—¿Qué tiene eso de malo?

—Sencillamente no me parece bien.

—¿Cómo que no te parece bien? No estamos casados: ¿está eso bien? Que esté bien no es que sea bueno. Que esté bien supone hacer cosas aburridas.

—¡Es que no me gusta ese espejo!

La tiré a la cama y me monté encima.

—¡Maldita zorra! ¡Voy a enseñarte un salami como no lo has visto en tu vida!

Entonces Claudia se echó a reír.

—¡Me conozco tu salami de memoria!

—¡Maldita zorra! —Le levanté el vestido, le arranqué las bragas.

Me metió la lengua en la boca y se la chupé conforme entraba.

Cada vez era una novedad; así era con una buena mujer.

Mientras comíamos y con lo mucho que bebíamos y lo mucho que hacíamos el amor, por lo general durábamos bastante rato. Y cuando lo conseguíamos los dos juntos, nunca hubo nada parecido.

Lo conseguimos de nuevo. Todas las paredes de aquel edificio de apartamentos baratos temblaron de ruido y pasión. Algunos inquilinos se habían quejado. Un tipo al que conocía bastante bien, pasillo adelante, Lou, me preguntó un día: —¿Qué demonios hacéis ahí tres o cuatro veces durante el día y la noche?

—Hacemos el amor.

—¿El amor? A mí me parece más bien que están matando a alguien.

—Lo sé. Los inquilinos se han quejado. Alguno incluso de la primera planta.

(Estábamos en la cuarta planta, como he dicho.)

—Pues tenéis que poneros en unas posturas bárbaras.

—No, la verdad es que no. Siete u ocho maneras diferentes que hemos elaborado, en su mayor parte por casualidad o por suerte.

—Ya. Aun así, a mí me suena como si estuvieran asesinando a dos o tres personas.

Esos malditos inquilinos tenían envidia, nada más.

Es difícil de explicar, y amor es una mala palabra, pero supongo que en el sentido de la expresión, estábamos enamorados. No me cabe la menor duda de que no se puede conocer de veras a una mujer hasta que no te has acostado con ella, o ella contigo. Y

cuanto más os acostáis, mejor os conocéis. Y si el asunto sigue funcionando, eso es amor. Y si deja de funcionar, entonces es lo que tiene la mayoría de la gente. No digo que el sexo sea amor; también puede ser odio. Pero cuando el sexo es bueno, entran en juego otras cosas: el color de un vestido, la peca en un brazo, afectos y distanciamientos diversos; recuerdos, la risa que conlleva, y el dolor.

Uno se puede encariñar de muchas cosas aparte del sexo pero es mejor si el sexo está presente de alguna manera, y en el caso de Claudia y yo, desde luego que lo estaba, maldita sea.

Y sabíamos muy bien que terminaría y terminó.

La señora Dennis llamó a la puerta. Abrí.

—¿Señor Bukowski?

—Sí.

—Los propietarios me han dicho que le pida a usted y su…

esposa que se marchen. Lo lamento.

—Seguro que el cheque me llega cualquier día de éstos.

—Los propietarios han dicho que prefieren no esperar al cheque.

Prefieren que se mude.

—¿Cuándo?

—A las seis. Esta tarde.

—¿A las seis?

—Sí.

Cerré le puerta.

—¿Has oído?

—Sí —dijo Claudia.

Eran las 4.30.

—Ya está —dije—. Esto es el fin.

—Sí, lo sé.

—Maldita sea, ¿por qué no puedo ser tractorista o tipógrafo o vendedor de seguros o conductor de autobús como otros? ¿Qué me ocurre? Estoy loco. Esto es el fin; esos idiotas, esos idiotas se adueñarán de ti, te meterán sus pollas de idiota. ¡Qué putada! Ay, Dios, Dios, Dios…

Me dejé caer en la cama.

—¿Hank? —la oí decir.

—¿Sí?

—No quiero parecer cursi ni despiadada, pero me parece que pasaremos una temporada sin vernos, y…

—¿Sí?

—No tenemos mucho tiempo. —Rió—. Bueno, ¿qué tal si lo hacemos una vez más?

Yo también reí, y ella se acostó en la cama conmigo. Fue muy curioso: llorábamos como criaturas mientras le dábamos al asunto.

Digamos que era amor. ¿Quién sabe?

Cuando echamos aquel último polvo, se enteró todo el mundo en el apartamento e igual también en los demás apartamentos.

Claudia tenía una maleta y me senté para verla hacer el equipaje.

Le di mi despertador. Era lo único que me quedaba. Supongo que me encontraba en estado de shock. Su cuerpo, su cuerpo y su mente y toda ella se iban a algún otro lugar, a algún otro tipo. No lloraba pero su cara lo decía todo. Estaba en la cruz. Aparté la mirada.

Luego tuvimos que hacer todo el camino a pie porque no teníamos dinero para el autobús.

—No es mal tipo —dijo Claudia—. No me gusta pero no es mal tipo.

—Al menos podrá darte de comer y comprarte ropa.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Intentaré volver al buen camino. Si consigo un empleo de friegaplatos, me daré por satisfecho.

—Me preocuparé por ti, mucho —aseguró.

—Y yo me preocuparé por ti —aseguré.

—Seríamos un dúo de humoristas estupendo.

—Sí —dije—, estoy partiéndome de risa.

—Es vendedor ambulante —me contó—, un tiarrón gordo, pero no tiene mucho que digamos ahí delante, gracias a Dios.

—¿Cómo sabes que te acogerá? Igual ya tiene una mujer.

—Me acogerá. No puede conseguir ninguna mujer.

—Y yo no puedo conservar ninguna.

—¿Hank?

—¿Sí?

—Cuando vuelvas al buen camino, házmelo saber. Vendré enseguida.

—Claro. Gracias.

—No me olvidarás, ¿verdad, Hank?

Dejé caer la maleta y la agarré de ambos brazos.

—Maldita seas, si vuelves a decir algo así, te mato ahora mismo en la calle, ¿entiendes?

—Entiendo, Hank.

Estábamos en Hoover, justo en la confluencia con Olympic cuando nos besamos. Nos vieron doscientas personas de camino al trabajo.

Encontramos el edificio de apartamentos.

—Está en la primera planta, en el de delante. Lleva años ahí.

—Esperaré a ver si te deja entrar.

—Me dejará entrar.

—Esperaré.

Abrí la puerta del edificio y le puse la maleta en la mano. La dejó delante de la puerta del apartamento. Yo no hubiera podido soportar otro beso de despedida. Me quedé en el vano de la puerta principal cerrada.

Me miró.

—Hank —dijo.

—No —contesté—. Ya no lo aguanto más. Llama al timbre, llama al timbre, por favor.

Ella iba a decir te quiero, pero la vi temblar de arriba abajo y tender la mano hacia el timbre. Me alegré de que no dijera te quiero.

Entonces me miró y me dirigió una de esas sonrisillas femeninas.

Estaba llorando.

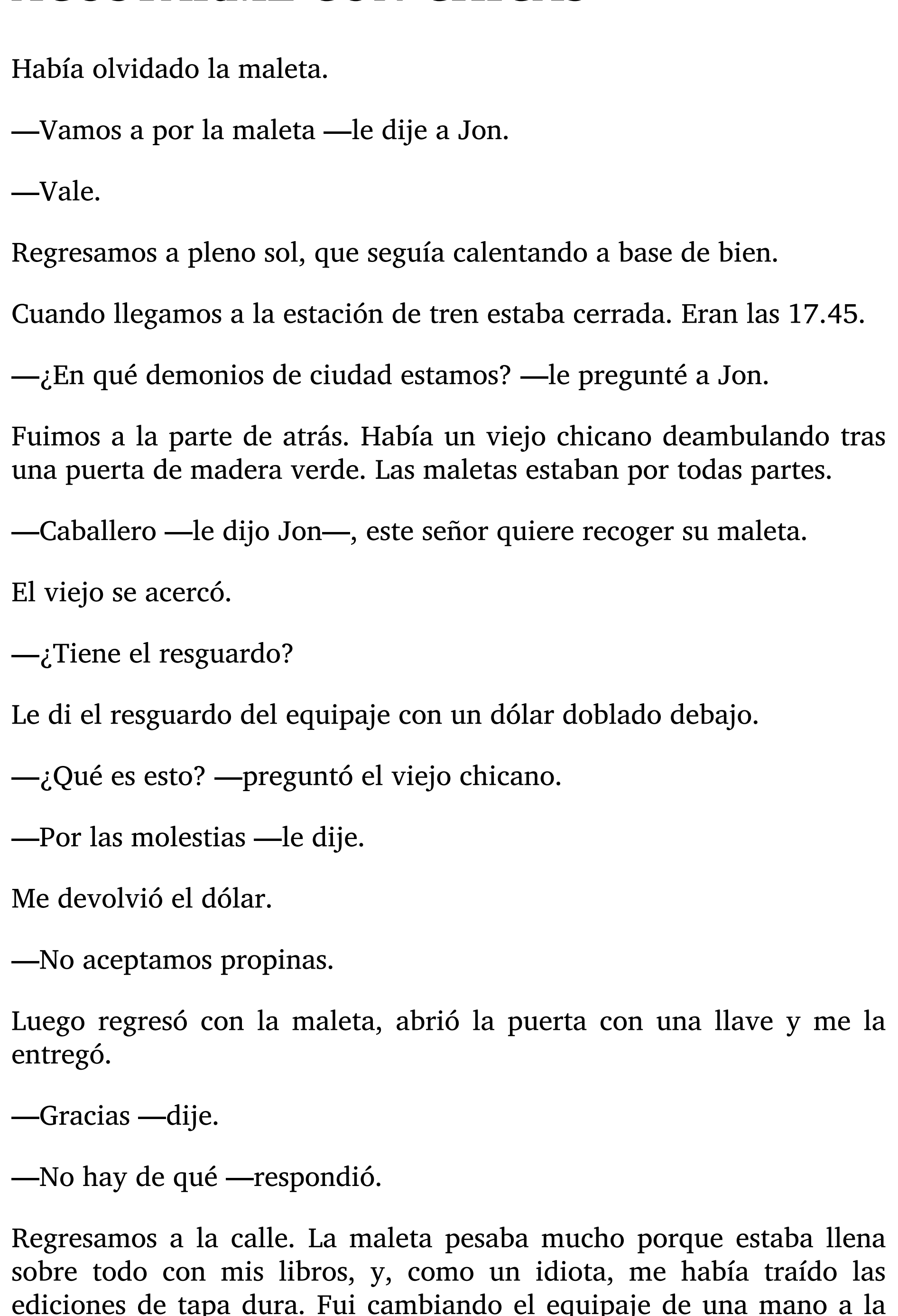
—Vuelve al buen camino —dijo—. ¡Venga, rápido, vuelve al buen camino!

Luego se dio la vuelta y pulsó el timbre. Él abrió la puerta.

—¡Claudia! ¡Cómo me alegro de verte!

La rodeó con los brazos y empezó a besarle el cuello. Abrí la puerta, salí, oí que se cerraba. Me fui hacia Hoover y la zona este por Olympic Boulevard. La zona más cutre de la ciudad estaba a un largo trecho. Todo estaba a un largo trecho. Vi gente que pasaba en coche, los faros encendidos, los unos propietarios de los otros, propietarios de lo que poseían. Durante aquel trayecto hacia el este, creo que nunca he aborrecido tanto el mundo. Y no creo que vuelva a aborrecer tanto el mundo otra vez, aunque es posible.

SÓLO ESCRIBO POESÍA PARA



ACOSTARME CON CHICAS

Había olvidado la maleta.

—Vamos a por la maleta —le dije a Jon.

—Vale.

Regresamos a pleno sol, que seguía calentando a base de bien.

Cuando llegamos a la estación de tren estaba cerrada. Eran las 17.45.

—¿En qué demonios de ciudad estamos? —le pregunté a Jon.

Fuimos a la parte de atrás. Había un viejo chicano deambulando tras una puerta de madera verde. Las maletas estaban por todas partes.

—Caballero —le dijo Jon—, este señor quiere recoger su maleta.

El viejo se acercó.

—¿Tiene el resguardo?

Le di el resguardo del equipaje con un dólar doblado debajo.

—¿Qué es esto? —preguntó el viejo chicano.

—Por las molestias —le dije.

Me devolvió el dólar.

—No aceptamos propinas.

Luego regresó con la maleta, abrió la puerta con una llave y me la entregó.

—Gracias —dije.

—No hay de qué —respondió.

Regresamos a la calle. La maleta pesaba mucho porque estaba llena sobre todo con mis libros, y, como un idiota, me había traído las ediciones de tapa dura. Fui cambiando el equipaje de una mano a la otra. Era un paseo de 7 manzanas, pero no me gustaba esperar al autobús y si paraba un taxi sería muy caro para un trayecto tan breve.

Bueno, a las 4 manzanas, me moría por tomar un trago. Jon dijo que había un bar en la manzana siguiente.

Cuando enfilamos la entrada del garito un chicano hizo sonar dos veces una campanilla. Todo el mundo en el bar dejó de hablar y miró en torno. Nos llegamos al final de la barra, el extremo más alejado de la puerta, y le dije a Jon que pidiera, invitaba yo. Dejé uno de 5 para las copas y me fui al cagadero.

Estaba meando en el retrete cuando entraron dos americanosmexicanos y se pusieron a mear en el retrete. Eran jóvenes, estaban un poco borrachos, no, bastante borrachos. Sí.

Pero estaba cansado. Aparté la mirada y seguí meando.

—¡HOLAA!

(Pausa.)

—¡HE DICHO «HOLAA»! ¡QUÉ DIABLOS TE PASA, QUE NO

CONTESTAS!

Me volví.

—Joder, perdona, tío, creía que hablabas con tu amigo. Hola.

—¡Y UNA MIERDA!

—Paz, hermanos —dije.

—¡JODER! —gritó el bajito con camiseta—. ¡JODER!

Salieron y cerraron de un portazo.

Salí, me senté junto a Jon y agarré la copa.

—Vámonos de aquí —dije.

—¿Qué pasa?

—Estoy pagando por los pecados de mis gloriosos antepasados en la historia americana.

—¿Qué ha ocurrido?

—Todavía nada. Mejor que siga así.

—El viernes pasado por la noche rajaron a un tipo blanco en esas escaleras. Pero fue a altas horas. Ahora está atardeciendo.

—Vámonos —insistí—. Se está haciendo oscuro.

Cuando regresamos al apartamento, empecé a darle a la cerveza.

Estaban acostumbrados a mis hábitos y sabían que antes de acostarme bebía 10 cervezas, 12 cervezas, 14 cervezas. Tenían la mitad de la nevera llena de botellines de cerveza. Incluso tenían puros para mí. Me quité los zapatos, encendí un puro y me relajé por primera vez desde hacía horas.

Jon me miró.

—Ya conoces a Gene Rumpkin, Buk…

—Ese tipo. Sí. Sacó una revista mala. Sólo versos. Una auténtica atrocidad. Me pregunto qué fue de él.

—Está en el departamento de Literatura de la UNM.

—Bueno, no me extraña.

—A lo que voy es a que acepté unos poemas suyos, por amabilidad, más que nada, ya que está en la misma ciudad, y los poemas no tenían muy mala pinta al principio, pero ahora sé que son muy malos y me preocupa.

—Ahí lo tienes: no seas nunca amable. Pórtate siempre como un cabrón y no te verás en situaciones así. La amabilidad es una mala motivación, sobre todo cuando tiene que ver con el matrimonio o la literatura.

Estaba en plan comunicativo. La cerveza me estaba desinhibiendo y empezaba a sentirme como un G. B. Shaw en plan depravado.

Jugué con los perros. Había dos: retozones y cubiertos de pelo.

Pero estaban bien: no me culpaban por ser blanco.

Sonó el teléfono. Jon contestó. Me pasó el auricular. Era el prof.

Steve Rodefer, el tipo que había montado el recital.

—¿Bukowski?

—¿Sí?

—La universidad ha decidido no patrocinar el recital.

—Vale, Steve, ya sé cómo va eso. Me quedaré por aquí otro día y luego regresaré en tren.

—¡No, un momento! El recital va a celebrarse, sólo que quienes lo patrocinan son los alumnos.

—Vale, allí estaré.

—Ponme con Jon.

Le pasé el auricular a Jon y hablaron un buen rato.

Jon colgó.

—Steve es un tío cojonudo pero es probable que esto le cueste el empleo. Es responsable de que estéis allí tú y Kandel. Esta ciudad está que arde. Se ha abierto la caja de los truenos.

—Sí —dije.

Lou Webb ya dormía. Se levantaba siempre temprano y corría de aquí para allá haciendo cosas: empeñaba broches y baratijas, aplacaba al casero, intentaba preparar comidas sin apenas nada. A las 10 de la mañana ya había terminado. Echaba de menos su compañía: era una de las últimas personas sinceras y apasionadas de verdad que conocía…

Volvió a sonar el teléfono. Jon contestó.

—¿Sí? ¿Sí? ¿De verdad? Eso crees, ¿eh? Vaya, vaya, vaya. ¿De veras? ¿Ah, sí? ¿Pues qué CARAJO tenía de malo? Eso según tú.

¿Qué? Vale…

Se volvió hacia mí.

—Es Rumpkin. Quiere hablar contigo.

Agarré el auricular.

—Hola, Gene.

—Bukowski, ¿te acuerdas de mí?

—Sí, contribuiste a la publicación de esa revista horrible, Sólo Versos.

—Te publicamos a ti.

—No os equivocabais siempre, sólo casi siempre.

—No creía que fuéramos tan malos.

—Claro que no lo creías.

—¿Has visto ese cartel tuyo que ha sacado Jon? La mayoría de los miembros del departamento eran de la opinión de que distorsiona tu imagen. ¿Has visto el cartel?

—Sí.

—¿Qué te ha parecido?

—No le he hecho mucho caso.

—Que se vuelva a poner Jon.

Le pasé el auricular a Jon. Hablaron un buen rato. Se oía la voz de Rumpkin. El bueno de Gene estaba bastante cabreado. Por fin terminaron. Jon colgó.

—Quiere que le devuelva sus poemas. Dice que no quiere aparecer en Outsider 6.

—Estupendo. Así se resuelve el problema.

—Dice que viene ahora mismo en coche a recoger sus poemas.

Iba a decirle que ya se los enviaba yo por correo, pero ha colgado antes.

—Joder —dije—, esta ciudad es la hostia. Los bayonetazos, Kandel, toda esa mierda.

—Aseguran que intento impedir que recites aquí. Rumpkin dijo:

«Eso no ha sido muy inteligente, lo de enviar los carteles al alcalde y el gobernador.»

—¿Por qué no dejan que sea yo quien se preocupe de eso?

Jon no respondió. Estábamos allí sentados esperando al señor Rumpkin. Pasaban adolescentes chicanos y tamborileaban en las ventanas. Los perros se acercaban y ladraban.

—Creo que les caemos bien a los chicos —dije—. Sólo quieren que sepamos que estamos en su parte de la ciudad.

—Es el único sitio que podíamos permitirnos alquilar —comentó Jon.

—Deberían percibirlo.

—Lo perciben.

Estuvimos levantados hasta muy tarde esperando a que el señor Rumpkin viniera a recoger sus poemas. Jon se dio por vencido y se

fue al cuarto a dormir. Yo me quedé otra hora, bebiendo cerveza a la espera del señor Rumpkin. Al final me di por vencido y me acosté…

Fue al día siguiente, en algún momento, cuando llamó a la puerta un tipo muy cabreado. No alcancé a entender las palabras.

Lou Webb fue corriendo a por los poemas. Impassionata, Italiana, la inocente, maravillosa Lou.

—¡Toma, toma, aquí tienes tus poemas! ¡Escucha, está aquí Bukowski! ¿No quieres saludar a Bukowski?

Agarró los poemas, se montó en el coche y se marchó a toda velocidad, lejos del veneno que éramos. Me eché a reír. Era como la locura de Charlie Chaplin pero sin su gracia.

—Joder —dijo Lou, que se volvió hacia mí—, ni siquiera ha querido saludarte.

—Lou —le dije—, el señor Rumpkin y el señor Bukowski se entienden perfectamente el uno al otro.

—¡A tomar por culo! —Levantó los brazos, sus hermosos dedos ahusándose de un infierno a otro—. ¡Me voy a CORREOS!

Me pareció una declaración inmensa y aplaudí en consecuencia.

Cruzamos el campus donde algunos estudiantes esperaban a la puerta de The Kiva. Continuamos caminando y nos siguieron al interior. El

local estaba construido como una plaza de toros con gradas que ascendían todo alrededor del conferenciante.

No había tropas. Sólo gente joven y silenciosa. Busqué el cagadero, entré y eché un buen trago de whisky. Entró Steve y le pasé la botella para que le diese un tiento.

—¿Estamos listos? —pregunté.

—Más vale que empecemos —dijo.

Salimos y Steve se plantó en un trasto que parecía un púlpito de sacerdote. Explicó que la universidad había retirado su apoyo al recital y que corría con los gastos un fondo estudiantil. Citó unas iniciales que no alcancé a entender.

Entonces un loquero ocupó el púlpito y me presentó. Lógico, pensé. Una vez me alojé en la casa de un loquero en Santa Fe. Fue

un mal lugar para quedarse. Pero el loquero hablaba como si fuéramos amigos. Lo único que tenía el loquero era pasta. Y me refiero a que era lo único que tenía. El loquero siguió hablando sin parar, intentando acaparar el espectáculo. Pero a los jóvenes era más difícil engañarlos que a sus pacientes. Sencillamente resultaba aburrido. Luego, por fin abandonó el estrado.

—Bueno, después de eso —dije—, ya no queda sino empezar el recital. Y no me gusta ese trasto —señalé el púlpito—. Voy a recitar aquí mismo.

Saqué la pinta de whisky, eché un trago y empecé: pienso en los hombrecillos

que salen del norte

con el cuerpo envuelto en harapos

y ganas de

mataros.

cabrones muertos,

la muerte os sale al encuentro…

Era lo que los profesionales denominan «un público sensible».

he conocido a unas cuantas locas

pero la más loca fue

Annette…

Dejé la botella fuera, tiré la bolsa, me puse la botella delante y empecé a beber de la mesa.

los camiones de bomberos se bambolean

y las nubes escuchan a

Shostakóvich

mientras una mujer vierte un cubo de orines

en un arriate de geranios…

Les di unos 30 minutos y luego pedí un descanso de 5 minutos.

Bajé y me senté entre el público. A mi lado había un tipo con un casete.

—¿Qué tal va?

—Bien, se te oye bien.

—Echa un trago.

—Desde luego.

Gorroneé un pitillo, me lo fumé casi entero y volví. El loquero se había ido y no regresaría.

—Venga, vamos a quitárnoslo de encima —le dije al público.

el cerdo pugna por la

magnitud del sol

mientras un millar de ceros cual abejas

se posan en mi piel y

la nomenclatura de mis chillidos

en un cuartito…

Salí bien parado un poema tras otro. La botella estaba aligerándose. Me hacía falta algo más de beber. Prescindí de varios poemas que tenía previsto leer y les ofrecí «Algo para los pronosticadores», «Las monjas», «Los dependientes y tú», 28 y luego terminé con «El parque de bomberos».

Los aplausos estuvieron bien, bastante bien.

Bueno, pensé, lo hemos conseguido. Con fondos de los estudiantes.

Steve se acercó a la pizarra y escribió la dirección de la casa de Webb.

—La fiesta es aquí —anunció.

El público fue saliendo. Unos cuantos se acercaron y firmé un par de ejemplares.

—Ya está —dije—. Vamos a emborracharnos, Steve, vámonos de aquí.

Nos amontonamos en el coche y volvimos. Ya había una muchedumbre a nuestra llegada. Entramos. Había hecho un alto por el camino para reponer reservas, pero la gente había traído priva: había tequila, vino, bourbon, whisky, cerveza y vodka. Bebí de todo.

Nos sentamos en la moqueta y bebimos y charlamos. Yo andaba bastante ido para entonces, pero me fijé en una chica bien desarrollada sentada a mi lado. Le pasé el brazo por la cadera y la besé. Tenía una sonrisa natural y le faltaba un diente, era sumamente encantadora. No podía apartarme de ella. Tenía el pelo largo y moreno, muy largo, y estaba conformada de una manera espléndida.

—Sólo escribo poesía para acostarme con chicas —le dije—.

¡Tengo 50 pero me encantan los chochitos jóvenes!

Me ofreció esa sonrisa suya con un diente de menos y la besé de nuevo…

No recuerdo mucho más. Siempre pierdo el conocimiento después de pasarme bebiendo.

Cuando volví en mí estaba apoyado contra un trasero y tenía la polla todavía dentro de la vagina. (Retrato del artista como perro.) Qué calentito se estaba ahí dentro; qué calor hacía ahí dentro. La saqué.

Tenía el pelo largo y moreno y estaba conformada de una manera espléndida.

Me levanté de la cama y di un garbeo. Era una casa bastante grande. Miré en un dormitorio y había un crío correteando dentro de una cuna. Luego se me acercó a la carrera un niño de unos 3 años, en pijama. Le di unas palmaditas en la cabeza y miré el reloj: 10.30.

Ya casi era media mañana. Seguí caminando y vi una carta. Tenía como destinataria a la «señora Kathy W.». Entré en el dormitorio.

—Oye, Kathy —dije—, ¿sabes que hay críos paseándose por toda la casa?

—Ay, Hank, déjame dormir. Hazte un café hasta que consiga levantarme.

Deambulé por ahí y puse la cafetera. Luego esterilicé una botella, le puse un poco de leche y se la di al crío de la cuna. Se amorró de

inmediato. Luego le quité al otro crío el pijama y lo vestí con una camiseta anaranjada a rayas negras, pantalones azul claro y zapatillas de deporte anaranjadas. Parecía un Van Gogh listo para perseguir cuervos. Pero le caí bien. Se quedó ahí plantado, sonriéndome. Le retorcí la nariz, le tiré de las orejas y me tomé el café. Regresé al dormitorio. Van Gogh me siguió.

—Déjame hacer una llamada, Kathy.

—Claro.

Llamé a un taxi, volví a entrar y le agarré la mano, se la apreté.

Ella también me la apretó.

—Escucha, tengo que irme. Nos vemos luego.

—Claro, Hank.

Me fui en el taxi hacia la otra punta de la ciudad…

Tenía que quedarme en la ciudad para cobrar el cheque. Por 225$, merecía la pena esperar. Bebí cerveza todo el día, y luego sonó el teléfono esa noche. Era Steve. Iba a venir con Gregory Corso.

Webb me miró.

—Joder, es un pirado. Espera a verlo.

—Vale —dije.

—Ginsberg se pasó por aquí a principios de año, pero ya verás cuando conozcas a Corso. El caso es que ha dejado de escribir. Tú no.

—Todavía no.

Nos quedamos esperando a Steve y Corso. A mí me ponía un poco nervioso conocer a Corso. Aunque yo era mayor, no había empezado a escribir hasta los 35 y el nombre de Corso ya llevaba sonando una buena temporada: como Burroughs, Ginsberg, toda esa peña. No es que lo que escribían me impresionara demasiado; nadie me impresiona demasiado. Era sólo que uno se acostumbraba a los nombres y los aceptaba como parte de algo.

Llegaron Corso y Steve. Corso llevaba unos pantalones blancos ceñidos con arroyuelos que descendían por los costados. Llevaba un

peinado opaco, más bien mullido; despuntaba una nariz de aspecto extraño, todo ello mezclado con una barbilla peleona y ojos que miraban y miraban sin cesar y una boca siempre ocupada. Tenía un acento medio inglés, medio de Brooklyn y llevaba una botella de vino en la mano. Estaba colocado.

Nos estrechamos la mano.

—Soy tu igual —dijo.

—Lo sé, Greg.

—Soy tu igual, quiero que lo recuerdes.

—Sí, Gregory.

Tenía algo simpático, algo de lo más simpático, y me alegré de su presencia. Nos sentamos y Gregory habló y escuchamos. No estaba tan pirado como me habían advertido. Colocado, desde luego, pero a todas luces controlando…, esa noche, al menos. Le gustaban los anillos y las baratijas y me preguntó por qué no llevaba ninguno.

Llevaba algo colgado al cuello de un lazo, y nos lo explicó.

—¿Por qué no llevas nada? —me preguntó.

—No lo sé. Sencillamente no pienso en ello.

Luego pasó a la astrología y se puso a hacer dibujos en papeles.

Después salieron las cartas del tarot. Se las echó a Lou. Luego probó conmigo. Escogí las cartas. Cuando les dio la vuelta, todas parecían indicar poder. Entonces dijo, antes de darle la vuelta a la última carta:
—Todo conduce a ésta, ¿ves?, que es la fuerza definitiva…

Puso la carta boca arriba. Decía: «EL EMPERADOR». Greg era un tipo de lo más simpático.

—Pero recuérdalo, sigo siendo tu igual.

—Vale.

—Lamento no haber llegado a tu recital.

—No pasa nada.

No ocurrió gran cosa durante el resto de la noche. Cuando se marcharon, Jon me comentó:

—Nunca lo había visto tan manso.

—Me ha caído bien.

—¿Ah, sí?

—Sí…

Me fui de la ciudad 2 días después. Jon y Lou, Steve y Greg estaban sentados conmigo en un bar de la zona más cutre enfrente de la estación de tren de Albuquerque. Era un garito de lo más tirado. Había pasado 5 años en un bar así en Philly. Recuerdos: fui al retrete y vomité. Corso merodeaba por allí mirando a la gente. Invité a la primera ronda. Cinco copas. Un tequila, un whisky, una coca para Lou, una cerveza y un cóctel de alguna clase. Me cobraron un dólar treinta y cinco. Con diez dólares podías pasarte una semana bebiendo allí. Si no te mataban antes. Detrás de la barra estaban un par de mujeres que habían vivido lo suyo. Eran grandes e inexpresivas. Las dos juntas debían de pesar 300 kilos. Steve pidió la siguiente ronda. Pronto sería la hora de tomar el tren.

—La escenita entrañable de la despedida no me hace mucha gracia —dije—. ¿Por qué no dejáis que cruce la calle y me vaya a la estación de tren? Vamos a despedirnos aquí.

Le estreché la mano a Steve. Corso se acercó y me besó en la mejilla. Qué valor. Luego se marchó.

Jon y Lou vinieron a la estación conmigo. Pagué un par de dólares de más para montarme en el Chief. El Capitán era muy lento, maldita sea. El Chief era muy lento. El próximo trayecto a cualquier parte, me largaba, como todos los demás. Dimos con el vagón. Lou me dio un beso de despedida. Le deseé suerte a Jon con Henry Miller. Luego subí al tren. Después de que el revisor prendiera el billete encima de mi asiento me levanté y le pregunté al mozo de cuerda dónde estaba el vagón del bar.

El tren estaba en marcha. El tren estaba en marcha hacia Los Ángeles. Encontré el vagón del bar, me senté y me tomé un whisky con agua. Las ventanas eran agradables y no tenías gente encaramándose a tu alrededor.

Entonces me fijé en una joven con vestido amarillo ceñido que me miraba desde la mesa de al lado. ¿Qué querrá?, pensé. Fijé la mirada en mi copa. Cuando volví a levantarla, seguía mirándome.

Sonrió.

—Estuve en tu recital —me dijo.

—¿Ah?

—Me gustó mucho. El viaje a Los Ángeles es largo. ¿Te importa si te acompaño?

—No me importa en absoluto.

Se trajo la copa. No sabía qué era aquello. Lo averiguaría cuando pidiese la siguiente ronda. Era una jovencita jugosa. Me imaginé montándola, sus piernas en alto.

—Me llamo Susie —dijo.

—Yo me llamo…

—Ya sé cómo te llamas.

—Ah, sí…, perdona…

Alargué la mano y acaricié la suya. Noté su rodilla contra la mía.

—Me gustó el poema de la actriz guapa que quedó decapitada en el accidente de carretera.

—Gracias, Susie.

—La vida puede acabar tan de repente… Nunca conseguimos sacar todo el partido a nuestros momentos. Qué triste.

Me apoyé con más fuerza en su rodilla.

—¿Qué tomas? —le pregunté.

—Bebo lo que bebas tú.

—Yo me bebo la Vida —dije, y me eché a reír—. Qué cursilada,

¿verdad?

—No, no ha sido cursi —dijo.

Nos acercamos. Sus labios estaban a un centímetro de los míos.

La Universidad de Nuevo México, pensé, ha sido honrada con la presencia de un viejo lobo.

Disponía de 15 horas para pillar cacho. Era imposible que se me escapara. Nos besamos y pedí dos copas más.

LA CASA DE LOS HORRORES

Hablar de escribir es como hablar de amor o de hacer el amor o vivir el amor: hablar demasiado puede acabar con ello. Sin yo buscarlos, he tenido la desgracia de conocer a muchos escritores tanto de éxito como fracasados, en su oficio, quiero decir. Como seres humanos son una cuadrilla chunga, una cuadrilla desagradable, trapera, egoísta, despiadada. Hay algo que tienen casi todos en común: están convencidos de que su obra es grande, tal vez la más grande.

Si alcanzan el éxito lo aceptan como si fuera lo más normal del mundo. Si fracasan, tienen la sensación de que los directores de revistas, los editores y los dioses están contra ellos. Y es cierto que a muchos escritores malos los empujan y los manipulan para alcanzar la cumbre, por la razón que sea. También es cierto que muchos grandes escritores se han muerto de hambre, o casi se han muerto de hambre, o se han suicidado o enloquecido y demás, y posteriormente fueron descubiertos como magníficos talentos (si bien fallecidos). Este hecho histórico anima al escritor que es malo de veras. Prefiere imaginar que su fracaso viene causado por factores diversos al margen de que sencillamente no posee talento.

Bueno, así nos luce el pelo.

Asimismo, cuando pienso en los escritores que conozco, sobre todo poetas, veo que viven gracias a otros: las esposas, sobre todo las madres corren con la carga económica de los que conozco. Y

están tan ricamente con las teles, las neveras llenas a rebosar y los apartamentos o las casas a la orilla del mar, sobre todo en Venice y Santa Mónica, y toman el sol durante el día, sintiéndose trágicos, esos amigos (¿?) míos, y luego por la noche quizá una botella de vino y un sándwich de berros, seguidos de una carta en la que se lamentan de sus penurias y su grandeza a alguien en alguna parte.

Cualquier cosa menos escribir, trabajar, cumplir su cometido, fijar la palabra por escrito. Bueno, supongo que es mejor que darle a la manivela de la impresora. Ya se ocuparán de darle a la manivela las esposas y las madres, de eso no te preocupes. Y los poetas, sin haber vivido realmente en el mundo exterior, no tendrán nada sobre lo que escribir en realidad, cosa que hacen con gran ego y abundante pesadez.

Es casi imposible escribir sobre la escritura. Recuerdo que una vez tras un recital les dije a los alumnos: «¿Alguna pregunta?» Uno me preguntó: «¿Por qué escribe?» Y yo respondí: «¿Por qué llevas esa camisa roja?»

Ser escritor es dañino y difícil. Si tienes talento puede abandonarte para siempre mientras duermes por la noche. No tiene respuesta fácil lo que te hace seguir adelante con el asunto.

Demasiado éxito es destructivo; la falta absoluta de éxito es destructiva. Un cierto rechazo es bueno para el alma, pero el rechazo total da lugar a cascarrabias y locos, violadores, sádicos, borrachos y maltratadores. Igual que el éxito excesivo.

A mí también me indujo a error el concepto romántico de la escritura. De joven vi más películas de la cuenta sobre el gran Artista, y el escritor era siempre un tipo trágico y muy interesante con una bonita perilla y ojos centelleantes de cuyos labios brotaban continuamente verdades íntimas. Qué maravilla ser así, pensé, ay.

Pero no lo es. Los mejores escritores que conozco hablan muy poco, me refiero a esos que escriben lo que es bueno de veras. De hecho, no hay nada más aburrido que un buen escritor. En un grupo o incluso con una sola persona, siempre está ocupado (a nivel subconsciente) registrando todos los malditos detalles. La inspiración se te puede ir charlando, puedes destruir con la boca el genio otorgado por los

dioses. La energía sólo alcanza hasta cierto punto.

Yo también soy egoísta. Hay que serlo. Los únicos jugos a los que se puede renunciar, el único tiempo que simplemente puede cederse es el tiempo para el Amor. Hace que la escritura sea más plena. Un

autor debería hacer la mayor parte de sus lecturas mientras es joven; a medida que empieza a formarse, la lectura se torna destructiva: aparta la aguja del disco.

Un escritor tiene que seguir rindiendo, alcanzando grandes cotas, o se verá desahuciado. Y no hay manera de volver a la cumbre.

Pues, tras unos años de escribir, el alma, la persona, la criatura se vuelve incapaz de funcionar en otra calidad. Es inútil para cualquier otro trabajo. Es un pájaro en tierra de gatos. Yo no aconsejaría a nadie que se haga escritor, a menos que escribir sea lo único que te impide perder la cordura. Entonces, tal vez merezca la pena.

ENSAYO SIN TÍTULO SOBRE D. A.

LEVY

¿Por qué se destruye un hombre a sí mismo o qué lo destruye? A mi juicio, el suicidio es en buena medida la herramienta del hombre con dos dedos de frente. El derecho a suicidarse debería estar a la altura del derecho a amar. El primero tiene sin duda cualidades más perdurables que, en cierto sentido, le otorgan más nobleza. Un suicidio, muchos amores. Un levy, muchas exacciones.29 ¿Qué lo destruyó? Yo no lo conocía tan bien. Muchos hombres se matan y siguen vivos. Sólo un hombre vivo puede morir. La mayoría de los funerales son muertos que entierran a otros muertos. levy se enterró a sí mismo. A partir de escasas lecturas de sus obras, yo diría que levy aún tenía que convertirse en un talento convincente. Lo que lo mató es lo mismo que nos mantiene despiertos por la noche, es lo mismo que nos atenaza las entrañas cuando nos cruzamos con un rostro tras otro por la calle; lo que lo mató es lo mismo que amamos y detestamos, lo mismo que comemos, lo mismo que tememos. Lo que lo mató es la vida y la ausencia de vida; lo que lo mató son los polis, los amigos, la poesía, Cleveland…, la fe y la traición, tal y cual: un gusano en la manzana, la mirada de un ojo…, la poesía, la poesía, los maderos y los amigos…, tal vez una mujer, igual un soneto, igual no haber seguido una dieta adecuada.

Un poeta sencillamente está demasiado agudizado. La naturaleza de su arte hace que la supervivencia resulte casi imposible. levy publicó algunas cosas en el M. Quarterly [Marrahwannah Quarterly]

y sus notas eran siempre breves pero animadas. El M. Quarterly

venía mal impreso (mimeografiado) y mal encuadernado, pero aun así llevaba el sabor de levy. Igual él también estaba mal impreso y mal encuadernado. No le dieron muchas oportunidades. Han muerto hombres por más y por menos. levy también publicó un largo poema mío titulado «El genio del grupo», un trabajo muy bien hecho utilizando sobres recortados a modo de páginas. Me escribió: «Aquí lo has dicho, lo has dicho prácticamente todo. Y lo leerán y seguirán sin enterarse.» No hacía mucho tiempo de eso, me pareció, y ya estaba muerto. Yo diría que Kent State está sin duda al corriente de la muerte. La muerte no hace más que ir y venir, es jodidamente aplicada. Fue anoche cuando me telefoneó Louise Webb para decirme que Jon Webb había muerto. Jon Webb, director de The Outsider y editor de dos libros míos, amigo y compañero de cervezas. Me cayó como una bomba cuando Lou llamó (otros problemas), y ahí estaba la

muerte de nuevo y me puse a andar arriba y abajo por la habitación con un quemador encendido y música sinfónica en la radio, y pensé: no, maldita sea, yo tenía que haber muerto antes, no hago más que hablar del suicidio y de la muerte, y aquí estoy, y no me siento bien precisamente, y hoy me ha llegado la carta pidiéndome que dijera algo sobre levy. No puedo decir nada salvo que me enfurezco y me entristezco cuando un buen hombre muere o es asesinado, y que no es razonable porque nacemos para morir, y tal vez eso contribuye a crear poesía e ira y tristeza. Suena la música; me fumo media colilla de puro, queda una cerveza… levy, levy, levy, te has ido. jon, jon, jon, tú también te has ido. Mi corazón vomita su propio vientre.

HENRY MILLER VIVE EN PACIFIC

PALISADES Y YO VIVO EN UN

BARRIO DE MALA MUERTE,

ESCRIBIENDO TODAVÍA SOBRE

SEXO

Si crees que parir uno de estos relatos un par de veces a la semana es manera fácil de pagar el alquiler, estás loco. Me preocupa. «Oye», le pregunté a una mujer con la que solía acostarme, «¿de qué voy a escribir cuando se me agote el sexo que llevo dentro?» «Serás un escritor para el Pueblo, serás un escritor para el mejoramiento de las Masas, eso serás.»

«Oye», le contesté, «¿cuándo vas a volverte a casa? Ya sabía yo que había dejado de acostarme contigo por algo.»

Ahora mismo, mientras estoy aquí dándole a las teclas, mi novia está a mi lado escribiéndole a su madre: «Querida madre: Bukowski quiere darte las gracias por haberme alumbrado. Dice que soy el mejor cacho que ha pillado…» Se ríe, escribe algo más: «Dice que ha renunciado a la casera e incluso a la hija de la casera y te envía recuerdos…»

Acabamos de hacer el amor y ha estado muy bien, pero también tenemos nuestros problemas: cada vez que nos montamos un 69, nos interrumpen. Hoy estábamos dale que te pego cuando ha llamado alguien a la puerta. Hemos tenido que parar. Me levanto y miro. Era la casera con dos vestidos para mi hija de siete años que vive en Santa Mónica. La última vez antes de ésa estábamos dándole al 69 y sonó el teléfono. Era alguien para decirme que el hijo de Tiny Tim salía en televisión en ese preciso momento. Otra vez estábamos dale que te pego, y la puerta estaba abierta, no había echado la llave, quiero decir, y entró un chavalillo negro del vecindario. «¿Qué demonios quieres, tío?», le pregunté. «¿Tenéis cascos vacíos?», me preguntó.

Para mí, el sexo es bueno y necesario, como la comida, el sueño, la música, la creación, las cosas que necesitas para vivir bien, pero puede resultar gracioso. De hecho, iba a contarte lo gracioso que puede llegar a ser pero acaba de sonar el teléfono, una llamada a cobro revertido desde Florida. La he aceptado. Una chica. Se acababa de mudar allí. «Estoy embarazada», me dice. «No quiero el bebé.» «Pues aborta», le digo. «El aborto sólo es legal en California y Nueva York; ¿me puedes prestar algo?» «Lamento ser tan canalla, tía, pero no te puedo ayudar.» Como decía, el sexo es gracioso. Hoy he leído en el periódico que una mujer ha sido condenada de acuerdo con una ley de Florida de 1868 y se enfrenta a veinte años de cárcel por haber abortado.

Ay, ja, ja, ja.

Recuerdo a una mujer con la que viví siete años. Tenía ciertas cualidades muy buenas pero poseía una particularmente mala. Yo estaba dormido y esa mano se acercaba y me agarraba el pene y casi me lo arrancaba del cuerpo. Te lo aseguro, no es una buena manera de que te despierten.

Después de dejar de gritar y apartarle la mano del pene, le preguntaba a la chica:

—Dios santo, mujer, ¿a qué viene eso?

—¡Estabas tocándote, te he pillado, te he pillado!

—¡Estás loca! Está blanda. Oye, casi me arrancas la polla del cuerpo. Sólo tengo una, ya lo sabes…

Entró en racha y lo hizo siete u ocho veces en dos semanas.

Aprendí a dormir boca abajo. Le estaba dando sexo más que suficiente; si quería masturbarme entre un polvo y el siguiente, creía estar en mi derecho. Esa mujer tenía otra mala costumbre. Entraba en el cuarto de baño y gritaba.

—¿Qué pasa, guapa? —le preguntaba.

—¡Fíjate en la bañera! —decía.

—¿Qué le pasa?

—¡Fíjate, pedazo de bestia!

—Ya me fijo.

—¿No lo ves? ¿Pegado a los lados? ¡Has estado toqueteándote en la bañera!

—Estás pirada.

—¡Mira! ¿No lo ves ahí colgado?

—¿Dónde? —preguntaba.

—¡Ahí! ¡Ahí!

—Vamos a ver —le decía—, cuando ponga el dedo encima, me dices si es eso a lo que te refieres. ¿Está ahí?

—No, más abajo, a la izquierda.

—¿Aquí?

—No, un poquito más abajo.

—¿Aquí?

—Sí, ahí. Ahora lo estás tocando.

—Aquí no hay nada.

—Sí que lo hay. ¡Lo estás tocando! ¡Lo estás tocando!

Tenía fijación con la bañera. Y así estábamos, pasando por ello cinco veces a la semana. Reconozco que recurro al sexo más de lo habitual, pero no me servía de la bañera tanto como aseguraba ella.

Muchos colgajos de aquéllos no eran más que imperfecciones en el esmalte.

Luego está esa tía que conozco. Vive en un apartamento nuevo con piscina. Es una piscina estupenda. Pero ahora no puede usarla, según me dice. El caso es que hay una chica de catorce años que hace el amor con cuatro o cinco chavales de entre trece y quince años. Hacen el amor cuando la madre de ella está trabajando. Luego salen todos y nadan en la piscina; se limpian en la piscina. «No puedo nadar ahí», me dice, «con todo el semen flotando por ahí.»

Ha estado haciendo bastante calor, además, con temperaturas de hasta 46 grados. No hay socorrista pero, aparte de eso, es una piscina muy agradable. Eché un vistazo al agua a ver si había esperma pero no vi nada. A esa mujer, claro, le da mucho miedo el esperma y supongo que puede haber algo de cierto en lo que piensa. Dijo que su mejor amiga se quedó embarazada metiéndose en una bañera después de que se hubiera masturbado en ella un hombre. Como verás, no soy el único que hace algo más que bañarse en la bañera.

Recibo cartas de gente que dice que sin duda soy uno de los mejores escritores que hay por ahí. No recibo muchas cartas de ésas porque la mayoría de la gente no sabe dónde vivo. Pero doy vueltas a esas cartas y a esas personas y me pregunto si llegan a leer todo lo que escribo, las cosas que estoy escribiendo ahora, por ejemplo.

Sin duda soy vulgar, obsceno, y escribo con excesiva obviedad. Yo diría que cualquiera es capaz de lamentarse sobre el sexo y resultar bastante entretenido. Si intentara escribir sobre ecología o asuntos internacionales o el Sentido de la Vida, sería un tipo de lo más aburrido. Soy listo y sólo me centro en guarradas. Ahora, veamos, este artículo no es lo bastante largo, voy a ver si consigo ahondar en mi imaginación calenturienta.

Me pregunto si Henry Miller es de verdad tan bueno, ¿sabes? He intentado leer sus libros en autobuses que cruzaban el país, pero cuando aborda esos largos pasajes entre un fragmento de sexo y el siguiente es un tipo de lo más aburrido. En los autobuses que cruzan el país por lo general tengo que dejar mi libro de Henry Miller e intentar encontrar las piernas de alguien para mirarlas, a ser posible de una mujer. Se me da de maravilla mirarles las piernas a las mujeres en autobuses que cruzan el país…, en autobuses urbanos, bancos de paradas de autobús… Tengo que estar agradecido de que haya autobuses. Me pongo más caliente en los autobuses o cerca de ellos que en ninguna otra parte. A menudo me pone más cachondo mirar piernas que hacer el amor con una mujer corriente.

Creo que me puse más cachondo en un autobús que en cualquier otro momento de mi vida. Era joven, pobre, y no estaba pillando gran cosa, y una noche estaba en un autobús que cruzaba el país, solo en mi asiento, y se subió una chica. Bueno, ya sabes cómo va eso, finges estar durmiendo. Apagan las luces. Nunca he sido muy descarado, pero un rato después noté que la pierna de la chica tocaba la mía muy levemente. Seguro que se aparta, pensé, pero no se apartaba. Poco a poco iba ejerciendo más presión, tan lentamente que apenas se notaba. Yo también ejercí un poco de presión. Los dos estábamos con los asientos reclinados, recostados boca arriba. Teníamos los flancos, las piernas uno contra el otro desde el tobillo hasta el trasero. No había nada de ruido. La gente roncaba. Me fui poniendo cada vez más cachondo. Era una calentura que me recorría el cuerpo entero, no había estado tan cachondo en la vida. Aumentó la presión. ¿Por qué no habla?, pensé. Entonces empezamos a mover las piernas, restregándonoslas en el silencio y la oscuridad. Era burdo y delirante, indecente. Seguimos dale que te pego, venga a frotar y restregar… durante horas. Luego el autobús hizo una parada, se encendieron las luces y yo me incorporé y me froté los ojos como si hubiera estado durmiendo. No miré a la chica, ella no me miró. Se levantó ella primero y bajamos a tomar una hamburguesa y un café. Tuve que esperar a que menguara la erección. Luego me levanté y entré, sentándome lejos de la chica.

Después de comer volvimos a montarnos en el autobús y tomamos asiento mirando al frente. En cuanto se apagaron las luces volvimos al asunto. Venga a apretar y restregar. Te aseguro que es difícil imaginar la intensa calentura que sentía. Era todo tan deliciosamente retorcido y estúpido y acoquinado…, en pleno viaje, restregándonos sin hablar. Luego entramos en otra cafetería, nos sentamos en mesas separadas y nos volvimos a montar en aquel autobús. No llegamos a besarnos, no hablamos.

Un hombre más inteligente y menos desbaratado que yo habría trabado amistad, habría obtenido direcciones, números de teléfono, nombres, tal vez se habría apeado con la chica e ido a un motel con ella. Pero era joven y había llevado una vida extraña y amarga, intrincada. No conseguía abrirme camino. Ahora me abriría camino porque he aprendido ciertos trucos con el paso de los años. Pero el caso es que entonces tenía toda la suerte del mundo. Por ejemplo, recuerdo aquel viaje y a aquella chica mejor que a muchas de las mujeres con las que me he acostado y he olvidado hace mucho tiempo ya. Recuerdo la intensa calentura y la recuerdo marcharse, apearse en su parada en alguna parte a primera hora de la mañana antes de que saliera el sol. La observé allí afuera mientras agarraba la maleta. La vi por primera vez, en realidad, y era una muchacha espléndida, con buen tipo, bien vestida y de aspecto inteligente.

Crucé el país en autobús un montón de veces cuando era joven.

Había algo que me hacía falta, movimiento constante, de alguna manera me hacía falta ese movimiento constante para sobrevivir a lo que me ocurría por dentro y a lo que el mundo estaba haciendo conmigo. Incluso desarrollé la teoría de que bien podía vivir en autobuses toda la vida. Pero, naturalmente, había obstáculos: la falta de ingresos, y no podía dormir en los autobuses, y me dejaban estreñido, además de cachondo.

Tuve una experiencia similar con otra chica poco después, pero inicié una conversación que llevó a un besuqueo y un intercambio de información. Me contó que quería estudiar para ser bailarina pero sus padres no la dejaban. «Qué pena», le dije yo. Y seguimos adelante, besándonos, cordiales en la penumbra, y comimos y hablamos y se desvaneció parte de la calentura. No fue ni remotamente tan furtivo, sucio y descabellado como con la otra. La chica me pidió incluso que me bajase con ella en su parada, que era en mitad de una llanura en la nada. Estaba muy oscuro y vacío.

—¿Que me baje aquí? —le dije.

—Sí, mis padres viven en una granja. Quiero presentártelos.

Puedes vivir con nosotros.

—¿Qué? —respondí—. Igual tu padre me da una paliza.

No me daba tanto miedo eso como que su padre me pusiera a trabajar en su granja y me hiciera currar hasta perder el alma.

Entonces no sería el escritor grande y sucio que soy ahora.

La vi alejarse a la luz de la luna. Hubo cierto grado de tristeza por mi parte, pero desde luego aquello se veía de lo más solitario.

Fue una suerte que ya hubiéramos pasado por lo de los besos y la

charla porque de otra manera tal vez me hubiera apeado con ella, y ahora estaría cultivando maíz y matando puercos. Fíjate lo que son las cosas…

Escribir historias sobre sexo, divertidas o no, tiene consecuencias en mi vida. Sufro en aras de mi obra. Una vez, cuando tenía veintipocos años, de nuevo en casa después de haber estado viviendo en plan tirado (y pagando alquiler y comida), iba cuesta abajo, ebrio, cuando mi madre apareció de un salto detrás de un árbol.

—¿Qué demonios pasa, vieja? —le pregunté.

—¡Es tu padre, es tu padre!

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—¡Ha encontrado tus cuentos, ha leído tus cuentos!

—No debería haber hurgado en mi maleta.

—Está como loco, tus cuentos lo han enfurecido. ¡No vuelvas, te matará, te matará!

—¡Le daré una paliza! No sería la primera vez.

—No vuelvas, por favor. Ha tirado todos tus cuentos y tu ropa al jardín. ¡No le había visto nunca tan furioso!

—Pienso volver y partirle la cara. Si algo odio, son los críticos literarios.

—¡No, no, hijo mío! Toma, aquí tienes diez dólares para que no vuelvas. Haz el favor de aceptarlos.

—Vale, me voy si me das veinte.

—De acuerdo, hijo mío, aquí tienes uno de veinte.

Me metí el billete en el bolsillo de delante y me fui colina abajo.

Mis camisas, pantalones, calcetines, calzoncillos, peine y cepillo, todas las páginas que había escrito estaban desperdigados por el césped delante de la casa. Por entonces también escribía sobre sexo.

El viento había dispersado todas las páginas de mis relatos por el jardín y hacia la calle y por los jardines de los vecinos. También estaba ahí tirada mi maleta, abierta de par en par. Deambulé por allí recogiendo prendas y cosas para meterlas en la maleta. Recuperé la mayoría de mis páginas escritas salvo las que estaban en la calle y en los jardines de los vecinos. Sabía que llevaba dentro muchas más historias buenas de ésas. Mi padre me observaba desde detrás de una cortina. Me llevé la maleta colina arriba y esperé un tranvía.

Alquilé una habitación en la Tercera con Flower, un cuartito pequeño y sucio lleno de cucarachas y vida y amores y libertad, y salí a la calle y me senté en un bar de tres al cuarto y bebí durante varias horas y luego compré una botella de vino y regresé a mi cuarto con ella, me senté en la cama con ella y me la bebí en la oscuridad. Mi padre era un idiota; ¿cómo había podido engendrar un hijo tan brillante…?

Esto de escribir sobre sexo, también me ha costado mujeres. Me costó a la madre de mi única hija. Fui a Nueva Orleans a pasar cuatro semanas una vez. Fue una estancia de lo más agradable con el gran editor Jon Edgar Webb y su esposa. Nos corrimos unas cuantas juergas pero no me alojaba con los Webb. Tenía una habitación a la vuelta de la esquina. Bueno, da igual. Regresé a Los Ángeles. La madre y la criatura estaban esperándome cuando llegué en el taxi. Todo iba bien.

Fue un par de semanas después. Entré en casa un día. La mujer tenía hecho el equipaje. No habíamos tenido ninguna pelea. Parecía ser el fin. Bueno, pensé (siendo como soy un cerdo machista), así son las mujeres. Pero no me enteré de lo que había ocurrido hasta tres o cuatro años después, cuando la mujer vino a recoger el dinero de la pensión.

—Leí todos aquellos relatos que escribiste después de regresar de Nueva Orleans aquella vez.

—¿Qué vez? He estado allí tres, cuatro o cinco veces.

—Aquella vez que te quedaste cuatro semanas, aquella vez que fuiste a ver a los Webb.

—Ah, aquella vez…

—Sí, aquella vez.

—¿Leíste mis relatos? ¿Te gustaron mis relatos?

—Eran sobre cómo ibas de cama en cama con esas mujeres.

—Escribo ficción, tía.

—A mí me parecieron reales.

—Ahí estriba mi talento.

—Tu talento estriba en acostarte con mujeres. ¿Qué me dices de aquel cuento sobre la gorda que quemó la cazuela de mermelada de fresa?

—Era un buen relato. Quemó la mermelada. ¡Joder, vaya peste!

—Me refiero a que te acostaste con ella, ¿verdad?

—Oye, mi cama estaba justo al lado de la puerta por donde entraba y salía ella. Tenía que pasar justo por mi lado cuando se acostaba. Cocinaba para mí, me daba cerveza, veíamos la tele juntos. Me salió todo gratis. Era una buena mujer.

—¿Así que te acostaste con ella?

—Siempre es mejor que un escritor conozca de primera mano su material.

—Qué hijoputa, y yo aquí sentada con una hija tuya de tres meses.

—Bueno; me acosté contigo.

—Aquella con el labio leporino. Aquel en el que estabais los dos en la bañera borrachos, meando juntos, partiéndoos de risa…, supongo que aquello también era ficción, ¿verdad?

—¿Por eso me dejaste hace años? ¿Porque leíste aquellos cuentos?

—No conseguirás que ninguna mujer se quede contigo, Bukowski.

De acuerdo, la moraleja es que hay que tener principios morales.

Y escribir relatos aburridos acerca del Mejoramiento del Hombre. Yo estoy a favor del Mejoramiento del Hombre, pero no tengo ninguna intención de dedicarme a escribir relatos para fomentarlo. Cuando el Hombre mejore seguirá habiendo sexo, divertido y también del otro.

Además, que te odien por tu obra implica cierta libertad. A mí nunca me tendrán metido en el sótano de May Company firmándoles mis libros a ancianitas. De hecho, tendré suerte si despacho este relato.

Porque no siempre trato el sexo con el respeto que merece.

Sherman dijo que la guerra era un infierno, pero el sexo también puede ser un infierno. Supongo que tiene que ver con lo que

abordas o no abordas. Me he metido en muchas camas y he vivido muchos años a fin de investigar por vuestro bien. No esperéis que me retire ahora, me tumbe y guarde silencio al respecto. Además, está el asunto del amor. A mí me encanta escribir estos relatos guarros y a vosotros os encanta leerlos y detestarme por ellos. Estad atentos a lo importante, id a pescar, asistid a los mítines del partido y no queméis la mermelada.

UN PRÓLOGO A ESTOS POEMAS

De Antología de poetas de L.A. (1972). Edición a cargo de Charles Bukowski, Neeli Cherry y Paul Vangelisti Nací en 1920, me trajeron a esta ciudad (Los Ángeles) a los 2

años y llevo viviendo aquí la mayor parte de mi vida. Creo que estoy lo bastante capacitado para hablar de esta ciudad y, tal vez, de sus poetas, y, quizá, de la poesía.

Sin duda se han publicado suficientes antologías y hay demasiados poetas y muy pocos lectores: la culpa, estoy convencido, es de los poetas. La poesía lleva mucho tiempo siendo un juego privado, un asunto para esnobs, un divertimento de rompecabezas y ensalmos. Sigue siéndolo, y la mayoría de quienes la practican funcionan cómodamente como profesores en nuestras universidades, tan seguras y rancias. En este libro hay un par o tres de profesores: son la excepción, os lo aseguramos.

Que los poetas sólo pueden vivir y crear en ciertas ciudades —

Nueva York, San Francisco, París— o que esas ciudades tienen mayor

capacidad para sustentar, realzar y animar la poesía no es más que otra ración de bazofia para cebar a los cerdos. Ya era hora de que volviéramos a situar la poesía a ras de tierra y se otorgara reconocimiento a la mejor por existir allí donde exista: por ejemplo, aquí en Los Ángeles.

El caso es que no se me ocurre ninguna otra ciudad de la que se rían tanto como de Los Ángeles. Es la ciudad que nadie adora, es el blanco fácil. Albergamos Hollywood, y, en cierto sentido, los parques temáticos de Disneylandia y Knott’s Berry Farm… Somos horteras.

Somos errores. Somos turistas. Somos los borrachos solitarios de un sábado por la noche sentados durante horas delante de cervezas cada vez más calientes, delante de bailarinas de striptease que nunca llegaremos a poseer.

Los Ángeles es también Main Street y la Quinta Este y el este de L.A. y Watts. Los Ángeles tiene sus pobres y Los Ángeles tiene su parte real, y Los Ángeles tiene sus poetas, algunos buenos que te cagas. Queremos creer que hemos reunido a la mayor parte de los buenos de la hostia en este libro. Como es natural, alguien pondrá el grito en el cielo. Ésa es una de las razones por las que hemos hecho esta antología: para oír gritos. Los Ángeles también es Pasadena, Long Beach, Irving, allí donde puedas llegar en una o dos horas en coche. Técnicamente, no; espiritualmente, sí. Hemos incluido 2 o 3

«síes espirituales».

Creo que es importante tener presente que un escritor puede vivir y morir en cualquier parte. Creo que es importante tener presente que un escritor puede pasar toda la vida en Los Ángeles sin haber visitado nunca el teatro Grauman’s Chinese, el Museo de Cera, Barney’s Beanery ni Disneylandia, o sin haber asistido a un festival del Desfile de las Rosas. Creo que es importante tener presente que hombre o mujer, escritor o no, puede hallar más aislamiento en Los Ángeles que en Boise, Idaho. O, si no se tuerce nada, puede con ayuda de un teléfono (si tiene teléfono) tener a 19 personas en su casa hablando y bebiendo con él en cuestión de hora y media. He vagabundeado por ciudades y lo sé: la gran ventaja de Los Ángeles es que uno puede estar solo si lo desea y puede estar rodeado de gente si lo desea. Ninguna otra ciudad parece ofrecer en la misma medida esta doble opción tan sencilla. Se trata de un milagro notablemente maravilloso, sobre todo si uno es escritor.

Las ciudades no son sino moradas, centros de negocios, calles, coches,

gente; la gente se asienta en alguna parte para enfrentarse a todo el sufrimiento y las dificultades, el amor, la frustración y la muerte, el aburrimiento, la traición y la esperanza en las que son capaces de meterse. Debo reconocer que he desarrollado un amor por Los Ángeles que me obliga a regresar una y otra vez después de haberme ido. Algún día incluso habrá canciones sobre Los Ángeles si la niebla tóxica no acaba antes con nosotros.

El auténtico Angelo posee cierta sofisticación: se preocupa de sus propios asuntos, maldita sea. A menudo eso se toma equivocadamente por frialdad, pero si has vivido en Nueva York o Chicago, entonces sí que sabrás lo que es frialdad.

Es difícil encontrar buenos poetas en ninguna parte. Nuestra búsqueda aquí no ha sido fácil. Se escribe muy poca poesía buena en ninguna parte. Aun así, hay gente, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, que ha estado escribiéndola sin hacer ruido —aunque no sin cierta desesperación— aquí en L.A. Somos de la opinión de que hemos escogido a los mejores. Pero se cometen errores; es fácil pecar por omisión. Esto no es una Biblia, es una antología provisional. Vivimos en una ciudad de poetas y aquí están algunos.

Creo que aquí encontrarás intensidad y claridad, humor y sentimiento más que suficientes.

Ahora, que griten los gritones.

Nos vemos en ZODY'S.

«THE OUTSIDER»

Al sentarme a escribir esto, tengo delante lo siguiente: la revista The Outsider 1, 2, 3, el número 4-5 y dos libros: Atrapa mi corazón en sus manos y Crucifijo en una mano inerte. Hace frío esta tarde en Los Ángeles; estoy sentado entre torres de apartamentos. Me pregunto cuándo arrasarán este último patio de mala muerte en DeLongpre Ave. Los libros y las revistas están a mi derecha y acabo de lavarme los calzoncillos y los calcetines y ahora están colgados de una cuerda encima de la estufa de gas. ¿Y bien? Yo diría que en su breve existencia, The Outsider ha dejado mayor huella en nuestra literatura que cualquier otra revista. Tal vez porque Jon y Louise escogían y luego imprimían sus propias antologías; quizá eso le daba cierta

dimensión. Como es natural, el criterio de selección tenía mucho que ver, y su pobreza tenía algo que ver con ello, y su suerte y su excentricidad, su genialidad… Yo, tal vez, los conocí mejor que nadie, y me gustaría contaros algo acerca de ellos, cómo vivían, cómo viví con ellos, cómo lo vi funcionar.

Echemos un vistazo a The Outsider n.º 1. En la portada está Gypsy Lou. Aquí hay nombres: Sinclair Beiles, Corso, Di Prima, Snyder, Charles Olson, Ginsberg, Langston Hughes, Sorrentino, Lowenfels, Ferlinghetti, Creeley, McClure, Henry Miller, LeRoi Jones, Burroughs, Kay Boyle, Paul Blackburn y demás… Jon me contó después que los autores conocidos habían intentado colarle piezas rechazadas y rancias y que tuvo que insistir una y otra vez para que le enviasen trabajos intensos e innovadores. Hay demasiadas revistas que sencillamente publican nombres sin contenido. En The Outsider el trabajo es bueno, abundante, y hay fotos de los autores, y en la contraportada, anuncios de revistillas ahora difuntas: statements, Chicago Choice, Between Worlds, Kulchur, Nomad, Agenda, outburst, Yugen, Two Cities, Satis, Big Table…

En Outsider n.º 2 vuelve a aparecer Gypsy Lou en la cubierta.

También hay un par de jazzistas en plena faena. Al igual que el primer número, éste se publicó en Nueva Orleans. Estos dos números se imprimieron en una pequeña prensa manual a un coste de tremendo esfuerzo y sufrimiento. En este número se hace menos hincapié en los nombres, aunque están Genet, Burroughs, Nemerov, Corso, Kerouac, Henry Miller. Parte del número está ocupado por un documental sobre jazz con fotos y comentarios. También hay unas reproducciones en blanco y negro de dibujos de Patchen. Puesto que buena parte de la calidez de Patchen reside en su uso infantil del color, es una pena, desde luego, pero incluso en blanco y negro los dibujos son cálidos y son Patchen. En la primera página hay una reproducción de un edificio de Nueva Orleans. Y sencillamente no hay ningún edificio como esos viejos edificios del barrio francés con balcones de hierro oxidado, tambaleantes, infestados de ratas y cucarachas. Debajo hay una nota interesante: «En el edificio arriba a la izquierda se publicó por primera vez en 1921 el renombrado Double Dealer, que contribuyó a presentar a Hemingway, Faulkner y Sherwood Anderson a un mundo muy distinto al de hoy en día. En el edificio de la de… en una habitación en la que escribiera Whitman, nació The Outsider en 1961.» Hay unas cartas entre Henry Miller y W. Lowenfels, quizá no tan interesantes como deberían ser. The Outsider cometió algunos errores. La sección de jazz, asimismo, tenía más de leche que de oro. Pero en la selección de prosa y poesía el genio de los editores era

evidente. Si crees que hay pocos escritores buenos por ahí, entonces, amigo mío, prueba a dar con un editor bueno. Los buenos editores son más escasos que los buenos escritores, y cuando te das cuenta de que los editores son los responsables de lo que leemos, entonces ves la clase de infierno literario en que nos vemos obligados a vivir.

The Outsider n.º 3 lleva una foto del poeta loco Charles Bukowski en la portada, y en la esquina superior derecha, Gypsy enmarcada

en un cuadro. Bukowski no es muy bonito. Una figura literaria de renombre en Inglaterra le escribió a Jon una larga carta indignada, una de cuyas frases empezaba: «¿Cómo te atreves a sacar una cara así en tu portada?» Bueno, a Jon le gustaba el atrevimiento. Se atrevió a arremeter contra el intocable Robert Creeley en uno de aquellos primeros números.

Hay algunas notas personales de Jon y Louise en este número que tengo, y un anuncio del libro de Bukowski Atrapa mi corazón en sus manos. Pero hay más de una sección de Bukowski en el n.º 3.

Ah, sí, veo que han reimpreso un AVISO DE DESALOJO que me metieron por debajo de la puerta una noche… en parte, y escrito a mano: «Apts. Aragon, 334 S. Westlake Ave., Los Ángeles, California.

Apartamento ocupado por el señor y la señora Buckowski. Dicho apartamento debe ser desalojado por las siguientes razones: abuso del alcohol, peleas y comportamiento grosero. Molestias a otros inquilinos.» Me ha parecido que era lo más divertido en toda la revista pero también figuran Patchen, Snyder, Creeley, McClure, Burroughs, Irving Layton, Genet, Diane Wakoski, Norse, Miller, Anselm Hollo… La selección de colaboraciones impresas es una vez más poderosa y con cojones y chispa evidentes. Pero los miles de manuscritos leídos para conseguirlo, y lo mucho que hay que azuzar a los «nombres» para hacer que lancen ese rugido eterno e inmortal, eso no es fácil. Los Webb lo consiguieron.

The Outsider 4-5 fue un número doble. En su lecho de muerte, Jon comentaba algo acerca de un «número triple»… Lo que demuestra que el viejo Jon siempre iba un salto por delante de la peña literaria. Sea como sea, el 4-5 tiene formato de libro con una foto de Patchen en la cubierta, con gafas de sol, escayolado, aquella famosa espalda escayolada, y fuma lo que parece ser un Lucky Strike, con un frasco de medicina y una lámpara al fondo. Esta fotografía capta la disoluta agonía de la situación. Este número dejó Nueva Orleans por la cortesía de Tucson. El enfisema de Lou estaba empeorando. Esta sección es un

homenaje a K. Patchen de los chicos que lo conocieron entonces… Hay muchas firmas anónimas en este inmenso número y aguantan el tipo junto a los nombres, combativos e interesantes. Algunos de los nombres que se mantienen: Elizabeth Bartlett, Di Prima, Levertov, Lawrence Durrell, Robert Kelly, Thomas Merton, Lenore Kandel, Jackson MacLow, Jean Cocteau…, asimismo, Edson, William Wantling, Eigner, Howard McCord, David Meltzer, Margaret Randall, Brown Miller, Gene Fowler, d. a. levy, Robert Bly, Norse, Dick Higgins, David Antin, Anselm Hollo, T. L. Kryss, George Dowden, Simon Perchik, Emmet Williams, Kay Johnson (kaja)… A Jon no le importaba mezclar escuelas. Y si eres un estudioso de la América literaria esnob, ya sabrás lo poco común que es eso. Lo único que exigía Jon era lo mejor de cada cual y creo que lo obtuvo. En el homenaje a Patchen, que me pareció más animado, interesante y sencillo de lo que esperaba, figuraban algunos de los siguientes: Norman Thomas, Bro. Antoninus, Ginsberg, J. B. May, Norse, Millen Brand, K. Rexroth, Bern Porter, David Meltzer, Ferlinghetti, Jack Conroy, Fred Eckman y Henry Miller.

Si parece que alardeo de conocer a gente importante, no es así.

Era sencillamente que la chispa se inclinaba hacia The Outsider. Era el lugar de reunión, la taberna, la cueva de los dioses y la cueva de los diablos…, era el lugar, era el meollo…, era literatura dando saltos y gritos, era un registro de voces y un registro del tiempo, era The Outsider, era Jon y Louise Webb, y ahora Jon Webb… se ha desvanecido.

Dos libros. Atrapa mi corazón en sus manos. Charles Bukowski.

«Pajarillos que van tras las huellas de los gatos siguen trinando en mi cabeza.» Poemas nuevos y escogidos 1955-1963. No es un mal libro, pero no es inmortal salvo por un par de poemas. Cubierta de tono alcornoque, páginas casi violentamente coloreadas, una foto de Bukowski, la mitad de un Bukowski, un largo pitillo, a lo Bogart, rendido, simple. De acuerdo. Es una obra hecha por amor al arte, una obra por amor que el poeta tal vez no llegó a corresponder.

Crucifijo en una mano inerte, nuevos poemas 1963-1965, con la excepción de un poema, se escribió justo ante las fauces de una prensa a la espera y no representa lo mejor de la obra de Bukowski, pero es un trabajo apasionado y es lírico (para variar) y fluye y entona tristes canciones & está impreso en papel que supuestamente tiene una duración de 2.000 años: como Cristo…; podría hacerse pesado. El libro está ilustrado por Noel Rockmore, y se rumorea que 1.800

ejemplares de este libro continúan empaquetados y a medio pudrir en un húmedo sótano de Lyle Stuart en Nueva York…

Vale, ése es el recuento de las obras que tengo a mano. Tenía el libro de Henry Miller por ahí, ese de sus cartas a un pintor francés, pero se lo envié a Elizabeth Bartlett, que lo subastó junto con otros objetos, no hace mucho, en un intento de sacar de los números rojos a los Webb o mantenerlos con vida. El libro más reciente de Henry Miller se estaba editando (según creo) en el momento de la muerte de Jon y no llegué a recibir ningún ejemplar.

Así que ahora, si me lo permites (y tienes que permitírmelo porque soy yo el que escribe), voy a entrar en asuntos más personales sobre estas extrañas personas detrás de la Obra…

Después de salir del Hospital General del Condado de L.A. en torno a 1955, todavía vivo, tras haberme dicho que con toda seguridad moriría si lo hacía, empecé a beber de nuevo. Sigo bebiendo. De hecho, acaba de sonar el teléfono y era el hijo de Jon, Jon Webb hijo. «¿Qué haces?» «Estoy escribiendo sobre tu viejo y su mujer.» «Bueno», me ha dicho. «Igual es buen momento para echar unas cervezas. ¿Me paso por allí?» «Vale», le he dicho.

Así que va a haber una ligera interrupción en este punto, pero aún acabaré por escribir esto…

Bien, salí del hospital en torno a 1955 y encontré empleo —

mozo de almacén en una fábrica de instalaciones fijas en el este de L.A.—, alquilé un apartamento, me pillé una máquina de escribir, abrí la cerveza y me puse a escribir tras un paréntesis de 10 años. Sólo que ahora escribía poesía en vez de prosa. Envié los primeros 40 o 50 poemas a una revista en Texas y luego, de alguna manera, oí hablar de The Outsider en sus comienzos. Me olí la buena marcha.

Estaba sentado en aquella cocina en Kingsley Drive y luego en aquella cocina en Mariposa Street, con música sinfónica, fumando, solo, el sonido de la máquina de escribir, las palabras que golpeaban y aullaban…, aquellos diez años y haber estado casi a punto de morir y la mala salud contribuyeron a que siguiera adelante. La siguiente hornada fue a parar a The Outsider. Obtuve respuesta inmediata. Me dio la impresión de que en cuanto eché los poemas al buzón, recibí respuesta. Jon tenía una manera de decir las cosas que te instaba a seguir. Era Romántico, si me lo permites; también era lo bastante importante y lo bastante real. Escribía cartas con los poemas. Creo que

estaba medio loco, que es el mejor estado al que puede aspirar un hombre. Me perdí la mayor parte del n.º 1 de The Outsider pero para el n.º 2 las cosas ya fluían entre todos nosotros.

Los poemas empezaron a cobrar peso y entonces, de repente, Jon comentó: ¿qué me dices de un libro? Allí estaba, relacionado con los escritores más importantes de nuestros tiempos y quería publicar el libro de un desconocido. Bueno, joder, tío, dije: ¿por qué no?

Jon y Lou me pidieron que fuera a verlos a Nueva Orleans. Vale, pensé. Que vean la carne de las palabras y entonces, si no les gusta la carne, pueden hacer trizas el libro.

La vivienda estaba por debajo del nivel de la acera en aquel edificio medio podrido del barrio francés. Tuve la impresión de que Jon me aceptaba como si me conociera de toda la vida. «Buke», me dijo. «Hola, Buke…, ¿quieres una cerveza?» Hablamos un rato y luego dijo: «¿Por qué no te das un paseo y vas a ver a Lou. Está un par de esquinas más allá, vendiendo cuadros.» «¿Cómo me reconocerá?» «Te reconocerá», me aseguró. «Tú la reconocerás.»

Era cierto. Nos conocíamos. Aquel día hacía frío. Los cuadros no se vendían. Uno por un dólar, uno por dos dólares…; no se vendían.

Gypsy estaba envuelta en un viejo chal. Los cuadros no eran precisamente inmortales, pero la gente lo era menos aún. Cruzamos la calle y nos tomamos un café en el garito para turistas. Era un garito sepulcral lleno de gente sepulcral.

—Así que eres el poeta, ¿eh? —me preguntó.

—Este sitio me pone enfermo —dije.

—Bueno, más nos vale tomarnos el café —dijo.

Louise era más dura que yo, más real, y más compasiva. Yo nunca le perdonaría a la Humanidad por convertirse en lo que se había convertido. Ella sí. Era de la opinión de que no podían evitarlo.

Yo aún no estaba listo para aceptarlo. En cierto sentido, había conocido a alguien mejor.

Nos tomamos los cafés, recogimos los cuadros y regresamos a la habitación del semisótano. Jon estaba introduciendo páginas con delicadeza en la P & Chandler y yo me senté en una silla, medio dormido, mientras Louise se encargaba de la cena. Luego me levanté y

fui a comprar 4 o 5 packs de seis cervezas. Regresé y abrí unas cuantas. Luego paseé la mirada por la habitación. Había baúles por todas partes, apilados contra las paredes. Bukowski, ponía, página uno. Bukowski, página dos. Bukowski, página tres. Tenían la cama encima de unos soportes para poder amontonar páginas debajo. Bukowski estaba por todas partes. Bukowski estaba apilado en la bañera. Ni siquiera podían bañarse.

«¡Bukowski, Bukowski, Bukowski POR TODAS PARTES!», gritó Louise, «¡odio a ese hijoputa! ¡Y ahora está en nuestra casa bebiendo cerveza con esa barrigota y ese aire de listillo!»

Lou era italiana. Italiana fogosa. Decía lo que se le pasaba por la cabeza. Jon era más introvertido. Hacía pequeños comentarios delicados y sutiles, como si la última palabra se le escapara entre los labios, aderezándolos con esa sonrisa avispada al tiempo que te miraba a los ojos en busca de reacción. Hacían una pareja perfecta; es posible que hubieran vivido en el infierno pero se casaron en el cielo. Era el emparejamiento del sol y la luna, el mar y la tierra, el caballo y el pájaro. Lo que no tenía uno, lo aportaba el otro.

Sea como sea, tenía la sensación de deberles algo, así que bebí sin parar y les conté historias, una detrás de otra, acerca de las mujeres y la vida, y los trabajos sin futuro y las cosas absurdas que le ocurren a un hombre que va de mujer en mujer, de sitio en sitio mientras anda medio pirado; los milagros y la suerte y el horror.

Saltaba a la vista que disfrutaban con los relatos así que les conté más. Fue una noche estupenda, con las cucarachas caminando por las paredes, tantas cucarachas que parecían una pared, un temblequeo de duros caparazones negros y antenas e insensibilidad.

Éramos unas personas que intentábamos mejorar la literatura y la

poesía del mundo y convivíamos con bichos y borrachos y con la locura, sin apenas la menor oportunidad.

Bueno, se acostaron y yo me fui a dormir a alguna parte y pasaron los días. Nos íbamos de bares por la noche y conocí al editor de ficción de Jon, un mudo, y escribíamos toda la noche en servilletas de papel y nos emborrachábamos más que qué… Nos emborrachábamos más que James Joyce.

Sea como sea, así fue. Cuadros en el rincón. La prensa. Los bares. Las historias ebrias. The Outsider. Toda la gente. Y hay un tranvía llamado Deseo. Me fui de la ciudad. Salió el libro…

No lo sé. Jon y Lou vivieron en muchas ciudades. Recuerdo otro libro: Crucifijo. Pero hubo ciudades entre uno y otro y también después. Era sencillamente una historia de amor sin decirlo. Ellos disfrutaban conmigo; yo disfrutaba con ellos. Conocí a Corso. Corso y yo despotricamos un poquillo, pero a pesar de tanta labia y elocuencia, siempre hubo un fondo de caballerosidad. Corso era uno de los más tiernos, igual que Jon y Louise. Yo hacía el papel del tipo duro porque alguien tiene que hacerlo o no habría telón de fondo.

De acuerdo, con Crucifijo fue raro. Me pasaba por allí (me tenían viviendo con una tía gorda y maja a la vuelta de la esquina) con resaca todas las mañanas y Jon me franqueaba el paso y decía: «¡Bukowski, más poemas!» Y me sentaba delante de la máquina y escribía uno y él lo preparaba de inmediato para imprimirlo. Bueno, salió el libro. Me fui de la ciudad…

Estaban siempre de aquí para allá, arrastrando consigo aquella prensa, y 2 perros, y manuscritos y libros y y… «Ven a vernos, Bukowski…» Y allí que me iba. Esta vez Santa Fe bajo la lluvia. La casa de un psiquiatra forrado. 2 o 3 esposas. Estoy borracho. Estoy en la cama con una de las esposas. 6 cuartos de baño a escasos 3

metros. Enfrente, una casa como una torre. Tienes que subir 30

metros largos para entrar en el portal. El psiquiatra alquila esos pisos. Conozco al psiquiatra. Es igual que cualquier otro ps. que haya conocido, más vacuo que cualquier demencia.

—Bukowski —me preguntó Jon—, ¿nos quedamos aquí?

—¿Quedarnos aquí, para qué?

—The Outsider.

—¿Qué quiere ése?

—Tenemos que derribar una pared para meter la prensa. Luego volverá a levantar la pared. Nos quedaremos aquí encerrados, ¿eh?

Es difícil. Pero dice que el alquiler es gratis. Puedo quedarme aquí para siempre. Pero da a entender que debería publicar un libro de poemas suyos…

Así que Jon y Lou se trasladaron de allí a otra parte y de otra parte a algún otro sitio… Una vez más, de regreso en N. O., fui a donde estaba Lou en la esquina vendiendo cuadros. Tenía un mapa enorme en el

regazo. El mapa de Estados Unidos. Había tachado, a lápiz, todos los lugares en los que es imposible vivir. Estaba emborronado todo el mapa.

—Mírame —dijo, entre risas—, me ha llevado 5 malditas horas revisar este mapa para averiguar… ¿qué? Que no hay lugar donde vivir.

—Iba a decírtelo —le respondí…

Jon siempre se estaba metiendo con la gente. Era víctima de una de esas ideas erróneas tan populares hoy en día: cabrea a un tipo y te dirá lo que es y lo que tiene que decir en realidad. Jon siempre me estaba poniendo a prueba, pero eso no llevaba a ninguna parte.

Jon estaba tan solo y confuso y pirado como todos los demás, y aun así era uno de los 2 o 3 grandes editores del siglo xx. Junto con Whit Burnett de Story y Mencken del viejo Mercury…

Te aseguro que ésos vivieron en tantos sitios que no consigo ordenarlos. Ahora mismo, recuerdo 3 locales distintos en Arizona, o igual uno estaba en Nuevo México. Jon era buen carpintero y arreglaba los locales y los dejaba en estado habitable. Aunque toda habitabilidad giraba en torno a la prensa. No encontraron nunca su lugar, no obstante; siempre tenían que mudarse otra vez, y otra. Se indignaban con la gente. Una vez en Nueva Orleans, contrataron a una cuadrilla para trasladar la prensa y desmontar la conexión eléctrica (la prensa necesitaba alimentación eléctrica especial).

Luego cambiaron de parecer, hicieron que la cuadrilla volviera a instalar la prensa, la conectase, después cambiaron de parecer otra

vez y desconectaron la prensa y la sacaron por la ventana. Sus fondos acabaron por irse a la mierda con las constantes mudanzas, en busca del lugar. Pagar costes de transporte por la prensa y el papel, las pertenencias, 2 perros. Intenté decírselo, intenté decirles que en toda América la gente era chunga y corrupta, falsa e irreal.

Jon murió en el estado de Tennessee. Era una operación sencilla y rutinaria que se torció.

El hijo de Jon estuvo conmigo en mi casa mientras su padre estaba en el hospital. Primero telefoneamos a Louise. «¿Qué hacéis?

¿Emborracharos mientras Jon está en el hospital?»

El hijo de Jon estaba en contacto con los médicos. Era estudiante de

medicina a punto de licenciarse. Le oí discutir toda la operación con ellos. No era peligrosa. Aún no lo habían operado. Su hijo habló con Jon.

—¿Has sabido algo de Bukowski? —le preguntó.

—No, Bukowski ya no escribe. Henry Miller sí que sigue escribiéndome, Henry Miller me escribió hace unos días apenas…

—¿Te has dado por vencido con Bukowski?

—Ah, no, no me he dado por vencido con Buke…

La operación no salió bien. Era cuestión de corregir algo en el cuello, un lado del cuello. La parte en el otro lado del cuello estaba jodida. Quedaba una parte por arreglar. Operaron. Jon entró en coma después. Lou estaba presente. Era religiosa. Yo no soy muy religioso, pero era asunto suyo. Se quedó junto al lecho y rezó.

Entró el médico y le preguntó qué hacía.

—Rezo para que mi hombre siga con vida —le dijo.

—Bueno, pues yo rezo para que muera —le contestó él.

Lou se puso en pie de un brinco.

—¿Rezas para que muera? ¿Qué mierda de médico eres? ¿Qué mierda de ser humano eres?

—Si vive, será como un idiota. Será como un niño, será un inútil…

—¿Y a mí qué me importa? ¿Qué me importa si se queda como un idiota? Cuidaré de él. ¡Es mi hombre!

Las mujeres como Louise Webb se dan una vez de cada dos millones. Jon murió.

—Todo parecía ir bien con la operación. Parecía que iba a superarlo y entonces…, ¡BINGO!…, se torció algo…

Así lo describió el médico. Uno de los mejores cirujanos del estado.

The Outsider de la década había tocado a su fin. El editor más grande desde Mencken y Burnett había desaparecido. Nuestras grandes noches de cerveza y conversación se habían terminado. Las visitas de Corso y Ginsberg se habían terminado. Arrastrar aquella prensa por

todo el país en busca del Nirvana, eso se había terminado. Dudo que The Outsider siga adelante. Louise y el hijo de Jon han comentado algo acerca de continuar con la publicación, la prensa, pero tengo la sensación de que se ha acabado. Ahora me gustaría haber contado algunas de las historias más divertidas sobre Jon y Louise y yo mismo, pero ya he escrito más de la cuenta.

El milagro de Jon Edgar Webb, expresidiario, exescritor, exeditor…

Ahora cabría esperar que los cielos se desplomasen un poco o que las calles se agrietaran y se abrieran, o que temblaran las montañas.

Pero no es así. Es historia, historia, y la partida continúa. Una baraja nueva. Otra copa. Y la tristeza. Que nos crean para no durar, y que desperdiciamos tanto, cometemos tantos errores. Mira, Jon, te veo sonreír… Ya sabías que Buke lo escribiría para ti. Hace frío ahora y un Corvette blanco se detiene ahí delante y se apea una chica preciosa. No lo entiendo.

Charles Bukowski 25/11/1971

LA MUJER DE VERN

Vern era fotógrafo y tenía una mujer joven, Claudia. Se acababan de mudar a Florida y entonces descubrieron que Claudia estaba embarazada. No querían tener la criatura y sabían que el aborto era ilegal en Florida, así que me escribió —me escribió Vern— diciendo que estaban sin blanca y que si les podía prestar el dinero para regresar a California y ocuparse del asunto.

Como había tenido una de esas semanas insólitamente buenas en el hipódromo, envié el dinero y allí estaba en el aeropuerto para recoger a Claudia.

El caso es que Claudia era una de las mujeres más atractivas que había visto. Tenía el pelo largo, de un rubio rojizo, y la cara y el cuerpo rezumaban sexo, sexo en abundancia. Los ojos azules eran grandes, y tenía esa manera de mirar en tu interior, mirarte en lo más hondo. Y los labios parecían su parte más caliente; tan sugerentes, dispuestos, siempre un poquito entreabiertos.

Llevaba una de las minifaldas más cortas que había visto en mi vida y todos los hombres la miraban mientras caminaba hacia mí con su maletita. Parecía cualquier cosa menos una embarazada. Le di un beso

en la mejilla y la llevé a mi coche.

Claudia y yo no éramos desconocidos precisamente. Ya nos habíamos besuqueado alguna vez cuando su marido no estaba cerca, cuando acababan de casarse aquí en Los Ángeles.

—¿Voy a alojarme en tu casa? —preguntó.

—Me parece que no tienes otro remedio —dije—. Ando escaso de fondos. Tengo relatos en los quioscos pero aún no me los han pagado. Para más inri, he estado bebiendo más de la cuenta y escribiendo menos de lo conveniente.

—Bueno, pues vale.

Cuando llegamos a mi piso, me puse a hacer unas hamburguesas y Claudia se fue al otro cuarto y se dio un baño. La oía cantar ahí metida.

Cuando estuvo lista la cena, salió con una bata de seda roja, sin nada debajo. La cena fue tranquila. Luego dijo que estaba cansada y que iba a acostarse. Yo dije que también estaba cansado.

Se acostó y yo me quedé allí, desvistiéndome. La bata roja estaba a los pies de la cama.

—¡Fíjate en eso que asoma por ahí! —susurró—. Oye, no podemos hacer nada. Vern confía en nosotros.

—¿Cómo vas a dejar embarazada a una embarazada?

—No lo sé. Pero mejor no lo intentemos.

—Sí —dije—. Vern confía en nosotros.

Me puse encima. Sus labios seguían entreabiertos. Pegué los míos a los suyos, restregando el interior de los míos contra el interior de los suyos. Fue un beso caliente. Notaba la tranca arrimada a su cuerpo. Se apartó.

—Vamos a dejarlo —dijo, de pronto muy pequeña, muy dolida.

Retiré la manta y metí la cabeza ahí abajo. Se lo toqué apenas con la punta de la lengua, levísimamente. La moví arriba y abajo, levísimamente. Ella empezó a mover lentamente las piernas y el cuerpo. La oía respirar y jadear desde ahí arriba. No cejé.

—¡Ay, hijo de puta! ¡Hijo de puta!

Seguí unos minutos más.

Entonces gritó:

—¡MÉTEMELA DE UNA PUTA VEZ!

Cuando me incorporé para subirme encima, ella me agarró la cabeza y me besó con furia. Se la metí. Estaba húmeda. Entré poco a poco. Ella puso los ojos en blanco. Le metí un viaje largo y lento y luego, hacia el final, arremetí, bramé y ataqué, mis labios pegados a los suyos. Fue un clímax estupendo. Me quedé allí dentro un rato y luego me aparté.

—Vern confía en nosotros —dije.

—No es más que un maldito idiota —respondió Claudia.

Un par de horas después, le di por el ano. Luego, cerca de medianoche, ella me ofreció un poco de cópula oral.

—Vern es un tío cojonudo —dije.

Dormimos bien. Cuando desperté, había preparado el desayuno.

La agarré por detrás. La tenía tiesa.

—Dios, eres el viejo más calentorro que he visto en mi vida —

comentó.

—Son todos los relatos guarros que escribo. Me ponen cachondo.

—¿Puedo leer alguno?

—Claro. —Le di un libro mío. Se lo llevó en mi coche cuando fue a hacer los preparativos para el aborto. A su regreso, agitó el libro en el aire.

—Tienes razón. Son relatos cachondos. Estoy más caliente que la hostia.

Claudia se quitó la ropa y se acostó. Yo hice lo propio. Bajé hasta allí y la puse a tono un poco. Se calentó al instante. Luego me la puse a horcajadas y le dejé hacer todo el trabajo. Yo me limité a quedarme tumbado. Fue como si me violaran.

—Te quiero, hijoputa —me gruñó.

—Se te está yendo la cabeza, Claudia —le dije.

Llegamos juntos al clímax y casi se me fue a mí. Luego nos levantamos y almorzamos.

—Los tipos que estáis todo el día vagueando tenéis energía de sobra —me dijo.

—Sí —coincidí—, pero la vida del escritor es difícil. Una vez te acostumbras a escribir, ya no sirves para nada más. Todo tiene que girar en torno a eso y si no lo consigues, estás muerto.

No me dio la impresión de que Claudia se compadeciera.

Levanté el teléfono y llamé a May, que trabajaba de editora en una cadena local de revistas porno de la ciudad.

—May, tía —dije.

—Eh, Bukowski —contestó ella.

—Oye, May, la cosa está chunga. Tengo que pagar el alquiler.

¿Me puedes aflojar algo de la orden de compra n.º 1.600? Lleva un mes a la venta.

—A ver qué puedo hacer, Charley. Ya sabes que el viejo invierte en bolsa y la bolsa ha estado chunga.

—Joder, el otro día subió 18 puntos.

—Sí, subió todo menos su cartera. Incluso perdió cinco puntos en unos valores. No sé si es su agente de bolsa o si es el viejo. Toman una y otra vez decisiones equivocadas…

—Vale, May, arréglatelas para ponerle ese 1.600 delante. No escribo bien con el estómago vacío…

—Charley, ya sabes que eres mi autor preferido…

—¿De verdad? ¿Qué piensa de mí el viejo?

—¿El viejo? Joder, no lee nunca sus revistas…

Llevé a Claudia a abortar al día siguiente. Esperé por allí leyendo Life

y Time. Cuando salió Claudia una hora o así después, se comportó como si no hubiera ocurrido nada.

—Es como una aspiradora —comentó—. Te lo succionan todo…

La llevé de regreso. Se desvistió y se acostó.

—He perdido a mi criatura —dijo—. Estoy un poco triste.

—Anímate —dije—. Podemos hacer otra.

—El médico dice que nada de sexo durante seis semanas.

—¿Seis semanas?

—Eso ha dicho.

—Dios…

A la tarde siguiente la llevé al aeropuerto. Todas las miradas masculinas recaían en ella. Llevaba una minifalda más corta que la del primer día.

—Bueno, gracias por todo —dijo—, y buena suerte con lo que escribas.

—Igual escribo sobre nosotros. Hemos echado unos buenos polvos.

—¿Cómo puedes convertir eso en un cuento?

—Es posible. Eso es asunto mío.

La dejé en el avión y, de regreso al coche, vi al pájaro remontar el vuelo. La mujer de Vern iba de regreso a Florida.

Tomé la autopista y conduje de regreso a mi máquina de escribir.

Estaba enamorado de Claudia y necesitaba una cinta nueva.

ESCRITOS DE UN VIEJO INDECENTE

Nola Express, 14-27 DE ABRIL DE 1972

Sentarse con una botella ante la máquina de escribir no es la manera más fácil de atravesar el horror. Soñé durante toda la vida con ser escritor y ahora los demonios me tienen acorralado. Escribir agudiza

los sentimientos hasta tal punto que estamos a merced de todos los acontecimientos. Una brizna de hierba se convierte en una espada; una aventura amorosa nos desgarra las tripas. Con las pocas personas que conozco, finjo ser el tipo duro pero no engaño a nadie. Una de mis virtudes (según el tópico) es mi capacidad para echar unas risas de vez en cuando. Sin eso, seguir adelante podría resultar imposible. Un hombre corriente mete sus 8 horas, regresa a casa hecho polvo y satisfecho. En el caso del escritor no hay nunca satisfacción; siempre está el siguiente trabajo por hacer. Nuestras propias palabras nos afilan. Mi chica me dice: —Dios mío, sí que eres susceptible. Me recuerdas a uno de esos peces en Marineland. Tienen púas por todas partes. Basta con que le toques una y el pez se pone como loco. Voy a llevarte allí para enseñarte esos peces.

—Vale, llévame. Quiero ver uno de esos peces.

Tenemos montado una especie de show. Una vez me quedé plantado delante del espejo del cuarto de baño con una cuchilla contra el cuello. Me miré —los ojillos entornados, serios— y no pude por menos de reír. Otra vez probé con el gas. No dio resultado. Me desperté con un dolor de cabeza horrendo. John Berryman, el poeta, lo consiguió hace poco saltando a un río desde un puente. Eso sí que es estilo. Tengo un amigo que escribe. Tiene cicatrices de cuchillas en ambas muñecas.

Escribir supone crear y esperar. El correo es lento y el sueldo escaso. Me las apaño para hacer recitales en algunas universidades.

Es una sensación curiosa que te lleven en avión a alguna parte y te paguen por leer tu poesía. Y que algunas mujeres quieran acostarse contigo, y además están las copas gratis. No me acuesto con las mujeres porque estoy enamorado de mi novia, pero he aceptado alguna que otra copa.

No me gusta recitar pero es una manera de ganarse la vida y la mayoría de los públicos son sorprendentemente animados y comprensivos. Y ocurren cosas divertidas. Una vez en Michigan dejé los poemas y le eché un pulso a un alumno. Eso sí que es la hostia: me pagaron 400$ por echar un pulso. Gané, pero el chaval dijo que hice trampa. Joder, cuando uno llega a mi edad, tiene que hacer trampas.

Otra vez, en Kansas City, la persona que tenía que llevarme llegó borracha al aeropuerto. Y estaba nevando, a finales de marzo.

—Bienvenido a Kansas Shitty, Bukowski. —El conductor me echó una

botella de tequila a las manos. Acepté y nos montamos en el coche. La autopista estaba helada y resbaladiza. Había zanjas a ambos lados y de vez en cuando se veía un coche hundido en la cuneta.

—Ésos son incapaces de conducir en estas carreteras —comentó el conductor.

—Oye, Andre —dije—, déjame que te lea un poema.

Lo había escrito mi novia y el caso es que era SEXY. Llegué a cierto verso y Andre dijo: «¡Dios santo!», y perdió el control del coche. Empezamos a hacer trompos y levanté la botella y dije: «Andre, no vamos a salir de ésta…»

Derrapamos hasta una zanja pero no volcamos. Hacía frío y no había calefacción en el coche. Como el poeta sensible que soy, me quedé en el coche y bebí mientras Andre sacaba a pasear el pulgar.

¿Y quién fue a parar? Otro borracho. Tenía botellas de cerveza por todo el suelo y un quinto de whisky. Llegamos al recital.

Otra vez me dieron habitación en una residencia para universitarias. Si crees que una situación así no pone a prueba tu amor…

En un recital a beneficio de Patchen en las colinas de Hollywood estaba sirviendo un par de copas tras la barra después de recitar cuando se me acercó una jovencita. Era una criatura preciosa: cuerpo, cara, ojos, pelo, todo lo necesario.

—Bukowski —dijo—, tus poemas son los únicos. Haces quedar a los demás poetas a la altura del barro.

—Bueno, gracias. Es posible que no sea inmortal pero al menos soy inteligible.

—Quiero echarte un polvo.

—¿Qué?

—Quiero echarte un polvo.

—Perdona, pero voy a llevarle esta copa a mi chica.

¿Ventajas adicionales? Acabó con Dylan Thomas y a muchos otros poetas los ha arrastrado hacia una inmensa imbecilidad. Al público poético hay que respetarlo, y rehusarlo…

Céline, después de Viaje, empezó a echar pestes de que los editores le estaban tomando el pelo. El sino de un escritor es que se queden con él. A lo único que puede aspirar un escritor es a la mera supervivencia (otro tópico) para poder seguir escribiendo hasta que muera. Céline perdió el sentido del humor después de Viaje. Por descontado, la guerra lo vapuleó, tuvo que abandonar su ciudad y sus pacientes no pagaban las facturas. Pero al menos era médico, tenía algo para seguir adelante además de una cinta para la máquina de escribir. Los escritores no son más que mendigos con una buena frase de presentación. Ir por libre lleva su tiempo; Dios es el cartero y por lo visto a Dios muchas veces le trae sin cuidado.

Por suerte para la mayoría, no tenemos las malas costumbres de las masas. Los coches nuevos nos aburren; la televisión es inane; la ropa no importa. Nuestra mayor preocupación es esa llamada ebria al este de Kansas City. Y a menudo contamos con una buena mujer que impide que nos vengamos abajo. Somos fieles a nuestras mujeres porque entregamos nuestros sentimientos sin cortapisas, pero en otros sentidos las tratamos mal. No se nos da bien escuchar.

Sus amigos parecen estúpidos. Sosos. No entendemos cómo nadie más puede ser ni remotamente interesante… Los escritores somos mala gente. Las mujeres se han portado bien con nosotros… Yo diría que casi siempre, detrás de cada buen escritor, había una mujer buena que te cagas. Quítale el amor y la mitad de la obra de un artista se va al carajo…

Vale, es mejor que darle a la manivela de la prensa. No hay despidos. Naturalmente, un hombre puede acostarse por la noche siendo escritor y despertar por la mañana y no ser nada. El talento puede desvanecerse en un golpe de segundero. Aun así, es una buena lucha. Está bien morir en tu propio campo de batalla.

¿Cuántos hombres y mujeres están haciendo de veras lo que mejor pueden hacer? Esa autopista a las 7.30 de la mañana los días laborables es la viva imagen del horror del siglo. Uno de ellos, en cualquier caso. Se nos da a cada cual las horas de nuestra vida en aburridos turnos de trabajo en beneficio de otros hombres, y se nos pide además que estemos agradecidos por hacerlo. Desde luego, pese a todo lo que lloramos respecto de escribir, somos los más afortunados. El precio está casi más allá de la cordura, pero la lucha es buena.

Hay momentos y momentos resplandecientes: estás hastiado del asunto pero te permites ser feliz a veces & estúpido. ¿Por qué no?

La mayor parte de la gente lo es, ¿no? ¿Qué causa hay tan sagrada que un hombre no pueda ser feliz de vez en cuando? ¿Por qué no?

Ya hemos pasado por lo otro…, el siseo de los chorros de gas, o estar delante de ese espejo con la cuchilla de afeitar oxidada. Cosas de críos. Joder, puedes sentirte como un Hemingway a veces. Yendo a una corrida, pongamos por caso, con el cigarrillo colgando de los labios (soy mitad Hem, mitad Bogart), una pinta de whisky del bueno en el abrigo, y del brazo, una mujer 20 años más joven y fogosa, una mujer que sabe que estás metido en la buena lucha, las palabras corriéndote por dentro a la espera de tomar forma, caminas con ella y la chispa es buena, el fuego es bueno, los carbones brillan, claro, camina como si lo poseyeras, esta hora este momento este tiempo, te quiere, Bukowski, y tienes una Royal Standard y suficiente cinta como para estrangularte con ella, la chica camina a tu lado, buena y orgullosa, y el primer toro ya ha salido, lo están banderilleando, lo debilitan, todos esos veranos pasados, todas esas otras mujeres, las celdas, los espejos suicidas, los funerales, las noches en el dormitorio solo, despedazados por los lobos del salami podrido: Jane, Gertrude, Barbara, Frances, incluso Frances, y Linda, Linda, Linda. No puedo contener todas mis entrañas. Estoy atrapado bajo la panza del cielo.

Ahora escribes estas columnas, Bukowski. ¿Cuánto tiempo serás capaz de seguir escribiendo estas columnas?

No lo sé. Dostoievski lo hizo. Supongo que puedo hacerlo yo.

¿Qué es lo mejor que has hecho últimamente?

Bueno, me ligué a una chica con gonorrea en Hollywood Boulevard.

¿Quieres decir que la pillaste?

Quiero decir que no la pillé.

Mientras tanto, os veré, chicos y chicas, en el Olympic algún jueves por la noche, con el pitillo a lo Bogart colgando, cerveza en mano, y si tengo suerte, mi amor a mi lado. Si no tengo suerte, estaré solo. Deséame suerte. Los boxeadores japoneses y mexicanos tienen agallas. El hombre negro y el hombre blanco son los que andan enfurruñados. Se alimentan de talento endogámico, pero ya no están lo bastante furiosos. Yo sigo furioso y entretenido. Sólo mirando otras cosas puedo decirte quién soy. Si te invito a una birra, tú deberías invitarme a otra. No es que estés obligado. Los toros y los boxeadores y la palabra. De pronto me siento bien. No va a durar pero lo aceptaré. Ahora dime tú algo.

ESCRITOS DE UN VIEJO INDECENTE

Los Angeles Free Press, 1 DE JUNIO DE 1973

Me telefonea desde un bar; se oye la música de la máquina de discos. Ha venido de San Francisco, ha estado buscándose la vida con Ferlinghetti, dio un recital por Bob Kaufman. Duke está de visita, quiere saber si puede pasarse de visita. «Ven por aquí», le digo. Le advierto a Karen que Duke Santeen ha venido a la ciudad y está en camino.

Duke es un poeta callejero. Duke ha estado apretándole las clavijas a la Musa desde principios de la década de los 50. Es capaz de escribir poesía de la buena cuando la escribe. Pero Duke está provisto de su propia energía, no es ningún chupasangre. Me monto en el Comet del 62 y voy a por cerveza. Luego regreso y me meto unas cuantas y espero la llegada de Duke.

Llega. El pelo se le está poniendo un poco más plateado, tiene los hombros encorvados, pero sigue siendo el boxeador, es capaz de estar en el papel del duque, y es capaz de reír y se ha quemado y ha estado en el norte y ha estado en el sur, y conoce el camino: Todos los poetas americanos están en la cárcel es el título de uno de sus libros.

Duke sabe escribir, de eso no hay duda, a la hora de escribir deja a la altura del barro a nueve de cada diez, no, a 95 de cada 100.

Deberían publicarlo más; yo lo sé y él lo sabe. Mientras tanto, se lo presento a Karen. Karen esculpe, trabaja en una obra de teatro que pronto se estrenará en un pequeño teatro de Hollywood, tiene un libro de poemas publicado a través de una editorial independiente y tiene una novela en puertas. Estoy rodeado de talento.

Duke ve todas las cabezas.

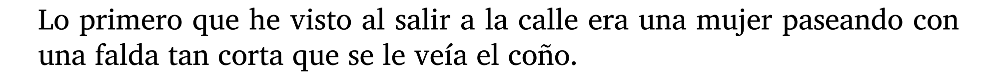
—¡Preciosas, preciosas! Tienes talento de verdad —le dice a Karen.

—Esa cabeza de ahí —le digo a Duke— es la de Jeffers.

—Jeffers, ¿eh? ¿Y esa otra de ahí? ¿Ésa también es de Jeffers?

—No, es el padre de ella.

—Ya me he dado cuenta de que estaba otra vez en Los Ángeles.



Lo primero que he visto al salir a la calle era una mujer paseando con una falda tan corta que se le veía el coño.

—Es una ciudad magnífica, Duke.

—Vi al Pie allá en Frisco. Un tipo estupendo, un tipo genial.

—¿El Pie?

—Allen Ginsberg. Se rompió el pie.

Tomamos más cerveza. Duke saca un disco de country de su maleta.

—Este tipo es bueno. Voy a ser su agente. Escúchalo. Es estupendo.

Escuchamos. Música de vaqueros. La mayoría de las canciones son poco originales y no muy especiales. Pero una es buena que te cagas, así que el tipo tiene una oportunidad. Seguimos dándole a la cerveza.

—Estaba cruzando Sunset, acabábamos de salir de Barney's, una tía y yo, y un poli nos para. Estamos borrachos, tiendo la mano para tocarlo, tiendo la mano para tocarlo y decirle que le hace falta un amigo ¡y el cabrón me saca una pistola!

Le gorreo a Duke algo de tabaco. Siempre se me olvida comprar tabaco.

—Una vez estaba allá en el este, tenía que cagar como fuera, ya sabes, sin un sitio adonde ir. Me iba por la pata abajo, así que me acuclillé en la calle y entonces viene un poli y me dice: «¿Qué haces aquí?» Yo le dije: «Agente, ¿qué cree que hago? No querrá que me cague en los pantalones, ¿verdad?» Y el poli dice: «¡Sí, quiero que te cagues en los pantalones!»

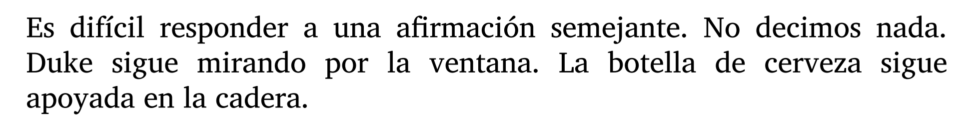
Nos partimos de risa y entonces Duke dice:

—Eso me lo acabo de inventar.

—Venga, Duke —le digo—. No me jodas el sueño.

Duke se levanta. Tiene una manera curiosa de apoyarse la botella de cerveza en la cadera. Elán. Se pone a mirar por la ventana. Está oscuro y hace frío. Estamos encima del embalse.

—Supongo que me publicarán cuando esté muerto. Me descubrirán después de muerto.


Es difícil responder a una afirmación semejante. No decimos nada. Duke sigue mirando por la ventana. La botella de cerveza sigue apoyada en la cadera.

—Enterré un baúl lleno a rebosar bajo un árbol.

—¿Dónde, Duke?

Menciona algún estado del Medio Oeste. Luego regresa y se sienta en un sillón, levanta la botella.

—La muerte —dice—. Luego está la muerte. —Se echa a reír—.

¿Por qué no nos matan a todos a la vez y se quitan el asunto de encima?

El pelo plateado de Duke le cae por ambos lados de la cabeza.

Posee el atractivo de un hombre con los motores a pleno gas, los motores a pleno gas todo el rato. Saco más cerveza. Duke suelta su sarta de chorradas pero buena parte no son chorradas; se consiente demasiado, pero uno no se cruza por la calle con un ser humano mejor una vez al mes, ni quizá una vez al año. Ni quizá… Lo que sea.

—He venido a desempeñar la máquina de escribir —dice.

—Oye, Duke —le digo—, ¿por qué no te pillas un trabajo a media jornada, cualquier cosa, alquilas un cuartito y te pones a escribir?

Deja de pasarte el día en los bares y los antros de poesía, olvídate de las tías y ponte manos a la obra, ¿vale?

—He escrito mi último poema. Ya me he hartado. Ahora escribo canciones. Me van las canciones.

Tiene agujeros en las suelas de los zapatos y aun así le gorreo otro pitillo.

—Ginny, ¿la conociste la última vez que estuve aquí?

—Sí.

—Bueno, pues Ginny me dejó en la casa de esta otra chica y estuvo ausente media hora y tuvo que regresar a por algo y yo ya estaba entre las sábanas con la otra chica, pero Ginny es legal, lo entiende.

La cerveza parece acabarse muy deprisa, tres packs de seis no son

nada, nada en absoluto para Duke y Buk. Salimos a por más. En el coche me habla de Karen.

—Está bien, tío. Tiene todo el aspecto de poder montar un caballo. Es una mujer de las de verdad.

—Sí, está bien.

Duke y yo entramos y conversamos con el tipo de la licorería.

Hace que no ve pirados como nosotros unos 20 o 30 años. Recuerdo comprar tabaco. De regreso en casa charlamos un poco más.

Duke asegura otra vez que lo publicarán después de muerto.

Vuelve a poner el disco del vaquero. Le digo que una canción me gusta mucho.

—Sí, tío, no se anda con chiquitas —dice Duke—. Se sube al escenario y entre una canción y otra grita: «¡Quiero comerme algún coño!»

Karen habla un poco de sus esculturas y luego le digo a Duke que no me va muy mal en el hipódromo; tras 30 años de apuestas sólo voy perdiendo 10.000 dólares. Duke deja caer como quien no quiere la cosa algún que otro nombre: Kerouac, Ginsberg, Lamantia, Ferlinghetti y demás. Los ha conocido o los conoce a todos. Neal Cassady y todo.

—Oigo caer nombres por todo el cuarto, Duke —le comento.

—¿Y qué? Son personas maravillosas, todos gente maravillosa.

—Claro, Duke.

Saco más cerveza. El asunto está llegando a la etapa triste, callada. Unos cuantos buenos tragos y nos sentimos todos mejor.

—Es una movida de cuidado —dice Duke—. Es una movida inmensa.

Yo comento:

—Lo dijo Leo Durocher: «Preferiría ser afortunado que bueno.»

Duke no responde. Baja la mirada hacia su botella.

—Yo preferiría ser afortunado y bueno —digo.

Supongo que no nos sentimos mejor. Intento buscar tema de conversación cuando Duke es el experto en conversación. Hacemos algún que otro pequeño comentario y luego indicamos a Duke el dormitorio para invitados. Está bien tener un dormitorio para invitados, aunque la casa no sea mía.

Por la mañana Karen nos prepara huevos revueltos y salchichas.

Duke lleva horas levantado, merodeando. Se ha lavado la cara y no muestra indicio alguno de resaca. Tiene ganas de seguir adelante, de volver a buscarse la vida. Poco después estamos en el coche.

—Tengo que volver a Frisco.

—Claro, chaval.

—Déjame en Hollywood con Vine.

—Vale.

Duke lleva consigo la maleta con canciones y poemas además de uno de sus cuadros enrollado. Enfilamos Hollywood Bl. y entonces me toca a mí estar alicaído. La cerveza y la charla se han terminado.

Ha salido el sol y el sol es jodido y Hollywood Boulevard un domingo por la mañana es jodido. ¿Jodido? Es imposible. Pero Duke quiere ir a Hollywood con Vine. Duke es un romántico. Seguimos adelante y aparcamos. Echo un vistazo en el billetero y llevo un billete de un dólar y otro de diez.

—Duke —le digo—, puedo darte un dólar o uno de diez, y no voy a darte uno de diez.

Duke acepta el dólar. Un dólar de un escritor con un lugar donde dormir a un escritor sin lugar donde dormir. Lo dejo allí y se queda mirándome con la maleta y el pelo plateado.

—Bueno —dice—, si me encuentran en el fondo de la botella, recuérdame.

—Claro, chaval.

Me voy y lo dejo allí bajo el intenso sol de Hollywood. Los espectros de Garbo y Grable, Harlow y W. C. Fields merodeando.

Hago un giro de 180° y de regreso voy pensando: bueno, se ha ido, se ha ido, se ha ido, se ha ido, y me alegro de que se haya ido y lo echo

de menos al mismo tiempo. Cuando vuelvo a casa le digo a Karen: —Lo he dejado en Hollywood con Vine.

—Me parece que no tenía dinero —dice.

—Qué diablos, es un viejo buscavidas. Tendrías que ver su agenda, todos los nombres, se las apañará.

—Tiene que ser jodido, hacer eso.

—Le encanta. No lo cambiaría por nada del mundo.

Voy a la cocina y encuentro un 7-UP. Me bebo la mitad de un trago. Sabe bien. Tengo una resaca de lo más chunga.

MALTRATA A SUS MUJERES

Ya sabes, los escritores vienen y llaman a la puerta, sobre todo los malos, y recuerdo un escritor especialmente malo que después de tomarse un montón de cervezas por lo visto se cabreó y dijo:

«¡Venga, Bukowski, no esperarás que nos creamos todas esas chorradas!» «¿Qué chorradas?», le pregunté. «¿Todas esas chorradas de que estuviste buscándote la vida en un montón de trabajos, y todas esas mujeres, y esa chorrada de que no escribiste durante diez años y bebiste hasta acabar en el hospital sangrando a chorro por el culo y por la boca?» El chaval estaba cabreado de veras. No pasaba gran cosa en su vida así que le resultaba imposible creer que las vidas de otros pudieran ser distintas. Que la mayoría de los hombres no apuesten con sus vidas o su creatividad no es culpa mía. Y da pie a obras aburridas y escritores aburridos.

Las fábricas, los mataderos, los almacenes no fueron exactamente una elección y al mismo tiempo fueron una elección, al igual que las mujeres y al igual que la bebida. Sí y no. Era movimiento y era movimiento restringido. Y así estaba sentado en el mismo bar día y noche, hacía recados a cambio de sándwiches y me peleaba con el camarero en el callejón. Ésa fue mi preparación literaria, igual que lo fue vivir en cuartitos diminutos con cucarachas, o con ratones o con ratas, e igual que lo fue andar medio muerto de hambre y lo fue la conmiseración y lo fue el asco. Pero de ahí salieron relatos y poemas y algo de suerte; no una suerte inmensa pero sí algo, y si la suerte llegó tarde, digamos a los 50 años, tanto mejor para mí. Ya sabes lo que dijo Huxley en Contrapunto: «Cualquiera puede ser un genio a los 25, a los 50 requiere

esfuerzo.» Muchos son genios a los 25, y reconocidos y destruidos.

No muchos escritores llegan hasta el final; los malos siguen escribiendo y los buenos son destruidos pronto. Son destruidos de la misma manera que son destruidos los astros del rock: por causa del exceso de producción, de elogios, de presión y de la imbecilidad de siempre.

Los dioses se portaron bien conmigo. Me tuvieron jodido. Me obligaron a vivir la vida. Me resultaba muy difícil salir de un matadero o una fábrica y volver a casa y escribir un poema que no me saliera plenamente del corazón. Y mucha gente escribe poemas que no le salen plenamente del corazón. La vida dura dio pie a la frase dura y por frase dura me refiero a la frase auténtica desprovista de ornamentos.

Los dioses siguen portándose bien conmigo. Sigo siendo marginal, pero no tan marginal como para verme enterrado del todo.

La única vez que recité en San Francisco, vinieron 800 personas y 100 de ellas llegaron con cubos de basura para lanzármela. A 2

cubos por barba, la basura aquella no olía tan mal. Los dioses se portan bien conmigo en el sentido de que provoco reacciones extremas: el gentío parece apoyarme por completo o detestarme por completo. Eso es tener suerte; y en los recitales cuando alguien me grita una obscenidad, disfruto casi tanto como cuando alguien del público me alcanza una botella. He pasado por ello y el público sabe que he pasado por ello. No soy un pulcro profesor con una casa en las colinas y una mujer que toca el piano.

Uno siempre tendrá detractores y la mayor parte de tus detractores serán los otros autores que se mueren de ganas de enterrarte. «Ah, ha tropezado.» «¡Ah, es un borracho horrible!»

«Maltrata a sus mujeres.» «A mí me acuchilló.» «Recibió una beca sin cumplimentar la solicitud.» «Da por saco.» «Detesta a los maricas.» «Miente.» «Es envidioso.» «Es vengativo.» «Es asqueroso.»

La mayoría de estos detractores copian casi directamente mi estilo o están influenciados por él. Mi contribución consistió en relajar y simplificar la poesía, hacerla más humana. Se lo puse fácil

para seguirme. Les enseñé que puedes escribir un poema de la misma manera que escribes una carta, que un poema puede ser hasta entretenido y que no tiene por qué tener necesariamente nada de

sagrado. Ahora mucho me temo que hay demasiada gente escribiendo como Charles Bukowski, o debería decir intentando escribir como Charles Bukowski. Pero sigo siendo el mejor Charles Bukowski que hay por ahí y mi estilo sigue adaptándose y cambiando conforme lo hace mi vida, así que sencillamente no van a atraparme. Sólo Papá Muerte me atrapará, y he reducido la bebida a la mitad para que quienes me odian tengan que sufrir un poquito más. Mientras los que me copian van muriendo de alcoholismo, yo me iré de tapadillo a balnearios a medianoche. Ah, soy el más listo.

Me resulta difícil encontrar héroes a estas alturas, así que tengo que crear mi propio héroe: yo mismo. Eso da pie a algunas noches jodidas. Y días. Hay que mantenerse flexible, abierto al cambio, pero no se puede cambiar simplemente por capricho. Los movimientos tienen que ser naturales y derivarse de la vida. Si esto suena a sagrado lo lamento, pero creo que ya sabes a qué me refiero. Tengo en gran estima las obras de Knut Hamsun porque fue un hombre que creció y amplió sus miras, aunque su primer libro, Hambre, fue el más interesante, uno admiraba su trabajo posterior en buena medida porque se podía percibir el crecimiento, el aire blanco, los valles, las mujeres, el dolor y el humor y la ausencia de chorradas.

Dudo que vuelva a haber otro Knut Hamsun; soy demasiado vago; me gusta vaguear por las tardes y mirar el techo o rascarme la barba desaliñada; carezco de ambición y tal vez espero más de la cuenta la palabra, pero no me veo encerrado en un área concreta ni por mis admiradores ni por mis detractores, así que cuando hablas de Charles Bukowski, sólo puedes hablar del Charles Bukowski de ayer. Te lanzaré una que pasará rozándote mañana mismo y no sabrás lo que es durante un tiempo.

A los acusadores les digo, adelante, acusad; a los que me elogian les digo, adelante, elogiad; a la mujer que me quiere le digo, adelante, quiéreme; a Marina le digo, adelante, conviértete en una mujer maravillosa; a mi coche le digo, adelante, sigue corriendo para que no tenga que comprar otro; a mi máquina de escribir le digo, adelante, cuéntame más cosas, más y más cosas, cosas diferentes; adelante, adelante, adelante…

Sagrado o no, a eso se reduce todo, y eso es lo que puedo contarte ahora. Ahora tengo hambre y voy a comerme un sándwich.

Me gusta con mucha mostaza picante, ¿a ti no?

ESCRITOS DE UN VIEJO INDECENTE

Los Angeles Free Press, 28 DE JUNIO DE 1974

Encontrar el lugar adecuado para escribir, eso es de suma importancia; el alquiler debería ser razonable, las paredes recias, el casero, indiferente, y los inquilinos depravados, pobrísimos, alcohólicos y de clase media baja. Con la llegada de los bloques de apartamentos, los patios pequeños, con sus propias entradas privadas, han ido desapareciendo, y los maravillosos personajes que antes infestaban esos lugares han desaparecido con ellos.

Viví durante ocho años en un patio delantero en DeLongpre Avenue, y la poesía y los relatos prosperaron. Me sentaba en la ventana delantera y le daba a las teclas, escrutando por entre el exceso de broza en la calle; me veía rodeado de botellas de cerveza y escuchaba música clásica en la radio, sentado en calzoncillos, descalzo, la barriga cervecera colgando. Estaba rodeado de ratas y sombras y ruidos, y yo hacía ruidos.

Mi casero era un borracho, mi casera era una borracha, bajaban a buscarme por la noche… «Déjate de esa tontería de escribir, hijoputa, ven a emborracharte.» Y allá que me iba. La cerveza era gratis, el tabaco era gratis, me alimentaban; les caía bien, hablábamos hasta las 3 o las 4 de la madrugada. Al día siguiente llamaban a la puerta y dejaban una bolsa de algo: tomates o peras, manzanas o naranjas, sobre todo tomates. O a menudo ella venía con una comida caliente: estofado de ternera con bollos y cebolletas; pollo frito con salsa de carne y puré de patata, y ensalada de judías con pan de maíz. Llamaban, esperaban a oír mi voz y luego se iban a paso ligero. Él tenía 60 años, ella, 58. Sacaba sus cubos de basura todos los miércoles, ocho o 10 cubos recogidos de los patios y los apartamentos del fondo. El alcohólico de al lado se caía de la cama a las 4 todas las madrugadas; hubo un caso de contagio de enfermedades venéreas en el retrete en uno de los apartamentos traseros; en uno de los patios centrales vivían 14

puertorriqueños, hombres, mujeres y niños, no hacían nunca el menor ruido y dormían en la moqueta unos juntos a otros.

Venían a visitarme pirados: nazis, anarquistas, pintores, músicos, idiotas, genios y malos escritores. Todos me impartían sus ideas pensando que las entendería. Algunas noches miraba en torno y había de ocho a 14 personas sentadas por la moqueta, y sólo conocía a dos o tres. A veces me ponía hecho una furia y los echaba a todos; otras

veces se me olvidaba todo. Nadie me robó nunca salvo uno que aseguraba ser mi amigo y siempre andaba hurgando en mi librería para meterse primeras ediciones y publicaciones poco comunes bajo la camisa. La policía venía cada dos por tres pero sólo me detuvieron una o dos veces, sí, fueron dos veces. En una ocasión vinieron armados con una escopeta pero les dije que era escritor y se marcharon. Sí, era un buen sitio para vivir y para escribir.

Luego llegó el amor y me mudé a una casa con aquella mujer. Se portaba bien conmigo y el asunto funcionó, me caían bien sus dos hijos; había espacio y sombra, un perro loco y un jardín trasero amplio, un jardín trasero en plan jungla con bambú, ardillas y nogales, rosales silvestres, higueras, plantas exuberantes. Allí escribí bien: abundantes poemas de amor y relatos de amor; no había escrito muchos de ésos. Paseaba y era como si llevara el sol en mi interior; por fin estaba caldeado, y las cosas parecían divertidas, alegres, sencillas; no me sentía culpable por mis sentimientos. Sin embargo, aquello acabó por torcerse tal como suelen torcerse esas cosas. Uno o ambos empezamos a acumular resentimientos; las cosas que antes parecían maravillosas ya no lo parecen. Cada uno culpa al otro: eres tú…, tú has hecho eso, tú has dicho aquello, no deberías haberte comportado así, tú…

Tuve que mudarme enseguida. Rastreé las calles en busca de un lugar verosímil, un sitio en el que un hombre pudiera sacarse de encima un poema breve. Las tardes y las mañanas se entremezclaban: alquiler del primer y el último mes, 200$ de fianza, 75$ por la limpieza, referencias. Ninguno de aquellos sitios parecía habitable, y los caseros y gerentes me daban un rollo de lo más chungo: avariciosos, recelosos, criaturas muertas. Uno ni siquiera se dignó mirarme; tenía la vista fija en la tele mientras hacía las cuentas de los cobros. Empecé a sentirme sucio, como un imbécil, un hombre sin derecho a agua fría y caliente y un retrete que alquilar como propio. No había un sitio disponible por ninguna parte.

Hastiado, sencillamente le pagué a alguien y empecé a mudarme.

Era un apartamento moderno, un lugar en la parte de atrás, en la primera planta, el apartamento 24. Había un jardín en el centro y dos caseros, marido y mujer, que vivían abajo y nunca abandonaban el edificio; uno de ellos estaba allí siempre, sobre todo la mujer, que vestía de blanco y se paseaba con una bolsita marrón y a menudo recogía las hojas conforme iban cayendo de los arbustos; las agarraba antes de que llegaran al suelo. Iba inmaculada, la cara con una gruesa capa de polvo blanco; llevaba más pintalabios de la cuenta y tenía la

voz áspera, una voz que siempre te hacía pensar en alguien mintiendo. Su marido tenía la voz resonante, y la hacía resonar acerca de los Dodgers y acerca de Dios y acerca de los precios en el supermercado. La primera noche que pasaba allí sonó el teléfono y me dijo que tenía la radio muy alta; se me oía por todo el patio. «Podemos oírte por todo el patio, Hank», me dijo. Insistía en que nos tuteáramos. Yo no tenía la radio alta. La apagué.

Entonces alguien se puso a tocar el acordeón. «¡Ay, qué maravilla!», oí que decía una voz. El tipo repasó todas las melodías de Lawrence Welk.

Ella siempre estaba por ahí, era omnipresente, omnipresente a más no poder, y yo tenía resaca, bajaba las escaleras, a la escucha, pensando: no anda por ahí, esta vez se la he pegado. Y llevaba la bolsa de cascos de botella llena de ceniza y porquería, el fondo húmedo y a punto de rasgarse, yo con ganas de vomitar, me agachaba a ras de tierra y luego pasaba por una abertura en el garaje del fondo entre los coches, intentando llegar al contenedor de basura, y allá que asomaba ella con la escoba: «Qué día tan bonito, ¿verdad?» «Desde luego», decía yo, «hace un día bonito.»

Y siempre estaban donde los buzones cuando llegaba el correo, estaba allí afuera con la escoba; no se podía recoger el correo. O si algún desconocido venía al patio, preguntaba: «¿Qué quiere?» Los días cálidos se acomodaba en una de las tumbonas y se recostaba, y tengo la impresión de que todos los días que pasé allí fueron cálidos.

Y aparecían otros y se sumaban a ella y a uno se le permitía oír sus voces y sus ideas.

Los moradores de apartamentos modernos son todos iguales; dedican mucho tiempo a frotar y encerar, quitar el polvo y pasar el aspirador; todo reluce: cocinas, neveras, mesas; los platos se lavan de inmediato después de comer; el agua en el retrete es azul; las toallas sólo se usan una vez; se dejan las puertas abiertas, las persianas entreabiertas, y bajo las lámparas se les puede ver sentados leyendo tranquilamente un libro de bolsillo que no entraña el menor peligro o viendo una comedia familiar con risas enlatadas en una inmensa pantalla de televisión. Compran chismes y helechos, cosas para colgar por ahí, para llenar los espacios; un domingo por la tarde en Akron es el Nirvana para ellos. No tienen niños, ni mascotas, y se embriagan dos veces al año, en Navidad y en Nochevieja.

Había dos sofás pequeños en mi apartamento, de medio metro escaso

de anchura. Se supone que debía dormir en uno de ellos. Era imposible hacer el amor con una mujer en ninguno de los dos.

Descubrí 18 cucarachas detrás de la nevera, y cada vez que me ponía a escribir a máquina la mujer de abajo pegaba en el techo con un palo de escoba. Y siempre había alguien llamando a la puerta para decir que molestaba. Luego un día todos los inquilinos recibieron impresos en los que se les comunicaba que habría un incremento automático de 5$ al mes para cada apartamento. El espray contra las cucarachas que utilizaba casi me costaba eso. La escritura había menguado, casi se había detenido. Mi editor me llamó y me aseguró que todos los escritores pasaban por malos momentos. Dijo que tenía cinco años por delante; que no me hacía falta escribir nada durante cinco años y que aun así podría lograrlo.

Se lo agradecí.

Y tuve suerte. Encontré un patio justo delante de Hollywood con Western; lo encontré al enterarme de que alguien iba a mudarse antes de que alguien se hubiera mudado. Es el tipo de barrio que me va: proliferan los salones de masajes y los salones de contactos; puestos de tacos, pizzerías, puestos de sándwiches; tiendas de saldos llenas de pelucas y peines viejos, jabones medio podridos, horquillas y lociones; putas día y noche; chulos negros con sombreros de ala ancha y narices afiladas como cuchillas; maderos de paisano cacheando a gente a plena luz del día y mirándoles los brazos en busca de pinchazos; librerías porno, asesinatos, chantajes, droga. Paseo por Western Avenue camino de Hollywood Boulevard y el sol vuelve a brillar en mi interior. Casi estoy enamorado de nuevo.

Mi gente, mi tiempo, su sabor…

Sólo llevo aquí una semana y justo anoche miré a mi alrededor, botellas de cerveza por todas partes, tenía la radio puesta, y en mi casa había algunas personas que viven en este patio: un tipo que lleva uno de los salones de contactos, dos tipos que trabajan en una librería porno y una bailarina de uno de los bares. Hablamos de consoladores, chantajes, algunas de las chicas del bulevar y la avenida; hablamos de los bichos raros y la buena gente y los duros de corazón; hablamos la noche entera, el humo ensortijándose, las risas, buenas. Nos quedamos sin cerveza y el repartidor vino colocado y jodido y se quedó una hora. Pedimos que nos trajeran pollo y patatas, ensalada de col y panecillos. La noche transcurrió tranquila. Al cabo, le puse fin: llevaba bebiendo cerveza desde las 11

de la mañana. Se marcharon en buena forma. Fui al baño, meé y me acosté. Hemingway no podría haber aspirado a nada mejor. La luz estaba llegando; estaba enamorado del mundo otra vez. Ah.

ESCRITOS DE UN VIEJO INDECENTE

Los Angeles Free Press, 22 DE AGOSTO DE 1975

Allá en torno a Sunset, por Sunset con Wilton, cerca de la salida a la autopista y junto a la gasolinera, se les ve a veces con sus uniformes con la esvástica. Lucen expresiones agradables en sus caras blanquísimas y reparten folletos. También llevan cascos y algunos chicos son lo bastante grandes para jugar en los L.A. Rams.

Están preparados: miembros del Partido Nazi Americano. Bueno, esto es Hollywood y uno casi piensa en ello como si formara parte de una peli de serie B, pero luego están los que aseguran que por allí también empezó así: apenas unos cuantos tipos ahí plantados que deberían haber estado magreando chicas en la última fila del cine. Antes de que nadie se diera cuenta estaban sentados en las terrazas de los cafés de París, saliéndose con la suya. Pero si estás dispuesto a legalizar el Partido Comunista y el Partido Socialista, y el Partido Gay y los Demócratas y los Republicanos, no estás en posición de decir, bueno, que el Partido Nazi no tiene derecho a existir. Así que ahí andan, pero tienen la intención de poner a los ciudadanos de a pie más nerviosos: recuerdos de hornos y los noticiarios de Pathé con Hitler gritando, y además visten uniformes que a algunos no les recuerdan precisamente a Jack Oakie con pantalones acampanados.

A veces llega la policía en tres o cuatro coches patrulla. Estaba un día echando gasolina cuando la cosa se puso peliaguda por allí.

Había siete u ocho polis que parecían muy nerviosos, inseguros, sombríos. Los nazis se habían reunido en formación militar, todos

firmes salvo el cabecilla, que hablaba con uno de los maderos.

Luego, allá hacia Wilton, se había reunido un grupo de tipos con pinta de intelectuales marxistas neoyorquinos, escuálidos, algunos judíos, con barba morena; la mayoría medía en torno a 1,70, llevaban viejos abrigos negros —a pesar de lo caluroso del día— con camisas blancas arrugadas y el cuello desabrochado, y estaban gritando: «¡Eh, volveos a Glendale, so cabrones! ¡Volveos a Múnich!»

Se percibía conflagración, tumulto y asesinato al caer. Una curiosa palabra fuera de lugar y todos estarían juntos, unos encima de otros: polis, marxistas, nazis.

Allí sentado en mi coche me vino a la cabeza el viejo pensamiento: ¿cómo era posible que la gente creyera en cosas tan opuestas con tanto rigor, tanta energía, tanta superioridad moral?

¿Cómo podían algunos estar tan seguros de que había Dios y otros tan seguros de que no lo había? ¿Cómo era la gente tan desafortunada como para creer en nada? Y luego, si no creías en nada, ¿no era eso también una creencia? Tralalá.

Me apeé del coche y me fui hacia el cabecilla nazi y el poli con el que hablaba. El poli me vio acercarme primero y dejó de hablar con el nazi. Me observó. Tenía las cejas rojas y todo el aspecto de llevar bronceador. Me detuve a un metro escaso.

—¿Qué quieres, colega? —me preguntó el madero.

—Quiero un panfleto. Quiero saber cuál es la ideología de este hombre.

—No puedes llevarte ninguno.

—¿Por qué no?

—Porque me han dado órdenes de dispersar a la gente y cualquiera que esté en esta área dentro de cinco minutos será detenido.

—Pero estoy echando gasolina.

—¿Tu coche es ese que está delante del surtidor?

—Sí.

—De acuerdo. Llena el depósito y lárgate.

Los polis pueden matarte y me han enchironado más que suficiente, pero no puedo por menos de encontrarles el lado cómico.

Supongo que el hecho mismo de su autoridad definitiva y segura es lo que los hace resultar ridículos. Uno comprende que la autoridad, cuando se le otorga a un hombre siquiera, es algo muy peligroso y ese hombre debe poseer un alma y una mente muy buenas para no hacer mal uso de ella, y utilizarla con buen juicio. Sin embargo, en una ciudad como Los Ángeles se otorga esa autoridad a miles de hombres

y se los pone entre nosotros con armas, porras, esposas, transmisores-receptores y coches de gran potencia; y helicópteros, disfraces, entrenamiento de boinas verdes, además de gasolina, perros y algo más peligroso incluso: mujeres.

Aun así el lado cómico sigue ahí. Una vez celebré una fiesta en mi casa y bebí más de la cuenta. Me desmayé en la moqueta y la fiesta continuó. Entonces alguien tiró de mí y recuperé el conocimiento. «Bukowski, hay alguien en la puerta que quiere hablar contigo.» Todavía tendido en la moqueta levanté la vista. Era un policía con la gorra ladeada y fumando un puro.

—¿Eres el propietario, tío?

—No, agente, pero pago el alquiler.

—Bueno, mira, colega, ya me conozco este lugar. Ya había estado aquí. —Le dio una calada al puro, se lo quitó de la boca y miró la brasa roja y reluciente. Luego se lo volvió a meter en la boca—. Ya había estado aquí, colega, y voy a decirte lo siguiente: ¡como llamen otra vez voy a meterte en chirona!

—De acuerdo, agente, lo entiendo…

Volvamos a lo de los nazis. Me monté en el coche y me llenaron el depósito. Mientras lo hacían vi cómo el cabecilla de los nazis se alejaba del poli y se plantaba delante de sus tropas. Luego dio alguna orden y se fueron en formación calle abajo. Los marxistas neoyorquinos los siguieron a cierta distancia, maldiciendo aún pero con la sensación de haber alcanzado alguna victoria menor. Todo el alboroto dobló hacia norte por Wilton y yo pagué la gasolina y los seguí lentamente en coche. No alcanzaba a entender qué me atraía.

Supongo que no era más que la acción, como los caballos cuando salen a toda velocidad del cajón.

Una manzana más allá por Wilton las tropas cruzaron la calle y se fueron hacia una furgoneta grande. Se abrieron las puertas traseras y los nazis entraron ordenadamente, tomaron asiento unos enfrente de otros, muy erguidos, en los largos bancos corridos a cada lado de la furgoneta. Se cerraron las puertas y el cabecilla y otro nazi se montaron en el asiento delantero. Uno de los marxistas les tiró una piedra que golpeó la parte trasera de la furgoneta y fue a parar a la calle.

La furgoneta llena de nazis arrancó. Los seguí y detrás de mí vinieron

dos coches llenos de marxistas y un coche de la policía.

Volví la mirada y uno de los marxistas me gritó: «¡Vamos a por esos hijos de puta!» Asentí y miré al frente otra vez. Cuando llegamos a Franklin doblé de pronto a la derecha. Aquellos tipos dispares siguieron hacia el norte. Igual que las peleas con mujeres, la historia no se acababa nunca. Puede que el secreto fuera el equilibrio entre todo: un césped entero sin malas hierbas o todo malas hierbas sin césped y estaríamos condenados de verdad: todo arañas, ninguna mosca; todo corderos, ningún león; todo yo y ni rastro de ti y estaríamos condenados.

Giré hacia el sur por Western y me fui a la licorería. Dos packs de seis. Todo tú y ni rastro de mí.

ESCRITOS DE UN VIEJO INDECENTE

Escritos del indecente conductor de un Volkswagen azul de 1967 TRV 491

Los Angeles Free Press, 11 DE NOVIEMBRE DE 1975

Muchas de las cosas irritantes de la vida y la gente me salen al paso cuando voy conduciendo por los bulevares y las calles de Los Ángeles. Permíteme que empiece de inmediato: una de las cosas más molestas que hacen muchos conductores es asomar parte de su rueda anterior izquierda (y a menudo un trozo de su coche) un poquito a tu carril cuando te acercas a ellos. Están preparándose para girar a la izquierda y bloquean parte de tu carril por avaricia o estupidez, ansiedad o fanfarronería. Supongo que quieren que pares para poder realizar su giro a la derecha delante de ti. Nunca he visto nada semejante. Todos los conductores echan un vistazo rápido al retrovisor y los laterales y salen flotando hacia el carril a su derecha, sólo un poquito.

Otro tipo odioso es el que tiene grandes dificultades sencillamente para hacer un giro a la derecha. Aminoran y se aferran al volante; reducen a 8 km/h y luego se dejan ir un trecho hacia la izquierda para hacer el giro a la derecha como si pilotaran un enorme barco en plena tormenta. Y tú giras a la derecha, siguiéndolos, y tienes tiempo más que de sobra para escudriñar sus orejas y sus cuellos y las pegatinas en el parachoques, que por lo general dicen algo así como: «Los cristianos no son perfectos. Sólo están perdonados.»

El tipo odioso K-5b es el que va por el carril izquierdo delante de ti.

Va a buena velocidad hacia la esquina mientras el carril derecho está lleno a rebosar de conductores que sueñan con el sol. Lo sigues imaginando que acabarás por pasarte al carril derecho y encontrarás vía libre de manera que no tengas que verle la pegatina, que por lo general dice algo como: «Toca la bocina si estás cachondo.» Mi pegatina diría más bien: «Toca la bocina si no puedes correrte.» Sea como sea, el tipo K-5b seguro que pisa a fondo el freno y las luces de freno no le funcionan y te deja ahí clavado mientras los que sueñan con el sol en el carril derecho te van adelantando. Luego dobla a la derecha y te deja con el semáforo en rojo.

El tipo K-5c seguro que está plantado en el carril izquierdo y los que van soñando con el sol tendrán el carril derecho bloqueado la mitad de la distancia hasta la línea de ensayo, y tú te colocarás detrás del tipo K-5c, convencido de que saldrás a rebufo cuando cambie el semáforo. Pero no. Cuando cambie el semáforo, le dará al intermitente de la izquierda y tú te quedarás ahí detrás, atrapado, y en su pegatina pondrá: «Dios es amor.»

Los del tipo 45 KLx ni siquiera se conocen entre sí pero su psique pende del mismo tallo. Seguro que estarán en posesión de un carril por barba en una calle de dos carriles (yendo en la misma dirección, me refiero) (lo que debería llevarnos pronto a los Exámenes de Conducir). Y los dos estarán yendo a 25 km/h en una zona de 50

km/h. Y detrás de cada uno de ellos seguro que hay filas de automóviles. Cualquiera diría que es una conspiración, y da que pensar. Me suelo ver directamente detrás de uno de los dos coches que van a la cabeza. Al cabo, tras mucha paciencia y un poco de suerte, soy capaz de abrirme paso y adelantar a uno de los coches.

¿Qué ocurre entonces? Uno de los coches lentos que ha estado bloqueando el tráfico acelera de pronto a la vez que yo para intentar mantenerse a mi altura.

La absoluta fealdad e indiferencia de los peores rasgos de la humanidad afloran en sus costumbres al volante. A quienes creen que el magnicidio de líderes mundiales podría hacernos avanzar en

alguna dirección: tal vez la eliminación de pequeños líderes no mundiales y conductores gilipollas, golfistas y reponedores del Safeway podría dar mejores resultados, aunque no estoy a favor de ninguno de los dos métodos. Pero si tuviéramos que optar entre uno y

otro, yo sugeriría el segundo. Al carajo con Fiódor Dostoievski y Crimen y c. y la estructura cristiana de la moralidad y la ausencia de movimiento.

Ah, sí. Y bueno. Luego está el tipo 62 4fa. Seguro que él o ella ocupa el único carril que va en la misma dirección a 25 km/h. Sirven para leer las obras completas de Edgar Guest y probablemente las han leído, pero no puedes tocarles la bocina: eso les encanta. Utilizo diversas tretas como rezagarme y acercarme bramando casi hasta tocar su parachoques. Otra estratagema es poner el coche en punto muerto e ir deslizándose tras él para después acelerar el motor hasta armar un buen estruendo. Como es natural, estás reaccionando y eso es lo que quieren. El tipo 62 4fa es listo. Su jugada, de lo más arrogante y cruel —después de haberte mantenido rezagado durante ocho kilómetros— consiste en saltarse un semáforo en rojo en el último momento, dejándote allí viendo cómo desaparece su pegatina del parachoques, que dice algo así como: «Si Nixon vuelve al poder te dejaré limpiar los cercos de roña en la bañera de mi abuela.»

He mencionado (¿antes?) los Exámenes de Conducir. Me refiero a los que se hacen por escrito. Son bastante fáciles. Basta con recurrir al sentido común. Se plantea una pregunta y se pide que señales una de las tres opciones. Pero en todos los exámenes que he hecho, siempre hay una pregunta en la que dos respuestas son correctas y una es falsa. Tampoco es que importe mucho. Pero es irritante, y si crees que es una artimaña deliberada, claro, a ti te pasa algo. Pero siempre hay una. Ejemplo: Si se acerca usted a la cima de una colina, no debe cambiar de carril en una autopista dividida con un carril en cada sentido:

a) Si acaba de pelearse con su novia.

b) Si su perro acaba de cagarse en el asiento de atrás.

c) Si acaba de recoger a un autostopista comunista.

Está claro que la respuesta correcta es la a) o la b), cualquiera de las dos o ambas, pero cualquiera que sea la que señales, la correcta será la otra…

Se puede hablar (o escribir) tan largo y tendido acerca de los aspectos extraños de la conducción como se puede hablar de los aspectos extraños del sexo y toda la jactancia que conlleva. Bastante malo es ya conducir por las calles de cualquier sitio con otras personas, pero por si fuera poco los coches desarrollan caracteres y características

propias. Ocurren cosas extrañas entre tanta hojalata.

Esa hojalata ingiere cosas. Los cementerios de coches me resultan mucho más tristes y más reales que los cementerios humanos. El cementerio humano carece de definición: no deja escapar murmullos y ruidos metálicos, no refleja el sol; se da por vencido. Los coches viejos, los viejos cementerios de coches siguen peleando cual boxeadores aturdidos. No me vuelven loco los coches pero uno acaba por enamorarse de aquello con lo que vive. Dudo que ningún hombre sea capaz de entrar en un establecimiento de la cadena Pep Boys sin empalmarse al menos espiritualmente. No puedo hablar por las señoras.

Una vez tuve un coche que se negaba a arrancar de nuevo si lo dejaba aparcado en el aparcamiento de cierta licorería en Hollywood con Normandie. El coche funcionaba bastante bien, pero cada vez que salía con la priva y me montaba en el coche para irme, no arrancaba. Tenía que empujarlo fuera del área de aparcamiento delante de la licorería y luego hasta la calle y entonces arrancaba.

Después de repetirlo tres o cuatro veces, dejaba el coche en la calle.

Supongo que era una cuestión técnica, algo relacionado con un nivel inviable de carburación o algo por el estilo, pero lo cierto es que era imposible saberlo.

O igual es que al coche no le gustaban ciertas cosas que hacía yo. Recuerdo que una vez me peleé con mi novia y salí a toda prisa de su casa para montarme en el coche y largarme y las marchas no funcionaban. No había tenido nunca ese problema. El coche sólo iba marcha atrás. Se negaba a avanzar. Comprobé el nivel de transmisión. Estaba bien. Por un instante me planteé hacer marcha atrás todo el trayecto hasta mi habitación. Pero a veces la comodidad se impone a la locura. Así que me tragué la bilis y regresé: «Mira, cariño, jajaja», dije, «quiero contarte algo gracioso.

Mi coche sólo va marcha atrás.» «¿Sólo va marcha atrás?» «Sí, no puedo irme. No sé qué carajo pasa.» «A ver, enséñamelo.»

Fui al coche y me monté.

«Fíjate», le dije, «sólo va marcha atrás. Meto primera y no se mueve.»

Metí primera y ella gritó a mi espalda:

«Eh, ¿adónde coño vas?»

Hice un cambio de sentido y aparqué enfrente. Luego me apeé.

«No lo entiendo.»

Así fue como nos reconciliamos, esa vez…

Y luego están los genios del coche, también. Le compré un coche a un tipo una vez y me lo contó todo al respecto. «Bueno, este coche te va a dar problemas de vez en cuando. Bueno, cuando ocurra, hay dos botones en la parte izquierda del salpicadero.

Bueno, si el coche renquea o no arranca, tú aprieta el botón n.º 1.

Eso solucionará el problema. Si no lo soluciona, sigue intentándolo.

Si eso no lo soluciona, recurre entonces al botón n.º 2. Así se pondrá en marcha automáticamente.» Alguna vez tuve que recurrir al botón n.º 2, pero no me falló nunca y cuando revendí el coche, pasé el mensaje…

Los mecánicos de automóviles, los que reparan carrocerías, frenos, ejes de transmisión, tienen una arrogancia y un aplomo que deja a la altura del betún a nuestros médicos y abogados. Y no olvides esa luz roja en el retrovisor. Cuando se te acerca, es casi como el advenimiento de un dios. Has hecho algo con tu coche que no debería hacerse, ya lo sabes. Pero casi merece la pena: seguro que el tipo parece amable, juicioso, no se tira pedos ni cuenta chistes malos. Se limitará a entregarte un pedazo de papel y luego arrancará la moto y podrás hacerlo otra vez. Igual que el sexo.

El aguante tiene importancia en nuestra sociedad, y un poco de suerte, pero enséñame un hombre con un buen coche y una buena mujer y sin la menor duda estará iluminado por una luz especial: el amor a la dependencia y la dependencia del amor. Te verás impulsado si escoges aquello que impulsa sabiamente. Y la semana que viene volveremos a los relatos guarros. No he perdido la cabeza.

Y cuando llevaba este texto a Free Press un perrito maltés metálico brincaba de aquí para allá colgado de un cordón de zapato del espejo retrovisor. Y tengo el seguro del coche pagado con un año de antelación.

EL RECITAL DEL GRAN CIEGO

Habían enviado los billetes, y llegué en avión a aquella pequeña población en la costa este de Florida. Esperé a que bajaran los pasajeros, luego me levanté y bajé por la rampa y vi a los dos tipos con aspecto de sabuesos poéticos esperando, así que me acerqué: «Soy Chinaski», dije, y ellos empezaron a sonreír de oreja a oreja.

Nos llegamos hasta allí y esperamos el equipaje, y entonces dije:

«Joder, no vamos a esperar aquí; vamos al bar.» Así que nos fuimos al bar —Clyde, Tommy y yo— y allí había más sabuesos poéticos:

«Todos quieren conocerte, tío.» Les eché un vistazo. Cantidad de mujeres, la mirada cachonda de tanto leer mi bazofia erótica. Las escudriñé, pasando de una cara a otra, de un cuerpo a otro. Uno de los cuerpos tenía un aspecto abundante de veras, pero parecía preparada. Me presentaron. «¡Ay, señor Chinaski», dijo una, «cómo me gustó su relato “Mi experto apaño”!»

(Escribo relatos, poemas y novelas. Por lo general encauzo mi material por el sendero del sexo para que no se duerman, y mientras están despiertos, les endilgo el resto; se lo cuelo disimuladamente.

Les doy morfina y luego les arranco la escasa alma que tienen.) Era cerca de medianoche, y el bar del aeropuerto cerraba a medianoche, así que nos terminamos las copas. Tommy se ocupó de pagar la cuenta y nos fuimos a casa de Clyde, después de recoger mi equipaje. En casa de Clyde, empezó a correr birra en abundancia y hierba (colombiana) mientras atronaba en el estéreo música sosa.

Fui circulando y me dediqué a mirar los cuerpos femeninos. «¡Ay, señor Chinaski, cómo me encantó su poema sobre el hombre que se cortó los huevos y los tiró por el retrete como si fueran

albaricoques!» A ésa la besé, y en algún lugar de la habitación destelló un flash.

Me tenían bien jodido: mamaba su adulación como si de un coñito virgen se tratara. Fumamos y fumamos y bebimos y bebimos y poco después la gente empezó a marcharse. El primer recital era a las 9 de la noche en el Jiz-Wiz Club, al día siguiente. Luego tenía que meterle caña otra vez al otro día. Dos recitales por 500$ más los billetes de avión, el alojamiento, igual algo de comida y probablemente pillar cacho. A Ginsberg le pagaban mil por un recital pero luego se sentaba en una estera y se dedicaba a los mantras y a aullar como un loco. Yo

sólo me emborracho y me pillo un buen ciego.

Sea como sea, la gente no hacía más que largarse, y eran las 4

de la madrugada o así, de modo que Clyde se fue a su cuarto y dijo que el sofá era todo mío. Me dejaron con una chica de unos 22 con un pañuelo anudado a la cabeza. Tenía bastante buen cuerpo, ojos salvajes, y no paraba de hablar de niños retrasados. Era profesora de niños retrasados, así que hablaba mucho de ellos. Estaba a su lado en el sofá. De vez en cuando yo interrumpía su conversación sobre niños con un largo beso. Se le daba bien besar. O a mí se me daba bien besar. Sea como sea, los besos nos calentaron furiosamente. Qué demonios, fueron divinamente extáticos. Pon tú las palabras; son mis genuinas chorradas las que me permiten seguir adelante. Bueno, después de cada beso, ella volvía a los niños retrasados como si el beso no hubiera tenido lugar en absoluto, y eso no hacía sino calentarme más. Tenía un aspecto de lo más atractivo, con ese pañuelo a la cabeza y los ojos salvajes y relucientes. Las maestras siempre ponen cachondo a todo el mundo; incluso te ponen más cachondo que las monjas.

Se llamaba Holly, y cuando se fue, me fui yo. Me monté en el coche con ella, y cuando puso en marcha el motor, nos abrazamos.

Fue un trayecto largo, y Holly no paraba de hablar de los niños retrasados, sus problemas, cómo ayudarlos, cómo abordarlos, y a mí se me ponía la polla cada vez más dura. Nos detuvimos en un stop,

y yo alargué la mano y le desanudé el pañuelo de la cabeza y se le derramó una larga melena rubia.

—Joder —dije—, ¿por qué la escondes? Voy a aferrarme a ella.

—Se llena de ceniza de cigarrillos en las fiestas —contestó.

Tenía un apartamento bastante íntimo en la planta baja. Aparcó y entramos en su casa. Holly abrió la puerta y yo la seguí.

—Mi marido se ha ido de viaje una semana. Por negocios. Fue él quien me dio a leer lo que escribes; te idolatra, de veras.

—¿Ah, sí?

Holly se fue al cuarto de baño y yo me fui al dormitorio, me desvestí y me acosté.

—¿A qué distancia está tu marido?

—Unos sesenta kilómetros.

—¿Es celoso?

—No lo sé. Nunca le he sido infiel.

La oí tirar de la cadena. En la oscuridad, me veía la polla levantando las sábanas. Holly iba a tener otro niño retrasado al que desentrañar. Cuando salió del cuarto de baño, estaba desnuda; así que se metió entre las sábanas. Pensé: bueno, ahora tendré algo sobre lo que escribir. Me apreté contra ella y su lengua de maestra empezó a entrar y salir rauda de mi boca. La atrapé por el centro con los dientes y empecé a chupársela. Ella se atragantó, tenía problemas para respirar. Jugueteé con su coño; se fue abriendo poco a poco, humedeciéndose. Notaba el clítoris, y empecé a acariciárselo en círculos con el dedo. ¿Alguna vez habría hecho eso Céline?, pensé. ¿O Hemingway? Hemingway probablemente no lo hizo tanto.

Hemingway carecía de humor y vitamina E. Por eso se voló la tapa de los sesos y se desplomó sobre el zumo de naranja. Además, se levantaba muy temprano por la mañana. El mundo siempre tiene peor aspecto antes de mediodía porque hay demasiadas personas ambiciosas con energía aún por quemar.

Hundí la cabeza para comerle el coño y ella me apartó al tiempo que decía: «¡No, no!» A la mayoría les gusta; a algunas no. Nunca forzaba esa parte. Volví a subir y le eché la cabeza hacia atrás hasta que se le quedó la boca abierta y entonces metí mis labios dentro de los suyos. Fue como introducirse en las entrañas de una flor. Estaba clavada al sol y el sol era yo. Luego me desprendí de su boca, le chupé el pecho izquierdo, luego el derecho. Después le di la vuelta, mi brazo derecho por debajo de su cuerpo y mi brazo izquierdo por arriba, y le tomé las dos manos y se las sostuve desde fuera. Dejé que la polla tanteara y se fuera abriendo camino; ya lo conocía, y yo me limité a esperar. Encontró la abertura y la punta penetró. Allí dentro era estrecho y húmedo, y dejé que la polla se acomodara, sin moverse. Ella empezó a cimbrearse, y yo seguía sin mover la polla.

Entonces la dejé brincar sin mover mi cuerpo. Era uno de mis trucos.

Después retiré lentamente la polla y volví a meter sólo la punta y una diminuta parte del rabo otra vez en el coño, realizando movimientos lentos. «¡Dios», dijo, «venga!» Seguí excitándole el reborde y el interior del coño. Hemingway no sabía lo que se hacía, pensé, y Céline

no escribió nunca al respecto, y Henry Miller nunca supo follar de verdad.

Por fin le endiñé la mitad de la polla, y la noté aferrarse a mí.

Luego fui introduciéndola poco a poco, sin aumentar apenas la velocidad. Después me desentendí de la técnica y empecé a darle caña. Me detuve justo antes de correrme y dejé la polla quieta. Me permití un respiro y luego empecé de nuevo. Repetí el proceso cuatro o cinco veces, y luego perdí el control y se lo di todo. Holly se corrió primero, y al hacerlo yo la seguí. Los dos aullamos como chavalillos, y mientras me corría no podía dejar de mirar aquella mata de pelo de su cabeza, pensando: Dios, Dios, qué suerte tengo, tengo la suerte y la ruta. Ahora nadie puede vencerme.

Holly se levantó y fue al baño. Yo saqué la mano, agarré un calcetín mío de debajo de la cama y me limpié. No quería que su marido volviera a casa y se encontrase manchurrones resecos en las sábanas. Un profesional siempre tiene detalles inteligentes como ése. Ni Yeats ni Dante habrían sabido hacer nada parecido.

A su regreso, Holly se durmió de espaldas a mí. Emitía un dulce y suave ronquido, muy sexy, y la polla se me puso medio dura y se la fui metiendo por el culo. Se estaba caliente y cómodo allí dentro, y pensé: bueno, Chinaski, otra vez estás en la cama con una mujer 30

años más joven, y no sabes bailar ni jugar al billar ni a los bolos.

Todas quieren follarse a la inmortalidad, y mientras crean que eres inmortal, puedes darte el gustazo de follártelas, y cuando se den cuenta de que no lo eres, bueno, ya tendrás tus buenas reservas de culos jovencitos, y podrás volver a tu amor de cuatro dedos y un pulgar.

El problema es que me enamoro de todas las mujeres a las que les echo un polvo. Follo bien pero me dejo llevar por las emociones.

A mi modo de ver, cuando una mujer me entrega su cuerpo, tengo la sensación de que me entrega el alma; es una de las cosas que me hacen atractivo. Y entonces el acto entero tiene resonancias de muerte y asesinato y conquista. Pero sobre todo noto un subidón de cariño y amor, y no puedo superarlo.

Vibraba de la cabeza a los pies por la mujer a la que me acababa de follar. No tenía mucho mundo en ese sentido, y me salía caro, pero no podía corregirlo. La mayoría de la gente se olvida de un polvo igual

que se olvida de una merienda en el campo. No entiendo esa actitud.

Nos desveló el despertador y Holly lo apagó.

—Venga —le dije—, tómate un día de fiesta. Vamos a dormir.

Igual luego repetimos.

—No —respondió Holly—, ya no puedo tomarme más días de baja, y además los niños me necesitan.

Me tapé con la manta y me acomodé.

Cuando desperté, Holly se había ido. Me levanté y deambulé por el apartamento. Las resacas siempre me ponen cachondo. Beber me pone cachondo. No beber me pone cachondo. Pero lo que más cachondo me pone son las resacas. Encontré dos zapatos suyos en el salón, uno junto a otro al lado de una silla. Reinaban una soledad y una calidez extrañas, como tostadas con mantequilla o los gritos de gente a la que empujan por un precipicio.

Los tacones y las suelas eran de madera, y los tacones (aunque por desgracia gruesos) eran altos. Los zapatos me ponían cachondo.

A mí lo que me van son las piernas y los zapatos. Los pechos no me

dicen gran cosa, aunque los chupo porque a las mujeres les gusta.

Pero las piernas y los zapatos me ponen como una moto, y no hago nada para evitarlo.

Estaba empalmado, y agarré uno de los zapatos y empecé a meter la polla dentro. La parte inferior de la polla se deslizaba por la madera y la parte superior quedaba ceñida por el suave tejido que cubría el empeine desde la punta.

Igual, pensé, algún día me caso con un zapato.

«Henry, tomas por esposa este zapato…»

Seguí metiendo y sacando la polla y luego contuve el impulso.

Tenía que conservar el esperma. Regresé al dormitorio y miré en el armario. Encontré unas braguitas azules —sin manchas de mierda—

y empecé a frotarme la polla con ellas. Era agradable. Casi me dejé ir.

Hay quien cree, pensé, que soy el mejor poeta de América.

Imagina que esto se supiera. Estaría jodido. Volví a meter las bragas en el armario. Entonces vi un zapato. Un zapato nada más, solo, con un largo tacón de aguja. Ese zapato sí que estaba de buen ver. Lo agarré y empecé a follármelo. Incluso le metí unos viajes describiendo círculos, para hacerlo gozar. Luego, en el último momento, lo aparté y lo volví a echar en el armario.

Entonces me entraron ganas de cagar, unas ganas tremendas.

Fui y cagué. Con tanta cerveza, seguro que no me moriría de estreñimiento. No hay duda de que cuando un hombre ve su propia mierda lo primero que piensa es: tengo una posibilidad de vivir, ¡ah!

Al menos, eso es lo que pienso yo. Y luego, si tienes hemorroides, el descanso es doble. Yo tenía hemorroides. Y miré el portapapel y no había papel higiénico. Me fui corriendo a la cocina y encontré una caja de pañuelos de papel, y agarré ocho o diez pañuelos y empecé a disfrutar limpiándome el culo y lanzando gemidos. Cuando ya estaba bien limpito, y los zurullos y el papel llenaban el retrete, tiré de la cadena. Una parte se fue retrete abajo, pero entonces empezó a subir el agua y los pañuelos y los zurullos empezaron a emerger.

Llegaron hasta el borde de la taza y se quedaron allí. Aunque era consciente de que no debía hacerlo, tiré de nuevo de la cadena, y

entonces salió todo: zurullos, pañuelos, agua por todo el suelo delante del retrete. Retiré la tapa de la cisterna y empecé a manipular la bola grande, la cadena, el tapón de goma negro.

Volví a tirar de la cadena. Más de lo mismo: zurullos, pañuelos, agua, derrota. Aparté la alfombrilla del suelo y empecé a limpiar el asunto. Conseguí retirar la mayor parte. Agarré periódicos y recogí pedazos de cagarro y los llevé hasta una bolsa de papel que encontré debajo del fregadero en la cocina, y los metí en la bolsa de papel. Al volver, me di cuenta de que la alfombrilla tenía manchas de mierda. Le di la vuelta. Ofrecía mejor aspecto. Como tejido artesanal indio.

Tenía el número de teléfono de Clyde. Estaba en casa.

—Oye, Clyde, le he jodido el retrete a Holly. Hay zurullos cerveceros flotando como la derrota definitiva de todo lo habido y por haber. Ay, Dios mío, esos sicofantes parduscos.

—¿No tiene desatascador?

—Ni verde ni negro ni azul ni rojo.

—Ya envío a alguien.

Clyde no apareció. Se presentó Tommy. Tommy dijo que lo había enviado Clyde. Llevaba un desatascador. Nos sentamos y fumamos un poco más de colombiana.

—Es un honor, Tommy. Me parece que éste es el primer recital de poesía patrocinado por los traficantes de América.

—Buen rollo —dijo Tommy.

Agarré el desatascador y me puse a darle al retrete. Hizo efecto la succión. Tiré de la cadena varias veces y funcionó. Nos sentamos y hablamos un rato, luego Tommy me llevó de regreso a casa de Clyde, donde había seis o siete personas sentadas en el suelo, fumando, bebiendo y tal vez colocados de caballo.

El primer recital no fue mal porque no iba demasiado borracho, y a nadie le gusta estafar al público… por completo. Pero luego había una fiesta en la casa de otra maestra de niños retrasados. Era la gorda que había visto en el aeropuerto, pero tenía un aire muy agradable, como de jugársela. Se llamaba Kali y tenía unos muslos tremendos. Podría vérselas con tres caballos. Yo no era un caballo, pero como hay Dios que apostaba a los caballos. ¿Qué puede hacer uno con el tiempo libre, mascar viejas bombillas fundidas? Así que empecé a besarla y a meterle mano por debajo del vestido. Había 35

personas en esa casa, pero el anuncio estaba puesto: se busca al mejor poeta de América para echarle un polvazo de caballo a Kali.

Fui aceptado, y Holly estaba ahí delante cabreada, mirándome. Pero yo seguía cabreado con ella por no tener papel higiénico.

Así que se fueron, y nos quedamos Kali y yo. Me metí en la cama y la vi desnudarse.

—Qué recital tan estupendo —dijo—. Haces que la poesía suene sencilla, real, natural.

—El genio —dije— podría ser la capacidad de decir algo profundo de

manera sencilla.

—Sigue hablando —me dijo.

—El aguante tiene más importancia que la verdad —respondí.

—Pero dime qué está ocurriendo en realidad.

—Llevo una racha ganadora que te cagas, nada más. Va a acabarse, pero estoy dejándome llevar hasta donde pueda. Tengo algo de alma, pero en esencia tengo más suerte que psique.

Entonces Kali se plantó allí delante desnuda. Era abundante donde debía haber abundancia. Se metió en la cama. Empecé a agarrar por aquí y por allá. Pero era sólido. Estaba hecha como les gustan las mujeres a los noruegos; tal como les gustan a los islandeses; mujeres, mujeres, mujeres, la clase de mujeres que dieron a luz esos pocos hombres de verdad, la clase de carne, el auténtico molde, el horno, la vagina para cargar con el milagro y el culazo y el coñito prieto para causarlo y aceptarlo.

Kali no paraba de reír y decir: «No, no, no puedo hacerlo hasta que sienta la pasión, no puedo hacerlo…»

Probé la mayoría de mis trucos. Lo que más le gustaba era el besuqueo, cosa que a mí ya me iba bien. Aunque no estoy seguro de si es comer el coño o besar lo que más cachondo me pone. Pero los besos estaban bien, y luego, de súbito, tenía una de sus orejas presa entre mis dientes, y me aferré a esa oreja mientras casi le arrancaba la melena, y ella cedió.

Me monté —encima— y al principio hubo problemas. Se me deslizaba por encima o por debajo, y entonces ella alargó la mano y me mostró el camino de entrada. Estaba demasiado borracho para tenerla dura del todo, pero una vez dentro me sonrió la suerte: apareció el acero. Era un buen viaje, pero me replegué, lo dejé, y entonces ella empezó a juguetear conmigo. Tenía una manera estupenda de sobetearme las pelotas. Me pasó la lengua arriba y abajo por la parte anterior de la polla y luego se lo tragó todo —de repente— y yo se lo arranqué de la boca, la monté y me corrí en 15

embestidas, lo que no fue un alarde de amabilidad, aunque me trajo sin cuidado: los recitales me dejaban hecho polvo y Holly seguía gustándome más.

Kali no fue a trabajar, y sonó el teléfono en torno a las 8.45 de la

mañana. Kali me lo trajo.

—¿Qué? —pregunté.

—Es Zana —me dijo.

Zana era mi novia de Texas. Probablemente me quería más de lo que me había querido ninguna mujer. Era buena, en absoluto una bruja (salvo ciertos días desacostumbrados) y tenía los ojos más preciosos que he visto en ningún cráneo vivo. Era buena pero estaba condenada, sobre todo porque me conocía. Sea como sea, lo llevaba bien, y a mi modo de ver la quería. Aunque no estaba seguro.

—Eh, cariño, estoy hecho polvo, pero desde luego me alegra tener noticias tuyas.

—Voy a tomar un avión para ir a verte.

—Bien, bien —dije—, estupendo. Y he sido un niño bueno.

Zana me informó de su hora de llegada, que iba a ser en un par de días, tras el segundo recital. Todavía tenía tiempo para aumentar las reservas de esperma. Había obtenido el número de teléfono gracias a Clyde, vaya gilipollas. No me preguntó por la mujer que había contestado al teléfono. Eso sí que era estilo. Zana tenía estilo.

Además era capaz de matarme. ¿Qué más podía pedirle uno a la vida?

No recuerdo el segundo recital porque empecé a beber demasiado temprano ese día. Volví en mí a mitad del último poema, eso sí. Seguí leyendo hasta el final y les dije que se había acabado lo que se daba. Ellos no hacían más que gritar: «¡MÁS! ¡MÁS! ¡MÁS!», así que debí de engañarlos una vez más. Abandoné el escenario y regresé a casa de Clyde, y allí había otra fiesta. Fumamos colombiana y bebimos cerveza.

No paraba de entrar gente, pero nadie me molestaba. Entonces entró un tipo, y por su aspecto supe que era un mamón. Llevaba la barba perfectamente recortada y boina, una boina naranja. Su rostro poseía una vacuidad esencial e implacable. No emanaban de él sólo rayos sino oleadas de rayos: rayos fangosos, hediondos, rayos que te hacían apartar la vista.

Se sentó a mis pies y se presentó:

—Soy poeta —dijo—, igual que usted.

—Es posible que seas poeta —contesté—, pero no eres un poeta igual que yo.

—En cualquier caso, me gustaría hacerle una pregunta.

—Vale.

—Bueno, señor Chinaski, he leído sobre usted. Escribió durante mucho tiempo sin éxito. ¿Qué hizo durante ese periodo, cuando no le publicaban?

—Bebía y no molestaba a nadie.

—Bueno, yo soy impresor y también actor. Creo que estoy listo para publicar, así que voy a publicarme mi propio libro. Luego iré por ahí recitando mis poemas, y venderé los libros en los recitales. Soy actor, así que seguro que recito mis poemas de maravilla.

—Vale —dije.

—El único problema es que cuando hago recitales no viene nadie

—dijo.

—Perdona —dije. Me levanté y fui al cuarto de baño. Al salir, me senté en otra parte. La fiesta continuó durante largo rato, y poco a poco la gente fue cediendo y se marchó. Me encontré sentado con una joven, Alacia, de unos 18. Le alquilaba una habitación a Clyde, y vivía allí con otro tipo, aunque probablemente era él quien pagaba el alquiler; pero yo no sabía dónde estaba el tipo. Sea como sea, Alacia y yo estábamos allí sentados, charlando, y yo no paraba de acariciarle el empeine con uno de mis pies y al final dije: —Vamos a montárnoslo.

Ella dijo:

—No.

—Joder, vamos a hacer algo —insistí.

Alacia dijo:

—¿Como qué?

—Bueno, hazme una paja.

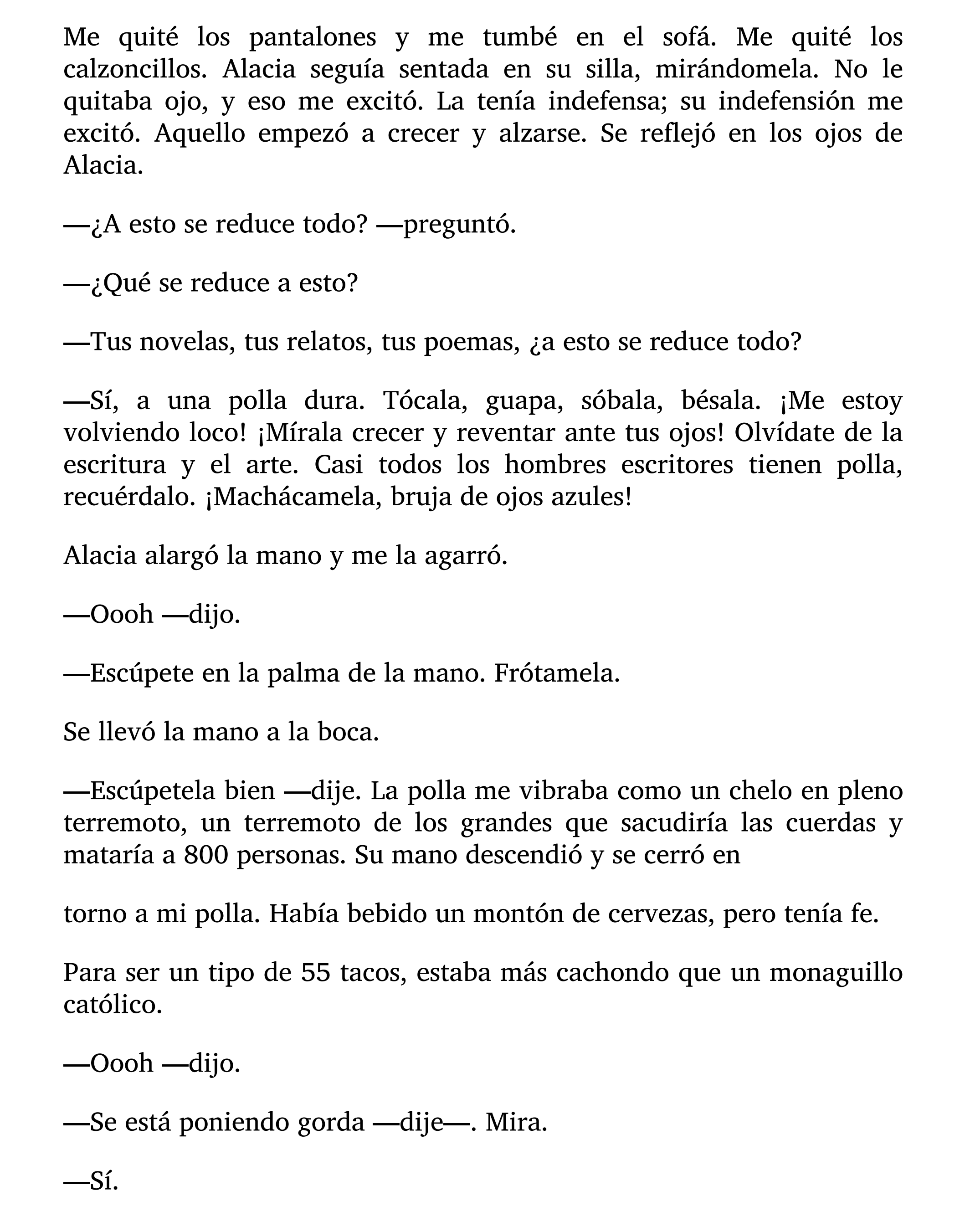
—Coño, no sé.

—No puede hacerte ningún daño, Alacia.

—No sé. Es que me parece un poco tonto.

—Igual que hablar de la poesía y la vida.

—Bueno, no sé —dijo.



Me quité los pantalones y me tumbé en el sofá. Me quité los calzoncillos. Alacia seguía sentada en su silla, mirándomela. No le quitaba ojo, y eso me excitó. La tenía indefensa; su indefensión me excitó. Aquello empezó a crecer y alzarse. Se reflejó en los ojos de Alacia.

—¿A esto se reduce todo? —preguntó.

—¿Qué se reduce a esto?

—Tus novelas, tus relatos, tus poemas, ¿a esto se reduce todo?

—Sí, a una polla dura. Tócala, guapa, sóbala, bésala. ¡Me estoy volviendo loco! ¡Mírala crecer y reventar ante tus ojos! Olvídate de la escritura y el arte. Casi todos los hombres escritores tienen polla, recuérdalo. ¡Machácamela, bruja de ojos azules!

Alacia alargó la mano y me la agarró.

—Oooh —dijo.

—Escúpete en la palma de la mano. Frótamela.

Se llevó la mano a la boca.

—Escúpetela bien —dije. La polla me vibraba como un chelo en pleno terremoto, un terremoto de los grandes que sacudiría las cuerdas y mataría a 800 personas. Su mano descendió y se cerró en

torno a mi polla. Había bebido un montón de cervezas, pero tenía fe.

Para ser un tipo de 55 tacos, estaba más cachondo que un monaguillo católico.

—Oooh —dijo.

—Se está poniendo gorda —dije—. Mira.

—Sí.

—Está amoratada. ¿Ves todas esas venas? Es de estirármela e intentar metérmela por el culo. Tengo hemorroides. Y frota más fuerte. Sube más cerca de la punta, sobre todo, y ahora dale un tirón fuerte y largo. ¿Ves cómo se despliega? ¡Joder, qué hija de puta tan fea!

Alacia dejó de hablar. Se limitó a mirar y sobar. Tenía los ojos paralizados igual que una criatura que mirase una serpiente de cascabel. Empezó a abrir los labios y le vi los dientes. Vi los dientes blancos e iguales de Alacia al retirar los labios. Le miré los labios y los ojos, y empecé a excitarme mucho. Ella le daba cada vez más fuerte y se inclinaba más. Ya notaba acercarse el clímax. Alargué las dos manos, las levanté y la agarré por detrás del cuello para hacerle agachar la cabeza sobre mi polla. Ella forcejeó, se apartó. Me cabreó, así que tiré de ella hacia arriba con una mano y le abrí la boca con la otra al tiempo que alzaba la polla hacia su boca. Fallé y me corrí en sus mejillas.

Alacia dio un brinco. Vi el esperma resbalándole por la mejilla izquierda. No mucho, pero se veía. Ella lo notó, y con el dorso de una muñeca se lo limpió. Luego se fue corriendo al baño. Busqué los pantalones, volví a ponérmelos, esperé y luego me levanté, fui a la nevera y abrí otra birra.

Pasó un rato antes de que saliera, así que me tumbé y pensé: conquista, conquista, conquista.

Alacia salió del cuarto de baño más joven y más guapa que nunca. Parecía incólume, extrañamente incólume, virginal, y sin embargo era así como debía ser porque apenas la había penetrado salvo de la peor manera posible: espiritualmente. Siempre es preferible para una mujer que se la follen sin más ni más a que jueguen con ella.

Al mirarla, casi me puse cachondo otra vez, pero sabía que había aprovechado la suerte hasta donde podía aprovecharla.

Se plantó a mi lado y me dijo desde su altura:

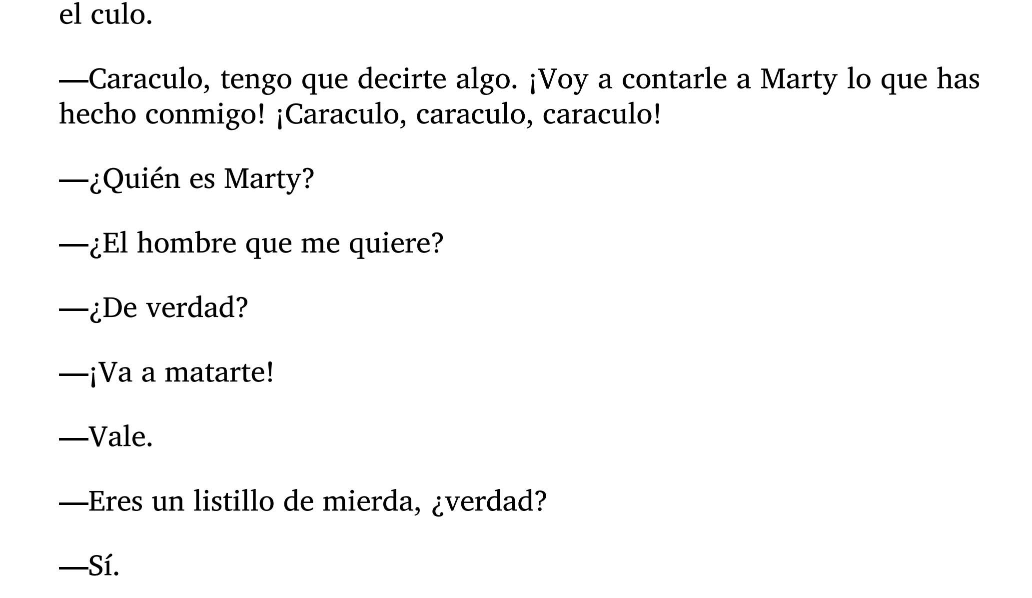
—El poeta más grande de América. ¿Quieres saber lo que eres?

¿Quieres saber lo que eres en realidad?

—¿Qué?

—¡Eres un caraculo, eres un caraculo, un CARACULO!

—Espera un momento, guapa. La comida entra por la boca y sale por



el culo.

—Caraculo, tengo que decirte algo. ¡Voy a contarle a Marty lo que has hecho conmigo! ¡Caraculo, caraculo, caraculo!

—¿Quién es Marty?

—¿El hombre que me quiere?

—¿De verdad?

—¡Va a matarte!

—Vale.

—Eres un listillo de mierda, ¿verdad?

—Sí.

Alacia se marchó de la habitación bruscamente. Estaba de costado y me tumbé de espaldas, pensando: vaya, tío, el caso es que has recuperado la mayor parte. Has follado y chupado, embestido y ensartado. Debes de ser el rey.

Entró Alacia; la oía caminar a paso lento.

—Esto es para que te acuerdes de mí.

—Gracias, guapa.

Me mojó de arriba abajo. Una palangana de agua fría. Era una palangana bien grande. Estaba fría, y había agua en abundancia.

Alacia se rió como una loca, y yo allí tendido, empapado.

—¡Zorra —le dije—, si me quedara algo de esperma, te violaría por haber hecho esto!

Siguió riéndose mientras entraba en su cuarto. Cerró la puerta, riendo todavía. De vez en cuando paraba y luego empezaba de nuevo. Me quité la ropa mojada, le di la vuelta a los cojines del sofá y no tardé en conciliar el sueño.

Me encontré con Zana en el aeropuerto al día siguiente. Tenía un aspecto bueno y saludable, el que suelen tener las texanas. Tommy

disponía del coche, así que nos llevó a casa de Holly. Holly había accedido a dejarnos a Zana y a mí la casa durante el fin de semana.

Se iba a alguna parte. Paramos a tomar una cerveza y echar un cigarro. Tommy nos dio un poco de colombiana, y también compramos papel higiénico. Tommy se fumó un pitillo con nosotros y luego se fue. Vi uno de los zapatos de Holly que había intentado follarme, y pensé: Dios, ¿cómo voy a follarme a Zana? Creo que me he quedado sin esperma, y la quiero más que a ninguna. Tiene alma y clase, y se preocupa por mí…, igual hasta me quiere. Maldita sea, ¿por qué no podía haber esperado? Bueno, quedaba algo, y era algo que no me molestaba precisamente hacer. Nos sentamos a beber y charlar.

—He sido un niño bueno —le dije.

—Me alegra oírlo que te cagas. Hay por ahí muchas tías a las que les gusta follarse a las estrellas. Piensa en lo que debe de pillar Elvis,

¿eh? Seguro que pilla cacho tan a menudo que tendrá suerte si aún se le levanta —dijo.

—¿A eso se reduce todo? —dije yo.

—¿Qué?

—Mis novelas, mis relatos, mis poemas…, ¿a eso se reduce todo: a una polla dura?

—Cariño —dijo—, no sé si me gusta más tu escritura o tu polla. Y

cuando deje de funcionar alguna de las dos, seré la primera en decírtelo.

Nos fuimos a la cama tres o cuatro horas después. Había hecho un viaje en avión de miles de kilómetros para verme. Era halagador, y aterrador. La abracé fuerte y empecé a juguetear con su pelo.

Curiosamente, se me puso dura, pero aun así me sentía sin esperma. Le di mis besos diezmados, rozándola apenas o brincando fugazmente sobre su boca para luego apartarme. Le tiré del pelo, le lamí las orejas, le mordí el cuello.

Luego pasé a los pechos, después al ombligo, luego estaba allí abajo, donde comenzaban los pelos encima del coño. Tiré de unos pelillos con los dientes. Entonces, de pronto, me puse a hocicarla, empezando por el culo y dándole un buen repaso arriba y abajo. Ella gimió, y la

hociqué de nuevo. Luego dejé suelta la lengua, pero con gran sutileza. Empecé lejos, rodeando el área entera y acercándome cada vez más. Después se la pasé arriba y abajo, muy levísimamente, y noté cómo la punta de la lengua le rozaba el clítoris. Le metí la lengua con fuerza, una vez, en el coño propiamente dicho, luego me centré en el clítoris, con suavidad y sin cejar. Imaginé que era una desconocida en el asiento trasero de mi coche que no tenía fuerzas para resistirse; quería pero no sabía cómo hacerlo. Incrementé la presión y empecé a seguir distintos ritmos contra el clítoris con la lengua: uno, dos, tres, rápido, luego paraba, luego uno, dos, tres, rápido, luego paraba. «¡SÍ, SÍ, SÍ, SÍ, SÍ!», dijo. Entonces se tiró un pedo. «Lo siento», se disculpó. Volví a la carga. Se tiró otro pedo. Luego me metí el clítoris en la boca y ella empezó a retorcerse y reaccionar. Me lo trabajé arriba y abajo, metiéndole por detrás la puntita de la lengua de vez en cuando, y casi lo dejé escapar de la boca varias veces, para luego volver a succionarlo. Ella cerró las piernas en torno a mi cabeza y empezamos a bambolearnos. Yo seguí intentando que la magia surtiera efecto, pero resultaba más difícil. Cuando por fin me soltó, me retiré un poco.

—Escucha, cielo —dije—, me parece que esta noche no puedo follar. Con tanto recital, tanto beber… Estoy agotado.

—Eh, cariño —dijo Zana—, no pasa nada. Estoy a gusto.

Nos dormimos después de eso, y cuando despertamos decidí que nos fuéramos ese mismo día, el sábado, en vez del domingo.

Tuvimos suerte con las reservas del aeropuerto, y le dejamos una nota a Holly: «Gracias por dejarnos usar la bañera, el lavabo, el somier, el triturador de basura y el orinal. Te dejamos un poquito de colombiana, una cápsula de mescalina y nuestro cariño. Zana y Chinaski.» También dejamos un par de filetes y cuatro rollos de papel higiénico.

Clyde nos llevó al aeropuerto, me dio 500$ en efectivo, sobre todo billetes de 20 y de 50, y entonces supe a qué se refería Whitman cuando dijo: «Para tener grandes poetas necesitamos un gran público.» Aunque creo que funcionaba mejor a la inversa.

Pagué un par de rondas en el bar del aeropuerto y luego montamos en el reactor. Hizo escala en Houston y descubrieron un problema con el motor. Todos los pasajeros se apiñaron en torno al empleado tras el mostrador como si fuera una suerte de Dios de la información confidencial. Era el vuelo número 72.

Zana y yo nos fuimos al bar, que estaba a una eternidad de allí.

Nos sentamos a una mesa del rincón, solos, y empezamos a darle al vodka; vodka con 7-Up para mí, vodka con tónica para ella. Recordé verme atrapado en O'Hare durante una alerta de tornado. Estuvimos todos en el aeropuerto seis horas y media. Seguro que no has visto nunca tantos borrachos, salvo alguna Nochevieja. Un pobre tipo salió de bar y empezó a mecerse adelante y atrás, tambaleante. Todo el mundo se volvió para mirarlo. Cuando cayó, se golpeó de la peor manera posible: hacia atrás, se golpeó la cabeza contra el cemento, rebotando varias veces hasta que al cabo se aposentó. Yo fui uno de los primeros en precipitarme hacia él, pero otros fueron más rápidos.

El primero en socorrerlo fue un amable anciano de larga barba blanca, manchada de alguna sustancia amarilla, que lucía una gorra de béisbol de los Chicago White Sox. Le dijo: «Eh, amigo, ¿está bien? ¡Voy a buscar ayuda!» Buscó el billetero del tipo en el bolsillo de la chaqueta, se lo metió en el bolsillo de la camisa y se largó gritando a voz en cuello: «¡Ayuda, ayuda, ahí atrás hay un herido!»

Dobló una esquina y desapareció.

Zana y yo nos quedamos allí sentados, a la espera de que reparasen el motor. Nos enfrascamos en una discusión, aunque no estoy seguro de sobre qué era. Zana tenía más claro sobre qué era, y al final yo guardé silencio. Ella siguió hablando y los dos seguimos bebiendo. No sé con seguridad cuánto tiempo pasó, pero dos personas, un hombre y una mujer, entraron en el bar, vinieron hasta nuestra mesa y dijeron: —¿Son ustedes los dos pasajeros que faltan del vuelo 72?

—Sí —dije—, somos nosotros.

—Bueno, el vuelo está preparado. ¡Hagan el favor de darse prisa!

Dejé dinero para pagar las copas y nos fuimos corriendo detrás de aquellos dos.

—Eh —dijo Zana—, no vayas tan rápido. En realidad no están preparados; sólo se comportan como si lo estuvieran.

—No, no —respondí—, ¡están preparados, están preparados!

Yo la arrastraba de la mano. «¡Aprisa! ¡Aprisa!», gritaban los dos que iban delante. Estábamos borrachos; es más difícil correr en esas condiciones. Salimos a la carrera a la rampa del aeropuerto. Nos estaban esperando todos los pasajeros. Por sus ventanillas, nos

lanzaron miradas que no eran precisamente amorosas. El piloto estaba plantado a la entrada de la cabina. «¡APRISA! ¡APRISA!», gritó, y subimos la escalerilla a la carrera para entrar en el avión.

Había dos asientos al fondo. Nos abrochamos el cinturón, retiraron la escalerilla y el avión empezó a moverse. Poco después estábamos en el aire. Nos sirvieron una copa gratis, y Zana se echó a llorar, le resbalaban por las mejillas lágrimas y más lágrimas. Y eso fue a grandes rasgos todo lo que ocurrió en el recital patrocinado por los traficantes. Zana dejó de llorar por fin, y cuando aterrizamos en el aeropuerto de su ciudad natal fuimos los últimos en bajarnos del avión. Cuando pasaba con Zana a mi lado, una de las azafatas me preguntó: «¿Ya han resuelto sus problemas?» Y yo le contesté: «En absoluto. Estamos muy lejos de resolverlos.»

Lo que no ha dejado de confirmarse una y otra vez, aunque seguimos siendo amigos.

EL ESTE DE HOLLYWOOD: EL NUEVO

PARÍS

El este de Hollywood anida entre la niebla tóxica delante de las montañas de color púrpura. Empieza en Hollywood Boulevard y se prolonga hacia el este de Western Avenue hasta Alvarado Street, lindando con Santa Mónica Boulevard por el sur. Aquí te encontrarás el más inmenso foco infeccioso de vagabundos, borrachos, drogatas y prostitutas por metro cuadrado en el sur de California.

Yo vivía allí. Me sentaba a la máquina de escribir en calzoncillos bebiendo cerveza a mediodía, miraba por la ventana y me masturbaba viendo pasar a las jovencitas. A los 50 había renunciado a una vida normal. Dejé mi empleo y decidí hacerme escritor profesional. Quería ganar dinero escribiendo porque me gustaba beber por la noche y no me gustaba levantarme por la mañana. Era capaz de escribir un buen relato guarro, una violación, un asesinato, algo que muchos querían hacer pero no tenían agallas para intentarlo, así que se lo escribía de una manera verosímil y a ellos les resbalaba la baba blancuzca pierna abajo y a mí me pagaban. Me gustan las palabras. Podía hacerlas bailar cual coristas o podía usarlas como balas de ametralladora. Así que me prostituía, mucha gente se prostituye, igual que tu madre probablemente cobró por dejar que los perros se la follaran por el culo en callejones sucios, sólo que no te lo contó.

El problema con la escritura es que la bebida se interponía. Me la

machacaba un par de veces, me metía 5 o 6 latas de birra, abría una pinta de whisky escocés y me sentaba a la máquina. Después de

escribir un par de horas me limitaba a estar sentado a la máquina y a beber. Me entraba miedo. Supón que los editores fueran tan imbéciles que no distinguiesen la escritura buena de la mala, ¿eh?

¿Qué era un editor, de todas maneras? Nada más que un tipo a cuya madre se la habían follado en algún callejón sucio, se le habían corrido simultáneamente en la boca, el culo y el coño 3 árabes guarros. Fíjate en lo que le pasó a Céline. Le robaron la bicicleta y le escupieron en los zapatos, colgaron latas llenas de meados de cabra delante de su ventana.

Bueno, uno bebe todos los días y los tarados vienen a verle, los locos. El primero fue Rolph, el alemán. Llamó a la puerta sin más.

Traía consigo a una chica negra, Bonnie. Dijo: «Eh, ¿qué estás haciendo?», y yo le dije: «Espero a que Cristo regrese convertido en un chino con pata de palo.» Entraron. Ella era buena gente, se notaba a simple vista. Pero él tenía algo muy extraño. Eché un trago de cerveza.

—Has estado dos veces en el manicomio —le dije.

Se echó a reír y se puso a dar brincos en el suelo. Luego paró.

Tomaron asiento los dos. Entonces Rolph dijo:

—Eh, tráenos unas cervezas.

Me levanté y fui hacia la cocina. Había dado tal vez 5 o 6 pasos cuando me saltó a la espalda, me agarró por el cuello con el brazo izquierdo y empezó a golpearme con el puño derecho. Estaba riéndose. Gritaba algo que yo no conseguía entender. Su puño rebotaba contra mí cada vez que me golpeaba. El ataque no tenía nada de amistoso.

—Rolph —le dije—, ¡tu madre es una zorra apestosa!

Continuó golpeándome.

—Rolph —le dije—, vale ya. Empiezo a irritarme. ¡Intento sacaros unas cervezas a ti y a tu novia y te cuelgas de mí como un puto gilipollas!

Continuó golpeándome. Eché el brazo atrás, lo cogí por la nuca, me

volví de cara al sofá y lo lancé por el aire. Bonnie se hizo a un lado y Rolph fue a parar al sofá y luego cayó al suelo. Se incorporó y me miró. Se le enturbiaron los ojos.

—Qué injusto —dijo—. Sólo bromeaba. Hemos venido de buena fe.

Miré a Bonnie.

—¿Qué haces con este soplapollas?

—Le quiero —dijo Bonnie.

—Lo que quieres es mierda entre pan y pan —respondí.

Luego miré a Rolph.

—¡Levanta, tío, voy a acabar contigo!

—Espera un momento —dijo—. Estamos al tanto de lo tuyo.

—¿Ah, sí?

—Sí. Llevo una librería en Kingsley Drive. The Marmalade Switch.

Queremos que des un recital.

—¿Cuánto?

—La mitad de la recaudación.

—La mitad de la recaudación y todo lo que pueda beber.

—De acuerdo…

Ese viernes a las 8 de la tarde. Me llegué hasta allí en coche. El local estaba abarrotado. No había dado nunca un recital pero se me conocía en la ciudad por mis relatos guarros y mis poemas, y por los rumores de que hacía salvajadas y cosas pasmosas. Algunos rumores eran ciertos; los más interesantes no. La verdad es que era un hombre sencillamente desesperado e infeliz. Estaba confuso, enfermo y solo, y aun así, al mismo tiempo, tenía la cabeza muy dura. Me asqueaban las constantes situaciones que sólo me dejaban las opciones de huir, pelear o suicidarme. Y las mujeres hermosas sólo se iban con los ricos y los famosos y pronto las mujeres hermosas ya no eran hermosas. Todo era un inmenso fiasco.

No había dónde aparcar, así que dejé el coche en el aparcamiento del supermercado de enfrente. No había necesidad de cerrar con llave el coche, un Comet de 1962. Yo era el único que podía arrancarlo.

Me apeé con el fajo de poemas en una carpeta con sujetapapeles. Entonces oí gritos:

—¡AHÍ ESTÁ ESE HIJOPUTA! ¡VAMOS A DARLE UNA PALIZA!

Alcancé a distinguir a Rolph y a un tiarrón gordo que cruzaban a la carrera la calle en penumbra hacia mí. Esos miserables lameculos siempre pensaban en mí en los términos de Ernest Hemingway: guerra. Se me echaron encima. Me cogieron e intentaron derribarme. El tipo gordo ya estaba sudando. Me metió un codazo en la tripa.

—¡TU PADRE ERA MARICÓN! —gritó.

Dejé caer los poemas. El tipo gordo llevaba gafas y no quería dejarlo ciego así que le metí uno detrás de la oreja. Parpadeó, se tiró un pedo y luego huyó. Decidí acabar con Rolph. Lo lancé encima del capó de uno de los coches en el aparcamiento y le apreté el cuello con fuerza. Los ojos se le desorbitaron a más no poder.

Incluso en la oscuridad vi cómo se le quedaba la cara pálida.

Entonces alguien me apartó, alguno de los que venían al recital.

Recogí los poemas y entré a leerlos. Había bastante gente; les gustaban los poemas guarros. Cuando acabé, dije: «Gracias. Ahora, fiesta en mi casa.»

Bueno, fiestas las había casi todas las noches. No sé cuándo escribía pero escribía mucho, y la mayor parte no estaba mal. Pues bien, una noche estaba sentado en medio de la moqueta y había gente alrededor. No sabía quiénes eran la mayoría pero estaban por todas partes: en el dormitorio, en el cagadero, en la bañera, en la cocina, vomitando, cagando, comiendo, bebiendo, hablando, peleándose, follando. Yo estaba ahí sentado y bebía. Las mujeres eran horribles, enseñaban las bragas sucias y sin lavar, tenían las tetas caídas hasta el ombligo. Los hombres no eran mejores: hienas, coyotes, chupasangres, perros de presa, aspirantes a escritores.

Perdí el conocimiento por culpa de la bebida y de lo aburridos que eran…

Luego me despertaron. Un tipo me estaba zarandeando.

—¡Hank! ¡Hank! ¡Es la poli!

Levanté la vista. Había 2 polis plantados en el umbral. También había un ciudadano allí plantado con una escopeta. Yo estaba

tumbado boca abajo en mitad de la moqueta. Levanté la cabeza.

—¿Sí, caballeros?

Había un poli bajito con bigote. Fumaba un puro. Llevaba la gorra ladeada.

—¿Eres el propietario de este antro?

—No, alquilo este antro.

Paseó la mirada por la habitación. Miró con ojos entornados las bragas manchadas y sin lavar. Luego volvió a mirarme a mí.

—¡Oye, colega, ya he estado aquí! ¡Y estoy harto de venir aquí!

¡Quiero un mínimo de silencio por aquí! ¡Y si tengo que volver por aquí esta noche voy a enchironarte!

Entonces habló el ciudadano de la escopeta. Era un tipo entrado en años con algo parecido a un tomate pequeño que le crecía en el costado izquierdo de la garganta. El tomate le rebosaba por encima del cuello de la camisa.

—¡Ese tipo —dijo, mirándome— es el que tiene la culpa de todo!

Desde que se mudó a este vecindario hace dos meses, los ciudadanos decentes de esta comunidad no han dormido ni una sola noche entera. ¡No hay más que fiestas y blasfemias, cristales rotos y música, mujeres de mala nota! ¡EXIJO QUE ME DEJEN DORMIR!

Entonces agarró la escopeta y me apuntó. Los polis se quedaron allí plantados. No me lo podía creer. Oí el chasquido cuando le quitó el seguro.

Levanté la mano derecha, adopté con ella la forma de un arma, apunté al ciudadano y dije:

—Pum.

Una puta se echó a reír. El ciudadano bajó el arma. El poli de la gorra ladeada dijo:

—¡Recuerda, una queja más y te enchirono!

—Y como oiga algo más —dijo el ciudadano del tomate en el cuello—, vengo sin llamar a nadie y soluciono esto por mi cuenta…

Se fueron e hice tentativas de mantener el ruido a raya, sin mucho convencimiento. No volvieron esa noche, ni los polis ni el ciudadano. Hubo otras fiestas después de aquélla, pero no volví a ver a ninguno. Fue como una pequeña representación única que hubieran montado en nuestro honor y después hubiesen llevado a algún otro escenario…

Mi 2.º recital fue allá en Venice, que no es el este de Hollywood pero, para el caso, como si lo fuera. Era un bar junto al océano. Me fui en coche solo, temprano, me llevé media pinta de whisky y me senté en la orilla del mar a bebérmela.

Me terminé la botella y luego fui caminando por la arena hasta el bar. Estaban esperando. Había una mesita en una tarima con un micro y 2 packs de seis birras esperándome. Me abrí paso entre la gente…

—¡Bukowski!

—¡Eh, Bukowski, colega!

Entonces un joven sudoroso con camisa azul de trabajador se me acercó a toda prisa y me estrechó la mano.

—¿Te acuerdas de mí, tío? Soy Ronnie… ¿Te acuerdas de mí, tío?

—Ronnie —le dije—, cómete un cesto de zurullos resecos.

Me subí allá y abrí una lata de cerveza. Me jalearon mientras me metía la lata entre pecho y espalda. Vaya gilipollas, los lectores de mis obras. Yo había creado para mí. Ahora era una víctima. Bajé la mirada y reparé en todas las jovencitas. Muchas me silbaban y me gritaban, me llamaban cerdo machista, pero lo que más quería la mayoría de ellas era echarme un polvo. Querían follarme; querían encontrar la semilla de mi alma marchita, como si me saliera por la punta de la polla. Lo que querían las jóvenes era arrastrarme hacia su clase de muerte, que suponía otra clase de juego: encamarme con ellas y ver quién salía más beneficiado.

… Les leí y me salí con la mía, agarré la pasta y anuncié que habría

una fiesta en la casa del poeta, cerca de allí. Me fui corriendo hasta el coche, me monté y me largué retumbando tan fuerte como puede retumbar un Comet de 1962. Borracho, con la radio encendida, pisé el acelerador hasta el suelo. Conduje de aquí para allá por las calles en penumbra de Venice y me siguieron, aquella pandilla de ratas. Entonces me metí por un sendero de entrada y subí el coche a la acera, y me dio buen rollo conducir por la acera.

Lo puse a 80 km/h y me siguieron por la calle. De pronto me pareció que había una casa en mitad del camino. Di un volantazo hacia la izquierda pero choqué con una verja y me llevé un trozo. Volví a salir a la calle, con unas cuantas estacas blancas de la verja encima del capó cual huesos muertos salidos de la nada. Luego fueron repiqueteando hasta caer. Llegué a la casa del poeta, me apeé y me siguieron hasta el interior…

En mi casa me las arreglaba para desanimar a la peña de que me visitaran muy a menudo pero siempre había gente nueva que se las arreglaba para presentarse. Robbie parecía un tipo bastante majo, con ojos amables, barba; era intenso pero sabía echarse unas risas.

Publicó una plaquette con mis poemas, No me siento bien a menos que esté haciendo el mal. Vendió algunos ejemplares y nos pagamos unas copas con el dinero. Robbie también escribía poemas, no muy buenos, y luego empezó a traer a sus amigos: todos hombres.

Bebíamos vino y cerveza y charlábamos. Pero les iba la política. No sé a ciencia cierta qué eran. Eran anarquistas o revolucionarios o algo por el estilo.

A mí no me iba la política. Les dije que no se cortaran e hicieran lo que quisiesen. Estaban organizados, no obstante, y entregados.

Tenían comida y armas y mujeres escondidas en las colinas de Oregón.

Edward, uno de los miembros, me dijo:

—Mira, o formas parte de la historia o eres un segmento inútil de la sociedad. Estás dejando que te utilicen y cuando dejas que te utilicen nos lo pones más difícil al resto de las personas que intentamos lograr un cambio para mejor.

—Lo único que quiero hacer —respondí— es mecanografiar cosas en un papel.

—Eres egoísta —dijo un joven pelirrojo—. Tienes que sumarte a la

Hermandad del Hombre.

—No me gustan las hermandades —contesté—. Me siento bien cuando estoy solo.

—Pero ahora estás bebiendo con nosotros.

—Tanto me da beber con anarquistas como con cualquier otro.

—No somos anarquistas —dijo un hermano llamado Jack—. La anarquía supone confusión política y social, y también la voluntad de destruirlo todo. Nosotros sólo queremos acabar con la maldad y la decadencia.

—A mí no me mires —le dije.

—¡VETE A TOMAR POR CULO! —me gritó el hermano Jack.

Bebimos hasta bien entrada la noche y los hermanos discutieron sus planes delante de mí. Me honraba su confianza. Y hacían bien en fiarse de mí porque, aunque no creía en ellos, no tenía sitio adonde ir en el que creyese. Eran buenos chicos y no se quedaban rezagados a la hora de beber, y habían traído su propia priva, que era más de lo que podía decirse de la mayoría de las visitas.

De pronto, a eso de las 2 de la madrugada, el hermano Jack la tomó conmigo. Estaba muy borracho para entonces, le resbalaban motas de saliva por la barbilla y se le quedaban colgando.

—Entonces, ¿no crees en nosotros? —me preguntó.

—Lo cierto es que no.

—Bueno —dijo el hermano Jack—, ¡que te den por culo! ¡QUE TE

DEN POR CULO, QUE TE DEN POR CULO, QUE TE DEN POR CULO!

Hubo un momento de silencio y luego los demás hermanos siguieron hablando. El hermano Jack no me quitaba ojo. Yo era el Enemigo. O estaba con ellos o estaba contra ellos. Súmate a nosotros o vete a cascártela en la oscura noche.

—¡QUE TE DEN POR CULO! —gritó de nuevo.

Se adelantó un poco en el sofá, se ladeó un tanto hacia la derecha y luego se desplomó en la moqueta. Había perdido el conocimiento.

—¿Dónde tienes el coche? —le pregunté a Robbie.

Me acerqué y recogí al hermano Jack. Seguí a Robbie por la puerta hacia la noche. El coche no estaba muy lejos. Robbie abrió la puerta de atrás y deposité al hermano Jack en el asiento trasero. Al caer, abrió los ojos y me miró.

—¡QUE TE DEN POR CULO! —gritó.

Volví a entrar con Robbie y los hermanos, bebimos un poco más y luego se largaron…

Dos o 3 noches después Robbie llamó a la puerta. Le dejé pasar y abrí 2 cervezas. Robbie echó un trago.

—Bueno —dijo—, los hermanos han votado acerca de matarte o no.

—¿Ah, sí?

—Sí, y has ganado por un voto. Ha sido 4 a 3 en contra de matarte.

—Estupendo. ¿Qué has votado tú?

—He votado por no matarte.

—Tómate otra birra.

—Gracias. Pero he venido a decirte que está todo preparado.

—¿Qué está preparado?

—La distribución del manifiesto.

—¿Qué manifiesto?

—Hank, te lo conté todo.

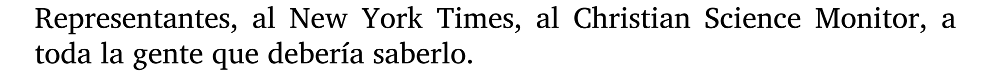
—Probablemente estaba borracho. Cuéntamelo otra vez.

—Vale —dijo Robbie—, he escrito el Ultimátum. Tengo 40

ejemplares en la furgoneta ahora mismo. Tienes que ayudarme a repartirlos. Me lo prometiste.

—¿Qué Ultimátum?

—A Richard Nixon, a la revista Time, a las cadenas de televisión, a varios gobernadores, miembros del Senado y la Cámara de


Representantes, al New York Times, al Christian Science Monitor, a toda la gente que debería saberlo.

—¿Saber qué?

—Que a menos que se ponga fin a la polución, vamos a hacer saltar por los aires las ciudades una tras otra. Vamos a hacer estallar los embalses y vamos a hacer estallar las cloacas, vamos a destruir todas las ciudades, una por una, hasta que se ponga fin a la polución ambiental.

—Oye, cuando os estéis preparando para volar por los aires el este de Hollywood, ¿podréis decírmelo con un par de días de

antelación? Lo último que me apetece es ahogarme en mierda.

—Ya te avisaremos. Estamos decididos a limpiar el aire.

—¿Y vais a llenar las calles de mierda?

—Hay que sacrificar a una minoría por el bien de la mayoría.

—¿Y yo prometí que te ayudaría a repartir esos panfletos?

—Sí, lo prometiste una noche. Y ahora los Ultimátum están metidos en sobres grandes, con el sello de envío especial, urgente.

La verdad es que les costó a los hermanos una pasta. Cada panfleto tiene 26 páginas en las que se detallan nuestras condiciones. Lo que vamos a hacer tú y yo es echar un Ultimátum a 40 buzones diseminados por toda la ciudad. Si los echamos todos a un buzón podríamos correr el peligro de ser descubiertos.

—¡Dios santo, Robbie, no puedo hacer eso! ¡No creo en vuestro programa! ¡Es una porquería, es una estupidez, ahogaríais a más gente en agua y mierda en un año de la que mataría la polución ambiental en una década!

—Me lo prometiste una noche, Hank.

—¿Qué les pasa a todos los demás hermanos?

—Te admiro, Hank. Para mí esto es importante. Quiero estar contigo cuando lo hagamos.

—Ni pensarlo, gilipollas…

El pobre pirado se quedó allí mirándose los zapatos. Yo salí y agarré un quinto de vodka y dos vasos.

—Mira —dije—, vamos a bebernos esto. Puedes dormir en el sofá esta noche y por la mañana vamos en tu furgoneta al vertedero y echamos esos Ultimátum donde les corresponde.

Llené dos vasos hasta el borde.

—Tú vienes de las fábricas y las calles —dijo—. En cuanto empecé a leerte supe que eras un hombre excepcional, que eras uno de los nuestros.

—No me des coba, gilipollas. Me gusta que la mierda esté donde debe estar. Creo que el sistema de alcantarillado es uno de los mejores inventos del hombre.

—Votamos en contra de matarte, Hank.

—No me hicisteis ningún favor. Tengo complejo suicida…

… Bueno, bebimos el quinto, nos acabamos el quinto y me levanté y dije:

—Venga, vamos.

—Entonces, ¿vas a ayudarme a hacerlo? —preguntó Robbie.

—Bueno, nos lo pasaremos bien un rato…

—¡Ya sabía que lo harías!

Salimos y nos montamos en la furgoneta. Tenía una plataforma detrás, pero los hermanos habían construido encima una especie de estructura, una especie de espiral de hojalata con otro trozo de hojalata soldado por detrás. Y tras nuestros asientos estaban amontonados los 40 Ultimátum.

Robbie iba al volante. Paramos en la primera licorería y compramos una garrafa de cinco litros de vino barato. Nos fuimos.

—¡Bueno —anunció Robbie—, ahí está nuestro primer buzón!

Estaba en la confluencia de Hollywood y Vine. Robbie aparcó delante y yo me volví en el asiento, agarré un Ultimátum, me bajé y lo eché al

buzón. Volví a montarme de un salto y nos largamos cagando leches.

Sentí algo. Me sentí como un violador pedófilo. Nos pasamos la botella.

—Una noche preciosa —dijo Robbie—. ¿Has leído la etiqueta de la dirección?

—Sí.

—¿Quién recibirá el primer Ultimátum?

—Richard Nixon.

A partir de ahí fuimos a un buzón tras otro. Robbie tenía un mapa, la distribución de los buzones estaba minuciosamente planificada. Luego fuimos a Watts, en honor a nuestros hermanos negros. Eché el Ultimátum en un buzón de Watts y volví a montarme de un brinco.

—Aquí estoy —dije—, venga a bajar y subir de esta furgoneta para echar manifiestos a buzones y ni siquiera creo en lo que dicen

los manifiestos. Estoy más zumbado que tú.

Después de enviar el último sobre, Robbie me llevó de regreso a mi casa. Entramos y nos terminamos la garrafa de vino. Le ofrecí el sofá para pasar la noche. Me dio las gracias pero dijo que tenía que irse; tenía que contarles a los hermanos la gloriosa noche de la entrega de los Ultimátum. Se fue y cerré la puerta, me senté en el sofá en la oscuridad y me bebí una lata de cerveza. Me levanté, fui al dormitorio, me quité los zapatos, me desplomé sobre la cama y dormí, completamente vestido…

Debía de ser 2 meses después, a eso de la una del mediodía, cuando Robbie llamó a la puerta. Se le veía muy triste.

—Siéntate —le dije—. Voy a traerte una birra.

—Bebe tú —dijo—. Yo no quiero nada.

Salí con la cerveza y me senté delante de él.

—No dio resultado —dijo.

—¿Qué?

—Todos aquellos Ultimátum, al presidente, a la prensa, la tele, las revistas, los gobernadores, no dio resultado. No se publicó nada, no se comentó nada, no se oyó nada.

—¿De verdad teníais la dinamita, los conocimientos para llevarlo a cabo?

—Sí, los teníamos, sabíamos qué hacer. Entonces ocurrió algo.

—¿Qué?

—Las mujeres. Allá en las colinas de Oregón donde estábamos ocultos con todas nuestras provisiones, nuestras armas, la dinamita, no fue bien. Algunos hermanos tenían mujeres consigo, y luego unos hermanos empezaron a ponerles los cuernos a los otros hermanos y a follarse a sus mujeres. Y los otros hermanos empezaron a follarse a las otras mujeres. Desapareció la confianza, todo el mundo empezó a odiarse y a pelearse con los demás. Sencillamente se vino abajo; todo el asunto se vino abajo.

—Robbie, cosas así pasan en todas partes, es lo más normal.

—Es posible, pero nos hizo trizas.

—Te hace falta echar un trago.

—No soy como tú. Beber no resuelve mi dolor.

—No, no lo resuelve, sencillamente lo manda a una estratosfera distinta.

—Voy a hacerle frente.

—Buena suerte.

Robbie se quedó allí plantado y nos dimos un apretón de manos.

Luego se fue. Yo me senté. Oí arrancar el motor. Se marchó…

Tres o cuatro semanas después volví a casa una noche y allí mismo, amontonadas en el porche y contra la puerta, estaban las provisiones de Oregón: sacos de harina y azúcar, sacos de alubias, cientos de latas de sopa; sal, café, carne de ternera deshidratada, tomates enlatados, leche y nata enlatadas, bolsas de tabaco, papel de liar. Sin nota, sólo eso, y la polución ambiental…

El siguiente bicho raro que vino era un tipo unos 10 años más joven que yo, un tal Martin Johnson, quien aseguraba que iba a ser el próximo Maxwell Perkins. Estaba casi completamente calvo y tenía mechoncillos de pelo rojo en torno a las orejas. Era pulcro a más no poder, relamido, y lucía lo que a mí me pareció una sonrisa amable y peligrosa.

—Eres uno de los mejores escritores que hay por ahí —dijo—. Me alegro de conocerte.

—Siéntate —le dije—. ¿Te apetece una cerveza?

Se sentó.

—No, gracias. No bebo mucho. Acabo de invitar a Robert Creeley a 18 cócteles.

—Podemos encontrar un bar por ahí si quieres.

No hizo caso del comentario.

—Estoy poniendo en marcha una editorial, la Red Vulture Press, y voy a empezar con una plaquette. ¿Tienes algún poema para que le eche un vistazo? —me preguntó.

—Abre esa puerta de ahí. —Señalé el armario.

Martin Johnson se levantó, se acercó y abrió la puerta. Una montaña entera de poemas osciló un instante y luego se derramó sobre la moqueta.

—¿Has escrito tú todos esos poemas? —me preguntó.

—Sí.

—¿Qué hacían en el armario?

—Bueno, cuando acabo 3 o 4 poemas, abro la puerta una rendija y los meto ahí.

—¿Por qué no los mandas a algún sitio? —me preguntó.

—Eso no da dinero. Escribo relatos guarros.

—¿Te importa si les echo un vistazo?

—Adelante.

Me fui a la cocina a por otra cerveza. Me quedé en la cocina mirando a una chavalita en las escaleras de la casa de al lado que se estaba poniendo unos patines. Estaba de cara a mí y llevaba una falda diminuta. Tenía unos 8 años. Toda una señorita. La vi levantarse e irse patinando. Luego regresé a la otra habitación.

Martin Johnson estaba sentado en el suelo leyendo mis poemas.

Después de acabar cada uno hacía un comentario:

—Éste es bueno…

—Éste es magnífico…

—Éste no es tan bueno…

—Éste es inmortal…

—Éste es bueno…

Siguió leyendo. Luego lo dejó.

—Lo cierto es que no tengo tiempo para leer todo esto, pero me gustaría volver…

—De acuerdo.

—Mientras tanto, me gustaría llevarme éste para publicarlo en forma de plaquette —dijo. Se titulaba «Un paseo vespertino por la avenida de la muerte».

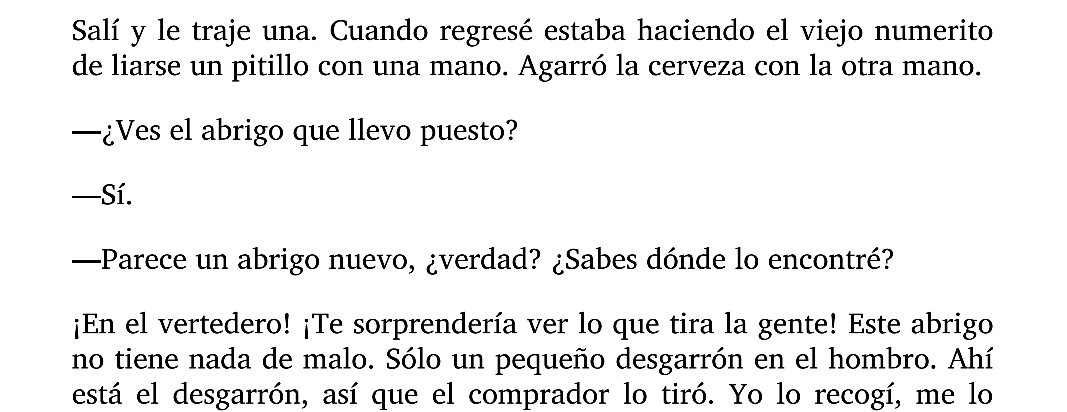
—Tú mismo —le dije.

El siguiente bicho raro que vino se presentó con el nombre de Red Hand. Tenía 22, un chaval de la calle, delgado, nervudo, hablador.

—Me he encontrado con lo que escribes, tío. Un lenguaje directo como no había visto nunca. Sencillamente tenía que venir a verte.

—Me parece bien. ¿Quieres una cerveza?

—Claro.



Salí y le traje una. Cuando regresé estaba haciendo el viejo numerito de liarse un pitillo con una mano. Agarró la cerveza con la otra mano.

—¿Ves el abrigo que llevo puesto?

—Sí.

—Parece un abrigo nuevo, ¿verdad? ¿Sabes dónde lo encontré?

¡En el vertedero! ¡Te sorprendería ver lo que tira la gente! Este abrigo no tiene nada de malo. Sólo un pequeño desgarrón en el hombro. Ahí está el desgarrón, así que el comprador lo tiró. Yo lo recogí, me lo puse. No tenía nada de malo, apenas algún que otro bicho, nada más. Hay cantidad de cosas buenas en el vertedero. La gente tira cosas perfectamente buenas. Encuentro naranjas, no tienen nada de malo…

—Siéntate y bébete la cerveza.

—Lo que escribes es directo, tío. Con tantos farsantes como hay… ¿El Bob Dylan ese? ¿Ese gemido en plan paleto que suelta? No es él, tío. Es falso. Venga, te invito a una copa en un bar.

—Vale, Red.

Salimos a la calle con las latas de cerveza. Nos llegamos a The Gored Matador a la vuelta de la esquina. Eran las dos y media de la tarde y no había mucha gente. Nos sentamos.

—Vodka con Seven-Up —le dije al camarero.

—Whisky con soda —pidió Red.

El camarero nos trajo las copas y Red las pagó. Dijo:

—El primer sitio donde leí lo que escribes fue en L.A. Free Press.

Lo único bueno que publican, esa columna…

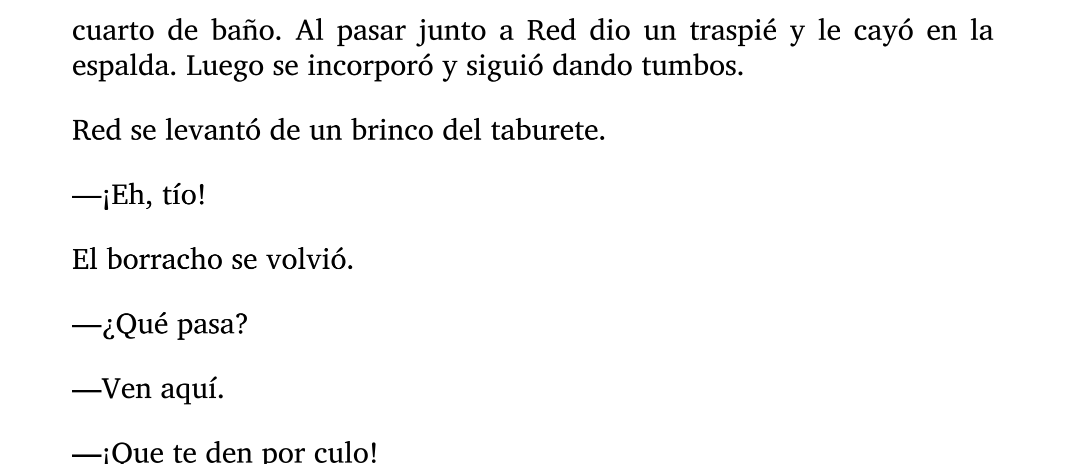
—Escritos de un viejo indecente.

—¿Son ciertas esas historias?

—En un 95 %.

—Ya me parecía a mí.

Justo entonces un borracho seboso que andaba bastante ciego salió del



cuarto de baño. Al pasar junto a Red dio un traspié y le cayó en la espalda. Luego se incorporó y siguió dando tumbos.

Red se levantó de un brinco del taburete.

—¡Eh, tío!

El borracho se volvió.

—¿Qué pasa?

—Ven aquí.

—¡Que te den por culo!

—He dicho: «¡Ven aquí!»

El borracho se acercó a Red y luego se detuvo.

—Bien —dijo Red—, quiero que te disculpes.

—¿Por qué?

—¡No preguntes por qué! ¡He dicho que te disculpes!

—No —repuso el borracho.

Red metió las manos en el bolsillo como un relámpago y sacó una navaja. Un dedo se deslizó por el filo de la navaja y la punta del dedo y la punta de la navaja estaban de pronto en el estómago del tipo.

—¡Venga —dijo Red—, discúlpate! ¡O vas a llevarte un tajo aquí delante tan grande y profundo como eso que tienes colgando ahí detrás que llaman culo!

—Lo siento —dijo el borracho. Luego volvió a su asiento. Se hizo un silencio tremendo. Luego Red y yo nos terminamos las copas y nos fuimos.

De regreso había un tiarrón con botas que iba unos 15 metros por delante de nosotros.

—¿Ves a ese gilipollas? —dijo Red—. A quién se le ocurre llevar botas así. ¡Esos taconazos de cuero hacen demasiado ruido! No puede oír nada a su espalda. ¡Podría acabar muerto en cualquier momento! ¡Fíjate!

Red echó a correr sin hacer ruido y se colocó detrás del tiarrón.

Se puso a andar justo a su espalda, haciendo gestos como si fuera a estrangularlo. Estuvo así sus buenos 20 o 30 segundos. Luego Red se detuvo y se rezagó.

—¿Ves? Lo tenía pillado. ¡Ese hijoputa no tenía la menor oportunidad!

—Tienes razón, Red.

Regresamos a mi casa y nos tomamos unas cuantas birras más.

Red me contó más historias de la carretera. Era un buen narrador.

Más adelante aprovecharía dos o tres relatos suyos.

—Bueno —dijo—, tengo que irme. ¡Vivo con una mexicana y me las está haciendo pasar canutas! Quiere que me la folle todo el rato y es un curro de mucho cuidado. Anda por ahí sentada y dice: «Ya no me follas, ¿qué eres, un puto marica?» La conocí un día atravesando el túnel de la calle Tres y parecía preciosa. Ligamos, nos fuimos a vivir juntos. Le echo un polvazo de caballo bien sudoroso de vez en cuando pero nunca tiene bastante; siempre anda quejándose. Me voy a echar a la carretera otra vez, no puedo soportarlo…

—Pásate por aquí cuando quieras, Red.

—Quiero darte esto —dijo, y sacó la navaja.

—Qué maravilla, Red. Muchas gracias.

Luego se fue, pasó por delante de mi ventana en dirección al oeste por la acera. No se oían sus pasos…

Una noche volvió Martin Johnson. Llevaba en brazos un montón de plaquettes con mi poema impreso.

—¿Puedes firmarlas en algún sitio? —me preguntó.

—En la mesa de la cocina…

Entramos.

—Está llena de latas de cerveza —dijo.

—Espera un momento. —Llevé las latas a los cubos de basura de atrás. Luego cogí un trapo húmedo e intenté limpiar las manchas de

ceniza, las manchas de cerveza, las manchas de vómito. Me llevó un rato. Resultaba casi imposible.

—¿Tienes que beber tanto? —me preguntó—. Es malo para la salud.

—Es malo para mi cabeza si no bebo. Escribo cuando estoy borracho.

Martin dejó las plaquettes encima de la mesa y empecé a firmarlas.

—Me gustaría ver algún poema tuyo más mientras te ocupas de esto —dijo.

—Adelante…

Cuando ya casi había terminado trajo otro poema y dijo que le gustaría publicarlo, y yo le dije que muy bien. Me extendió un cheque de 50$.

—Por la plaquette que acabas de firmar.

—Gracias, Martin.

—Esos tres cuadros de ahí. ¿Los pintaste tú? —me preguntó.

—Sí.

—Me gustan. ¿Puedes pintar alguno más?

—Sí.

—Me parece que sé de una galería que podría montar una exposición tuya.

—Pintar no es lo que más cachondo me pone.

—Me gustaría verte intentarlo. Toma, compra pintura y papel.

Me extendió otro cheque de 50 pavos.

—¿Seguro que no quieres echar un trago? —le pregunté.

—No, gracias…

Luego se fue con sus plaquettes…

Si alguna ventaja tiene pintar es que puedes hacerlo cuando te venga en gana. Al menos, yo puedo. Para escribir tienes que sentirte muy bien o muy mal, pero para pintar puedes sentirte bien, mal o regular. Naturalmente, para mí todo es mejor cuando estoy borracho, y eso incluye el sexo, escribir, pintar o ver una corrida de toros. Para otros es lo que es. Pero pintar, beber, follar, escribir no son uno y lo mismo pero casi. Así que pintaba y bebía, ahí estaba la acción, las bailarinas; la radio a toda caña y los puros baratos, pintura en los dedos, pintura en los puros, fumar los puros, tragarse la pintura en los puros, tan absorto en el espectáculo que me traía sin cuidado y despertaba hecho un asco por la mañana de resultas del veneno de tragar alcohol y pintura, primero vas al baño y vomitas y luego a la cocina donde lo has hecho y hay 8 o 9 cuadros en el suelo y 4 o 5 en la mesa y el fregadero. Es un circo que te cagas.

Así que pintaba. Y recuerdo mis 2 sesiones en clase de arte, la ausencia de fuego por todas partes; era como si todos ellos, maestro y alumnos, cedieran ante una ley innombrable según la cual todos debían llevarse bien y no hacer nada en absoluto. Quiero decir que eran todos muy amables con los demás, había mucho colegueo; estaba mucho más cerca de una merendola, una reunión social, que de adentrarse y arremeter contra la locura y la desesperanza.

Así que bebía y pintaba, pintaba y bebía. Pintaba directamente del tubo, el pincel era demasiado lento para la melodía. Y puesto que pintaba del tubo, extendiendo la pintura en trazos gruesos y ondulantes, los cuadros tardaban varios días en secarse. Había cuadros por todas partes: la cocina, el dormitorio, el cuarto de baño, el suelo de la sala.

Venía la gente de fiesta y yo los ahuyentaba:

—Vais a pisarme los cuadros…

Arranqué el teléfono y puse papel higiénico entre la campanilla y el percusor. Metí papel higiénico en el interruptor del timbre encima de la puerta de la cocina.

Compré cinta adhesiva y empecé a pegar los cuadros a las paredes, por todas partes, y luego me quedé sin espacio en las paredes y empecé a pegar cuadros al techo. La mayoría de los cuadros eran de animales y gente y estaban colgados alrededor y por encima de mi cabeza. Una noche de copas me fui a un bar en Sunset Boulevard y me ligué a una tía con bastante clase y la llevé a mi casa y ella dijo: —Ay, Dios mío, ¿qué es esto? Estás loco, ¿verdad?

—A veces siento que estoy loco y a veces no —le dije.

—Me largo —dijo, y se largó…

Vinieron Martin y su esposa, Clara. Los oí llamar a la puerta, los reconocí a través de la persiana de la puerta y los dejé pasar. Martin y Clara se pasearon mirando los cuadros.

—Sí que has estado ocupado —comentó Martin.

—Claro —dije.

—¿Puedo quedarme éste? —preguntó Martin, refiriéndose a uno de mis cuadros.

—Claro —dije.

—¿Puedo quedarme éste? —preguntó Clara.

—Claro.

—¿Puedo quedarme éste? —preguntó Martin.

—No, ése es para mí.

Se tomaron una cerveza cada uno conmigo.

—Sigue así —dijo Martin—, voy a montarte una exposición.

—Vale —dije.

Martin me extendió un cheque de 150$ por los cuadros y luego otro cheque de 150$ para suministros. Luego se fueron…

Al día siguiente me senté a mirar los cuadros. Empecé a cogerles manía. No eran lo bastante sutiles; la crudeza estaba bien pero cuando la crudeza se tornaba estruendosa se parecía demasiado al neón de Las Vegas. Recordé lo que dijo el profesor de pintura delante de toda la clase, con un cuadro mío en alto: —Aquí tenemos a un hombre que no le tiene miedo al color.

Pero el color por sí solo no era suficiente. Miraba los cuadros y cada vez me desagradaban más. Empecé a beber y empecé a descolgar los cuadros que no me gustaban. Fui de habitación en habitación descolgando cuadros. Poco después sólo quedaban 5 o 6

cuadros colgados. Luego descolgué ésos. No tenía nada. Fue anocheciendo. Seguí bebiendo.

Entonces se me ocurrió una idea. Empapando los cuadros en agua caliente en la bañera podía reducir el exceso de color. Llené la

bañera y agarré un cuadro grande. Metí el cuadro. Bien, daba resultado. Saqué el cuadro y lo llevé a la mesita de la cocina. Abrí unos tubos de pintura y le di un toque de color aquí y allá. Bien.

Empecé a llevar los cuadros a la bañera como en un desfile y a echarlos dentro. Los sacaba, retocaba algunos con un poco de color, dejaba los demás como estaban. Poco después todos mis cuadros se habían dado un baño. No averiguarían nunca mi técnica. Me fui a la cama sintiéndome mucho mejor…

Por la mañana me levanté y miré mi obra y sentí asco. Vomité.

Luego empecé a arrugar los cuadros y a embutirlos en los dos cubos de basura en la trasera de la casa. Poco después los cubos estaban llenos, pero arrugué el resto de los cuadros y los embutí en todos los cubos de basura vacíos que encontré por la hilera de patios.

Luego enchufé el teléfono y quité el papel higiénico del timbre y hasta volví a conectar el timbre de la puerta principal.

No sería nunca un Van Gogh, ni siquiera un Dalí. Era cuestión de volver a la máquina de escribir junto a la ventana mientras veía pasar a las chicas. Ese día me fui al hipódromo y perdí 80$. Dormí esa noche sin beber, y por lo general cualquier primera noche sin beber era una noche en vela, pero esa noche dormí a pierna suelta.

Estaba agotado de puro asco. Cuando desperté, me quedé en la cama. Me quedé acostado y miré el techo. A eso de las 3 de la tarde sonó el teléfono. Era Martin Johnson.

—Eh, tu teléfono funciona de nuevo.

—Sí.

—¿Qué tal va la pintura?

—Se ha acabado.

—¿Qué quieres decir?

—Les di a todos los cuadros un baño de agua caliente.

—¿De veras? Y, luego, ¿qué hiciste con ellos?

—Los tiré a la basura.

—¿Cómo? Estás de coña.

—No, están con las latas de cerveza y los formularios de apuestas viejos.

—¡Acabas de tirar 2.000$!

—No me gustaban los cuadros.

—La mayoría eran muy buenos. Oye, ¿cuándo pasa el basurero?

—El miércoles por la mañana, a eso de las 9. Es miércoles por la tarde.

—Oye, ¿me haces un favor? Vete a echar un vistazo en los cubos de basura. A ver si siguen llenos.

Me levanté y fui a la parte de atrás. Los cubos de basura estaban vacíos. Volví al teléfono.

—Ya ha pasado el basurero. Se lo ha llevado todo.

—Qué pena —dijo Martin—, y no puedo por menos de decirte que me cabrea que hayas hecho algo así.

—Vale, colega —dije, y colgué…

Martin lo superó y volvió a por más poemas. Red Hand volvió y me contó más historias de la carretera. Volvieron otros, hombres y mujeres, y bebimos.

Eran tiempos duros y tiempos estupendos para correr riesgos, y los que venían al patio delantero del este de Hollywood eran en su mayoría quienes tenían que venir, y yo era débil y fuerte y alcohólico, y ellos me hacían perder muchas horas pero también me traían material y luz; voces, caras; sus miedos y sus malvadas estupideces, y a veces la asombrosa inventiva. Me aportaron más de lo que podría haber llegado a hacer yo solo, aunque como mejor me sentía era a solas…

Me fui del este de Hollywood poco después. Lo que ocurrió fue simplemente que me recogieron. Uno pierde pie, los sentidos flaquean, y uno se pierde. Estaba con una atractiva mujer 20 años más joven que yo. Era una mujer a la que todos los hombres miraban cuando iba por la calle o se sentaba en un café o se la veía por alguna parte. «La Bella y la Bestia», así nos describía ella. Tenía algún que otro factor que le restaba mérito: estaba loca y tenía unos tobillos gruesos que disimulaba con botas, y era consciente en todo momento de lo que el mundo consideraba su hermosura. Yo me mantenía cerca; ella me estaba poniendo a prueba y yo la estaba poniendo a prueba. Pero ella era la cazadora en mayor medida. La preciosa niña me veía posibilidades. Estaba convencida de que yo poseía una suerte de alma y que su alma podía captar la mía, cautivarla y sacármela a golpes. Mientras tanto, mientras esperábamos a que ocurriera eso, yo podía entretenerlas a ella y a su alma.

Así que fíjate, lo que no entienden es que quienes trabajaban con el arte por lo general reservan lo mejor de sí para eso. De manera que yo no era un tipo radiante que digamos a los ojos de su madre, ni su padrastro, sus hermanas ni sus amigos. «Puede ser encantador cuando quiere», decía ella. «Lo que pasa es que por lo general no quiere.»

Tenía una casa grande y sus dos hijos dormían arriba. Me gustaban sus hijos más de lo que me gustaba ella. Había un jardín trasero lleno de tallos de bambú, miles y miles alzándose hacia el cielo, lanzas que hurgaban en la nada. «Tienes que limpiar toda esa mierda de ahí», me decía ella. Era mi jungla particular. Me sentaba allí afuera a menudo, como una especie de gilipollas. Estaba allí sentado la última vez que alcanzo a recordar a las 3 de la madrugada, desnudo y tembloroso. Estaba allí sentado bebiéndome otra lata de cerveza. Ella salió en camisón, con ese aire suyo pesado, de tobillos gruesos, vino pisando fuerte, abriéndose paso entre la broza y los arbustos, asustando a las criaturillas nocturnas.

Se plantó delante de mí, oscilante, la luz de la luna hacía que se le trasluciese el camisón, revelando aquel cuerpo que tantos hombres deseaban. Vaya muñeca de carne, vaya chica, vaya cosa.

Oí su respiración cuando dijo:

—¿Qué demonios te ocurre?

Respondí:

—No lo sé.

¡Y sigo sin saberlo!

EL JUGADOR

Eran las 4.30 de la madrugada cuando sonó el teléfono y contesté y era Stultz y dijo:

—Ha ocurrido, se han llevado mi dinero.

—¿Quién se ha llevado tu dinero?

—Ellos.

—¿Quieres decir que te han robado?

—No, he vuelto a la ruleta.

—¿Lo has perdido todo?

—Sí, quince mil…

—¡Dios santo, te dije que te quedaras en la cama!

—¡Enviaron a una mujer a mi habitación!

—¿Y qué?

—Lo planearon, eso hacen…

—¿Quién?

—La dirección.

—¿De qué hablas?

—Bueno, me la follé y luego no podía dormir, así que bajé.

—Vale, pues ahora ya puedes dormir…

—No, no puedo porque estoy sin blanca.

No respondí. Me quedé allí sentado en el borde de la cama, con las luces de neón destellando sobre la barriga fea y gorda.

—¿Tienes pasta? —me preguntó.

—Tengo guardados ocho de los grandes.

—Te vendo mi coche. Necesito acción.

—No tienes coche.

—Tengo un reloj de pulsera.

—Oye, voy a volverme a la cama; nos vemos a eso de las diez o las once.

Colgué. Me dolía la cabeza. Detestaba Las Vegas. Stultz me había convencido para ir. Sólo había reunido 200$. Jugué a la ruleta, sirviéndome de un sencillo sistema basado en el rojo y el negro. Por lo visto estaba dando resultado.

Me acomodé en la cama. Llamaron a la puerta. Estaba en calzoncillos. Fui a la puerta, la abrí, pero sin quitar la cadena.

Era una chica.

—Cariño —me dijo—, soy la que mejor la chupa de todo el Strip…

—Vete a chupársela a un puercoespín —le dije, y cerré la puerta.

—Papi —siseó desde el otro lado de la puerta—, vaya mierda estás hecho.

A eso de las 5.30 de la madrugada volvió a sonar el teléfono. Era Stultz.

—¡Eh, se ha pasado por aquí una chica y me la ha chupado! ¡Ha sido maravilloso! Mejor incluso que una mamada que me hicieron una vez en Tánger.

—¿Cómo le has pagado?

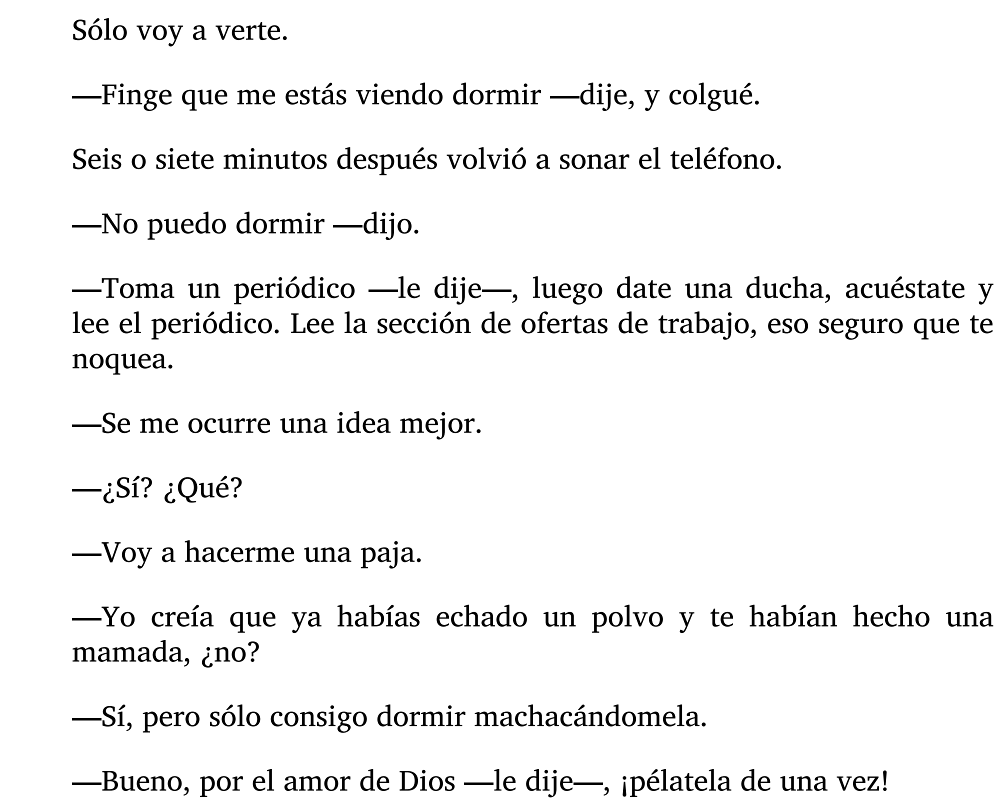
—Le he dado un cheque.

—Vete a dormir.

—El sistema ese del negro y el rojo no va a dar resultado. Cada vez que gira la ruleta hay un cincuenta por ciento de posibilidades, menos la parte que se lleva la banca.

—Mi sistema se basa en las fluctuaciones.

—Vale, vamos a bajar ahora mismo. Ni siquiera voy a apostar.



Sólo voy a verte.

—Finge que me estás viendo dormir —dije, y colgué.

Seis o siete minutos después volvió a sonar el teléfono.

—No puedo dormir —dijo.

—Toma un periódico —le dije—, luego date una ducha, acuéstate y lee el periódico. Lee la sección de ofertas de trabajo, eso seguro que te noquea.

—Se me ocurre una idea mejor.

—¿Sí? ¿Qué?

—Voy a hacerme una paja.

—Yo creía que ya habías echado un polvo y te habían hecho una mamada, ¿no?

—Sí, pero sólo consigo dormir machacándomela.

—Bueno, por el amor de Dios —le dije—, ¡pélatela de una vez!

Eran en torno a las 9.30 cuando aporrearon mi puerta. Pensé que podía haber un incendio. Fui corriendo a la puerta y abrí. Se me olvidó que estaba desnudo.

—¡Bueno, bueno —dijo el tiarrón—, pero si es Conan el Bárbaro!

Había otro tiarrón a su lado. Al ver a esos tipos me vino a la cabeza que les gustaba ser grandullones.

No, iba más allá de gustarles, se regodeaban en ello.

—Sea lo que sea lo que tenéis —les dije—, no lo quiero.

Empecé a cerrar la puerta pero uno de los tiarrones le metió un viaje a la puerta, que me dio en toda la cara y me mandó al otro extremo de la habitación. Me levanté sangrando por la nariz. Me imaginé que me iban a robar ocho de los grandes y que era demasiada pasta para dejar que me la birlaran sin plantar cara. Así que di unos pasos, me senté en el borde de la cama, me limpié la nariz con la sábana, metí la mano en el zapato, agarré la navaja, la abrí y me levanté.

—Tranqui, Conan —dijo el más grande de los dos tipos—, somos de la

seguridad del hotel.

—¿Ah, sí? —pregunté—. Bueno, pues a mí no me hacéis sentirme muy seguro.

El tipo más grande me enseñó su identificación y el segundo tipo más grande lo imitó, los dos sonrientes porque eran tan grandullones.

—Puedes hacer que te impriman algo así en cualquier parte —

señalé—. ¿Cómo sé que no vais por ahí robando habitaciones?

—No robamos habitaciones —dijo el más grande—. ¡Pero queremos que te largues de aquí!

—¿Por qué? ¿Porque voy ganando?

—No, porque tú y Stultz sois colegas.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que hace cosa de una hora lo hemos pillado intentando robar fichas.

—¿Y eso me implica a mí?

—Por persona interpuesta.

—¿Dónde está? ¿En la cárcel?

—Ah, no —dijo el tipo más grande—, meterlo en la cárcel sería un despilfarro.

—Ah, no —dijo el segundo tipo más grande.

—¿Qué habéis hecho?

—Hemos tenido unas palabras con él.

—¿Ah?

—Sí. ¡Y queremos que te largues del hotel de aquí a treinta minutos o vamos a tener unas palabras contigo!

—Entiendo.

—Más te vale.

Se dieron media vuelta y se largaron.

Hice el equipaje y bajé a mi coche. Eché la bolsa en el maletero, abrí la puerta y allí estaba Stultz, leyendo los resultados de las carreras de caballos en el periódico. Me senté a su lado.

—¿Cómo has entrado? —le pregunté.

—Supongo que estabas borracho. Olvidaste cerrar la puerta del acompañante.

—Tienes un aspecto horrible.

—Me siento peor que horrible.

A Stultz le costaba trabajo hablar con los labios hinchados. Tenía un ojo morado.

—¿Algún hueso roto?

—Me parece que no. Pero han dicho que si vuelven a verme, me romperán las dos piernas. Y todo por tres fichas azules.

—¿Por qué lo has hecho?

—Necesitaba acción y no conseguía sacarte de la cama.

—Bueno —le dije—, pues ya has tenido acción.

Arranqué el coche y lo puse rumbo a L.A.

Era un buen trecho y empezó a hacer calor, Stultz seguía leyendo el periódico, pero sólo los resultados de las carreras y los participantes de la jornada. Lo cierto es que no había gran cosa que leer.

—Ahora mismo están corriendo los trotones —comentó.

No respondí.

—En las últimas carreras acerté a ganador y segundo clasificado

—dijo Stultz.

Quería que cambiara de tema.

—Oye, Stultz, ¿alguna vez piensas en mujeres?

—¿Mujeres? ¿Para qué me hace falta una mujer?

—Para no pensar todo el rato en las apuestas.

—Me gusta apostar. Me trae sin cuidado ganar o perder, sencillamente me gusta apostar.

—Pero es también muy pesado y resulta bastante aburrido.

—¿Qué otra cosa se puede hacer? Todo es aburrido.

—¿Qué me dices de las grandes obras de arte?

—Ah, eso no son más que chorradas.

—Creo que tienes razón.

—A veces acierto —dijo Stultz.

—¿Con qué frecuencia?

—En torno al cuarenta y dos por ciento cuando hay un cincuenta por ciento de posibilidades.

—Eres un perdedor por el ocho por ciento.

—Cuando pierdo noto el dolor. Cuando gano no sirvo para nada.

Seguí conduciendo. Stultz dijo que no le hacían falta mujeres pero siempre parecía tener alguna cerca. Y todas se parecían un poquito entre sí. Todas chavalitas guapas y radiantes. Aunque no tardaban en desaparecer. Les sacaba dinero prestado que no podía devolverles.

—Ganaste ocho de los grandes, ¿eh? —me preguntó.

—Más o menos. Lo tengo en la bolsa, en el maletero.

—Préstame quinientos.

—Vete a tomar por culo.

—Has perdido la humanidad.

—No me ha quedado otro remedio.

Lo que quiero decir es que era un trecho largo… Casi me duermo al volante en un par de ocasiones. Después de estar a punto de salirme de la carretera una vez, levanté la cabeza del volante y le pregunté a

Stultz: —Oye, tío, ¿te parece que puedes sujetar esto un rato?

—Puedo intentarlo, colega del alma.

Paramos, cambiamos de asiento y nos pusimos en marcha otra vez con Stultz al volante.

—Ay, joder —dijo—, ay, joder.

—¿Qué ocurre?

—¡Creo que tengo jodidas las costillas! ¡No puedo conducir!

El coche empezó a salirse de la carretera. Agarré el volante y lo enderecé. Alargué la pierna y pisé el freno. El coche corcoveó y se caló en la carretera.

Stultz se quedó allí sentado, sujetándose los costados.

—No puedo conducir, tío.

—No pasa nada, Stultz, creo que puedo hacerlo yo. Vamos a cambiar de asiento otra vez.

—Te lo agradezco, colega —dijo—, y alguna vez lo comprobarás.

Me apeé para rodear el coche hasta el otro lado y agarrar el volante, y mientras lo hacía, se largó. En línea recta.

Me quedé plantado en la carretera, en mitad del desierto, y vi desvanecerse a Stultz con mi coche, además de ocho de los grandes

en la bolsa dentro del maletero.

No tenía idea de si había alguna ciudad en ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

Sencillamente eché a andar. Entonces oí acercarse un coche. Me quedé en la carretera e intenté hacerle señas para que aminorase.

Pasó por mi lado como si nada. Lo único que vi fue a un tipo gordo fumando un puro.

Seguí caminando un rato.

Al acercarse el siguiente coche, me volví y saqué el pulgar. Con el mismo resultado. Sólo que esta vez era un enano comiéndose un

helado.

Seguí adelante pensando: igual me muero en medio de este desierto.

No me importaba especialmente: morir no importaba gran cosa.

Lo que me preocupaba era llegar hasta allí.

Mientras andaba iba pensando en las cosas que echaría de menos, y eran muy raras. Como cagar en un baño fresco a las 10 de la mañana, o abrir una lata de comida para mi gato o ver un buen combate de boxeo en la tele bebiendo cerveza. O avanzar con destreza por entre el tráfico en la autopista, calculando velocidades y distancias, zigzagueando entre conductores al tiempo que miraba de reojo el retrovisor por si aparecía la poli. O comprar una caja de buen vino y llevarla hasta el coche, recordando siempre los tiempos en que no había nada que beber, ni que comer, si a eso vamos.

Se detuvo un coche. No me lo podía creer.

Era una chavalita preciosa con un sombrero verde echado sobre los ojos azules, sonriente…

—¿Estás haciendo prospecciones en el desierto, veterano?

—Lo cierto es que no. Más bien estoy deshidratándome mientras avanzo hacia L.A. centímetro a centímetro.

—Sube, papi, tu problema está resuelto. Voy directa a L.A.

Me monté y el coche arrancó suavemente. Se estaba fresco allí dentro, el aire condicionado funcionaba bien y la chica llevaba un vestidito verde que dejaba ver bastante pierna.

—No me lo puedo creer —le dije a la chica—. La vida no es tan chunga, después de todo…

Entonces lo oí a mi espalda. Desde el asiento de atrás:

—¡La vida sigue siendo chunga, cabronazo!

Hice ademán de volverme.

—¡No te vuelvas! ¡No me mires! ¡Si me miras, estás muerto, cabronazo!

Seguí mirando hacia delante.

—Vale —dije—, ¿y ahora qué, cabronazo?

—¡A mí no me llames cabronazo! ¡Soy yo el que va de mano!

—Paso —le dije.

La chavalita mona seguía conduciendo.

Entonces lo oí:

—¡Vale, ahora mete la mano bien despacito en el bolsillo de atrás, sin movimientos rápidos, y saca el billetero, mantenlo en alto y a partir de ahí ya me ocupo yo!

Hice lo que me decía. Mantuve el billetero en alto y él me lo arrebató, y de paso casi me rompe la muñeca. Bajé la mano.

—Mira —dije—, acaban de robarme el coche y me han pulido ocho de los grandes…

—¡Me trae sin cuidado esa mierda!

Estaba ahí detrás, hurgando en el billetero, sacando los billetes y las tarjetas de crédito. Ahora ése sabía mi dirección. Si alguna vez llegaba a casa, no quedaría nada salvo un rollo de papel higiénico.

Entonces le oí reír.

—Según este carné de conducir, tienes sesenta y tres años. ¡Tío, aparentas setenta y tres!

—He envejecido aprisa por culpa de la gente con la que me topo una y otra vez. Y además me han dicho que he perdido la humanidad.

—¿La humanidad? ¿Qué carajo es eso?

—Nada.

La monada me miró de reojo.

—Supongo que pensabas que ibas a echarme un polvo, ¿eh? —

preguntó, sarcástica.

—¿Echarte un polvo? No, pensaba rociarte el coño entero con cola superadhesiva.

—¡Eh, tío! ¡A ver qué dices! —gritó el tipo.

La chavalita mona aplastó un cigarrillo que estaba fumando en el cenicero del coche con gesto cruel.

—¿Por qué no nos cargamos a este puto viejo, Hayward?

—¡No digas mi nombre, so puta! ¡No digas cómo me llamo!

¡Maldita puta idiota!

Dije:

—¡No he oído tu nombre! ¡De verdad, Hayward!

Seguimos adelante mientras las maldiciones de Hayward sacudían el coche. Luego se tranquilizó.

Entonces dijo:

—¡Vale, imbécil!

Y me llegó el billetero por los aires. Fue a caer al suelo del coche.

Lo recogí, lo miré. Nada. Sólo el cuero.

La vida empezaba una y otra vez. A veces.

—¡Vale, zorra —dijo Hayward—, para el coche!

Detuvo el coche. Nos quedamos allí sentados.

—Venga, zorra, baja y haz eso que haces.

Abrió la puerta y se apeó. Cuando se bajaba, alargué la mano izquierda en busca de las llaves.

Noté el arma en la nuca y me detuve.

—¡No pienses más de la cuenta —me advirtió Hayward—, porque no sabes, o si no, no tendrías el culo donde lo tienes ahora!

Entonces ella volvió a montarse.

—¡Vale —dijo Hayward—, pon en marcha este trasto!

Arrancó y poco después íbamos a buena velocidad.

—Vale, imbécil —dijo Hayward—, ¡fuera!

—Me parece que prefiero quedarme…

—¡Ya te he dicho que pensar no es lo tuyo! ¡Ahora, venga, viejo, voy a contar hasta cinco!

Noté el arma en la nuca.

—¡Si no has saltado para cuando cuente cinco, no vas a tener de qué preocuparte en este mundo!

Empezó a contar.

—¡Uno!

»¡Dos!

»¡Tres!

Cuando llegó a «cuatro», abrí la puerta de una patada y me asomé y justo cuando caía lancé una patada y le di en toda la cabeza con el pie. Luego me vi proyectado al espacio y comencé a rodar. Oí derrapar el coche cuando ella pisó el freno. Luego dejé de rodar y me encontré boca abajo con la boca llena de arena.

Levanté la vista y el coche se me acercaba lentamente. Hayward había sacado la cabeza por la ventanilla y vi el arma.

—¡Cabronazo!

Me llovieron los disparos. Saltaron géiseres de arena en torno a mí cual nubecillas atómicas. Luego el coche dio media vuelta. Pasó por mi lado otra vez a toda velocidad. Hice el esfuerzo de abrir los ojos en medio del remolino de arena de Nevada, decidido a ver la matrícula.

La matrícula estaba tapada por unas bragas rojas.

Las balas de Hayward no me habían alcanzado. Me levanté, me sacudí la ropa sin mucho ahínco y eché a andar de nuevo hacia L.A.

EL DONJUÁN DEL ESTE DE

HOLLYWOOD

Eso era. Tod Hudson pillaba cacho constantemente, casi con tediosa regularidad. Creo que lo conocí en una fiesta en mi patio allá en DeLongpre. «Fiesta» no es la palabra. Sencillamente dejaba la puerta abierta en mi casa. La gente entraba todas las noches y se sentaba por ahí a beber. No conocía a la mayoría. Mi razón para todo aquello, me decía, era que estaba recabando material. Era una chorrada, claro, sencillamente quería una excusa para emborracharme lo más a menudo posible.

Tod entró una noche y se sentó con su amiga. Me di cuenta porque eran distintos. Iban vestidos con ropa limpia que les sentaba bien y Tod tenía su propia botella, una pinta de Old Grand-Dad. Su chica llevaba zapatos de tacón alto y medias. Una rubia esbelta. La mayoría de las mujeres iban con pantalones holgados y manchados, varias tallas más grandes. Tenían la cara redonda y enloquecida y el pelo cortado casi al rape. La mayoría aseguraba pertenecer al movimiento de liberación de la mujer. Culpaban al hombre de su fracaso. Estaban deprimidas, furiosas, y resultaban aburridas. Cada cual llevaba consigo un hombre sin cojones y cada uno de esos hombres aseguraba ser poeta, revolucionario de alguna clase, o pintor o compositor o cantante o algo en ese desorden de cosas.

Todos tenían más o menos el mismo aspecto: delgado, con perilla enfermiza y larga melena estropajosa, parecían todo codos y frente lustrosa y sudorosa, y sonreían mucho y meaban constantemente y escuchaban a sus señoras.

Me acerqué a Tod.

—¿Qué eres, la puta pasma?

—Ah, no —dijo—, ¿te apetece una copa?

Me eché al coleto el combinado de oporto y cerveza y dejé el vaso. Llevaba una década sin probar el Grand-Dad. Tod me llenó el vaso.

—Ésta es Rissy —asintió hacia su chica.

—Hola —dijo ella cruzando las piernas con un destello de magia.

—¡Cuidado! —grité.

Noté que se avecinaba algo. Uno desarrolla esa percepción cuando es un tirado que siempre anda con otros tirados. Es como disponer de un retrovisor con el tráfico chungo.

Estaba en lo cierto. Era un gusano. Había tropezado hacia atrás, tontamente, sin el menor garbo, sacudiendo sus brazos ignorantes, una masa de cero oscuro y penoso. Lo bloqueé con un hombro para proteger las copas y se desplomó sobre la mesita de centro hecho una masa mierdosa de ebriedad barata.

Lo conocía. Dirigía un taller de poesía y vivía con su madre.

Me acerqué, lo agarré por la culera de los pantalones y el cuello de la camisa, lo saqué al porche y lo lancé hacia la noche. Por lo general me deshacía así de un par de tipos cada noche. No se iban nunca cuando se lo pedías con amabilidad. Para ellos el significado de «amabilidad» era que no daba resultado.

Me senté a beber con Tod y Rissy. De tanto en tanto me levantaba y sacaba a alguien a empujones por la puerta. Dio resultado. Poco después sólo estábamos los tres. Al menos Tod no estaba en el mundo del Arte. Mucha gente que fracasa en todo lo demás recurre a las Artes y luego siguen fracasando en ese terreno también. Pues bien, Tod no andaba en ese mundillo. Un punto para Tod. Dos puntos para Tod: estaba Rissy. Un punto en su contra: era un capullo insulso. Si llevaba algún buen rollo, lo tenía plegado debajo del carné de conducir en el billetero. Ahora bien, Rissy, bueno, no había estado tan cerca de una mujer-mujer, bueno, desde hacía una década. Igual que con el Grand-Dad.

Bebimos y charlamos. La conversación no era especialmente brillante. A veces incluso adquiría tintes artísticos.

—¿Conoces a Henry Miller? —me preguntó Tod.

—¿Quién es ése? —repuse.

Nos terminamos el Grand-Dad y pasamos a mi vino barato y los dos empezaron a ponerse un poco chungos.

—Tenemos que irnos —dijo Tod.

Me dio una tarjeta de visita. Llevaba una librería porno.

—Pásate algún día —me dijo.

—Ni de coña —respondí—. Nobles ideales.

—Te sobornaré.

—¿Cómo?

—Te dejaré aquí a mi esposa mañana por la noche.

—¿Rissy?

—No, Rissy no es mi esposa.

—Quiero ir al cuarto de baño —dijo Rissy.

—Vale —dije.

Rissy se fue.

—Tu mujer —pregunté—, ¿se parece aunque sea remotamente a Rissy?

—Lo cierto es que está mucho más buena.

—Entonces, ¿cuál es el inconveniente?

—Está loca. No hace más que entrar y salir del manicomio. Se interna ella misma.

—No estoy tan muerto de hambre. Ya he vivido con muchas piradas.

—Es preciosa. Ojos salvajes. Larga melena. Cuerpo perfecto.

—Como decía…

—Ni te enterarás de que está loca. La suya es una locura inteligente cuando le hace falta. Puede disimularlo a la perfección.

Lo tomarás por alma. Sólo cuando llegas a conocerla bien te echa encima toda su mierda.

—Vale, tráela.

—¿Y vendrás a la librería?

—Sí…

Rissy estaba de vuelta.

—¡Dios mío, ese cuarto de baño es horrendo! ¡Está recubierto de toda clase de restos letales!

—Lo siento —dije—, la criada se ha largado con el basurero.

Después de eso se fueron y yo me tomé la penúltima, cerveza con vino blanco, mientras sopesaba mi futuro…

En realidad, no esperaba que surgiera nada. La humanidad tiene múltiples debilidades, pero dos de las más importantes son: la incapacidad de llegar a tiempo y la ineptitud a la hora de cumplir promesas. También hay una lamentable ausencia de lealtad, pero lo que ahí nos concernía era la Promesa. La Promesa que había hecho Tod de Entregar la Carne.

Sea como sea, esa noche adopté una política de puertas cerradas. Conforme iban llegando los borrachos y las sabandijas, los embusteros y los tiburones, los deformes y los desalmados, los enviaba a cada cual por su camino. Algunos necesitaban un tratamiento especializado, que yo les dispensaba con placer. Otros, que ya se habían aprendido la lección en otras ocasiones, se iban en silencio, en busca de refugios más nuevos, si bien menores.

Tod llegó a la hora en punto. En mitad de la hora en punto. Vi sus faros descender y luego resurgir al adentrarse en el césped enfrente de mi patio y apagar el motor. Salió por su puerta y del automóvil se apeó deslizante la Carne, tacón alto, tobillo, atisbo de rodilla y eterno muslo enloquecedor, se irguió a la luz de la luna y agitó una larga y gloriosa mata de pelo. Era esbelta de cintura, bien proporcionada, alta…; vino a largas zancadas hacia mi puerta… junto con el tal Tod…

Se oyó un diminuto repiqueteo…, el de ella… Abrí… Tod desapareció en la noche. Lo único que oí fue…

—Soy… Ingrid…

Joder.

Entró. De un dorado lustroso. Destello de mirada en un cuadro furioso. Siglos de hombres matando y muriendo por algo así. Bueno,

ya sabes, estaba abrumado. Intenté hacerle frente con realidades poco halagüeñas: ristras de intestinos, excrementos, la tonalidad de espejismos de niños sin brazos, tapas de cubo de basura rotas en las calles de ninguna parte. Destelló así. Luego se quebró. Ella seguía allí, más que nunca.

—Lo siento —dije—, no es un lugar agradable.

Ingrid rió.

—Me gusta.

—Siéntate. Voy a por algo de beber.

Me fui a la cocina. Hasta lavé un par de vasos, con cuidado.

Tenía un poco de vodka. Lo traje todo y lo dejé en la mesita de centro.

Llevaba bebiendo desde mediodía, aunque sobre todo cerveza.

Abrí la botella y serví un par de copas.

—¿Has comido? —le pregunté.

—No…

—Vamos a bebernos esto… Sé de un sitio…

La llevé hasta Sunset, a Antonio’s. Le dije al aparcacoches:

—Ten cuidado. No estropees las marchas.

—Ah, nada de eso, señor —respondió, mirando de reojo mi coche con doce años a cuestas—. Sería incapaz de estropearle nada a este coche…

Bueno, pensé, te has quedado sin propina, mamón…

Dentro nos sentaron a una mesa. Ella pidió un bistec. Yo pedí un bistec. Con las copas, empezó a hablar. Hablaba en voz queda y yo no alcanzaba a seguirla del todo, ni tampoco me importaba. Tenía un aspecto estupendo, no obstante. Parecía asida al borde de algún pánico. Yo también andaba jodido. No podía curarla. No podía curarme.

Entonces entendí algo:

—… y mientras estaba embarazada Tod trajo a vivir a otra mujer y vivíamos todos juntos…

—Oye —dije—, lamento tus problemas. Pero me gustaría saber una cosa. ¿Cómo se hace Tod con tantas mujeres preciosas? ¿Qué tiene?

—No tiene nada.

—Eso no acaba de convencerme. Entonces, ¿cómo lo hace?

—Sencillamente lo hace. No tiene dudas, eso es todo. La mayoría de los hombres se ven lastrados por lo que creen que no pueden conseguir.

Pedí un par de copas más. Ella levantó la copa y me miró mientras tomaba un buen trago. Tenía los ojos azules y el azul se extendía hasta el fondo y hacia el interior. Estaba hipnotizado.

Sencillamente me desprendí de mí mismo y me sumergí en ese azul.

—Tengo la niña; es una monada —dijo Ingrid—. Mi divorcio será definitivo a final de mes. Quiero que te cases conmigo.

—Me halaga, ya sabes. Pero sólo hace media hora que te conozco.

—Yo te conozco desde hace muchas vidas. Una vez fui cisne y tú eras águila y copulamos, venga a chapotear y revolvernos.

Llegaron los bistecs y nos los dejaron delante. Pedí dos copas más. No tenía hambre. Supongo que Ingrid tampoco. Agarró el plato y lo lanzó al aire.

—¡No quiero comerme este puto bistec! ¡Han matado algún pobre POOOBRE ANIMAL para hacerlo! ¡QUÉ ASCO!

—Lo mismo digo, guapa…

Vino el camarero y se quedó mirándonos. Le lancé un guiño y le indiqué con la mano que se alejara. Cuando llegó el ayudante de camarero a limpiar el desastre le di con disimulo uno de cinco. Me llevé mi bistec a otra mesa y volví a sentarme. Hice un gesto con la cabeza al camarero para que me llenase la copa. Iba a hacerme falta toda la pasta que me quedaba y ya llevaba tres días de retraso con el alquiler.

Más valía que fuera un buen polvo porque ya empezaba a notarme bastante jodido…

De regreso en mi casa empezamos a darle al vodka e Ingrid parecía razonablemente tranquila. Confiaba en que todo fuera bien porque el

casero me había advertido que si volvía a venir la policía me iba a poner de patitas en la calle.

A mitad de la copa, Ingrid dijo:

—Vamos a hacerlo. ¿Dónde está el dormitorio?

—Bueno —dije—, claro…

La cama se inclinaba hacia la izquierda. A veces había que agarrarse para no caer rodando.

Ingrid se quitó de un meneo el vestido y lo demás y allí estábamos… Querido lector, ¿para qué hacerte perder el tiempo? No pude hacerlo…

—Estoy muy borracho —le dije.

Volvimos a la sala y bebimos más vodka. Entonces me encabroné.

—¡Vuelve a ponerte el vestido y los tacones! —le ordené.

Ella salió y se los puso. Volvió a entrar con zancada decidida.

—¡Ahora siéntate! —le ordené.

Eso hizo Ingrid.

—¡Ahora cruza las piernas y levántate la falda hasta el culo!

Eso hizo Ingrid.

—¡SO PUTA! —grité.

—Sí —dijo—. Supongo que lo soy.

—¡NO! ¡NO! ¡NO!

—¿Qué?

—No reconozcas que eres una puta. Eso lo estropea. ¡Niega que seas una puta!

—Vale. No soy ninguna puta.

—¡Sí que eres una puta!

—¡No, no soy ninguna puta!

—¡So puta, so puta, so PUTA!

Me incorporé y la hice levantarse del sofá tirándole del pelo. Le di una bofetada. Volví a abofetearla.

—¡CHÚPAME LA POLLA, SO PUTA!

Tenía la polla fuera y ella se inclinó y se la metió en la boca. Se le daba bien. La locura le llevaba a menear la lengua como la cola en abanico de una serpiente ardiendo en el fuego. Yo se la bombeé entre las mandíbulas como un cerdo macho.

No volví a verla.

Pero cumplí la promesa que le había hecho a Tod. Ubiqué la librería porno. No estaba lejos de donde vivía. Entré. Había un homosexual sentado en una cabina elevada a la entrada. Tenía un aire muy cruel y superior. Los homosexuales me traen sin cuidado siempre que no intenten ligar conmigo. Como la criatura tan fea que soy, rara vez tengo que afrontar semejante problema.

Ése sólo dijo:

—Un dólar por la ficha, caballero. Así puede quedarse hasta la hora de cerrar.

—Mira, sólo vengo a saldar una deuda. Le dije a Tod que vendría por aquí.

—Tod está ocupado en estos momentos, caballero.

Tod estaba ocupado, desde luego. Tenía agarrada por el pelo a una criatura de aspecto desarrapado vestida con harapos y la estaba llevando hacia la salida con fuerza y saña.

—¡TARADO GILIPOLLAS! —le gritó Tod—. ¡NO VUELVAS POR

AQUÍ! ¡DE HECHO, SI VUELVO A VERTE POR EL BARRIO, TE

REVIENTO A TIROS!

Tod le dio una patada en el culo al desdichado individuo, fuerte, muy fuerte, y luego se acercó al púlpito donde montaba guardia el homosexual y agarró un 45.

—¡TE VUELO LA PUTA BOCA!

El tipo salió disparado por la puerta. Nunca más volví a verlo.

Tod volvió a dejar en su sitio el 45.

Luego me llevó a la parte de atrás de la librería. Me enseñó los proyectores.

—¡Esos tipos ven esta mierda y se HACEN PAJAS justo delante del visor! A veces yo estoy ocupado en la parte delantera. ¡Y vuelvo aquí y APESTA a SEMEN! ¡No hay nada que apeste más que el

semen, ni siquiera la mierda! A veces vuelvo aquí y los pillo. A veces no. Entonces, ¿sabes con qué me encuentro? ¡Con el semen endurecido! Joder, tío, eso me supera.

Todo aquello quedó en suspenso. No volví a ver a Tod, ni a su esposa, durante una temporada. Me puse al día con el alquiler porque empezaron a llegarme cheques por las historias guarras.

Había toda una serie de publicaciones en Melrose Ave. que iban por los senderos de las historias guarras y tenían toda una serie de publicaciones subsidiarias. Me llevaba 375$ por un relato con mamada y polvo y luego me escribían y me preguntaban si podían volver a publicar lo mismo en alguna revistilla de usar y tirar por 75$

o 50$ y yo decía: vale, adelante. Esa pasta evitaba que volviese a la fábrica o probara suerte otra vez con el suicidio. Dios bendiga a esos maravillosos cabrones.

Sea como sea, Tod regresó. Yo había dejado atrás las noches de fiesta y me limitaba a beber solo a base de bien. Allí estaba, en el umbral, con otra mujer hermosa.

—¡Ooh, señor Chinaski! —dijo ella—. ¡Estoy encantada!

—Yo también, guapa, ¿qué bebes?

Tod, el donjuán, se había ligado a otra preciosidad.

—Te presento a Mercedes —me dijo.

Ella entró cimbreante como una serpiente de los cielos.

Entre libaciones, Tod me lo dejó caer:

—Hay un apartamento libre en nuestro patio pero aún no lo sabe nadie. Un tipo va a mudarse y es un chollo. Ya se ha trasladado, pero todavía tiene algunas cosas allí. Soy amigo del casero y tenemos la llave. ¿Por qué no te vienes y le echas un vistazo?

Bueno, eso hice. Le eché un vistazo. Era un sitio mejor, mucho. Y

50 pavos al mes más barato. Además, podía echarle el ojo a Mercedes de vez en cuando.

—Vale —le dije a Tod—. Con una condición. No me molestarás,

¿de acuerdo?

—Ni pensarlo, tío… Tu apartamento es tuyo. Si quieres verme, estaré allí. Te aseguro que no te molestaremos ni de coña.

—De acuerdo —dije, convencido de que un hombre decía lo que pensaba. Bueno, no todo, pero al menos algo.

Pues bien, allí estaba, en el patio de Tod el donjuán…

Fue bien durante una semana. No me molestó. Di de alta el teléfono, encontré una licorería nueva. Había sitio para la máquina de escribir en la mesita de la cocina. Con el alquiler más barato tenía oportunidad de escribir algún poema. Estaba harto de escribir relatos de polvos, aunque los escribía mejor que nadie. Lo que hacía era escribir una historia realista y limitarme a añadir un montón de mamadas y polvos sin dejar la historia de lado. Los poemas podía escribirlos como me diera la gana porque nadie pagaba por la poesía.

Entonces llegó un miércoles por la noche. Acababa de volver del hipódromo, hecho polvo. Bebía hasta las 2 o las 3 todos los días.

Pero eso me nutría, daba pie a un verso bueno, tenso.

Me metí en la bañera y me acomodé. Siempre ponía el agua casi hirviendo y rara vez usaba jabón. Tenía una lata de cerveza fría.

Dejé que el frío me corriera por dentro mientras el calor permanecía fuera. Entonces sonó el teléfono.

Ya no tenía novia fija. Había dado mi número tal vez a 5 que me había follado un par de veces. Gilipollas. Inútiles. Pero aun así dispuestas a llamar al timbre de tanto en tanto en aras de una suerte de gloria enfermiza.

Salí de la bañera, los largos cojones colgando, preguntándome cuál de esas tiradas sería la que llamaba.

—Sí, Chinaski —contesté.

—Eh, tío, soy Tod. ¿Qué haces?

—Acabo de llegar, Tod. Voy arrastrando el culo. Estoy hecho polvo.

—Ven por aquí. Quiero verte.

—Eh, tío, ¿cuándo te crees que escribo?

—No me vengas con la chorrada esa de escribir, tío. Puedes escribir cuando te venga en gana.

—Uno escribe cuando le viene a la cabeza. A mí me está viniendo ahora.

—Tengo merca de la buena en cantidad. Tómate la noche libre.

Quiero que conozcas a mi compañera de piso, Laura. Tuve que dejar a Mercedes por ella. Con Laura, vas a correrte nada más verle la silueta. Ella te quiere conocer.

—Vale, Tod, supongo que puedo darle a la cinta de la máquina mañana por la noche. Me paso por ahí dentro de diez minutos… —

Colgué, pensando: ¿a quién coño le importa ese eunuco al que llaman Inmortalidad…?

Allí estaba, allí estaba Laura. Tod lo había conseguido otra vez.

Cada una un poquito mejor que la otra. E inteligente. Sus mujeres poseían todas cierto sentido del humor, si bien un tanto sofisticado, un poco duro, pero no demasiado duro, no tan duro como para que mermasen tus sentimientos a pesar del cuerpo. Tod escogía una buena mezcla. Pero ¿dónde las encontraba? Lo único que veía yo siempre eran tías solitarias y crueles, con el espíritu ensombrecido porque no estaban tan bien dotadas como otras. Y como una más de las criaturas arrojadas sobre esta tierra, yo también era feo, aunque la verdad es que me gustaba. Pero ser mujer en América era más duro: a una mujer fea se la miraba por encima del hombro, mientras que si mirabas por encima del hombro a un tío feo, bien podía ser que te moliera a palos y por lo general era lo que ocurría.

Tod tenía puesto un tocadiscos que colmaba de música la habitación

entera. Laura caminaba a pasitos por la sala, sonriendo un poco, cantando la letra, atractiva. Parecía un tanto colocada. Pero se conducía sin tosca presunción. O presuntuosa tosquedad. ¿Cómo lo diría Hemingway? Supongo que no muy bien. Súmate a mí.

Tod esparció la coca encima del cristal de la mesita de centro. La nieve estaba rodeada de un enjambre de consoladores de la tienda porno.

Se echó a reír.

—¿Sabes? Algunas chicas, chicas blancas, vienen y sólo quieren consoladores negros. Así que se los vendemos.

—¿Grandes?

—Sí. De acuerdo con el mito.

—¿Es un mito?

—Eso espero…

Laura se sentó y esnifamos la nieve. Nunca me había llamado mucho la atención. Me mosqueaban sus cualidades tan fútiles. La coca era para los cobardes que querían colocarse y volver a la normalidad con rapidez para no verse pillados. Era como follar 8 o 10 veces en una noche pero sin llegar a correrse. Igual la coca auténtica era otro asunto, pero a mí no iba a encontrarme.

Tod levantó la mirada.

—Yo trapicheo. Ya que eres amigo mío, puedo pasártela a mitad de precio.

—Trato hecho.

—Tod te adora —dijo Laura—. Espiritualmente, quiero decir.

¡Tiene todos tus libros!

—¿Sí?

—Sí.

—Sí, tío, ¿por qué no me los firmas?

—¿Qué saco yo?

—Puedes tocarle la rodilla a Laura…

—¿Sí?

Tod se fue al dormitorio y trajo 6 o 7 libros de bolsillo. La noche que me follé un pollo con mi madre en la cama. Tu coño a prueba de agua eructa cerveza. Lánguido en el Nirvana con Greta Garbo.

Chúpame, chúpate, chupa, chupa. Otros con la misma pinta. Tinta.

—No puedo firmar esta mierda. Bueno, Shakespeare escribía fatal pero no llegó a enterarse. Yo lo sé cuando lo hago.

—Déjame que te soborne. Trapicheo con hierba.

Tod lanzó un paquetito, sobre todo semillas y tallos.

Me puse a firmar.

Nos metimos 3 o 4 rayas más de coca y luego me volví a mi casa. Me senté a la máquina de escribir y las teclas no hacían más que mirarme y yo las miraba. Puto Tod el Donjuán. ¿Qué tenía?

Tenía coca. Me puse en calzoncillos y me lié un canuto de semillas y tallos. Fue curioso. Las semillas se pusieron de un rojo candente y se desprendieron del papel y me caían sobre la camiseta, y debajo, quemándome. Las arranqué. Tuve que beberme 5 o 6 latas de cerveza para tranquilizarme e irme al cuarto y dormir… A la mañana siguiente tenía un montón de puntitos rojos de quemaduras por todo el pecho y la barriga…

Esa noche estaba pasando el rato con una de mis pavas, Ursella.

Ursella tenía una melena pelirroja que le llegaba hasta el culo. La volvían loca las pastis. Tenía un carácter avispado pero también cruel. A mí sencillamente me gustaba mirar todo aquel largo cabello pelirrojo y beber. Echábamos algún que otro polvo pero no era para tirar cohetes. Con Ursella me gustaba relajarme e intentar averiguar cómo se había vuelto tan dura. Yo no quería volverme tan duro nunca y creía que tal vez estudiándolo podría evitarlo. Y no convertirme en algo que no contribuía precisamente a la escasa dicha que reinaba en el mundo.

Ursella había conocido a Tod Hudson, el donjuán del este de Hollywood, una noche que Tod había venido con Laura. Aquella noche yo había sido muy consciente de la ropa de Tod, que tan bien le sentaba. Me refiero a que cada pedazo de tela se aferraba a su culito. Y las camisetitas de punto se le pegaban al cuerpo. El cinturón encajaba a la perfección en el agujero. Yo llevaba el cinturón medio colgando, dado de sí. Me faltaban botones de las camisas. Las tenía sembradas de quemaduras de cigarro. Olvidaba peinarme y llevaba la barba sin arreglar. Las perneras de los pantalones me quedaban muy largas o muy cortas. Los calzoncillos se me metían en la raja del culo y tenía la cara roja y abotargada por efecto de la priva. Tod era como una figura recortada. Hasta sus pedos probablemente olían a vainilla.

Sonó el teléfono. Era Tod. Era jueves por la noche. Laura era bailarina de striptease en un club los martes, jueves y sábados por la noche. Como he dicho, era jueves por la noche. Tod se sentía solo.

—¿Qué haces, tío? —preguntó.

—Estoy cansado.

—¿Por qué no te pasas por aquí?

—No, tío, no me apetece.

—¡Anda, venga, tío!

—No, tío…

—¡Bueno, QUE TE DEN! —dijo, y colgó.

Regresé con Ursella.

—Era Tod, ¿verdad?

—Sí.

—Quería verte, ¿verdad?

—Sí.

—¡Has herido sus sentimientos!

—Dios santo, su chica trabaja esta noche. No puede soportarlo…

—¿Hasta cuándo trabaja?

—Hasta las dos de la madrugada.

—¡Has herido sus sentimientos! ¡Voy a verlo!

—Tú misma.

Agarró el bolso, abrió la puerta, dio un portazo y se largó.

¿Y mis sentimientos, qué?, pensé.

Entonces, con la sensación de que no era un pensamiento racional, fui y me serví un trago largo de whisky del quinto que tenía escondido en el escobero. Siempre estaba bien guardarse un as. A veces sin el as lo llevabas claro.

Me terminé el trago, me quité los zapatos y bajé descalzo al patio de Tod. Miré por entre las ranuras de la persiana y vi el montón de coca esparcido entre los consoladores. Ursella iba a dejar que le echara un polvo el donjuán. Lo cierto es que me dolió. Entonces recordé que había una velada de boxeo en el Olympic Auditorium.

Regresé a mi casa, me tomé media copa de whisky y una cerveza de acompañamiento y me fui hacia allá…

Un par de noches después me llegué al patio de Tod a por mi coca con descuento. También adquirí la habitual bolsa de hierba que era en buena medida tallos y semillas. Tod iba vestido con su habitual pulcritud, con la habitual ropa a medida. El tipo nunca tenía ni un ápice de suciedad encima, ni una mota. Nunca le hacía falta afeitarse, nunca le asomaba un pelillo por la ventana de la nariz. Era míster Cool. La única vez que lo había visto cabreado fue aquella vez que el tío se había corrido en el visor de su reproductor de pelis.

Estaba leyendo un ejemplar de New York. Laura ensayaba uno de sus bailes. Se fue danzando a la otra habitación para cambiarse de traje.

Tod levantó la vista.

—Eh, tío, deberías haberte venido la otra noche. Fuimos a ver a unos dibujantes de cómics. Te llamé por teléfono pero no estabas o no contestaste… Esos dibujantes son la rehostia. Estaban prácticamente todos menos Crumb. Sea como sea, hice algún trapicheo. Se pusieron a esnifar. Luego me fui a dar una vuelta con la mujer del tipo de la casa en la que estábamos. Me la traje aquí y me la follé, y luego la llevé de vuelta.

—¿La conocías bien?

—Hablé con ella unos cinco minutos una vez…

—¿Cómo lo haces?

—¿Qué?

—Follar cuando te viene en gana…

Tod sonrió.

—Eh, tío, eso no supone ningún problema…

Más o menos en ese momento volvió Laura bailando y Tod esparció sobre la mesa un poco de coca. Siempre esparcía mejor de lo que vendía, así que decidí quedarme. También había cerveza y ginebra. Además, estaba llevando a cabo una investigación sobre el donjuán. Una cosa estaba clara: no era su conversación, eso era bastante aburrido. Igual eran las cosas que no decía. Yo tenía la costumbre de ahuyentar a la gente de por vida con un sencillo comentario. No es que me importara gran cosa, pero me había hecho perder cantidad de oportunidades de pillar cacho. Y tal vez tampoco fuera tan malo. Aunque también es cierto que eso es lo que fingimos pensar los tipos como yo.

La noche continuó. No se dijo gran cosa. Tod sugirió que diera un recital, un recital poético en su tienda porno.

Mientras desperdiciaba las horas me dio por pensar en Tod. Con todos los polvos de los que me había hablado, nunca había mencionado que alguno fuera excepcional o que alguno fuera malo, y nunca hablaba de preocuparse por una mujer. Igual era su estilo, no mencionarlo. A algunas mujeres les iba la indiferencia, la tomaban por sofisticación. Pero hiciera lo que hiciese, tuviera lo que tuviese, le daba buen resultado. El Maestro del Folleteo del este de Hollywood. Y no estaba tan bien dotado. O eso me había dicho Ursella cuando la llamé movido por la curiosidad, y le pregunté cómo la tenía Tod. «Debería haber usado un consolador», me dijo.

La noche siguió adelante. Ginebra, nieve y cerveza, hierba. Laura estuvo hablando de los tíos raros en el local de striptease.

Aseguraba que eran gilipollas, dejaban propinas de aúpa y se

enamoraban. Yo hablé un rato sobre el hipódromo. Lo otro surgió más bien de repente. Tod se inclinó hacia delante con una sonrisilla y dijo: —¡Eh, tío, siempre estás hablando de lo bien que se te da comer coños!

—Anda, venga, Tod…

—¡No, tío, cada vez que te colocas alardeas de lo bien que se te da comer coños!

—Tiene razón, Hank —coincidió Laura.

Siempre tenía presente lo que me dijo un tipo, Tommy el grandullón, un día en la fábrica en la que trabajaba en Alameda cuando los chicos se estaban jactando de lo bien que se les daba lamer coños: «¡Eh, cualquier tipo que lame coños es capaz de chupar pollas!»

De alguna manera, aquello se me quedó en el cerebro. Empecé a lamer coño a petición de una pavita que aseguraba que me dejaría si no se lo comía. Bueno, después de 4 años, me dejó, pero ya había

mejorado mucho mi técnica y de alguna manera cuando me colocaba me daba por hablar de mi maestría, aunque lo cierto es que no me gustaba demasiado.

—Pensaba —dijo Tod— que podrías ver cómo le como el coño y decirme si se me da bien o no.

—Joder, tío…

—No, en serio.

Laura se fue al dormitorio a largas zancadas. Tod la siguió. Me serví una ginebra con sifón. Sonaba por los altavoces La marcha al cadalso.

—¡Eh —gritó Tod—, venga, tío!

Entré en el dormitorio. Estaban los dos desnudos. Laura tenía las piernas abiertas. Tod levantó la mirada.

—¡Mírame, tío!

Puso manos a la obra. Era muy soso, como él mismo.

—¡Dios —dije—, échale un poco más de pasión! ¡Vuélvete loco!

¡Déjate ir!

Tod lo intentó. Se le daba fatal. Era como un chiste aburrido. Me hacía daño a los sentidos, semejante desperdicio. Laura estaba allí tendida como una figura recortada en cartón.

—¡Joder, tío, déjame que te enseñe!

Tod se apartó.

—¡Vale, enséñame!

Me terminé la ginebra y me puse al tajo. Tiré de recuerdos y saqué mis viejas pinceladas a lo Van Gogh. Provoqué, me zambullí, reculé, ataqué de nuevo, lo dejé ir, continué, quedándome por fin, destruyéndola. Laura estaba fuera de sí. Decidí apartarme y dejar que Tod probara suerte pero me encontré con que me era imposible y antes de darme cuenta una cabeza había salido y otra estaba dentro, tenía la polla a punto de alcanzar la meta, Laura me arañaba la espalda con sus uñas, y entonces oí a Tod: —¡VALE, HIJOPUTA! ¡LÁRGATE DE AQUÍ, AHORA MISMO!

Levanté la mirada. Tod estaba ahí plantado en pelotas, apuntándome con el 45.

—¡VETE A TOMAR POR CULO DE AQUÍ!

Le oí quitar el seguro. Tenía el 45 apuntándome al ombligo. Me levanté de la cama.

—¡Eh, tranqui, Tod, colega! ¡Has perdido la compostura, colega!

—¡HE DICHO QUE TE VAYAS A TOMAR POR CULO DE AQUÍ!

¡AHORA MISMO!

Recogí la ropa y me la eché al brazo. Salí del dormitorio con Tod tras mis pasos con el 45. Abrí la puerta de la calle y salí hacia la noche. No volví la vista. Me fui a mi patio en la parte de atrás. Era de madrugada y no había nadie a la vista. Tenía la polla lacia, del todo. Busqué las llaves en los pantalones y no estaban. Mierda. Se me habían caído del bolsillo por el camino. Me puse los calzoncillos y empecé a rastrear la acera. Desanduve mis pasos hasta el principio pero no conseguí encontrar las llaves. La madrugada estaba refrescando. Regresé a la puerta de Tod y llamé. No hubo respuesta.

Probablemente estaban follando. Desde luego se la había dejado bien caliente.

Volví a llamar.

Oí a Tod decir:

—¡DALE LAS LLAVES A ESE HIJOPUTA!

Se abrió la puerta. Era Laura, desnuda. Se limitó a darme las llaves. Luego cerró la puerta.

Volví a mi casa, con las llaves y los cojones colgando. Una vez dentro, me bebí un par de latas de cerveza y me dormí…

Nunca se mencionó nada sobre aquella noche. Fue como si no hubiera ocurrido. Mientras tanto, mi cuelgue con la coca, incluso a precio rebajado, me estaba mermando los recursos. Me olvidé de los poemas y volví a los relatos guarros. La mayoría de mis relatos porno eran divertidos, como aquel en el que un tipo acaba con los cojones clavados a la cabecera de la cama mientras su mujer, que odia a los hombres, lo rocía lentamente hasta matarlo con esprays de veneno para cucarachas al tiempo que habla con sus amigas por teléfono y les cuenta que ningún hombre va a volver a joderla en la vida.

Sea como sea, estaba otra vez en casa de Tod esa noche. Laura estaba en el local de striptease. La noche iba lenta. Estábamos dándole a la cerveza. Tod dijo que quería abrir una cadena de tiendas porno y quería que yo me ocupara de una. Aseguró que era uno de los pocos en quien podía confiar. Le dije que me lo pensaría.

Entonces llamaron a la puerta. Una llamada a la puerta con los nudillos podía transmitir mucha información si sabías interpretarla.

Aquélla era una llamada fea, algo así como si llamase una oscuridad chunga. Me refiero a que la interpretación de aquella llamada no fue buena. En absoluto.

Tod fue a la puerta. Tenía dos cadenas en la puerta. Quitó una, entreabrió la puerta y miró. Luego se volvió hacia mí.

—Es mi proveedor, mi contacto principal.

—Entonces me voy, ahora mismo.

—No, quédate, no pasa nada.

—Joder —dije.

Tod abrió la puerta. Primero, entró un tipo delgado. Sus ojillos de rata escudriñaron la habitación. Se coló en el dormitorio. Echó un vistazo al váter. Las paredes, debajo de las alfombras. Quitó pantallas de lámparas. Incluso abrió la nevera. Luego entró el Tiarrón. Grande y gordo. Vestido con un traje negro barato. Estaba sudoroso. Probablemente no existía nada parecido al mal, pero si lo había, ahí estaba en su mayor parte: el señor Mal. Hedía a asesinato. Era como un tipo que estuviera dispuesto a matar para librarse de un picor nervioso. Sentí todo eso, a base de bien. Y sentí miedo porque se estaba contagiando: brotaba de él, en oleadas y culebreos. No había visto nunca a un tipo así en el cine, ni en la vida ni en ninguna parte. Sería imposible inventar a alguien así.

Sencillamente estaba ahí.

Miró a Tod.

—¿QUIÉN ES ESE TIPO?

—Es buena gente…

—¿Qué quiere? ¿Qué hace?

—Es escritor. Estaba tomándose una cerveza.

—¡Dile que se largue!

Al Tiarrón le caía el sudor de la frente y le resbalaba por la cara.

El tipo delgado terminó de dar la vuelta y se colocó a su lado. ¿Qué haría Clint Eastwood?

Me terminé la cerveza y miré a Tod.

—Necesito una birra.

Tod fue hacia la cocina.

—Eh, ¿qué diablos es esto? —dijo el hombretón—. ¿Necesita una BIRRA? ¿Qué diablos ES esto?

Tod volvió con mi birra, la de mi marca preferida con la lata verde. Tiré de la anilla y eché un trago.

—¿Quién es ese tipo? ¿Qué cojones quiere? —le preguntó el Tiarrón a Tod.

—Ya te lo he dicho —insistió Tod—, es buena gente. —Luego esbozó una sonrisa—. Hasta dejo que le coma el coño a Laura.

—¡Eso a mí me la trae floja! ¡A mi hermano lo mató un cabrón de mierda que tenía la misma pinta que este tipo!

Eché un buen trago de cerveza. A decir verdad, estaba asustado, no de morir, sólo del Tiarrón. Podía entender a la mayoría de la gente, por mucho que me desagradase. Pero con el Tiarrón no había nada que entender. Resbalaba por el borde y se desvanecía. Uno cree, uno sabe, que después de haber aguantado 5 o 6 décadas los ha conocido a todos. Pero siempre está ese de más que te plantan delante y nada de lo que hayas aprendido o experimentado te ayuda en absoluto.

—Me voy —dije—, un trago más.

—Traga rápido —me advirtió el Tiarrón.

—Sí —dijo por fin el tipo delgado.

Me mosquearon un poco, no mucho, sólo un poco, así que no me tragué la cerveza tan rápido como tenía intención. Ellos se quedaron allí plantados, Tod, el chico delgado, el Tiarrón, y me observaron mientras vaciaba la lata.

—Vale —dije—, me voy.

Entonces me levanté, saqué un pitillo y me lo llevé a los labios.

—¿Alguien tiene fuego? —pregunté.

El Tiarrón se adelantó, me quitó el cigarrillo de la boca y lo hizo trizas, luego alargó la manaza y me agarró por la mandíbula y me abrió la boca, me echó dentro los pedazos del pitillo y luego me cerró la boca de golpe. La lengua me quedó atrapada entre los dientes y noté la sangre casi de inmediato. Y el dolor.

—Ahora te largas, ¿verdad? —preguntó el Tiarrón.

Eso hice. Y cuando iba pasillo adelante oí al Tiarrón preguntarle a Tod:

—¿Quién DIABLOS era ese tipo…?

Bueno, hablamos un poquillo del asunto más adelante. Tod y yo, quiero decir, pero no demasiado. Mientras tanto, Tod ligó con otra de mis chicas, aunque ya casi me lo esperaba. Pero no lo consiguió con

otra que me dijo: «Ese tipo me recuerda un buñuelo relleno de mermelada.» Pero, a mi modo de ver, seguía siendo el amo del folleteo del este de Hollywood y todas esas chicas no eran simplemente putas enganchadas a la coca. La verdad es que reflexionaba mucho al respecto: ¿les gustaba la manera en que los pantalones se le ceñían tanto a la diminuta entrepierna? ¿O eran los zapatos siempre lustrosos con las punteras relucientes? ¿O eran los calcetines con liga? ¿O su cara de ojos blancos con el pelo azotado por el viento, de un rubio casi prestado del sol? ¿O era que olía a hombre que nunca envejecería? ¿Siempre sereno, relajado, enterado…, enterado de algo que los demás nunca averiguaríamos?

Por lo general, me lo imaginaba como un Anuncio del aspecto que debería tener un donjuán. Y no era tonto; era insulso pero no tonto.

Muchas cosas que embaucaban a otros no lo embaucaban a él.

Tenía buenas percepciones. De hecho, si escogieras 5 o 6 hombres, Tod seguiría siendo el mejor con quien charlar un poco una noche cualquiera. Era bastante natural en ese sentido. Pero lo que me preocupaba era lo rápido que acababa en la cama prácticamente con cualquier desconocida que le apeteciese. Yo tenía la sensación de que había una contraseña, unas palabras que se debían pronunciar, así que me mantenía cerca intentando descifrarlo, como fingiendo ser escritor, quería averiguar la esencia de su secreto para follar, tenía la sensación de que iba un poco más allá de lo evidente. Igual era algo que podría usar, o tal vez algo de lo que podríamos reírnos todos…

Bueno, creo que era un jueves por la noche, igual un viernes, que había ido a las carreras de trotones y regresaba a casa al volante de mi coche, bastante borracho. Rara vez bebo en el hipódromo pero esa noche había bebido. Una de mis pavas había empezado a darme la vara para que fuéramos a Las Vegas y nos casáramos. Salió el asunto como por casualidad y ella empezó a exigirlo una y otra vez. Vaya locura. Me disgustó. Era imposible que diera el brazo a torcer en algo semejante. De hecho, era una de las que se habían tirado al donjuán del este de Hollywood. No hacía más que decir: «¡Vamos a casarnos ahora mismo antes de que cambiemos de opinión!» Y lo que era peor, esa tía era de las que se follaban a todo el mundo: repartidores de pizza, fanáticos religiosos, violinistas de orquesta sinfónica, exterminadores de termitas, alcaldes, lavacoches. Mi vida ya era un infierno, un infierno de primera. Había intentado suicidarme sin éxito 4 o 5 veces pero aún tenía esperanzas. Aun así, casado con esa pava

estaba convencido de que sería un Infierno de Dante por partida triple. De modo que huí de ella yéndome a las carreras de trotones.

Así que bebí en el bar del hipódromo, intentando quitarme de la cabeza todas sus gilipolleces y encima perdí, tal vez unos doscientos…

Iba a poca velocidad. Intentaba sopesar en qué punto de la Existencia me encontraba y no llegué muy lejos. Incluso me quedé sin tabaco. La cosas se ponían chungas, pero no había adónde ir cuando se ponían chungas. Si ibas al loquero, se limitaba a leerte fragmentos del libro, pero cuando lo mirabas, te dabas cuenta de que no tenía ni idea de qué le hablabas. Sencillamente estabas hablando con una persona satisfecha. Cuando lo que de verdad te hacía falta cuando te estabas volviendo loco era otro loco que entendiera exactamente lo que decías, pero no a partir de un libro, sino de la calle.

Aparcar siempre era difícil en las inmediaciones del patio pero más aún esa noche. Había un gentío tremendo en torno a la parte anterior del patio y pensé: ay, joder.

Tuve que aparcar a la vuelta de la esquina y regresar a pie. El gentío seguía allí, más grande incluso. Nunca me han gustado las muchedumbres. La gente nunca tenía sentido y cuantos más juntabas en un área, menos sentido tenían. Las muchedumbres no eran más que Muerte con un montón de pies y cabezas y demás.

Tenía que llegar hasta mi patio. Que, como he dicho, estaba al fondo. Conforme me acercaba oí a un tipo decirle a otro: «Alguien lo ha reventado a tiros. El tipo se ha ido corriendo y ha desaparecido.

Nadie sabe adónde ha ido. Me parece que no lo saben.»

Las luces de los coches de policía giraban. Había una ambulancia.

Los polis mantenían a raya a la gente a empujones.

—¡Atrás, colega, o te reviento los cojones!

—¡No me empujes! ¡Estamos en una democracia!

—¡Atrás! ¡Una palabras más y te quedas sin dientes!

Agentes de paisano entraban y salían del patio delantero. Se veían flashes de cámaras en el interior. Entonces sacaron a Laura por la puerta. La tenían esposada, por el amor de Dios. Permanecieron con ella en el vano de la puerta un momento. La luz de la luna y las luces

arremolinadas le iluminaban la cara. Estaba en silencio pero tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. Supongo que nunca se había sentido tan desnuda, ni siquiera en un club en plena noche de sábado lleno a rebosar de gilipollas. Yo sabía que igual podía echarle un cable. Era consciente de que necesitaba ayuda. Pero estaba borracho de cojones. Sabía que me enviarían a la celda de los borrachos o algo peor. Los seguí con la vista cuando la llevaron a un coche patrulla.

Luego salieron con el cadáver. El gentío se corrió de gusto al verlo. Era mejor que cualquier cosa que hubieran visto en la tele desde que se inventó.

Iba dentro de una bolsa negra, y casi tenía buen aspecto allí dentro: los pies perfectamente alineados, la cabeza recta, mantenía su pulcritud. Eso fue todo. Se lo llevaron al furgón, las puertas estaban abiertas, deslizaron dentro la camilla y se fueron, incluso pusieron la sirena como si tuvieran prisa. No llegué a enterarme de qué hicieron con aquel pedazo de carne muerta. Había aprendido algo. Aprendía una cosa cada día y olvidaba dos.

El gentío no se marchaba, ahora había más conversación, comparaban notas y emociones. «Joder, estaba ahí sentado escuchando a Johnny Carson cuando…»

Rodeé el patio por la parte trasera, entré por el sendero del edificio de apartamentos de al lado, subí por detrás, salté la vallita de tela metálica, recorrí unos 10 metros y me encontré ante mi puerta.

Una vez dentro, me quité todo, me quedé en calzoncillos, fui a la nevera y allí tenía un pack de seis cervezas y la mitad de otro.

Agarré una lata, volví, la abrí, encontré un puro viejo en el cenicero, lo encendí. Se me pasó por la cabeza que el Tiarrón podía ir tras mis pasos sólo por diversión. Pero como tengo esa antigua tendencia al suicidio, no le di mayor importancia. Sólo que la tenía. Prefería acabar a mi manera. Era humillante que te matara alguien a quien detestabas, a no ser que se tratara de ti mismo.

Pero me sentí estafado por el asesinato de Tod. Tal vez no habría desentrañado nunca su secreto, me refiero a cómo se lo montaba con las mujeres con tanta soltura. Era un Arte pese a que la mayoría de los hombres en la cancha eran artistas. Tod sencillamente se hartaba de follar de una manera tranquila y casi aburrida. Por qué las mujeres sencillamente caían y se le abrían de piernas a docenas y docenas era algo que nunca llegaría a saber.

Me bebí cuatro latas de cerveza, me bebí cinco allí sentado en calzoncillos, solo. De hecho, me quedé allí bebiendo toda la cerveza que quedaba. El sol ya había salido, se deslizaba por entre las persianas sucias.

Tod, pensé, hijoputa, ¿por qué no me lo contaste? Una más no hubiera reducido apenas tu puntuación. ¿No te das cuenta de que hay millones de personas sobre la faz de la tierra que van de la vida a la muerte sin follar ni una sola vez? Y ahí estás tú, venga a bajar bragas y abrir chochos como si no tuviera mayor importancia, venga dale que te pego… Y probablemente te estarás follando lo primero que se te cruce en el infierno… ¿Por qué no me lo contaste? ¿O es que no hay nada que contar?

Me fui al cuarto de baño, meé, me eché un poco de agua en las manos, luego en la cara, luego en el pelo. Agarré el cepillo, lo miré, lo dejé caer en el lavabo. Regresé al dormitorio, me desplomé en la cama, boca arriba, las patas de la cama retemblaron y crujieron una vez más bajo el golpetazo familiar, todavía, junto con la gracia del Universo, aguardando aunque sólo fuese otra mañana más.

Despertaría hecho polvo y sin saberlo, otra vez

EL MATÓN

Harry se las arregló para tomar otra copa antes de aterrizar.

Enfrentarse a Tina de nuevo no era una perspectiva precisamente halagüeña. Ella se había mudado a aquella ciudad en el desierto después de la separación. Vivía con su hermana casada, Ann, a la que por lo visto no le caía muy bien Harry. Ann era una escritora fracasada y Harry era un escritor con suerte. Y también había tenido suerte de no casarse con Tina. Tina era ninfómana, siempre estaba pensando en eso; el sexo era para ella la única verdad definitiva y Harry había probado todos los trucos conocidos y alguno aún por inventar en un intento de aplacar su lujuria constante. Pero la bebida y las apuestas se habían interpuesto a menudo en las necesidades de Tina y un día se lo planteó con toda claridad: «O dejas de beber y apostar o me dejas a mí.»

Como es natural, sólo un maldito idiota dejaría tanto la bebida como las apuestas, así que aquello había dado la puntilla a su relación.

Aun así, Tina era una preciosidad: buen culo, piernas, pelo, pechos, ojos salvajes, y allí estaba Harry, en pleno vuelo, yendo a verla. Ella le había importunado y suplicado tan constantemente por teléfono que

por fin había cedido, suponiendo que llegaría en avión, mantendrían cuatro o cinco sesiones (¿dos días?) y luego se largaría.

Además, le hacía falta un respiro de otra mujer que tenía allá en casa, una mujer que no era ninfómana pero le roía la mente y los sentimientos impulsada por su necesidad de enfrentarlo a otros hombres. En ese contexto, hubiera preferido que los otros se la quedasen por completo. Y con ese viaje le estaba dejando el camino libre. El problema con las mujeres era que en cuanto rompías con una, llegaba otra para ocupar su lugar. No dejaban nunca un área para reagruparse…

Como siempre, Harry fue el último en bajar del avión. Era una costumbre que nunca había analizado. Pero probablemente tenía algo que ver con el egocentrismo, el exceso de sensibilidad, además de la aversión a estar plantado en el pasillo de un avión mirando las nucas y las orejas y los codos y los culos y todo eso.

Era un aeropuerto pequeño en comparación con el LAX y al salir por la rampa vio a Tina detrás de una verja en el aparcamiento.

Harry tenía la bolsa de viaje, traspuso la salida y allí estaba. Sonrió y ella se le acercó a la carrera, se abrazaron, se besaron, y allí estaba la lengua de Tina entrándole rauda en la boca. A Tina no le iban los saludos convencionales. Por lo visto aquellos vaqueros la habían puesto a tono. Eran las 9.35 de la noche en aquella ciudad del desierto.

Y en el coche estaba el perro. Tina sabía que a él le gustaba Jock. Y Jock lo recordaba, se le echó encima en el asiento delantero: brincaba, se retorcía, meneaba el rabo con furia. Harry lo abrazó, lo acarició, le habló a Jock y luego lo echó al asiento de atrás junto con la bolsa que había traído en el vuelo.

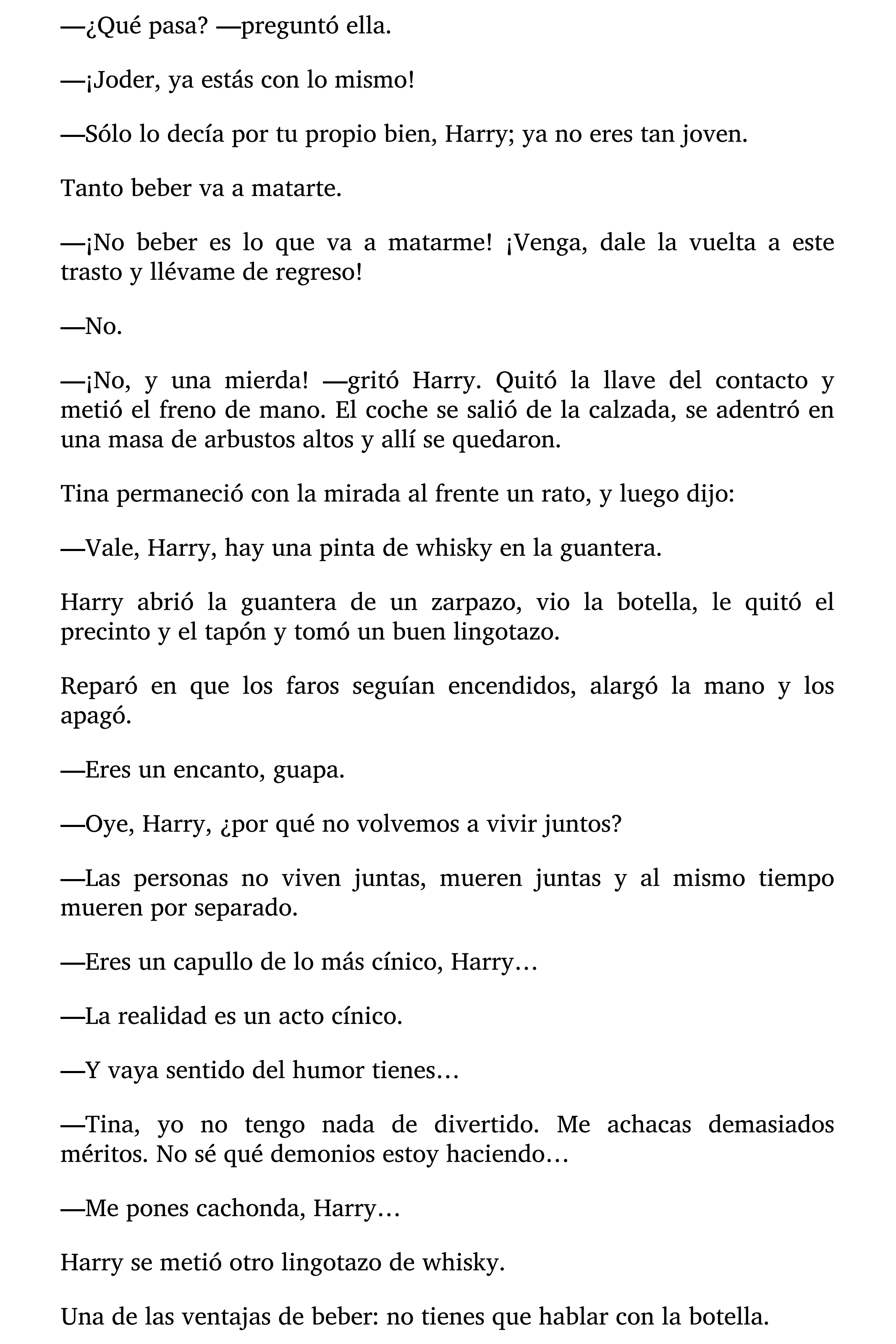
El coche estaba en movimiento e iban camino de la casa de la hermana. Tina tenía una leve sonrisa en los labios. A Harry le parecía una sonrisa de victoria.

—Tienes buen aspecto, Harry. Apuesto a que es porque bebes menos.

—Se te ve guapa, Tina, quizá más que nunca. Pero no, sigo bebiendo más o menos lo mismo…

—Me gustaría que te cortaras un poco mientras estés aquí.

—¡Vale, Tina, llévame de vuelta al puto aeropuerto!



—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¡Joder, ya estás con lo mismo!

—Sólo lo decía por tu propio bien, Harry; ya no eres tan joven.

Tanto beber va a matarte.

—¡No beber es lo que va a matarme! ¡Venga, dale la vuelta a este trasto y llévame de regreso!

—No.

—¡No, y una mierda! —gritó Harry. Quitó la llave del contacto y metió el freno de mano. El coche se salió de la calzada, se adentró en una masa de arbustos altos y allí se quedaron.

Tina permaneció con la mirada al frente un rato, y luego dijo:

—Vale, Harry, hay una pinta de whisky en la guantera.

Harry abrió la guantera de un zarpazo, vio la botella, le quitó el precinto y el tapón y tomó un buen lingotazo.

Reparó en que los faros seguían encendidos, alargó la mano y los apagó.

—Eres un encanto, guapa.

—Oye, Harry, ¿por qué no volvemos a vivir juntos?

—Las personas no viven juntas, mueren juntas y al mismo tiempo mueren por separado.

—Eres un capullo de lo más cínico, Harry…

—La realidad es un acto cínico.

—Y vaya sentido del humor tienes…

—Tina, yo no tengo nada de divertido. Me achacas demasiados méritos. No sé qué demonios estoy haciendo…

—Me pones cachonda, Harry…

Harry se metió otro lingotazo de whisky.

Una de las ventajas de beber: no tienes que hablar con la botella.


Entonces Tina se inclinó sobre él y le abrió la bragueta.

—¿Qué demonios haces?

—¡Eh, mira: mi amiguito!

—No te portes tan bien conmigo, Tina…

—¿Qué ha estado haciendo últimamente?

—Intentando evitar lo evidente.

Harry notó relampaguear su lengua sobre la vertiginosa indefensión de su pene, allí arriba, relampaguear y volver a relampaguear. Echó otro trago de whisky.

Ése era el mayor problema con Tina: era la que mejores mamadas hacía al oeste y al sur de Boston. Ella metió la mano en sus pantalones y se lo sacó todo de un tirón. Sintió aquella lengua ascenderle desde las pelotas y luego resbalar y arremolinarse por aquella veta de locura serpeante hasta la punta, luego trazar círculos y más círculos en torno a la punta con un ingenio insondable y a la postre victorioso.

Harry decidió hacer caso omiso.

Miró por la ventanilla del coche las colinas áridas y rasantes. Pero Tina le estaba haciendo mella. Intentó pensar en comerse un cubo de mierda, cucharada a cucharada.

No le servía de nada. Le estaba haciendo mella.

Jock tenía las dos patas en el respaldo del asiento delantero y miraba sin dejar de gimotear. El querido Jock olía el celo. Harry se volvió y lo apartó, y luego echó otro buen trago de whisky. Tras meterse el lingotazo y volverse hacia delante, se dio cuenta de que la luna también miraba.

Entonces Harry empezó a gruñir y en ese momento… ella le dio un mordisco bien fuerte, justo en el centro de la polla…

—¡Mala puta!

Le pegó un bofetón —fuerte— justo en la coronilla y eso dio resultado: Tina empezó a emplearse con furia inmaculada y definitiva. Harry ya no podía contenerse: eyaculó en mitad del desierto entre 412 conejos, 672 serpientes y los 10.687 *etc.*

Tina se incorporó, encendió la luz superior y empezó a pintarse los labios con ayuda del retrovisor; reapareció su leve sonrisa de victoria.

Luego puso el coche en marcha, encendió los faros y arrancó con un bramido, llevándose una rama grande y frondosa de arbusto enganchada a la parte superior del capó. Pese a la obstrucción, siguió conduciendo con los ojos entornados. La habían sometido a un tratamiento con electrochoques a los 22 años…

Cuando aparcaron delante del rancho, Harry vio que las luces estaban encendidas. Ann y su marido, Reddough, le estaban esperando. Harry no conocía a Reddough. Tina lo informó bastante tarde ya.

—Te he visto perder tus buenas peleas, Harry, pero Reddough es arena de otro costal. Es el matón número uno de esta ciudad. Ha llenado más camas de hospital por estos lares que el cáncer.

—No quiero ningún problema, Tina; estoy ocupado con una novela breve y me gustaría terminarla.

—Lo único que le hace falta es una excusa cualquiera. No quiero que te deje hecho polvo hasta que nos hayamos dado unos cuantos revolcones.

Harry echó otro trago:

—Aprecio tu preocupación por mi bienestar, Tina.

Se apearon del coche y entraron.

Reddough y Ann estaban esperándolos sentados a una mesa en la cocina. Por lo visto, ya llevaban un buen rato bebiendo. Y había un quinto de whisky en la mesa. Sonaba en una radio música country. Reddough apagó la radio de un golpe.

—Siéntate, chico de ciudad.

Harry tendió la mano. Reddough alargó la suya como para estrechársela, pero le dejó una chapa de cerveza en la palma.

—¿Qué quieres que haga con esto? —preguntó Harry.

—No lo sé. Por mí, como si te la metes por el culo.

Harry volvió la vista hacia Tina, que seguía plantada a su espalda:

—Ya sé que te lo he dicho antes pero, una vez más, ¿puedes hacer el favor de llevarme de regreso al puto aeropuerto?

—¿Qué pasa? —preguntó Reddough—. ¿Tienes miedo?

—Un poco, no mucho.

Reddough deslizó el quinto hacia él.

—¿Bebes?

Harry se sentó.

—Claro.

—¡Harry —dijo Tina—, no bebas con él, por favor!

—A mí me sabe igual, sea cual sea la compañía…

Ann se levantó y volvió con un vaso de agua.

—¿Cuánto? —preguntó Reddough.

—Hasta el borde.

—¿Una cervecita para acompañar?

—Gracias.

Harry se metió entre pecho y espalda la mitad del vaso de whisky y echó un trago de la lata de cerveza que tenía delante.

Reddough lo miraba.

—La priva no hace al hombre.

—¿Qué hace al hombre?

—Algunas cosas sencillamente nacen de cierta manera, y no hay más.

—¿Como una mofeta, quieres decir?

—¡Eh! —Reddough, que estaba encendiéndose un puro, levantó la mirada—. ¿Qué tenemos aquí? A este tipo le va la marcha, ¿eh?

Reddough no era tan grande, tal vez 1,85, pero era corpulento,

mucho; casi parecía un cubo, pero no lo era, claro. En cualquier caso, era ancho y estaba pertrechado de protuberancias musculosas

—así como de algo de grasa—, pero casi daba la impresión de que la grasa estaba en los lugares adecuados, si tal cosa era posible. Y

tenía la cabeza muy pequeña.

¿Cómo coño voy a pegarle en una cabeza semejante?, pensó Harry. Sería como intentar cascar una nuez con los nudillos.

Decididamente injusto. Y su esposa, Ann, ahí sentada, gorda y más que frustrada, detestándose y detestando el mundo porque rechazaban una y otra vez las inmensas novelas que enviaba a los editores de Nueva York cada dos años.

Harry siempre esperaba que tuviera suerte para que dejase de darle el coñazo. Y había leído unas cuantas páginas de su obra, páginas de anhelo introspectivo sin rastro de sentido del humor y excursiones sexuales falseadas. Su torrencial deseo de ser una gran escritora sólo parecía impulsarla directa hacia la mediocridad.

Fulminó a Harry con la mirada:

—¿Sigues escribiendo esa mierda y cobrando por ello?

—Pues sí, con regularidad.

—Tenemos un libro tuyo —dijo Reddough—. Está colgado de un cordel en el gallinero. Hay un cuento en el que un hombre viola a una niñita. ¿Te parece que eso es escribir?

—Sí.

Tina rodeó la mesa y se sentó. Tenía una Pepsi-Cola. La echó en un vaso lleno hasta la mitad de hielo.

—Oye, Harry, vámonos a dormir. Ya hablaremos por la mañana.

—Soy una criatura nocturna, Tina. Las mañanas no me sientan bien.

—No quiero problemas entre tú y Reddough.

—Correré el riesgo para tomarme unas cuantas copas…

Reddough lanzó una nube de humo de puro hacia Harry desde el otro lado de la mesa.

—¿No te parece que eres un poco viejo para Tina?

—«Viejo» no es más que una palabra en el diccionario.

—No, a veces «viejo» es algo que ocurre.

—Es posible que no te falte razón.

Ann se había ido. Luego regresó. Llevaba un fajo de hojas en la mano. Lo dejó caer delante de Harry.

—Es el primer capítulo de mi nueva novela. Échale un vistazo.

Así sin más. Pero lo hacían todos: así sin más.

Harry apuró el vaso y miró a Reddough.

—¿Me pones otro trago?

—¡Vaya, fíjate! —dijo Reddough, que le llenó el vaso.

Harry empezó a leer, esperando lo mejor. No lo encontró. ¿De dónde procedía semejante impulso hacia la pesadez? No había un solo escritor en el mundo que se considerase incapaz de escribir.

Pero hacía falta más de un voto. Y muchos escritores de mierda conseguían publicar. Y tal vez él era uno de ésos. Pero a Harry no le gustaba cómo escribía Ann. Sencillamente se empantanaba, berreaba y se quejaba: un tedioso tamborileo de incompetencia.

Le devolvió las hojas a Ann.

—Hay alguna parte buena, pero en general no le veo mucho interés.

—¿Qué tiene de malo? —preguntó Ann.

—No lo sé. Es una especie de cruce entre Faulkner, Thomas Wolfe y un vulgar culebrón.

—Igual —dijo Reddough, que echó adelante el torso para apoyarse en la mesa—, igual debería escribir sobre un hombre que viola a una niñita, ¿eh?

—Puede escribir sobre lo que le venga en gana siempre que lo haga verdaderamente.

—¿Verdaderamente? ¿Qué clase de palabra es ésa? ¿Crees que estás

en posesión de la verdad? A mí me parece que no.

—Bebe y tranquilízate.

—¡No me digas qué hacer en mi propia casa!

—Mira, Red, podemos llevarnos bien. Vamos a tomárnoslo con calma. Podrían lanzar la Bomba en cualquier momento. Estamos todos atrapados en esta mierda. ¿Qué necesidad tenemos de destruirnos mutuamente? Deberíamos echar unas risas en nuestros últimos momentos. ¿No sería mejor?

—Eh, cabronazo —dijo Reddough—, voy a decirte una cosa:

¡Dios protegerá a los Suyos!

—Red, igual resulta que no hay Dios.

Reddough se puso en pie.

—¡YA ESTÁ BIEN!

—¿Qué?

—¡NADIE DICE ESO EN MI CASA!

Con esas palabras, se lanzó por encima de la mesa, un enorme bicho empapado sin alas. Harry se zafó hacia la izquierda y la masa de músculo (y grasa) cayó de bruces al suelo, se deslizó hasta topar con la pared, luego se levantó, jadeante, el pecho abombado, las cejas crispadas. Reddough avanzó hacia Harry, que había rodado por debajo de la mesa para asomar por el otro lado.

—Red, sólo bromeaba. Seguro que hay un Dios en alguna parte.

¿Verdad?

Reddough permanecía oscilante al otro lado de la mesa.

—¡Eres un cobarde!

—Es cierto. Y oye, igual te sientes mejor si te digo que ni siquiera me apetece follarme a tu cuñada. Es ella la que me quiere llevar al catre.

Tina lanzó un grito y le tiró a Harry la botella de Pepsi, que rebotó en su cabeza y cayó al suelo. Dentro del cráneo de Harry sonó un repiqueteo.

Reddough avanzó un par de pasos como para rodear la mesa.

—Escucha, Red, todos los hombres son hermanos. Sangre similar, dedos similares, anos similares, penas similares. ¡Piénsalo!

—¿Eh?

Reddough se quedó ahí plantado, sin saber muy bien qué hacer entonces y por qué. Osciló hacia delante, luego hacia atrás, y después se sentó a la mesa. Harry se sentó delante de él. Ann y Tina seguían en pie, mirándolos.

—Ponme un buen trago, Red.

—Sí.

Llenó los dos vasos hasta el borde. La botella estaba vacía.

Harry levantó el vaso.

—¡Brindo por nosotros!

Entrechocaron los vasos y cada cual se bebió más o menos la mitad.

Red miró a Harry.

—Sabes, chico de ciudad, la verdad es que me caes bien. Dices lo que piensas aunque sea una puta gilipollez.

—Tú también dices lo que piensas, Red.

—Eso es importante, ¿verdad?

—Sí.

—No quieres follarte a mi mujer, ¿eh?

—No, Red.

—Sea como sea, eres feo. No me preocupas.

—Gracias, Red.

De pronto Red dejó caer la cabeza en la mesa, volcando el vaso al hacerlo. Había perdido el sentido…

Harry se terminó la copa, se levantó, miró en torno, vio a Ann.

—Buenas noches, Ann.

Luego Tina lo llevaba de la mano. Luego estaban en el dormitorio de invitados. Un sitio agradable.

Harry se sentó en el borde de la cama y se quitó los zapatos.

Tina se desvestía cerca del armario.

—Has tenido suerte esta noche, Harry.

—Vivo a costa de la suerte. Me nutre.

—Lo sé. Eres afortunado de tenerme, Harry.

—Claro, Tina.

Harry se quitó la ropa y se metió bajo las mantas y entre las sábanas limpias. La vida no era tan chunga. Ahora, si consiguiera librarse de la pava aquella de L.A., podría empezar de nuevo. Se dejó ir hasta conciliar el sueño…

Tal vez fueran las 3 de la madrugada, las 4, algo así; sea como sea, se despertó para encontrarse a Tina a horcajadas sobre él. Le asombró comprobar que estaba empalmado. Ella tenía la cabeza echada atrás y gemía. Él le siguió la corriente.

—¡Venga, cariño, cabalga este potro!

Pero lo único que quería él era estar de vuelta en L.A. viendo el monólogo de Johnny Carson en la tele sin que le hiciera la menor gracia. Aunque era un sitio donde estar. Un entumecido sueño de aislamiento entre algodón de azúcar. Y sin líos, sin el menor lío.

Harry alargó los brazos, le agarró las nalgas a Tina y dijo:

—Dale caña, guapa, preciosa mala puta…

EL INVASOR

Era una calurosa noche de sábado, a altas horas. No había nada que mereciera la pena en la tele por cable pero habían estado viéndola de todas maneras, sin descanso, y sin esperanza. Harry se había bebido una botella de vino tinto y Ann cerca de media.

Ahora estaban en el dormitorio intentando dormir pero les resultaba difícil: la tele mala sólo te daba sueño mientras la veías.

Pero su perro, Redeye, dormía. De hecho, estaba roncando. Ahí abajo en la alfombra. No sabía nada de malos recuerdos de la maldita tele.

Los minutos fueron acumulándose hasta la media hora…, luego hasta casi una hora y…, al cabo, Harry notó que iba entrando lentamente en el sueño…

Sueño…, ah, el sueño…

Entonces Ann lo zarandeó:

—¡HARRY! ¡HARRY!

—¿Eh? ¿Qué pasa?

—¡OJOS!

—¿Qué?

—¡OJOS! ¡HE VISTO UNOS OJOS QUE MIRABAN POR LA VENTANA!

—¿Qué ventana?

—¡ESA VENTANA! ¡LA DE LA DERECHA! ¡AHÍ JUNTO AL

ARBUSTO! ¡LOS OJOS ME MIRABAN DIRECTAMENTE POR ENCIMA DE LA COPA DEL ARBUSTO!

—¿Ya se han ido?

—Sí…

—Entonces, vamos a dormir.

—¡HARRY, VETE A VER QUÉ ERAN ESOS OJOS! ¡ESTOY

ATERRADA!

—Vale, vale…

Harry deambuló por el jardín en zapatillas, pijama y albornoz, junto con una linterna y el bate de béisbol. Vio que Ann lo miraba por la ventana. Hurgó en el arbusto con el bate al tiempo que lo alumbraba con la linterna.

—¡Venga, mirón de mierda, sal de ahí! ¡No voy a hacerte mucho daño! ¡Sal ahora mismo y hablamos de todo este asunto! Yo soy un

mirón reformado. ¡Sal y hablamos un rato acerca de las cosas tan buenas que he visto!

—Harry —siseó Ann desde la ventana—, ¡no tiene gracia! ¡Ten cuidado!

Harry siguió hurgando en el arbusto e iluminando con la linterna.

—¡Sal de ahí, colega! ¡Podemos entrar en casa y ver unas pelis porno!

No parecía que hubiese nada. Harry se dio media vuelta para volver a entrar en la casa.

Fue entonces cuando oyó que algo corría tras él.

—¡JODER! —gritó Harry.

Lanzó el bate hacia aquello y falló. El bicho dio un buen brinco, bastante alto, y fue a caer en un pequeño alféizar que coronaba el dintel de la puerta trasera. No había mucho espacio en ese alféizar pero el bicho se las apañó para quedarse allí encaramado.

Harry se acercó más y dirigió hacia arriba el haz de luz. Y vio los OJOS…

LOS OJOS FEROCES, HORRIBLES, ENLOQUECIDOS.

—Harry, Harry…, ¿qué es eso? ¡Ten cuidado…!

Harry dirigió de pleno la luz sobre aquello.

—¡Ann, es un puto MONO!

—¿Un mono?

—Sí, un mono…

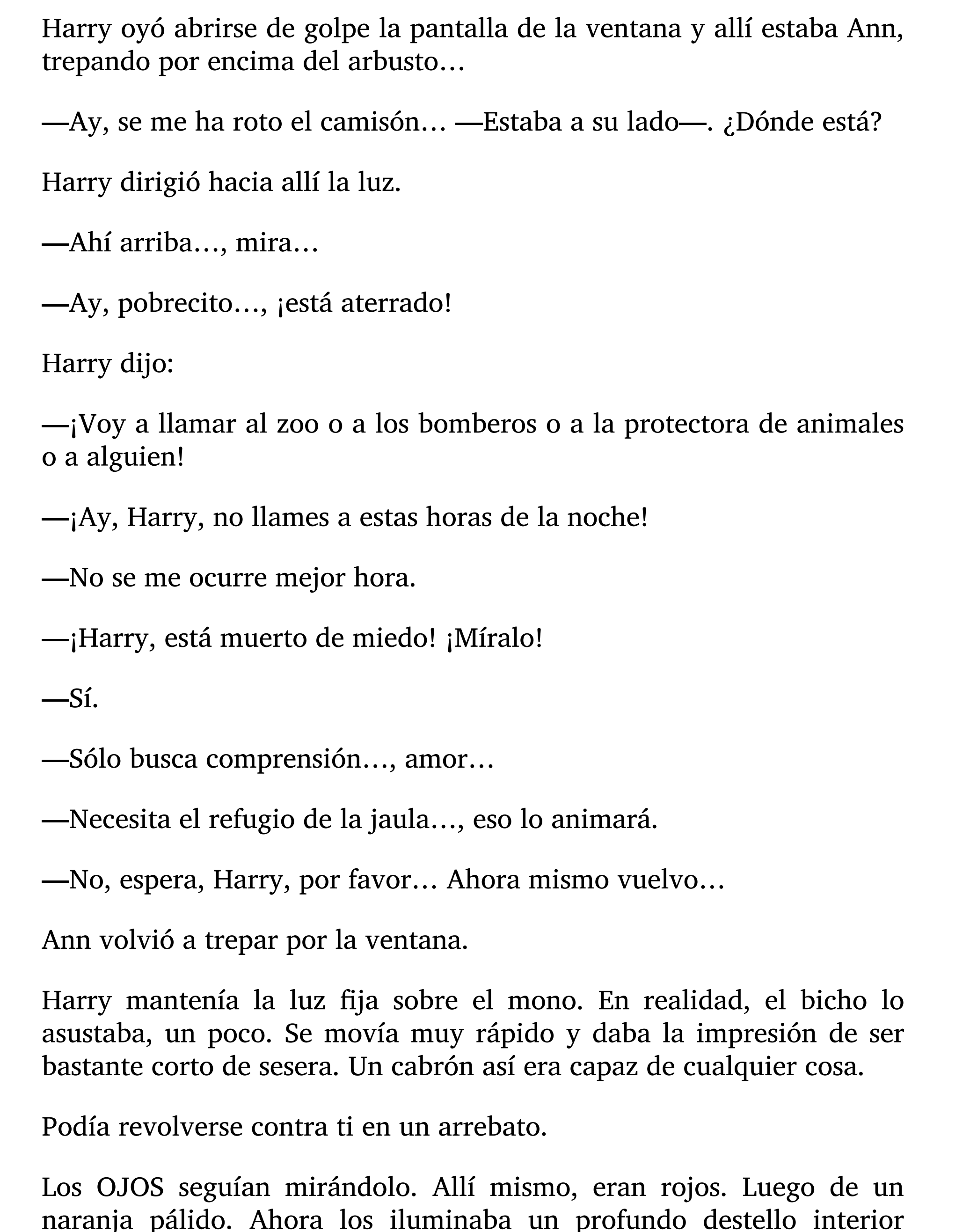
—Ah, ahora mismo salgo…

—No salgas por la puerta de atrás…, está ahí colgado, encima…, en el saliente…

—Salgo por la ventana…

—Quédate ahí…, igual muerde…

—No, voy a salir…



Harry oyó abrirse de golpe la pantalla de la ventana y allí estaba Ann, trepando por encima del arbusto…

—Ay, se me ha roto el camisón… —Estaba a su lado—. ¿Dónde está?

Harry dirigió hacia allí la luz.

—Ahí arriba…, mira…

—Ay, pobrecito…, ¡está aterrado!

Harry dijo:

—¡Voy a llamar al zoo o a los bomberos o a la protectora de animales o a alguien!

—¡Ay, Harry, no llames a estas horas de la noche!

—No se me ocurre mejor hora.

—¡Harry, está muerto de miedo! ¡Míralo!

—Sí.

—Sólo busca comprensión…, amor…

—Necesita el refugio de la jaula…, eso lo animará.

—No, espera, Harry, por favor… Ahora mismo vuelvo…

Ann volvió a trepar por la ventana.

Harry mantenía la luz fija sobre el mono. En realidad, el bicho lo asustaba, un poco. Se movía muy rápido y daba la impresión de ser bastante corto de sesera. Un cabrón así era capaz de cualquier cosa.

Podía revolverse contra ti en un arrebato.

Los OJOS seguían mirándolo. Allí mismo, eran rojos. Luego de un naranja pálido. Ahora los iluminaba un profundo destello interior amarillo, algo así como una carga eléctrica. Todos colores de peligro.

Entonces volvió a salir Ann.

—Tengo unos plátanos…

—¿Plátanos?

—¡Sí, el pobrecillo probablemente esté MUERTO de hambre!

Ann avanzó. Tenía dos plátanos. Dejó caer uno al suelo. Luego peló a medias el otro y se lo tendió al mono.

—Venga, baja… Venga, baja, pobrecito… ¡Baja y cómete el plátano!

—¡Ann, ese maldito bicho no va a bajar! ¡Voy a llamar a las autoridades!

—¡Venga, Bozo, baja a por este plátano tan rico! ¡Baja de ahí, Bozo!

—¿Bozo?

—A Bozo le encantan los plátanos, ¿verdad que sí, Bozo?

—Ann, ese bicho no va a…

Bozo brincó describiendo un enérgico arco. Se quedó inmóvil en el suelo. Luego, en un movimiento relampagueante echó a correr por el suelo. Pero no tomó el plátano de la mano de Ann. Agarró el otro, corrió un breve trecho, peló el plátano y se lo tragó.

—¡Pobre Bozo, está muerto de hambre!

—Venga, Ann, le dejamos el otro plátano y entramos en casa.

—¿Cómo? ¡No podemos dejar al pobrecito aquí fuera toda la noche!

—¿Por qué no? ¡Viene de la jungla! ¡Les encanta la noche!

—¡Harry, no voy a poder dormir si estoy pensando que pasa ahí fuera toda la noche solo!

—¡Y como hay Dios que yo no podré dormir con él dentro de nuestra casa!

El mono seguía sentado en el jardín, inmóvil, mirándolos.

—Además —dijo Harry—, seguro que no quiere entrar. Es salvaje.

—Ay, el pobrecito…, seguro que entra…, mira…

Ann fue a la puerta trasera, la abrió y luego se dirigió hacia Bozo, tentándolo con el plátano a medio pelar.

—Venga, Bozo, entra. Hay un montón de plátanos dentro, Bozo.

Venga…

Bozo se dirigió hacia el plátano. Ann reculó. Bozo la siguió. Ann subió los peldaños de entrada a la casa, de espaldas. Agitó el

plátano. Bozo la siguió.

—Venga, Bozo. Qué bonito, Bozo…

Y retrocedió hacia la casa, seguida por el mono.

Cuando entró Harry, Bozo se estaba terminando el plátano.

Luego miró las pieles, lanzó un sonido desagradable y las lanzó por encima de su cabeza.

Después se dirigió al cuenco de comida de Redeye. Quedaba un poco de comida para perros. Bozo se acercó, metió la cabeza y se puso a comer. Tenía el culo en pompa y era feo, rojo y lleno de arañazos sanguinolentos.

—Yo creía que no comían carne —aseguró Harry.

—Está muerto de hambre, el pobrecillo…

—Por la mañana llamaré a alguien. Este bicho tiene su sitio en alguna parte…

—Harry, su sitio es éste. Nos lo ha enviado el Destino.

—Bueno, pues el Destino se ha quedado sin suerte…

—Harry, siempre hemos querido un bebé…

—¡Ay, Dios santo…!

Bozo terminó la comida para perros y luego entró a paso lento en la sala. Ann y Harry lo siguieron.

—¡Míralo, Harry! ¡Se siente como en su propia casa!

—Atiborrado de plátanos y comida para perros…

Bozo se encaramó de un brinco al respaldo del sofá. Luego se agachó y cerró los ojos.

—¡Mira, Harry, va a dormir!

De pronto… Bozo lo soltó: defecó en el respaldo del sofá. Fue en plan diarrea, un manchurrón húmedo de sustancia fibrosa. Olía parecido a caucho quemado y amoniaco.

Bozo alargó entonces la mano hacia las heces, se pringó los dedos… y luego se frotó la boca con los dedos.

Después, entre gritos de alegría, bajó de un salto a la moqueta.

—¡Ese bicho tiene que largarse! —dijo Harry.

—¡Ya lo limpio! ¡Harry, el pobrecito no ha podido evitarlo!

Ann se fue corriendo a la cocina a por sus útiles de limpieza.

Justo en ese momento… entró Redeye en la sala. El perro.

Redeye era un viejo perro mestizo, bamboleante en los últimos años de su vida. En otros tiempos había sido duro como el amor agriado, pero el Tiempo no tenía conciencia: cuando el perro vio al mono, se echó atrás lentamente, gemebundo. Se retiró poco a poco, se arrastró hacia atrás, bien abajo, hasta quedar pegado al suelo, reculó, se desvaneció del juego.

Bozo lanzó un gritillo de victoria al estilo de Tarzán, golpeándose el pecho con una mano. Luego se interrumpió, se miró la mano, notó algo en los dedos: una pulga había salido despedida en toda la furia de su victoria, había quedado prendida en una uña y Bozo se inclinó y se comió uno de sus eternos enemigos.

Bueno, pensó Harry, ahora sólo quedamos yo y el puto mono.

Al día siguiente, domingo, Harry estaba viendo un partido de fútbol profesional en la tele y bebiendo cerveza. Ann y Bozo entraban y salían de la casa, jugando. No había ocurrido ninguna adversidad muy grave… Bueno, Bozo se había cagado encima de la nevera.

Era un buen partido de fútbol y Harry casi se olvidó del mono.

Redeye estaba a su lado, tembloroso pero fiel, procurando recobrar su pasado perdido. Harry alargó la mano y acarició al viejo perro mestizo…

—No te preocupes, ya nos libraremos de ese hijoputa…

Y se terminó la lata de cerveza.

Al menos Ann no estaba intentando convencerlo de que la llevara a ver alguna película. Ya tenía su película: ese pedazo de pellejo subnormal con el culo rojo.

Harry dejó la tele para ir a mear.

Luego salió a toda prisa a ver a qué venía semejante alboroto: Bozo estaba subido a lomos de Redeye, cabalgándolo. El perro corría de aquí para allá por la habitación, como loco.

Harry se lanzó a placarlo y rodaron todos por el suelo: perro, mono y hombre.

Redeye se fue como un rayo a la otra habitación.

El mono subió de un brinco a la mesita de centro, agarró un plátano, lo peló y se lo zampó…

Esa noche, a altas horas, Harry y Ann estaban juntos en la cama.

Llevaban unas tres semanas sin hacer el amor. De alguna manera, se metieron en faena.

Harry estaba venga dale que te pego. Por primera vez en mucho tiempo se sentía normal. El sexo no era terrible en absoluto. Era muy interesante.

Hacía tiempo había sido un amante de campeonato. O así se lo había parecido.

Fuera como fuese, estaba yendo bien.

Entonces… a Ann le entró la risa tonta…, violentamente…

—¿Qué diablos…? —preguntó Harry.

Se apartó.

—¡Mira! ¡Fíjate! —dijo Ann.

Harry volvió la cabeza.

Bozo les estaba mirando.

Estaba encima de la cómoda, masturbándose.

Tenía una larga cosilla roja y fina y se la estaba machacando. Sus ojos tenían una mirada tonta, extraviada.

Bozo lanzó un gritito. Había terminado. Se bajó de la cómoda de un salto y salió corriendo del cuarto.

Ann seguía con la risa floja.

—¡Eso sí que ha sido gracioso!

—¿Sí?

—¡Cariño, ese puto bicho tiene que largarse!

Al despertar por la mañana, Harry agarró el teléfono y llamó al trabajo para decir que estaba enfermo.

—No sé muy bien qué es —les dijo—, pero estoy incubando algo y creo que es algo malo…

Colgó el teléfono lentamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Ann—. ¿Qué estás incubando, Harry?

¿Qué puedo hacer?

—Nada. ¿Dónde está el maldito mono?

—Está por la casa, en alguna parte. Lo he cerrado todo para que no pueda escaparse.

—¡Voy a mandarlo a tomar por culo de aquí! ¡Estamos dando refugio a un animal salvaje! ¡No estamos preparados para algo así!

¡Tiene que irse!

—¡Ay, Harry, por favor! ¡Es una monada! ¡Lo único que necesita es amor!

—¡Lo único que necesita es una jaula y un guarda!

Ann se levantó y se fue al cuarto de baño. Cerró la puerta. Poco después Harry la oyó llorar.

Se acercó a la puerta y le habló desde el otro lado:

—Lo siento, Ann, ya sé que tiene sus encantos…, pero… ¡nos está destrozando la vida! Tengo que librarme de él…

Se oyó un gemido al otro lado de la puerta. Hizo que Harry se sintiera mal pero regresó al dormitorio y empezó a vestirse. Lo primero que tenía que hacer era encontrar al mono. Luego lo metería en el cajón portátil que tenía para llevar a Redeye al veterinario. Después de haberlo metido allí, llamaría a la protectora de animales.

Harry salió y sacó el cajón del garaje. Era sólido, de madera contrachapada con grandes orificios de rejilla. Era lo bastante grande para llevar a Bozo. Lo llevó a casa y lo plantó en la cocina.

No se veía a Bozo por ninguna parte.

Harry encontró un par de plátanos.

—¡Bozo, colega, sal de dondequiera que estés! ¡Sal a desayunar!

¡Bozo! ¡Plátanos ricos! ¡Plátanos ricos y maduritos!

¿Dónde estaba el hijoputa?

Entonces lo encontró. Estaba dormido encima de la tele. Era como un hombrecito recubierto de pelaje. Poseía cierto encanto, y cierta inocencia de baja intensidad.

Así dormido, Bozo ganaba unos puntos.

Harry se le acercó y le tocó la oreja. Bozo abrió un ojo, miró a Harry. El mono casi pareció sonreír.

—¿Te apetece un plátano, chaval?

Bozo se incorporó lentamente, se apoyó en los cuartos traseros y luego dejó las patas colgando delante de la tele. Seguía medio dormido.

Harry peló el plátano.

—Venga, muchacho, toma un mordisco…

Bozo le dio un mordisquito, lo masticó, se rascó la nuca y miró a Harry esperando más. Harry le dio el resto del plátano. Luego peló el segundo plátano y se lo dio.

El mono parecía bastante relajado.

—Bozo, ven aquí con papá…

Harry alargó las manos y agarró al animal. Bozo le rodeó el cuello con los brazos.

Harry se llevó al mono a paso lento a la cocina, hacia el cajón portátil.

Igual deberíamos quedárnoslo, pensó Harry.

No, tengo que ser fuerte. Esto llegó en plena noche para arrancarnos el corazón. Puede destrozarnos la vida. No tiene esa intención, claro…, pero…

Dejó a Bozo en el suelo delante del cajón. La puerta estaba abierta.

—Venga, Bozo…, entra ahí y echa un vistazo… Es una casita de juguete para ti… Y todos seremos más felices cuando entres ahí…, sí…

Bozo se quedó allí plantado y miró la abertura. No se movía…

Harry alargó la mano hacia el feo culo rojo y le dio un suave empujón.

El mono estaba casi dentro…

—¡NO, NO, BOZO! ¡NO ENTRES AHÍ! ¡CORRE, BOZO! ¡CUIDADO!

¡HUYE!

Era Ann, detrás de ellos.

El mono se sobresaltó. Se volvió como para alejarse a saltos…

Harry agarró a Bozo con fuerza, lo tenía bien apretado. Lo sujetó.

Bozo forcejeó, pateó, gritó, pero Harry lo tenía bien pillado.

Harry lo acercó lentamente a la puerta del cajón. El mono era fuerte y estaba oponiendo resistencia, pero Harry lo empujaba puerta adentro…

Entonces Ann le echó los brazos al cuello a Harry y empezó a apartarlo de Bozo…

—¡NO! —chilló—. ¡NO, NO, NO! ¡NO VA A ENTRAR AHÍ!

Harry se vio forcejeando con el mono y con Ann.

Rodeó a Bozo con el brazo izquierdo e intentó repeler a Ann con el derecho.

El mono se estaba zafando de su brazo izquierdo y Harry dejó de pelear con Ann a fin de controlar mejor a Bozo.

Harry acercó el brazo derecho, tomó la mano derecha y empujó la cabeza del animal, la coronilla, a fin de hacer retroceder a Bozo hacia su brazo izquierdo, con el que lo tenía asido por la cintura, pero el mono se había meneado en sentido ascendente hasta casi zafarse…

En el forcejeo, a Harry se le fue resbalando la mano de la coronilla de Bozo hacia la cara, la nariz, la boca…

El mono le dio un mordisco a Harry en el dedo índice…, atravesándole limpiamente el dedo y el hueso. Le cercenó el dedo justo por debajo del nudillo.

Harry rodó por el suelo…, AULLANDO DE TERROR Y DOLOR

COMO SI EL MUNDO TOCARA A SU FIN…, mientras el mono se largaba por la puerta trasera que había quedado abierta…

Bozo huyó a toda velocidad hacia el mundo con el dedo en la boca…

Harry se sentó en el suelo con la mano bien pegada al estómago.

—¡TRAE UNA TOALLA! ¡TRAE UNA TOALLA! ¡TRAE AGUA OXIGENADA!

Inspiró profundamente, espiró.

—¡LLAMA A UNA PUTA AMBULANCIA!

Entonces, curiosamente, cesó el dolor casi por completo. Sólo notaba como si algo le estuviera lanzando mordisquitos al muñón del dedo. También sentía un frío extraño, como si el dedo estuviera en un ambiente gélido, y aun así lo notaba palpitar.

Ann regresó corriendo del cuarto de baño con los bártulos, que incluían un pequeño botiquín de primeros auxilios y el folleto de instrucciones.

—¡AY, DIOS MÍO, HARRY, ES TODO CULPA MÍA, ES TODO CULPA MÍA! ¡TE QUIERO, HARRY, TE QUIERO! ¡AY, ESE MONO IDIOTA!

¿QUÉ HE HECHO?

—No pasa nada, cariño, no te eches la culpa, no es más que mala suerte. ¡Venga, ponme un poco de agua oxigenada!

Harry apartó la mano de la camisa, la miró un momento…, qué raro ver que faltaba una parte…, y roció el muñón del dedo con agua oxigenada.

—Dame un poco de algodón, cariño, y una venda…

Harry se lo estaba tomando con bastante tranquilidad y su cabeza le preguntaba: ¿por qué te lo estás tomando con tanta tranquilidad?

Y entonces su cabeza le respondió: no lo sé.

—Esparadrapo, por favor…

Harry se sujetó el torpe vendaje…

—Tijeras, por favor…

—AY, HARRY…

—Llama a la ambulancia, Ann… Tengo que ir a Urgencias…

Ann se fue al dormitorio para llamar por teléfono. Harry pasó por su lado a la carrera camino de la puerta principal…

—¿HARRY, ADÓNDE VAS?

—¡TENGO QUE PILLAR A ESE MONO, ESE MONO TIENE MI DEDO!

—¿HARRY, QUÉ QUIERES DECIR?

Se detuvo en el umbral.

—¡DICEN QUE SI NO RECUPERAS UNA PARTE ENSEGUIDA, NO

PUEDEN VOLVER A COSÉRTELA!

Harry salió corriendo al jardín.

—Bozo, guapo, ¿dónde estás, Bozo? ¡No estoy enfadado, Bozo!

Bozo, guapo, ven aquí, ven aquí, hay un montón de plátanos y puedes cabalgar al perrito, puedes cagarte donde quieras, me da igual… ¡Bozo, ven aquí, Bozo!

Harry correteaba por el jardín, buscando…; la sangre empezaba a filtrarse por el vendaje improvisado. Era como una manopla que se estaba volviendo roja poco a poco. La mano había dejado de palpitarle. El palpitar le había subido a las sienes…

Joder, pensó, igual el hijoputa tiene la rabia…

—¡Bozo, ven aquí, Bozo, te queremos!

No parecía haber ni rastro del animal en el jardín.

Harry se fue corriendo por el sendero, se detuvo un momento a la entrada, se la jugó y dobló a la derecha, camino de la casa de los Johnson. La señora Johnson, una señora canosa con la cara gorda y blanca, piernas gruesas y ojos cual botones de perla desvaídos, la señora Johnson estaba allí plantada regando el jardín. El agua de la manguera describía un arco y borboteaba sobre la misma zona de césped. A la señora Johnson la consumían el ruido y la acción del agua.

—¡SEÑORA JOHNSON!

—Ah, buenos días, señor Evans… Bonito día, ¿verdad?

—Señora Johnson, ¿ha visto un mono?

—¿Qué?

—¿Ha visto un mono?

—Ah, sí, he visto alguno.

—¡Quiero decir ahora mismo! ¡Por aquí! ¡AHORA!

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¡SEÑORA JOHNSON, ESE MALDITO MONO TIENE MI DEDO!

—¡No diga esas vulgaridades en mi presencia, señor Evans!

—¡AY, DIOS MÍO!

Harry pasó corriendo por su lado camino del sendero de entrada.

—¿Adónde va?

La señora dejó caer la manguera y fue corriendo tras él.

—¡FUERA DE MI JARDÍN!

Harry correteó por el jardín, buscando, buscando…

No había nada.

Dio media vuelta y se largó a la carrera por el sendero de gravilla dejando atrás a la señora Johnson.

—¡VOY A DECIRLE A MI MARIDO LO GROSERO QUE HA SIDO

CONMIGO! ¡VA A DARLE UNA PALIZA!

Dios mío, pensó Harry, mientras se largaba de allí, ni siquiera se ha fijado en la mano ensangrentada… Ay, es inútil, no encontraré nunca a ese bicho… Probablemente ya se habrá deshecho del dedo…, pero tengo que seguir buscando…, no queda mucho tiempo…

Vio a Ann delante de su casa.

—¡HARRY, HE LLAMADO A LA AMBULANCIA! ¡VIENEN DE

CAMINO!

—GRACIAS, CARIÑO, DILES QUE ESPEREN. ¡AHORA MISMO

VUELVO!

—TE QUIERO, HARRY… ¡LO SIENTO MUCHO, AY, DIOS MÍO, CÓMO LO SIENTO!

—¡NO TE PREOCUPES, CARIÑO, AHORA MISMO VUELVO!

Harry se fue manzana adelante hacia la izquierda. Entró corriendo por el sendero de gravilla de los Henderson. El jardinero contratado, un tipo escuálido y de aspecto más bien satisfecho, estaba utilizando el soplador para limpiar broza diversa. Cuando Harry vino a la carrera el jardinero vio aquello corriendo hacia él, aquello con el extremo del brazo de un blanco ensangrentado. Gritó, levantó el soplador y lanzó un chorro de aire contra Harry.

—Mierda —dijo Harry.

Se volvió y corrió sendero adelante hasta la calle.

Se quedó plantado en mitad de la calle, mirando alrededor, pensando: seguro que se me está acabando el tiempo para recuperar el dedo.

Entonces, hacia la izquierda, a eso de media manzana, vio una muchedumbre reunida en torno a una camioneta de helados. Eran sobre todo niños y algún que otro adulto.

Y allá encima de la camioneta de los helados había una especie de criatura pequeña.

Harry se fue corriendo calle abajo.

Cuando llegó hasta el gentío, allí estaba Bozo…, sentado encima de la camioneta de los helados.

Y, colgando del reborde de la boca, se veía la punta del dedo índice de Harry.

Bozo estaba sentado, casi como soñando.

—Vale —dijo Harry—, ese mono es mío. Ahora, apártense… No lo asusten, por favor…

—Voy a darle mi helado y seguro que baja —dijo un niño, al que le rezumaba un poquito de moco del orificio nasal izquierdo.

—Gracias, hijo, pero deja que me encargue yo, por favor…

—Eh, señor, ¿qué es eso que tiene en la boca? —preguntó una niñita.

—Eso da igual… Sea lo que sea, lo quiero y también quiero el mono…, ¿de acuerdo?

—Claro, señor… ¿Cómo es que tiene la mano toda ensangrentada?

—No pasa nada… Ahora, todo el mundo, hagan el favor de apartarse… Lo están asustando…

La gente se mostró bastante amable. Adultos y niños por igual, retrocedieron. No mucho, pero retrocedieron.

Harry levantó la vista hacia el techo de la camioneta.

—Bozo, soy yo… ¿Te acuerdas? Baja aquí… y trae… eso… que tienes en la boca. Si lo haces, seremos amigos para siempre. ¡Te lo prometo! Bozo, ¿me estás escuchando?

—¿Qué es eso que lleva en la boca, señor? —preguntó la misma niña.

—¡MALDITA SEA, ES MI DEDO! ¿LO ENTIENDES?

—¿Qué hace con su dedo, señor?

Harry miró a Bozo allí sentado en el mismo trance ensoñado.

Harry se volvió hacia el conductor de la camioneta.

—Trae algo. ¡Algo suculento! ¡Algo que… si fueras un mono…

bajarías a comerte!

—¿Eh?

—Vale, olvídalo…, ¿me pasas un polo?

—¿Con sabor a qué?

—A plátano.

El conductor se fue hacia la trasera de la camioneta.

Harry volvió a levantar la vista hacia el mono.

—¡BOZO! ¡SEGURO QUE TIENES HAMBRE! ¡QUEREMOS QUE

COMAS! ¿ENTIENDES? VAMOS A DARTE ALGO DE COMER, ¿LO

ENTIENDES? ¡COMER!

Bozo emitió un ruidito.

Harry sonrió.

Entonces Bozo se sacó el dedo de la boca, lo miró, volvió a metérselo en la boca y empezó a masticar.

—¡AY, JODER! ¡ESO NO! ¡PARA, PARA, PARA!

Bozo siguió masticando. El conductor se acercó a Harry e intentó darle el polo, diciéndole:

—Se nos ha acabado el de plátano…

Harry tiró el polo al suelo de un revés. Intentó trepar por el costado de la camioneta pero era liso, sin nada donde agarrarse.

Harry se detuvo.

La mano ensangrentada había dejado manchas feas y extrañas en el costado de la camioneta.

Harry apoyó allí la cabeza en actitud de descanso.

—Ay, joder…, ay, Dios…

Luego apartó la cabeza de la camioneta. Volvió a alzar la vista hacia el techo del vehículo.

Bozo estaba tomando un último bocado.

Luego redondeó los labios y escupió…

Un huesillo salió volando por los aires y fue a parar al asfalto.

Harry lo miró y luego se dio la vuelta.

Echó a andar calle arriba hacia su casa.

Entonces oyó una voz.

—EH, SEÑOR, ¿QUÉ VA A HACER CON SU MONO?

Harry se volvió.

Era el niño al que le rezumaban mocos del orificio nasal izquierdo.

—Puedes quedártelo…

—¡QUÉ GUAY! ¡QUÉ GUAY, QUÉ GUAY, QUÉ GUAY!

Harry echó a andar de nuevo hacia su casa.

Vio la ambulancia en el sendero de entrada. Había dos o tres figuras…, tal vez cuatro…, esperándole… Tal vez más. Empezaba a verlo todo borroso. Una de las figuras que alcanzaba a distinguir era su esposa.

—¡HARRY, LA AMBULANCIA ESTÁ ESPERANDO! ¿VAMOS HACIA ALLÍ?

Agitó el brazo por encima de la cabeza, el de la mano ensangrentada…

—¡NO, NO! ¡AHORA MISMO LLEGO!

Curiosamente, se sentía como si no hubiera ocurrido nada del otro mundo.

Pero era consciente de que había ocurrido algo.

Mientras caminaba, se llevó la mano al costado, esa mano, y no la miró.

La señora Johnson seguía regando el mismo punto del jardín cuando pasó por delante.

—¡MI MARIDO —gritó al verlo— VA A DARLE UNA PALIZA!

No había otro remedio que dirigirse a la ambulancia.

FINGIRSE POETA Y SERLO

12/4/1992 11.42 de la noche

¿Por dónde empezar? Bueno, fue Nietzsche quien, cuando le preguntaron por los poetas, respondió: «¿Los Poetas? Los Poetas mienten demasiado.»

Al leer poesía del pasado y de nuestros días, esta crítica parece jodidamente acertada. Por lo visto hay tanta pose, tanto pavoneo…, tanto fingirse poeta, ese mensajero escogido de los dioses. Creo que si los dioses escogieron a la mayoría de nuestros poetas, entonces, sin duda, escogieron mal. Naturalmente, el timo y los embustes abundan en todas las Artes, pero creo que a los poetas es a quienes mejor se les da mancillar su disciplina particular.

Y reconozco que es mucho más sencillo criticar la poesía que escribirla. Cuando era muy joven, disfrutaba leyendo los artículos críticos del Sewanee Review y el Kenyon Review sobre poesía. Esos críticos eran tan encantadores, tan esnobs, tan resguardados, tan endogámicos, que —en ocasiones— se mostraban crueles con otros críticos hasta el punto de resultar graciosos. Se hacían pedazos limpiamente con el lenguaje más exquisito, y yo lo admiraba, porque mi propio lenguaje era más bien brusco y directo, cosa que prefería,

aunque su estilo me maravillaba profundamente. Ah, qué manera tan caballerosa de llamarse gilipollas e idiotas. Aun así, al margen de eso, tenían cierta idea de lo que iba mal con la poesía y lo que cabía hacer al respecto. Pero fíjate, cuando acudía a la poesía en las páginas de esas publicaciones, era muy mala poesía: pretenciosa, pálida, poco convincente, fangosa, aburrida… Era un insulto a esas páginas. La lucha había desaparecido, el riesgo había desaparecido.

Era leche agria. Era la miseria de andarse con sumo cuidado. Y

cuando los propios críticos probaban suerte con el poema, no poseía ni rastro de la altisonancia y los fuegos de artificio de sus artículos críticos. Era como si, al pasar a la forma poética, dejaran en alguna otra parte lo que les quedaba de alma. La poesía es el campo de pruebas definitivo y entre quienes lo han intentado en nuestra época o en otros siglos muy pocos han superado la prueba.

La poesía proviene de donde has vivido y como has vivido y de lo que te hace crearla. La mayoría de la gente ya ha entrado en el proceso de la muerte para los 5 años, y con cada año que pasa queda menos de ellos en el sentido de que ser original empieza por la oportunidad de abrirse paso y alejarse de lo que resulta evidente y lo que mutila. Por lo general, quienes lo consiguen han tenido experiencias vitales y siguen teniendo experiencias vitales que los hacen diferentes, los aíslan de tal manera que se convierten en maravillosos bichos raros, visionarios con sus propias visiones. Tal vez entre en juego cierta suerte pero no exactamente, porque a diario se nos ofrecen opciones, y si uno escoge mal con demasiada frecuencia, en contra de la vida, no tardará en estar muerto mucho antes de su funeral.

A quienes mejor se les da la poesía es a aquellos que tienen que escribirla y seguirán escribiéndola sea cual sea el resultado. Pues si no la escriben, ocurrirá alguna otra cosa: asesinato, suicidio, locura, Dios sabe qué. El acto de escribir la Palabra es el acto del milagro, la salvación, la suerte, la música, el seguir adelante. Despeja el espacio, define la bazofia, te salva el cuello y de paso le salva el cuello a algún otro. Si de alguna manera se deriva de todo ello la fama, no hay que hacerle ningún caso, hay que seguir escribiendo como si el siguiente verso fuera el primero.

Asimismo, hay otros escritores, aunque muy pocos. Pero en mi caso hay tal vez 6 o 7 que me hicieron seguir adelante cuando todo lo demás me decía que parase.

Y aunque debemos hacer caso omiso de los elogios, hay ocasiones en

las que nos podemos permitir sentirnos bien un

poquito. Recibí una carta de un preso en una cárcel australiana que me escribió: «Tus libros son los únicos libros que pasan de celda en celda.»

Pero ya he hablado suficiente aquí sobre escribir poesía; todavía queda tiempo esta noche para escribirla. Unas cuantas cervezas, un puro, música clásica en la radio. Nos vemos.

Charles Bukowski

FUENTES

«La razón detrás de la razón», Matrix, vol. 9, n.º 2, verano de 1946.

«Amor, Amor, Amor», Matrix, vol. 9, n.º 3-4, invierno de 1946-1947.

«Cacoethes scribendi», Matrix, vol. 10, n.º 3-4, otoño-invierno de 1947. «La historia del violador», Harlequin, vol. 2, n.º 1, 1957. «80

aviones no te dejan fuera de toda sospecha», Harlequin, vol. 2, n.º

1, 1957. «Manifiesto: exigimos nuestros propios críticos», Nomad, n.º 5/6, 1960. «Es difícil vender la paz, tío», Renaissance, 4, 1962.

«Mis coetáneos a examen», Literary Times (Chicago), vol. 3, n.º 4, mayo de 1964. «Ojalá estuviera durmiendo», Open City Press, vol. 1, n.º 6, 6-13 de enero de 1965. «El viejo profesional», Ole, n.º 5, 1966. «Reseñas de Allen Ginsberg/Louis Zukofsky», Ole, n.º 7, mayo de 1967. «Bukowski sobre Bukowski», Open City, n.º 92, 23 de febrero-1 de marzo de 1969. «Escritos de un viejo indecente», Open City, n.º 32, 8-14 de diciembre de 1967. «La ausencia del héroe», Klacto 23/ International, Frankfurt, 1969. «Cristo con salsa barbacoa», Candid Press, 27 de diciembre de 1970. «¡Ah, liberación, libertad, lirios en la luna!», manuscrito inédito, UCSB, 1971. «El gato en el armario», Nola Express, n.º 51, 20 de marzo-2 de abril de 1970. «Escritos de un viejo indecente», Candid Press, 6 de diciembre de 1970. «Ruido y pasión», Adam, vol. 15, n.º 3, marzo de 1971.

«Sólo escribo poesía para acostarme con chicas», Rogue, n.º 29, abril de 1971. «La casa de los horrores», manuscrito inédito, 1971, University of Arizona Library. «Ensayo sin título sobre d.a. levy», The Serif, vol. VIII, n.º 4, diciembre de 1971. «Henry Miller vive en Pacific

Palisades y yo vivo en un barrio de mala muerte, escribiendo todavía sobre sexo», Knight, vol. 9, n.º 7, 1972. «Un prólogo a estos poemas», Anthology of L.A. Poets, eds. Charles Bukowski, Neeli Cherry y Paul Vangelisti, Laugh Literary/Red Hill Press, 1972. «The Outsider», Wormwood Review, vol. 12, n.º 1, 45, 1972. «La mujer de Vern», Fling, vol. 15, n.º 2, mayo de 1972. «Escritos de un viejo indecente», Nola, n.º 104, 14-17 de abril de 1972. «Escritos de un viejo indecente», Los Angeles Free Press, 1 de junio de 1973.

«Maltrata a sus mujeres», Second Coming: Special Charles Bukowski Issue, vol. 2, n.º 3, 1973. «Escritos de un viejo indecente», Los Angeles Free Press, 28 de junio de 1974. «Escritos de un viejo indecente», Los Angeles Free Press, 22 de agosto de 1975. «Escritos de un viejo indecente. Escritos del indecente conductor de un Volkswagen azul de 1967 TRV 491», Los Angeles Free Press, 7 de noviembre de 1975. «El recital del gran ciego», Hustler, marzo de 1977. «El este de Hollywood: el nuevo París», Second Coming, vol.

10, n.º 1/2, 1981. «El jugador», High Times, noviembre de 1983.

«El donjuán del este de Hollywood», Oui, febrero-marzo de 1985.

«El matón», inédito en inglés, 1985. «El invasor», inédito en inglés, 1986. «Fingirse poeta y serlo», Explorations ’92, 1992.

NOTAS

1 «Consecuencias de una larga nota de rechazo», «A 29 tanques de Kasseldown» y «Difícil sin música» se encuentran en Charles Bukowski, Portions from a WineStained Notebook: Uncollected Stories and Essays, 1944-1990, editado y prologado por David Stephen Calonne, San Francisco, City Lights, 2008 [trad. esp.: Fragmentos de un cuaderno manchado de vino. Relatos y ensayos inéditos, 1944-1990, Barcelona, Anagrama, 2008]. Los primeros relatos son extraordinarios no sólo por su estilo y enfoque, sino también porque encierran prácticamente todos los temas principales que preocuparían a Bukowski a lo largo de su carrera: su búsqueda romántica y erótica, el sentimiento de alienación, sus atribulados antecedentes familiares, el descubrimiento del alcohol, la lucha por llegar a ser escritor y el amor por la música clásica.

2 Véase «Carson McCullers» en The Night Torn Mad With Footsteps, Santa Rosa, Black Sparrow Press, 2001, p. 35.

3 Juvenal, Sátiras VII: «Nam si discedas, laqueo tenet ambitiosi /

consuetudo mali, tenet insanabile multos / scribendi cacoethes et aegro in corde sensecit», «No puedes huir, estás atrapado en el nudo de un vicio; muchos están poseídos por una necesidad de escribir incurable y endémica que se convierte en obsesión enfermiza», Juvenal, The Sixteen Satires, trad. Peter Green, Londres, Penguin Books, 1998, p. 56. Sobre creatividad literaria e hipergrafía, véase Alice W. Flaherty, The Midnight Disease: The Drive to Write, Writer's Block and the Creative Brain, Nueva York, Houghton Mifflin, 2004.

4 Acerca de Bukowski y las publicaciones modestas, véase Abel Debritto, Who's Big in the «Littles»: A Critical Study of the Impact of the Little Magazines and Small Press Publications on the Career of Charles Bukowski from 1940 to 1969, tesis doctoral inédita, Universitat Autònoma de Barcelona, 2009.

5 Charles Bukowski, Ham On Rye, Santa Bárbara, Black Sparrow Press, 1982, cap. 34, p. 146 [trad. esp.: La senda del perdedor, Barcelona, Anagrama, 1982].

6 Debritto, Who's Big in the «Littles», op. cit., p. 118. Debritto también pone de manifiesto que Bukowski mantuvo correspondencia con Burnett entre 1945 y 1955, disipando una vez más el mito de que se desentendió del mundo literario durante su «borrachera de diez años».

7 Friedrich Nietszche, Thus Spoke Zarathustra, Harmondsworth, Penguin, 1983, p. 40 [trad. esp.: Así habló Zaratustra, Madrid, Valdemar, 2005].

8 Las traducciones de Carl Weissner condujeron directamente al éxito de Bukowski en Alemania y Europa. Acerca de la relación de Bukowski con Alemania y Carl Weissner, véase la entrevista de Jay Dougherty con el autor, «Charles Bukowski and the Outlaw Spirit», en Sunlight Here I Am: Interviews & Encounters 1963-1993, de Charles Bukowski, editado y prologado por David Stephen Calonne, Northville, Sundog Press, 2003, pp. 231-235. Sobre la recepción de Bukowski en Alemania, véase Horst Schmidt, The Germans Love Me For Some Reason: Charles Bukowski und Deutschland, Augsburgo, Maro Verlag, 2006.

9 Maurice Berger, «Libraries Full of Tears: The Beats and the Law», en Lisa Phillips, Beat Culture and the New America 1950-1965, París/ Nueva York, Whitney Museum of American Art/Flammarion, 1995, pp. 122-137.

10 Véase Barry Miles, Charles Bukowski, Londres, Virgin, 2005, pp.

152-153 [trad. esp.: Charles Bukowski, Barcelona, Circe, 2006],

y Howard Sounes, Charles Bukowski: Locked in the Arms of a Crazy Life, Nueva York, Grove Press, 1998, pp. 83-84.

11 Steven Clay, Rodney Phillips y Jerome Rothenberg, A Secret Location on the Lower East Side: Adventures in Writing 1969-1980, Nueva York, Granary Books, 1998, p. 84. Sobre d.a. levy, véase d.a.

levy & the mimeograph revolution, edición a cargo de Larry Smith e Ingrid Swanberg, Huron, Ohio, Bottom Dog Press, 2007. Acerca del artículo de Bukowski en apoyo de Lowell, véase Portions from a WineStained Notebook, op. cit., pp. 61-62 [trad. esp.: Fragmentos de un cuaderno manchado de vino, op. cit., pp. 109-111]. Sobre el underground, véase Jean-François Bizot, 20 Trips from the Counter-culture: Graphics and Stories from the Underground Press Syndicate, Londres, Thames and Hudson, 2006; Diane Kruchkow y Curt Johnson, eds., Green Isle in the Sea: An Informal History of the Alternative Press, 1960-85, Highland Park, December Press, 1986; Roger Lewis, Outlaws of America: The Underground Press and its Context: Notes on a Cultural Revolution, Harmondsworth, Penguin, 1972.

12 Jack Micheline, Sixty Seven Poems for Downtrodden Saints, San Francisco, FMSBW, 1999. Véase Miles, op. cit., p. 160; Sounes, op. cit., p. 93. Micheline sobre Bukowski, San Francisco Beat: Talking with the Poets, ed. David Meltzer, San Francisco, City Lights, 2001, pp. 226227.

13 Kenneth Rexroth, «There's Poetry in a Ragged Hitch-hiker», The New York Times, 5 de julio, 1964. Bukowski sobre Rexroth, Screams from the Balcony: Selected Letters 1960-1970, ed. Seamus Cooney, Santa Rosa, Black Sparrow Press, 1993, pp. 165 y 330.

Sobre Bukowski y los beats, véase Jean-François Duval, Buk et Les Beats: Essai Sur La Beat Generation, París, Éditions Michalon, 1998; trad. inglesa: Alison Ardron, Bukowski and the Beats, Northville, Sun Dog Press, 2002.

14 Harold Norse sobre Bukowski, véase Memoirs of a Bastard Angel: A Fifty-Year Literary and Erotic Odyssey, Nueva York, Thunder's Mouth Press, 1989, pp. 420-422, 424-426; y «Laughter in Hell», en Drinking with Bukowski: Recollections of the Poet Laureate of Skid Row, ed. Daniel Weizman, Nueva York, Thunder's Mouth Press, 2000, pp. 91-96.

15 La estupenda semblanza de Bukowski en Open City de su

encuentro con Neal Cassady y la muerte de Cassady en México entró a formar parte de antologías como: Ann Charters, The Portable Beat Reader, Nueva York, Penguin, 1992, pp. 438-444; David Kherdian, Beat Voices: An Anthology of Beat Poetry, Nueva York, Henry Holt, 1995, pp. 120-123, y Jeffrey H. Weinberg, ed., Writers Outside the Margin, Subdury, Water Row Press, 1986, pp. 94-96. Charters también incluyó otra de las columnas de «Escritos» de Bukowski en The Portable Sixties Reader, Nueva York, Penguin, 2003, pp. 436-439.

16 Sobre Bukowski y Ferlinghetti, véase Lawrence Ferlinghetti y Nancy J. Peters, Literary San Francisco: A Pictorial History from Its Beginnings to the Present Day, San Francisco, City Lights Books y Harper and Row, 1980, pp. 210 y 221; véase también Barry Silesky, Ferlinghetti: The Artist in His Time, Nueva York, Warner Books, 1990, pp. 177-178; el poema de Bukowski «El bardo de San Francisco» es un homenaje a Ferlinghetti; véase onthebus, 14, vol.

VI, n.º 2, 1997, pp. 30-32, recogido en Betting on the Muse: Poems

& Stories, Santa Rosa, Black Sparrow Press, 1996, pp. 233-235.

17 Véase Sounes, op. cit., pp. 140-141.

18 Véase Debritto, op. cit., pp. 214 y 330.

19 Bukowski comentó: «Doy recitales de poesía… por dinero.

Estrictamente por supervivencia. No me gusta hacerlo pero dejé mi empleo el 9 de enero pasado y ahora me he convertido en algo así como un buscavidas literario. Ahora hago cosas que no habría hecho antes. No me gusta hacerlas en absoluto», véase Sunlight Here I Am, p. 47.

20 El obsesivo regreso de Bukowski al lugar de sus heridas traumáticas recuerda también la concepción lacaniana del inconsciente: Slavoj Zizek afirma que «el inconsciente no es la reserva de impulsos salvajes que debe domar el ego, sino el lugar donde se manifiesta una verdad traumática. Ahí estriba la versión lacaniana del lema de Freud, Wo es war, soll ich werden [Donde ello era, yo debo advenir]: no "El ego debería conquistar el id", el lugar de los impulsos inconscientes, sino "Debería atreverme a hollar el lugar de mi verdad". Lo que "allí" me espera no es una profunda Verdad con la que deba identificarme sino una verdad insoportable con la que debo aprender a vivir», Slavoj Zizek, How to Read Lacan, Nueva York, W.W. Norton, p 3. Bukowski acostumbra a servirse del sentido del humor para vivir con esa verdad insoportable.

21 e.e. cummings, A Selection of Poems, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1965, p. 155.

22 Sobre Rabelais, véase el poema de Bukowski «murió el 9 de abril de 1553», en The Night Torn Mad with Footsteps: New Poems, Santa Rosa, Black Sparrow Press, 2001, pp. 218-219. Y en una entrevista de 1981 explicó: «… el Decamerón, Boccaccio. Eso tuvo una gran influencia en Mujeres. Me encantó la idea de que el sexo era tan ridículo que nadie podía manejarlo. Para él no se trataba tanto de amor; se trataba de sexo. El amor es más divertido, más ridículo. ¡Qué tío! Cómo se reía del asunto. Debió de salir trasquilado unas cinco mil veces para escribir así. O igual es que era marica; no lo sé. Pues bien, el amor es ridículo porque no puede durar, y el sexo es ridículo porque no dura lo suficiente», Sunlight Here I Am, op.

cit., p. 179.

23 Sobre las películas preferidas de Bukowski, véase Sunlight, op.

cit., p. 230. Sobre el humor negro, véase Morris Dickstein, Gates of Eden: American Culture in the Sixties, Nueva York, Basic Books, 1977, «Black Humor and History: The Early Sixties».

24 Acerca del UPS, véase Bizot, op. cit., pp. 6 y 226-227.

25 Se puede encontrar un soberbio análisis sobre Bukowski y la violencia en Alexandre Thiltges, Bukowski ou Les Contes de la Violence Ordinaire, París, L'Harmattan, 2006. La monografía de Thiltges, por desgracia sin traducir aún, es el mejor trabajo académico sobre Bukowski publicado hasta la fecha.

26 Bukowski le había enviado el cuento a Curt Johnson, editor de Candid Press, a quien escribió una carta fechada el 3 de diciembre de 1970: «Me alegra haber podido enviaros uno. Sea como sea, no me rechazaron el cheque de 45$ y eso me permitió hacerle unas reparaciones a mi viejo Comet del 62 para ponerlo en marcha de nuevo y así llegarme a mis recitales de mierda, en los que leo borracho y me las apaño para sacar unos cuantos pavos más. Ahora escucho a Haydn. Seguro que estoy loco. Disfruté escribiendo el relato, eso sí. Leí en el periódico que habían pillado a unos caníbales en alguna parte —Texas, creo— y cuando los paró la policía la chica estaba limpiando la carne de los dedos de una mano, mordisqueándola… Lo saqué de allí», carta inédita, Brown University Library.

27 En castellano en el original. (N. del T.)

28 Aunque se trata de un solo poema, aparece aquí citado como si fueran tres. (N. del T.)

29 Juega aquí el autor con el significado literal del apellido levy: exacción, imposición. (N. del T.)

Document Outline